

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Nº 70



ALEXANDER DUGIN Y LA CUARTA TEORÍA POLÍTICA

La Nueva Derecha Rusa Eurasiática



Alexander Dugin
*Más allá del liberalismo:
Hacia la Cuarta Teoría
Política.*



Natella Speranskaya
*La Cuarta Teoría
Política y la "Otra
Europa"*

Elementos

Metapolítica para una Civilización Europea

Director:
Sebastian J. Lorenz

sebastianjlorenz@gmail.com



Elementos Nº 70

ALEXANDER DUGIN Y LA 4ª TEORÍA POLÍTICA La Nueva Derecha Rusa Eurasiática

**[http://urkultur-imperium-
europa.blogspot.com.es/](http://urkultur-imperium-europa.blogspot.com.es/)**

Sumario

Alexander Dugin: la Nueva Derecha rusa, entre el Neo-Eurasianismo y la Cuarta Teoría Política, por *Jesús J. Sebastián*, 3

Más allá del liberalismo: hacia la Cuarta Teoría Política, por *Alexander Dugin*, 12

Necesidad de la Cuarta Teoría Política, por *Leonid Savin*, 24

La Cuarta Teoría Política y la “Otra Europa”, por *Natella Speranskaya*, 27

El Liberalismo y la Guerra Rusia-Occidente, por *Alexander Dugin*, 33

Alexander Dugin, o cuando la metafísica y la política se unen, por *Sergio Fritz*, 38

La Cuarta Teoría Política, entrevista a Natella Speranskaya, por *Claudio Mutti*, 41

El quinto estado: una réplica a Alexander Dugin, por *Marvos Ghio*, 43

La Tercera Teoría Política. Una crítica a la Cuarta Teoría Política, por *Michael O'Meara*, 51

La gran guerra de los continentes. Geopolítica y fuerzas ocultas de la historia, por *Alexander Dugin*, 58

La globalización para bien de los pueblos. Perspectivas de la nueva teoría política, por *Leonid Savin*, 69

Alianza Global Revolucionaria, entrevista a *Natella Speranskaya*, 73

Contribución a la teoría actual de la protesta radical, por *Geidar Dzhemal*, 76

El proyecto de la Gran Europa. Un esbozo geopolítico para un futuro mundo multipolar, por *Alexander Dugin*, 80

Rusia, clave de bóveda del sistema multipolar, por *Tiberio Graziani*, 83

La dinámica ideológica en Rusia y los cambios del curso de su política exterior, por *Alexander Dugin*, 91

Un Estado étnico para Rusia. El fracaso del proyecto multicultural, por *Vladimir Putin*, 97

Reportaje sobre Dugin (revista alemana Zuerst!), por *Manuel Ochsenreiter*, 105

Dugin: de la Unión Nacional-Bolchevique al Partido Euroasiático, por *Xavier Casals Meseguer*, 109

Alexander Dugin: la Nueva Derecha rusa, entre el Neo-Eurasianismo y la Cuarta Teoría Política

Jesús J. Sebastián

Breve noticia biográfica

Aleksandr Guélievich Duguin (Moscú, 7 de enero de 1962) –en adelante Alexander Dugin– es un analista, sociólogo, geopolítico, filósofo, político e historiador de las religiones, principal ideólogo en la actualidad del neo-eurasianismo, con una cierta influencia sobre la opinión pública en Rusia y en el presidente Putin. Fue consejero político del Partido Comunista de la Federación Rusa e ideólogo del ilegalizado Partido Nacional Bolchevique en la década de 1990, además de fundador del partido político Eurasia (Евразия) en el año 2002. Se lo ha caracterizado como un adalid de las ideas antioccidentales, ultranacionalistas y neofascistas. Por ello, varios analistas pro-occidentales le han llegado a apodarar, jugando con las palabras, «el Rasputín de Putin».

Aunque Dugin ha desmentido esta parte de su biografía, algunos comentaristas han difundido que su padre era oficial de la inteligencia militar soviética y que su madre ejerció como médico. Dugin, citando a Evola, ha dicho: “mi biografía es mi bibliografía”, añadiendo que no piensa cambiar nada de la malintencionada *Wikipedia* porque hay un grupo de administradores wiki-liberales que restablecerán de inmediato todas las mentiras para conservar la imagen peyorativa de su persona. Lo que parece cierto es que Dugin pertenece a una familia de reconocida tradición militar. Dugin trabajó como archivista y periodista antes de ejercer como profesor de sociología y dar el salto a la política activa, justo antes de la disolución de la URSS. Con anterioridad, a principios de los años 80 del pasado siglo, Dugin, como disidente del régimen comunista entró en

contacto con pequeños grupos tradicionalistas y círculos literarios moscovitas, donde participaban, por ejemplo, el novelista Yuri Mamleev, el poeta Evgueni Golovin y el islamista Geydar Dzhemal. Es en esta época cuando descubre la obra de Evola, Guenon, Coomaraswamy y otros autores tradicionalistas, traduciendo en 1981 el libro de Evola *Imperialismo pagano*, que fue difundido clandestinamente en Samizdat.

En 1988 integró el grupo nacionalista *Pámyat* junto con su amigo Gueydar Dzhemal, aunque después se retiró por considerar que ese partido desarrollaba tendencias burdamente monárquicas y antisemitas. Entre 1990 y 1991 fundó la Asociación *Arctogaia*, con una editorial asociada, y el Centro de Estudios Meta-Estratégicos. En el mismo período se acercó al Partido Comunista de la Federación Rusa de Guennadi Ziuganov, hasta que en 1994 fundó, junto al escritor Eduard Limonov, el Partido Nacional Bolchevique. Sus pésimos resultados electorales abrieron una brecha entre Limonov y Dugin: el primero optó por la radicalización de sus críticas al gobierno, acercándose a la oposición anti-Putin liderada por Kasparov y el bloque *Drugaya Rossiya* (La Otra Rusia) ; el segundo abrió una vía de colaboración con el poder acercándose a Evgueni Primakov y, a través de éste, con la *Edinaya Rossiya* (Rusia Unida) de Vladimir Putin.

A partir de 1990, colaboró en varias publicaciones académicas, editando en *Elementy* (1992-1998), *Milyi Ángel* (1991-1999), *Evrázijskoe vtorzhenie* (suplemento irregular de *Zavtra*, 2000), y *Evrázijskoe obozrenie* (2001-2004). También presentó el programa radiofónico *Finis Mundi* en 1997. Este último fue prohibido cuando se posicionó a favor del terrorista Boris Sávkov. En 1998 creó *Nueva Universidad*, una institución educativa tradicionalista. En su artículo de 1997, *Por un Fascismo rojo y sin fronteras*, Dugin abogaba por "un genuino, auténtico espíritu radicalmente revolucionario y neofascista en Rusia", si bien este autoposicionamiento ha evolucionado a la par que sus reflexiones políticas. En ese mismo artículo se oponía y se declaraba como

enemigo tanto de Hitler como de Franco, a los cuales consideraba agentes capitalistas.

Dugin edita su propio periódico, *Elementy*, que, en un principio, elogiaba al europeísta radical franco-belga Jean-François Thiriart, valedor de una Europa "desde Dublín a Vladivostok". Su periódico glorificaba la Rusia zarista y la estalinista, y en dicha publicación rubricó su admiración por Julius Evola. Dugin también colaboró con el semanario *Den* (El Día), bastión del anti-cosmopolitismo ruso, previamente dirigido por Aleksandr Projánov.

Es entonces cuando Dugin comienza a acercarse a los planteamientos nacional-bolcheviques del anti-hitleriano Ernst Niekisch, junto a los fundamentos de los geopolíticos rusos, que planteaban la necesidad político-estratégica de un continente eurasiático federado por comunidades étnicas, por contraposición a los poderes anglosajones. En 1993-1994 Dugin se convierte en el ideólogo del Partido Nacional Bolchevique. En 1995 Dugin se lanza a las elecciones para la Duma en San Petersburgo en nombre del Partido Nacional Bolchevique, pero recibió apenas 1 % de los votos. Dejaría el partido en 1998 por discrepancias ideológicas y estratégicas.

Con posterioridad, encontramos ya a Dugin colaborando activamente en muchos movimientos nacional-revolucionarios como el Frente Europeo de Liberación. Entre 2001-2002 funda el Partido *Eurasiático*, posteriormente convertido en la fundación Movimiento Eurasiático (matriz del Movimiento Eurasiático Internacional), del que algunos afirman que recibe apoyo financiero y orgánico de la presidencia de Putin. El Partido Eurasia solicitó el apoyo de algunos círculos del ejército y de líderes de la iglesia ortodoxa, de musulmanes, budistas y de judíos de Rusia. El partido espera desempeñar un papel preponderante en la resolución de los conflictos con Chechenia, Georgia, Moldavia y Ucrania, con el objetivo ansiado por Dugin de forjar sólidas alianzas con los países europeos y con los países de Oriente Medio, especialmente con Turquía e Irán. Su apuesta por la alianza turco-eslava le ha granjeado simpatías en Turquía, especialmente entre

miembros de la red *Ergenekon*. En 2007 las autoridades ucranianas le prohibieron la entrada en el país durante cinco años por realizar "actividades anti-ucranianas", esto es, por hacer campaña entre los prorrusos a favor de la secesión (idénticas manifestaciones efectuó en relación con los conflictos de Georgia-Osetia y de Moldavia-Trasnistria)..

Su ideología se encuentra imbuida de la lectura de tradicionalistas como Julius Evola y René Guenon, teniendo muy en cuenta en su vertiente geopolítica la visión del ideólogo del *Lebensraum* Karl Haushoffer, y en la metapolítica las ideas y tesis de la *Nouvelle Droite* (Nueva Derecha francesa). Desde luego, sus ideas fueron influidas a partir de la década de los 80 del siglo pasado por la Nueva Derecha europea y en primer lugar por Alain de Benoist, a quien tiene en gran estima y consideración hasta el presente, pues lo califica como el mayor –si no el mejor– de los intelectuales franceses contemporáneos. A pesar de una constante reivindicación por su parte para «desmarcarse» del fascismo, la construcción de sus ideas revela una gran influencia del nacional-bolchevismo de Ernst Niekisch.

En suma, Dugin ha integrado un supranacionalismo eurasiático, con su tradicionalismo ruso-ortodoxo y el conservadurismo revolucionario de raíces alemanas y francesas.

Por último, se interesó por la filosofía de Martin Heidegger, la politología de Carl Schmitt, la sociología de Marcel Mauss y de Pitirim Sorokin, la antropología de Louis Dumont y sobre todo por Gilbert Durand, pero también por la antropología de Georges Dumezil y Claude Lévy-Strauss. Escribió varios artículos sobre economía basándose en las ideas de Friedrich List, Joseph Schumpeter y Fernand Braudel.

En la actualidad, Dugin ejerce como profesor de Filosofía en la Universidad de Moscú y es jefe del departamento de Sociología de Relaciones Internacionales. Fue nombrado asesor especial del Gobierno y del Parlamento rusos y miembro destacado del Centro de Excelencia Geopolítica, órgano de

consulta de expertos en seguridad nacional de la Federación Rusa.

Su actividad política persigue, como una primera fase, la creación de un Imperio Eurasiático de fundamentos rusos desde una perspectiva nacional-bolchevique, que implicaría la partición de antiguas repúblicas soviéticas como Georgia y Ucrania y la anexión de los territorios ruso parlantes, especialmente el este y sur de Ucrania, Crimea y Transnistria (Novorrusia), así como la incorporación de Bielorrusia y de las minorías rusófonas de los Estados bálticos, el Cáucaso y otras repúblicas de Asia central. De hecho, la creación de la Unión Eurasiática (que debería entrar en funcionamiento en 2015), organismo supranacional cuyos fundamentos ideológicos son diametralmente opuestos a los de una Unión Europea basada en los principios de la democracia occidental, ha sido un objetivo primordial de Putin, bajo la directa inspiración de Dugin, el cual, sin embargo, considera que ha sido una apropiación de los burócratas del presidente ruso.

Dugin colaboró decisivamente en la construcción ideológica de la putiniana formación política Rusia Unida, a la que contribuyó también por su gran capacidad de movilización juvenil, si bien sus críticas al gobierno de Putin crearon ciertos recelos políticos en su entorno. De hecho, las relaciones entre Dugin y Putin están repletas de desencuentros. Dugin criticó abiertamente en su día a Putin por la “pérdida de Ucrania” y, en general, por su condescendencia con la expansión de la OTAN y con el imperialismo de los EE.UU., además de su política económica “excesivamente liberal”. Aun así, Dugin considera que Putin es “un gran estadista”, sin bien demasiado moderado en algunas de sus actuaciones.

En *Osnovy geopolitiki*, su obra más importante, considerada como la “biblia del eurasianismo”, —posiblemente la más leída en Rusia en el ámbito de la política exterior—, contrapone dos sistemas globales: uno que incluiría a Rusia —y los pueblos eslavos— y ocuparía Asia Central y Oriental y Europa Central, y otro dominado principalmente por Estados Unidos y el Reino Unido, en cuya

frontera se situarían otros Estados. Opondría de esa manera una «telurocracia» conservadora y autocrática —Eurasia— frente a una «talasocracia» plutocrática y tecnocrática —los angloamericanos y sus aliados—.

Como *newsmaker* y conocido comentarista popular, Dugin tiene una influencia significativa sobre la opinión pública en Rusia y, como ya hemos visto, sobre el entorno político de Vladimir Putin, provocando con sus declaraciones un retorno a la dirección del tradicionalismo ruso de derecha. De hecho, Dugin fue nombrado en 1999 asesor especial de la alta Duma y miembro destacado del Centro de Excelencia Geopolítica, órgano de consulta de expertos en seguridad nacional; Gennadiy Seleznev pidió públicamente que la doctrina geopolítica de Dugin formase parte del currículo escolar ruso; el comentarista político Ivan Demidov sugirió públicamente que había llegado la hora de poner en práctica las ideas de Dugin; finalmente, Dugin fue nombrado Director de Asuntos Ideológicos del Departamento Político de *Edinaya Rossiya* (Rusia Unida), movimiento político monopolizado por el liderazgo de Putin.

¿Hacia una Cuarta Teoría Política?

El planteamiento básico de Dugin nace de la fusión ideológica entre la izquierda radical comunista y la derecha radical nacionalista, transversalizadas por su común antiliberalismo, junto a ciertas expresiones de tradicionalistas como Evola y Guenon. Este planteamiento es lo que Dugin llama la Cuarta Posición o Cuarta Teoría Política. Este movimiento defiende la elaboración de una nueva y alternativa teoría política a las otras teorías reconocidas por la ciencia política, identificando como primera —y triunfante— teoría al liberalismo-capitalismo, la segunda al marxismo-socialismo y la tercera al fascismo-nacionalsocialismo, consideradas como teorías propias de la Modernidad.

Según el propio Dugin, la Cuarta Teoría Política se construye sobre los siguientes fundamentos: 1) Las tres principales ideologías políticas modernas (liberalismo / capitalismo, comunismo / socialismo, fascismo / nacionalsocialismo) ya no son adecuadas — así que tenemos que descartarlas todas, lo que

significa no más liberalismo, socialismo o fascismo; 2) Necesitamos construir la Cuarta Teoría Política más allá, descartando las otras tres, y ésta debe ser no-moderna (puede ser post-moderna, puede ser pre-moderna); 3) El sujeto de la Cuarta Teoría Política es el *Dasein* que Heidegger ha descrito en sus obras (no el individuo como en el liberalismo, ni la de clase como en el marxismo, ni la raza/estado como en el nacionalsocialismo/fascismo) – El *Dasein* debe ser liberado del modo inauténtico de la existencia; 4) El *Dasein* es plural y depende de la cultura, por lo que el mundo debe ser multipolar (cada cultura, etnia o religión tiene su propio *Dasein* –no son necesariamente contradictorios pero sí son diferentes); 5) Hacemos un llamamiento a la revolución mundial existencial de los *Dasein–Dasein* de las sociedades humanas unidas por la lucha contra la hegemonía de la globalización occidental y el universalismo liberal, así como en contra de la dominación de los Estados Unidos.

Según Rafael Cid la idea de crear una liga nacional-bolchevique es una patente del abogado Luc Michel, el jefe de los comisionados prorrusos en Crimea, un activista que gusta de ponderar su carácter de “*Fascismo rojo*”. En la presentación de un libro con este título (Ediciones Nueva República), los autores del colectivo Karl-Otto Paetel, proclaman la verdadera naturaleza de este sincretismo político-ideológico de última generación. “Hoy el enemigo del fascismo rojo es Norteamérica, el neoliberalismo y el pensamiento único. Sus camaradas, los nacional-bolcheviques rusos, los radicales antisistema italianos, los ecologistas paganos y los movimientos de liberación del Tercer Mundo refractarios al occidentalismo”. Toda una declaración de principios sobre las nuevas tareas que comprometen a los partidarios de la revolución pendiente que habrían superado el monoteísmo de matriz neofascista para fundar y fusionar de forma directa y mancomunada todas las escuelas ideológicas antiliberales. “Fascismo rojo”, aparente oxímoron, que no es otra cosa que la versión bolchevique del “nacionalismo revolucionario”, definido por Ernesto Milá como el “nacionalismo de liberación, lucha contra el imperialismo ruso-norteamericano, cierta condescendencia con

respecto al comunismo chino, socialismo nacional como propuesta organizativa de la sociedad, unidad europea, cultura nacional y popular y economía comunitaria”.

La Nueva Derecha rusa repudia la concepción “moderna” del Estado-nación y la unión político-económica de los Estados nacionales (por clara referencia a la Unión Europea), proponiendo en cambio un concepto “posmoderno” basado en “una federación descentralizada y orgánica de identidades étnico-culturales que retratan el profundo espíritu histórico de la Europa de las culturas”. En síntesis, se trata de una recuperación del nacionalismo orgánico que sostiene que “las naciones son organismos que pueden ser fácilmente determinados por sus diferencias culturales”, pero los miembros de las naciones con frecuencia pierden su autoconciencia nacional al disiparse las diferencias culturales por la acción depredadora del liberalismo globalizador. Ahora bien, la Nueva Derecha rusa incorpora las ideas de la Nueva Izquierda sobre el regionalismo político, desplazando en consecuencia el énfasis de una sola nación orgánica por el de una federación de naciones orgánicas en la que se mitifican las etnias o comunidades históricas homogéneas.

Dugin, por su parte, define el “etnos” como “una identidad inmediata de un individuo en la sociedad tradicional, de la que sustrae todo: idioma, las costumbres, las actitudes psicológicas y culturales, el programa de vida, el sistema de relaciones sociales, etc”. Por eso, el neo-eurasianismo de Dugin refuta la idea de un Estado-nación moderno, incluso el ruso, y promueve el concepto de un “Imperio eurasiático construido sobre los principios del federalismo y del etnismo dentro de la macrorregión de Eurasia”. De acuerdo con este concepto, en el que la comunidad étnica es superior al propio Estado, las unidades políticas del Imperio eurasiático deben establecerse de conformidad con las identificaciones culturales, históricas y étnicas, en lugar de las simples divisiones administrativas. La huella del antropólogo Lev Gumilev sobre la etnogénesis en las comunidades orgánicas es patente.

Tanto la Nueva Derecha francesa como la rusa abogan por una Europa federal descentralizada (frente a la Europa de un centenar de banderas) y, más allá de la idea occidentalizada de Europa, por un Imperio eurasiático formado por regiones etno-culturales, poniendo la mirada en los países del Tercer Mundo que supuestamente encarnan a las primigenias y originales comunidades tradicionales y arraigadas, que son concebidas, en última instancia, como los aliados naturales contra el homogeneizador Nuevo Orden Mundial del liberalismo universal, igualitario y totalitario. Para De Benoist, “la diversidad cultural es la mayor riqueza del mundo” y por eso la Nueva Derecha europea promueve la idea del culturalismo antropológico en su “lucha contra la hegemonía de ciertos imperialismos de normalización y en contra de la eliminación de las minorías o de las civilizaciones dominadas”. Aquí se defiende una especie de democracia étnica y popular, el derecho de todos los pueblos y culturas a ser diferentes, frente a la falsa ideología de los derechos humanos.

Para sus críticos, sin embargo, este tercermundismo pluricultural y solidarista sólo sería una estrategia para reivindicar un nuevo eurocentrismo, una excusa para legitimar el exclusionismo de la inmigración europea y el rechazo de la mezcla de razas. No se ha percibido, pues, que la Nueva Derecha no habla de diferencias en términos de determinación biológica o étnica, sino más bien en términos de cultura, rechazando incluso de decimonónica idea de la jerarquía entre culturas.

Una Nueva Derecha rusa

Que el pensador francés Alain de Benoist es uno de los principales inspiradores contemporáneos de Dugin nadie lo pone en duda. El libro del intelectual francés (no disponible en español) *Contra el liberalismo: hacia una cuarta teoría política*, no sólo le proporcionó el nombre de dicha “cuarta posición”, sino los fundamentos teóricos para la elaboración de su teoría contra el “enemigo principal”, el capitalismo liberal y totalitario. No obstante, Dugin también utiliza las reflexiones de teóricos de la nueva izquierda como las

proporcionadas por Immanuel Wallerstein, en particular, en su obra *Después del liberalismo*.

Las relaciones entre Dugin y De Benoist no han sido, sin embargo, todo lo fluidas que parecían prometer en un principio. De hecho, de una inicial convergencia de ideas e intereses –algo así como la construcción de una Nueva Derecha Eurasiática–, se pasó a la desafección de Alain de Benoist por el proyecto de Alexander Dugin, en un claro intento por desmarcarse de la presunta deriva ultranacionalista y neofascista del animador político ruso, de tal forma que las relaciones que éste mantiene con círculos homólogos de la Europa Occidental se circunscriben especialmente a la “Nueva Derecha” disidente e identitaria, como la que representan Robert Steuckers y Pierre Vial.

Diego L. Sanromán (en su libro *La Nueva Derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*) explica el desarrollo del relativo desencuentro entre Alain de Benoist y Alexander Dugin. Parece que en el período entre finales de la década de los 80 y principios de los 90 del siglo pasado, coincidiendo con la revista de debate y pensamiento *Krisis*, proyecto personal e intelectual de Alain de Benoist, se detectan ciertos movimientos de colaboración entre *comunistas* y *nacionalistas* en el entorno del GRECE, algo que parece patente en las cada vez más frecuentes declaraciones e intervenciones de Alain de Benoist, muy alejadas de los estereotipos derechistas o conservadores. En esa época, la derrota de las derechas y el ascenso de la coalición social-comunista en Francia, habían provocado múltiples afirmaciones del anti-burguesismo revolucionario y la recuperación del legado de la izquierda de los revolucionario-conservadores de los años treinta, especialmente la facción nacional-bolchevique de la *Konservative Revolution* alemana, dentro del movimiento neoderechista.

En marzo de 1992, Alain de Benoist viaja a Moscú en compañía de Robert Steuckers, invitados por Dugin para participar en una mesa redonda organizada por el periódico derechista *Den*, contando también con la presencia del editor del diario Alexander Prokhanov y del líder de los soviéticos-

nostálgicos Gennadiy Ziuganov. En la capital rusa, gracias a la mediación de Alexander Dugin, los neoderechistas entran en contacto con la oposición radical formada por nacional-patriotas, tradicionalistas y nacional-bolcheviques, entre otros. Así, en la década de los 90 del pasado siglo se habló de una presunta alianza rojo-parda, que se caracterizaba por la integración práctica de la derecha e izquierda radicales de Rusia, exhibiendo una crítica izquierdista del capitalismo y del liberalismo burgués que les unía con la Nueva Derecha francesa.

De Benoist, no obstante, salió decepcionado de su visita a Moscú y, según sus propias palabras, se encontraba “perturbado por el crudo imperialismo y el jacobinismo de la gran mayoría de los llamados patriotas rusos, algunos de los cuales no pensaban en nada más que en la restauración de la antigua dominación rusa sobre el este de Europa”. La fractura ideológica estaba servida, al menos personalmente, entre Dugin y De Benoist, pero no en su relación con otros neoderechistas del ala disidente del GRECE.

En efecto, Dugin había comenzado a colaborar en la revista de Robert Steuckers, *Vouloir* (fundada en 1983), publicado algún artículo en *Éléments* y participado en el XXIV Coloquio Nacional del GRECE (París, 24 de marzo de 1991), consagrado al tema *Nación e Imperio*; mientras que Alain de Benoist figuraba como miembro del Comité de Redacción de la réplica rusa de la revista *Éléments* que Dugin había creado en el año 1992. De ahí a afirmar la aparición de una alianza rojo-parda y la creación de una filial neoderechista en tierras rusas había un estrecho paso que los críticos (liberal-conservadores y social-demócratas) de Alain de Benoist no tardaron en franquear.

Pero tampoco se demorará Alain de Benoist en responder a las acusaciones. El 15 de septiembre de 1993, el diario alemán *Europa Vorn* publica un texto de Alain de Benoist en el que el autor deja clara su relación con la llamada *Nueva Derecha rusa*. Es cierto —afirma— que ha habido contactos con la oposición rusa, e incluso que puede verse con buenos ojos la aproximación entre “corrientes político-

intelectuales antaño opuestas” dentro de los medios patrióticos. Sin embargo, no es posible reconocer en Rusia nada que se parezca a la *Nueva Derecha* francesa; es más, “yo mismo he dicho a Alexander Dugin que lamentaba que hubiese decidido dar al periódico que ha creado el título de *Elementy*, pues estimaba que dicha elección podía prestarse a confusión” (como lo fue en caso de Alemania con *Elemente*).

Igualmente, Alain de Benoist solicitó a Dugin que se suprimiese su nombre del Comité de Redacción del periódico *Elementy*, en el que se había incluido sin su permiso. Conviene, sin embargo señalar que el pensador francés lo hace —como en casi todas las ocasiones durante este período— a título personal y no en nombre de organización alguna. Pues lo cierto es que los vínculos entre los nacional-bolcheviques rusos y la disidencia neoderechista encabezada por Steuckers no sólo se mantendrán, sino que irán fortaleciéndose con el transcurso del tiempo. Simplemente se había cumplido lo profetizado por Hannah Arendt respecto al odio común al liberalismo, aunque sea en esa versión híbrida del oxímoron entre conservadurismo-revolucionario y nacional-bolchevismo, con la simple reflexión que considera que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. ¿O había algo más?

En 2005, Dugin fue invitado a participar en una reunión inaugural del grupo británico de la Nueva Derecha, organizada por Troy Southgate, ex activista del Frente Nacional británico y actualmente confeso neoderechista. Ese mismo año, en Amberes y Bruselas, Dugin participa en dos conferencias organizadas por la revista *Tekos*, estrechamente asociada con *Synergies Européennes* (posteriormente *Euro-Synergies*). Durante el mismo viaje, Dugin aprovecha para entrevistar a Jean Parvulesco y a Alain de Benoist, al parecer superando la ruptura de doce años entre el ruso y el francés.

De vuelta a Rusia, Dugin dedica en una televisión afecta a sus intereses un capítulo dedicado al tema de la identidad nacional en Europa, abordando el tema exclusivamente bajo el prisma de los pensadores de la Nueva

Derecha europea, que presentó al público como la “élite intelectual y política europea”, mientras que De Benoist fue descrito como un “destacado intelectual europeo” y el “líder de la Nueva Derecha que reúne a las mejores mentes de todas las naciones europeas”. Cuando en 2008 Dugin se consolida como profesor de sociología y funda un centro de investigación del conservadurismo en la Universidad Estatal de Moscú (MSU), Alain de Benoist es el primer orador invitado, con una conferencia centrada en la importancia de la educación en la juventud como estrategia metapolítica para que en el futuro esas mentes puedan ejercer una influencia directa sobre la opinión pública y los gobiernos de los países.

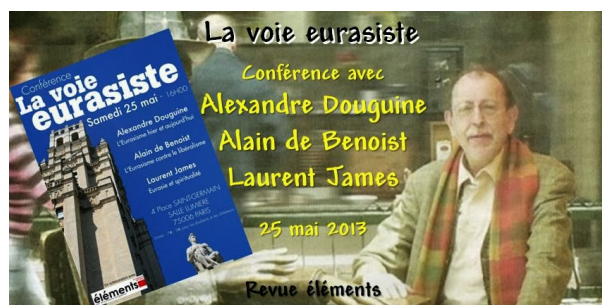
Parece que no hay duda. Diversos autores especializados en la *European New Right* como Graham Smith, Marlene Laruelle o Anton Shekhovtsov, señalan que las actuaciones de Dugin se inscriben, sin ninguna duda, en la red de la Nueva Derecha en Europa liderada —al menos intelectualmente— por Alain de Benoist, secundado por Charles Champetier, Michel Marmin, Jean Claude Valla y Luc Pawels, entre otros (Francia) y desarrollada diferencialmente por Marco Tarchi (Italia), Robert Steuckers (Bélgica), Michael Walker (Inglaterra), Bogdan Radulescu (Rumanía), Pierre Krebs (Alemania), Tomislav Sunic (Croacia) y Javier Esparza (España).

El Neo-Eurasianismo

En plena crisis entre una Ucrania proeuropea y una Ucrania prorrusa —en la que las dos partes se acusan de fascistas o neonazis (?)— y la anexión de la provincia de Crimea por parte de Rusia, surge la figura de un megacaudillo Vladimir Putin que parece seducido por las tesis tradicionalistas y expansionistas del ideólogo de la *Cuarta Teoría Política*, Alexander Dugin, el hombre que ha popularizado el término *Eurasia* como la fórmula del éxito para recuperar la *grandeur* de la Tercera Roma, de la Gran Rusia imperial, en la que los satélites de Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Georgia y Kazajistán son piezas fundamentales.

Alexander Dugin pertenece a la escuela eurasiática de los civilizacionistas-expansionistas que conciben a Rusia como el

núcleo de la civilización superior, incompatible con la occidental (con el Occidente liberal, no con el Occidente tradicional). La ideología del neo-urasianismo se caracteriza, pues, por considerar la influencia occidental como una amenaza y a Rusia como un imperio anti-occidental en constante expansión territorial, basado en una civilización propia fundamentada en unos valores tradicionales superiores a los liberales occidentales. Así, para Alexander Panarin, “la civilización ruso-ortodoxa es una alternativa a la globalización tecno-económica liderada por Occidente”.



Conferencia organizada por la revista Éléments sobre La vía Eurasianista, con la participación de Alain de Benoist y Alexander Dugin

La visión imperialista duginiana está basada en las teorías geopolíticas de pensadores como Mackinder y Haushoffer: el “centro del mundo” es una “isla mundial” formada por el conjunto Europa-África-Asia, en el seno del cual se encuentra el “corazón de la tierra” (*Heartland*) que corresponde a la región de Europa central y oriental y cuya posesión desencadenará un auténtico combate final: «Quien tiene la “Europa media” tiene el *Heartland*. Quien tiene el *Heartland* manda en la isla mundial. Quien tiene la isla mundial manda en las tierras y en los océanos». Para Haushoffer uno de los “espacios dinámicos” mundiales era la “Europa media” (*Mitteleuropa*), que situaba a Alemania en el centro, en el corazón de Europa. El profesor defendía la “idea euroasiática”, considerando a Europa y Asia como un espacio indivisible, en el que la región ucranio-polaca era una zona de transición entre el elemento germano-romano y el ruso-sármata. Pero esta unidad euroasiática era inconcebible por la hostilidad de las potencias talasocráticas (Estados Unidos, Inglaterra y Japón). Es la tesis

difundida por el libro *La venganza de la geografía* de Robert Kaplan, que curiosamente “olvida” las teorías de Dugin, un auténtico *best-seller* entre los lectores rusos. La geopolítica está reemplazando a la ideología política.

El propio Alain de Benoist considera que debe prestarse gran atención a la obra de Dugin, cuya influencia ya se deja notar en algunos círculos cercanos al Kremlin: Dugin defiende el *Heartland* eurasiático como pivote geográfico del mundo, la potencia “telúrica” contra las potencias “marítimas” (en la línea de la oposición fundamental entre la Tierra y el Mar del *nomos schmittiano*). Pero quizás lo más interesante, según De Benoist, es su firme convicción de un contexto mundial multipolar –no un mundo unipolar dominado por los Estados Unidos–, en el que destaca su percepción particular de la idea de Imperio, por contraposición al modelo del Estado-nación occidental. Dugin apuesta por un Imperio como espacio multicultural que rechaza cualquier forma de racismo y xenofobia. En definitiva, Dugin ha querido renovar la vieja tradición rusa del eurasianismo (aquella que oponía a los eslavófilos y los occidentalistas) en un contexto radicalmente distinto al de la guerra fría, pero en el que Rusia está recuperando su papel como gran potencia. La influencia geopolítica del historiador y geógrafo Lev Gumiliev cuenta con muchos adeptos en los círculos políticos y militares de Rusia. En consecuencia, Alain de Benoist cree que debemos tomar muy en serio un concepto abierto y dinámico de Eurasia, siempre enmarcado en el contexto de la tradición y en su enfrentamiento con la ideología del liberalismo.

Este planteamiento, que fue adoptado como manual geopolítico de su política expansionista por la Alemania nazi, es revisado por Dugin –cambiando Alemania por Rusia– para situar, no ya a Occidente, sino al imperio angloamericano, como enemigo, proponiendo una alianza ruso-europea (si bien manteniendo sus diferencias civilizatorias) que se plasmaría en el eje París-Berlín-Moscú (aunque también ha basculado hacia un eje Berlín-Moscú-Teherán), algo en lo que coincide también con Alain de Benoist.

Finalmente, el enfrentamiento entre Eurasia y Atlantia (EE.UU. y Gran Bretaña) haría que Rusia tomara el control total de la entidad eurasiática, formando un Nuevo Imperio que incluiría Europa, Asia turco-mongola y Oriente medio. El neo-eurasianismo de Dugin supera así el eurasianismo tradicional para convertirse en una auténtica ideología mesiánica, en la que la civilización rusa y sus valores espirituales se convierten en un modelo para toda la humanidad, en el patrón del éxito civilizatorio.

Por otra parte, Dugin contempla cómo el liberalismo, la globalización, el universalismo, el igualitarismo, el multiculturalismo, el mercantilismo, golpean la identidad cultural de una Rusia en plena decadencia de los valores tradicionales. En su libro *Fundamentos de la Geopolítica* Dugin divide geopolíticamente la Tierra en varios conjuntos contrapuestos: la *World Island* del mundo anglosajón formado por Estados Unidos y Gran Bretaña; *Eurasia* (principalmente Europa Central, Oriental, Rusia y Siberia, incluyendo otras zonas colindantes como Europa Occidental, el Báltico, el Cáucaso y la región Turco-mongola); y el *Rimland* (el resto de países y regiones entre la Isla Mundial y Eurasia). Considerando que Dugin contempla a los Estados Unidos como “la demonización de los valores occidentales” y a toda la atlantista Isla Mundial como “el reino del Anticristo”.

El profesor Carlos Taibo, en su libro “*Rusia en la era de Putin*” (2006), ya se hacía eco de la influencia que este pensador antimodernista ejercía sobre el Kremlin: “En la Rusia de hoy disfruta de innegable predicamento la escuela eurasiática que ha tenido en Alexander Dugin su último retoño y que encuentra ecos evidentes en muchas de las posiciones asumidas por los partidos comunista y liberal democrático, cuando no en determinadas manifestaciones del presidente Putin”. Y añadía en relación con la dimensión estratégica de su propuesta: “Para esta escuela, lo que se ha dado en llamar *Eurasia* configura un mundo cultural singular, distinto del propio de la Europa occidental pero también del asiático.

En la visión de Dugin la civilización de “la tierra” euro-asiática se opone a la civilización “del mar” atlántica. Entiéndase bien que la primera no es exclusivamente ruso-ortodoxa sino que reclama una doble alianza eslavo-turca y musulmano-ortodoxa”. Por nuestra parte diremos que el reclamo de lo tradicional y, en especial, las corrientes orientales, influyeron decisivamente en la definición de las identidades político-culturales de un nuevo *Nomos* geopolítico por autores revolucionario-conservadores y neoderechistas como Martin Heidegger, Carl Schmitt, Oswald Spengler, René Guenon, Julius Evola, o Mircea Eliade.

Dugin indica finalmente que bajo la concepción del neo-urasianismo se hace referencia a una Europa presidida por la idea de un “pluralismo étnico positivo” como un mínimo exigido para evitar la desaparición de las comunidades etno-nacionales esparcidas por el macrocontinente euroasiático. Pero, eso sí, un Imperio federal eurasiático dirigido espiritualmente por la tradicionalista Federación Rusa: no debería existir ningún obstáculo para asegurar la preservación de la identidad étnica de la nación rusa dentro del imperio euroasiático supranacional.

Alexander Dugin, en suma, es el prototipo de un renacimiento del ultranacionalismo o, mejor, de un supranacionalismo eurasiático que se manifiesta en todo el tejido ideológico de la Nueva Derecha europea, una amplia red metapolítica de *think-tanks*, revistas, libros, páginas electrónicas, coloquios, conferencias y diversos proyectos culturales.

Uno de los nuestros

Según parece, la estrategia metapolítica de la primera *Nouvelle Droite* francesa, conforme a la aplicación de un “gramscismo de derechas”, según el cual había que conquistar previamente la sociedad civil mediante el adoctrinamiento cultural antes de pasar a la fase puramente política de acción y ejecución, y que en el país galo sólo practicaron algunos neoderechistas que pasaron a militar en el *Front National* con escaso éxito, Alexander Dugin lo ha conseguido en unos pocos años. De hecho, al margen de los méritos intelectuales y profesionales alcanzados por varios de los líderes representantes de la

Nueva Derecha, el único que ha realizado el tránsito de la metapolítica a la granpolítica ha sido el agitador ruso, el *Rasputin* de los nuevos tiempos.

Para terminar, Alexander Dugin estuvo en España el 13 noviembre de 2013 invitado por el Movimiento Social Republicano para presentar la versión castellana de su libro *La Cuarta Teoría Política* (se echa de menos una edición española de su principal obra *Fundamentos de la Geopolítica*). En aquella ocasión, el asesor de Putin para asuntos eurasiáticos, aparte de desarrollar sus conocidos postulados en favor de los “valores eternos” del tradicionalismo ruso-evoliano, subrayó la necesidad de una revolución euro-asiática que involucre a todos los territorios desde Islandia a Siberia, en una confederación conjurada contra el liberalismo encarnado por el imperio totalitario angloamericano. Incluso Marine Le Pen, flamante presidenta del *Front National*, ha mantenido contactos de aproximación con Putin y Dugin.

De hecho, en ciertos círculos nacional-revolucionarios españoles se acaricia desde hace ya muchos años la posibilidad de un bloque nacional-bolchevique y antiliberal como máxima expresión política de esa *Cuarta Teoría Política* que, según el propio Dugin, sobre la base del “pueblo y la etnia” (la clave es el *ethnos*), debería llenar el vacío ideológico dejado por las teorías derrotadas (comunismo y fascismo) y hacer frente al dogma del liberalismo triunfante y omnipresente.

El resultado de todo ello, visto el precario panorama de la llamada Nueva Derecha en España, es que se está abandonando paulatinamente el excesivo intelectualismo teórico de un Alain de Benoist –antes indiscutible– cuyo pensamiento no sólo va más allá de la derecha y de la izquierda, sino que se sitúa “más allá del bien y del mal”, por el más práctico y directo del “realismo político” de Alexander Dugin. La Nueva Derecha ya puede decir entonces que “uno de los nuestros ha tocado el poder”.

Más allá del liberalismo: hacia la Cuarta Teoría Política

Alexander Dugin

Introducción: “ser local vs “no ser” universal

La Cuarta Teoría Política no tiene un destinatario sociocultural definido. Ella se dirige a cada persona disgustada por el estado de las cosas en este mundo, a cada persona lo bastante profunda como para tratar de buscar las causas y razones de este estado de las cosas en este mundo, a cada persona lo bastante profunda como para tratar de buscar las causas y razones de este estado. Dudamos que los temas tratados despierten el interés de la gente que está contenta con todo, que está satisfecha con las alternativas actuales en política, cultura, sociedad, o a la que está preocupada sólo por su adaptación individual al statu quo o corrección de ciertos tecnicismos. Pero para los profundamente descontentos esta teoría puede ser útil. En esta ocasión no hay gran diferencia entre un europeo y un latinoamericano, entre un musulmán y un ruso, entre una asiático y un africano: en todos los continentes y en todas las sociedades hay aquellos que toman conciencia y saben que hoy día todo se juega a una carta y que todos nosotros debemos contestar a la pregunta principal –ser o no ser-. Claro que cada sociedad y cada cultura da al concepto “ser” (igualmente al “no ser”) su propio sentido. Sin embargo, la Modernidad (contemporaneidad) tiene un rasgo característico: está planteando su paradigma universal. Por eso su estructura es global. Esta estructura de la contemporaneidad global está atacándonos en todas las sociedades. Es un reto para todos. Antes de proponer alternativas (que pueden ser locales o universales), hay que discernir su esencia. Podemos decirlo de otra forma: el asunto del concepto “ser” cambia según el contexto

cultural, mientras que “no ser” puede ser total. El modelo global del orden mundial nos propone “no ser”. Aceptándolo nosotros estamos entrando en la zona de estandarización. Rechazándolo (pero eso sería posible sólo después de que tomáramos conciencia de todo lo que decidimos rechazar) estamos reconquistando el derecho de ser en toda la extensión de la palabra, el derecho de ser nosotros mismos (salvar nuestra identidad) y hacernos a nosotros mismos (es decir ganar, crear esa identidad).

Triunfo del liberalismo. El axioma de la contemporaneidad

La época de la Modernidad europea (occidental) ha llevado y ha impuesto a todo el mundo su modelo universal del ser humano, del cosmos, del tiempo, de la historia, de la sociedad, de la naturaleza. La quintaesencia y el esquema básico holográfico de tal imagen del universo devinieron ideologías políticas. En ellos, como en un espejo, se ha reflejado la Modernidad como un proyecto y como una voluntad. La esfera de lo Político es la zona de la Modernidad donde emerge con todo su poder y con su carácter libre. Por eso en la Modernidad todo se parece a la Política. La misma imagen de este mundo es un fenómeno político.

Desde el principio de la Edad Moderna las ideologías políticas se han dividido en tres tipos: la Primera (el liberalismo), la Segunda (el marxismo) y la Tercera (el fascismo y el nacionalsocialismo). Estas tres ideologías están batallando por parecerse lo máximo a la naturaleza de la Modernidad, en esto consiste el sentido de la historia política de los últimos siglos. La historia es siempre la historia de unas ideas y sus choques.

El fin del siglo XX resume la historia política de la Modernidad. Después de batallas dramáticas y encarnizadas, revoluciones y dos guerras mundiales, la Primera teoría política está venciendo. Esto significa que la teoría más exacta manifestando la naturaleza de la Modernidad es el liberalismo, el orden burgués, el capitalismo global. Este último es el paradigma básico en el presente, quien está resumiendo la historia de la Modernidad política, declarando (aunque un poco

prematuramente) “el fin de la historia”, es decir, el fin de la “guerra de las ideas”. La idea triunfante no tiene más rivales a su nivel.

Con este axioma de la contemporaneidad empieza la conformación de la Cuarta teoría política. Su hito inicial consiste en lo siguiente: la victoria de la Primera teoría, la cual se trata como un acto básico. Aceptamos su derecho a manifestar la naturaleza de la Modernidad, de ser la quintaesencia de la historia de la Edad Moderna. Aceptamos el fracaso de sus oponentes, que perdieron la batalla por el sentido de la presente. La Modernidad = el liberalismo. Esta fórmula es correcta. Los intentos de debatirla han fracasado. De ello se desprende lo siguiente:

1. Hay que reconocer la falta de alternativas contra el liberalismo y dejarnos de estar arrastrando por su lógico ulterior (postmoderna);

2. Proponer una nueva alternativa, basada según otras reglas u otra geometría que las teorías políticas precedentes.

La Cuarta teoría política es la segunda elección. La diferencia principal entre ella y otras teorías anti-liberales es que esta teoría no es sólo antagonista del liberalismo, ya que reconociendo la identidad del liberalismo y la Modernidad va en contra de la Modernidad misma; no sólo contra sus consecuencias sino también contra sus raíces. En otras palabras, la Cuarta teoría política es una llamada a una insurrección radical contra el mundo moderno, a romper sus esquemas, negar su lógica, sus normas. En esto la Cuarta teoría política se solidariza con el programa de la Postmodernidad, por lo menos con su orientación a la destrucción de mitos de la Modernidad a través de la revelación de su quid político-instrumental.

La Cuarta teoría política propone dar un paso no atrás sino adelante, y no continuar debates con los liberales acerca de tradiciones de socialismo, comunismo y nacionalismo (todos subproductos de la Modernidad), sino atacar las raíces de la Modernidad. En la práctica esto significa fundar una alternativa radical, empezando con sus postulados ontológicos, antropológicos, cosmológicos,

gnoseológicos, epistemológicos y económicos. La Cuarta teoría política es un intento de realizar la síntesis de la Premodernidad y la Postmodernidad, o sea de todo lo que no es la Modernidad, lo que era antes y lo que será después. Pero mientras que la Modernidad es global, cada cultura tiene su propia Premodernidad. De eso emana el cometido de formar tal teoría que se fundamenta como negación universal de la amenaza global (del liberalismo como orden mundial americanocéntrico, occidental, capitalista) vuelve a tradiciones locales y acciones revolucionarias y acabará en proyecto de futuro multipolar. Negando, desafía de ese modo a lo universal del status quo, y que hay que proponer un proyecto que daría el derecho a cada cultura de ser autóctona e independiente. Por lo tanto las metas de cada participante del Cuarto camino serán parcialmente comunes (el derrocamiento de la hegemonía liberal) y parcialmente propias (la formación de la sociedad según sus tradiciones)

***Dasein* y su doble**

El sujeto de la Cuarta teoría política es el *Dasein*. Esto es un término de la filosofía de Martin Heidegger que refleja el ápice de la Cuarta teoría política como la política existencial. No podemos tratar al *Dasein* como una adición a los sujetos de las tres teorías clásicas (el individuo en el liberalismo, las clases en el marxismo, el Estado y la raza en el fascismo y el nacionalsocialismo). *Dasein* es lo que corresponde a la naturaleza del hombre como especie, en el estado primario que antecede a todas las superestructuras filosóficas, políticas, sociales e ideológicas. Por eso el término *Dasein* es una implosión del sujeto político, la caída del *homo ideológico* (e ideologizado, eso es, fascinado por el liberalismo, convertido en “el fantasma totalitario de la evidencia”) en el fondo de su facticidad existencial, su encuentro cara a cara con la muerte.

Heidegger dice que el *Dasein* existe en dos estados: el auténtico y el inauténtico. En el primer caso se trata de una excepción, el paso del *Dasein* hacia su *Sein*, hacia sí mismo. En el segundo caso, esta es la situación habitual,

cuando *Dasein* existe en el retraimiento, ilegítimo, suscitando su doble sociológico, es decir *das Man*.

La Modernidad es la esfera de la inauténtica existencia del *Dasein*. Por esto todas las ideologías políticas de la Modernidad son nada menos que modificaciones de *das Man*, los productos de la enajenación de la existencia humana en sí misma. El individuo, la clase y el Estado son conceptos quiméricos de un ser perdido, abandonado por la existencia. Estos son productos de la decadencia, de la degradación, del *Untergang*. Pero la filosofía de Heidegger está exhortándonos a reflexionar sobre el *Dasein* no dual: auténtico e inauténtico son los dos estados de lo mismo y no dos cosas diferentes. Por eso el *Dasein* no es interpolado a sujetos de otras teorías políticas, él explota los de dentro porque el individuo, la clase y el Estado/la raza son sus reflexiones deformadas, sombras visibles, los simulacros. La Cuarta teoría política implantando el *Dasein* no pretende trascenderlo de la historia, sino que implanta como *Untergang* un relampagueo de conciencia que puede cambiar radicalmente el estado a través de su presencia. Esto lo podemos denominar como “un despertar de la existencia” de lo que siendo existencia ha caído en el centro de la inexistencia y ha olvidado que es existencia. Pero la Cuarta teoría política lo trae a las mentes.

La multiplicidad de los *Dasein*

La inauténtica existencia del *Dasein* es universal, el *das Man* siempre es igual. El liberalismo y su fijación con un individuo son el resumen del aislamiento. No hay nada más encadenado, parecido a una máquina y previsible que el “individuo libre” del modelo liberal. Es una máquina para el consumo que ya no tiene más de animal cuanto más humano es. El nuevo orden mundial es el reino global del *das Man*, de la impersonalidad máxima individualizada. Por eso el ataque contra el liberalismo en la esfera de antropología política es el destronamiento de la inautenticidad y el despertar del *Dasein* existencial. Pero aquí encontramos un problema: si el destronamiento del *das Man* es universal, ¿cuál será el *Dasein* despertado para

las diferentes culturas? No tenemos una solución definitiva. La pregunta sobre la multiplicidad o unidad del *Dasein* se queda sin respuesta.

Por analogía tenemos que brindar una oportunidad a los mismos *Dasein* despiertos para decidir si hay un *Dasein* universal de la humanidad o no. Esta decisión es asunto de los *Dasein*, y nuestro asunto es despertarlos y remitir la cuestión a ellos. Prácticamente despertando el *Dasein* tratamos su *Da*, eso es, su localización espacial, un lugar que es predeterminado por la cultura y la historia. Cualquier lugar es lugar de tal o cual pueblo. Por eso el *Dasein* se despierta a través de un pueblo. *Dasein existiert völkisch*.

El *Dasein* es plural a nivel de fenómeno. Su despertar se realiza dentro de un cierto lugar (*Da*). Ese lugar no está vacío. Él ...

1. Está ocupado por los liberales (*Das Man*) como una suma de ser inauténtico, que está manifestándose en todo —de la cultura a la tecnología, de la vida cotidiana a la política, de la moda a la educación.

2. Tiene una dimensión interior que corresponde a cierto pueblo y su cultura.

Por eso el imperativo de la revolución libertadora dirigida contra la hegemonía del *das Man* (del liberalismo la globalización, la americanización), siempre va a apoyarse en una tradición cultural concreta. Por eso en cada acercamiento él estará en cada lugar, en cada *Da* propiamente suyo. Si redujéramos apresuradamente todos los *Dasein* despertados a un común denominador, nos arriesgaríamos a frustrar toda la estrategia de la Cuarta teoría política y reemplazarla por una nueva versión del universalismo escolástico (lo que está pasando con las ideas de Heidegger, si la gente no las comprende en la debida forma; esto lo lamentaría el mismo Martin Heidegger, pues en tal caricatura han transformado los “existencialistas” franceses sus ideas).

Pues, la Cuarta teoría política constata la multiplicidad fenomenológica de los *Dasein existiert völkisch*. Este principio no debilita la unión de todos los *Dasein* en su contrarrestación al inauténtico ser en el régimen del mundialismo/liberalismo; el

enemigo está atacando de manera global, y para vencer es necesaria la coordinación de los *Dasein* también de manera global, cada uno de los cuales está tratando de despertar el ser. Pero el enemigo común está impidiendo hacerlo. Esto es la unidad en presupuestos. Y queda abierta la pregunta sobre el problema de la unidad y singularidad de los *Dasein* de los pueblos despiertos. Por lo tanto el Cuarto camino se hace según la fila dialéctica: 1) la unidad en la negación; 2) el pluralismo en la afirmación; 3) la pregunta abierta sobre el horizonte superior de la unidad eventual de las afirmaciones. Puede ser que haya que enrocar esta unidad máxima con términos apotemáticos, por el estilo de la “henología” de Plotino o de la teología negativa de Dionisio Areopagita.

La Cuarta Teoría Política, ¿ser o no ser?

Hoy en el mundo domina la impresión de que la política ha terminado – al menos la que nosotros conocemos. El liberalismo entabló un combate tenaz contra sus enemigos políticos que proponían recetas alternativas – el conservadurismo, la monarquía, el tradicionalismo, el fascismo, el socialismo, el comunismo – para finalmente vencer a todos a finales del siglo XX. Habría sido lógico suponer que la política se convertiría en liberal y que todos los adversarios del liberalismo en la periferia comenzarían a repensar sus estrategias y a construir un nuevo frente: la periferia contra el centro, según la teoría de Alain de Benoist. Pero, al comienzo del siglo XXI, todo siguió un camino diferente.

El liberalismo, que siempre ha buscado la minimización de la política, decidió, después de su victoria, eliminar por completo la política. Probablemente para no permitir la formación de una alternativa política y hacer eterno su reino o simplemente debido al agotamiento de la agenda política debido a la ausencia de enemigos, que, según Carl Schmitt, son necesarios para la formación de una posición política. En cualquier caso, el liberalismo ha conducido a un repliegue en la política. Así, el liberalismo se ha transformado, pasando desde el nivel de las ideas, de los

programas políticos y de las declaraciones, pasando al nivel de las cosas e ingresó en el meollo de la realidad social, convertida en liberal, no desde un punto de vista político, sino de una manera cotidiana, “natural”.

Después de ese punto de inflexión en la historia, todas las ideologías políticas que habían combatido ferozmente entre sí a través de los siglos han perdido su actualidad. El conservadurismo, el fascismo y el comunismo, así como sus variedades marginales, han fracasado, mientras que el liberalismo, triunfante, se convirtió en la vida cotidiana, en el consumismo, el individualismo, en el estilo posmodernista de ser sub-político y fragmentado. La política se convirtió en biopolítica y pasó del nivel individual al nivel sub-individual. Por lo tanto, parecen haber dejado la escena no solamente las ideologías derrotadas, sino también la política como tal, incluyendo la política liberal. Precisamente por esta razón es tan difícil la formación de una alternativa. Los oponentes del liberalismo se encuentran en una situación difícil: el enemigo triunfante se ha evaporado, desapareció; luchan contra el vacío. ¿Cómo hacer política cuando no existe Política?

Sólo hay una solución: rechazar las teorías políticas clásicas, tanto las derrotadas como las triunfantes, demostrar imaginación, comprender las realidades del nuevo mundo global, descifrar correctamente los desafíos del mundo postmoderno y crear algo nuevo, más allá de las batallas políticas de los siglos XIX y XX. Este enfoque es una invitación a desarrollar una Cuarta Teoría Política más allá del comunismo, del fascismo y del liberalismo.

Para avanzar en el desarrollo de esta Cuarta Teoría Política, es necesario:

- Modificar la interpretación de la historia política de los últimos siglos, adoptando nuevos puntos de vista, más allá del marco de los clichés ideológicos habituales de las viejas ideologías;
- Darse cuenta de la estructura profunda de la sociedad global que aparece ante nuestros ojos;
- Descifrar correctamente el paradigma de la era postmoderna;

- Aprender a no oponerse a una idea política, a un programa o a una estrategia, sino al estado de las cosas “objetivo”, al tejido social apolítico de la (post-) sociedad fracturada.

- Por último, construir un modelo político independiente proponiendo un camino y un proyecto en un mundo de callejones sin salida y de infinito reciclaje de las mismas cosas (post-historia según J. Baudrillard).

El presente trabajo se dedica a esto y al desarrollo de una Cuarta Teoría Política mediante el examen de las tres primeras teorías políticas, así como de las ideologías que se acercan de ellas, el nacional-bolchevismo y el eurasianismo. No se trata de un dogma o de un sistema listo de un proyecto terminado. Es una invitación a la creación política, a la exposición de intuiciones y de conjeturas, el análisis de las nuevas condiciones. Finalmente, es un intento de reinterpretación del pasado.

Nosotros concebimos la Cuarta Teoría Política no como un trabajo de un sólo autor, sino como una tendencia de un amplio espectro de ideas, estudios, análisis, previsiones y proyectos. Todas las personas que piensan según esta perspectiva pueden contribuir con algunas de sus ideas. Y un número creciente de nuevos intelectuales, filósofos, historiadores, científicos y pensadores están respondiendo a este llamamiento.

Es sintomático que el libro del gran intelectual francés Alain de Benoist, *Contra el Liberalismo*, publicado en ruso por ediciones Amphora, se subtitula *Hacia una Cuarta Teoría Política*. Es probable que los defensores de la vieja derecha, así como los defensores de la vieja izquierda y, probablemente, los liberales, teniendo en cuenta el cambio cualitativo en su plataforma política donde la política se evapora, tengan mucho que decir sobre este tema.

Para mi país, Rusia, la Cuarta Teoría Política tiene, entre otras cosas, una importancia práctica considerable. La integración con la comunidad mundial es experimentado por la mayoría de los rusos como un drama, como una pérdida de su

identidad. En la década de 1990, la ideología liberal se ve casi totalmente rechazada por la población rusa. Sin embargo, por otro lado, la intuición sugiere que el retorno a las ideologías políticas no liberales del siglo XX – el comunismo y el fascismo – es poco probable en nuestra sociedad, siendo que estas ideologías históricamente han demostrado ser incapaces de resistir al liberalismo, sin mencionar el costo moral del totalitarismo.

Por lo tanto, para llenar el vacío, Rusia necesita una idea política nueva. El liberalismo no es adecuado, mientras que el comunismo y el fascismo son inaceptables. Y si, para algunos, es una cuestión de libre elección, de realización de la voluntad política, que siempre se puede dirigir tanto a la afirmación como a la negación, para Rusia es una cuestión de vida o muerte, la cuestión eterna de Hamlet.

Si Rusia decide “ser”, significa automáticamente crear una Cuarta Teoría Política. De lo contrario, sólo queda “no ser” y salir lentamente de la arena histórica, para disolverse en un mundo que no es creado y gestionado por nosotros.

El final de la época moderna

El siglo XX terminó, pero sólo ahora estamos empezando a darnos cuenta de esto. El siglo XX fue el siglo de las ideologías. Si durante los siglos pasados, las religiones, las dinastías, las clases sociales, los Estados-nación han desempeñado un papel significativo en la vida de los pueblos y de las sociedades, en el siglo XX la política se desplazó al dominio de lo puramente ideológico, dibujando de una nueva manera el mapa del mundo, los pueblos y las civilizaciones. Por un lado, las ideologías políticas representaban las tendencias antiguas, profundas y civilizacionales. De otro lado, ellas eran también muy innovadoras.

Todas las ideologías políticas, que alcanzaron un máximo de distribución e influencia en el siglo XX, fueron una creación de los tiempos modernos e incorporaban de diferentes maneras, incluso con símbolos distintos, el espíritu moderno. Hoy, nosotros salimos rápidamente de esta época. Es por esto que se menciona con más frecuencia una

“crisis de las ideologías”, o incluso “el fin de las ideologías”.

Las tres principales ideologías y su destino en el siglo XX

Las principales ideologías del siglo XX fueron:

El liberalismo (de derechas y de izquierdas).

El comunismo –incluyendo el marxismo, así como el socialismo y la socialdemocracia.

El fascismo –incluyendo el nacionalsocialismo y otras variaciones de “tercera vía”-, el nacional-sindicalismo franquista, el justicialismo de Perón, el régimen de Salazar, etc.

Ellas lucharon entre sí hasta la muerte, formando la dramática y sangrienta historia política del siglo XX. Lo lógico es enumerar estas ideologías –teorías políticas- tanto en virtud de su importancia como por su orden de aparición, como lo hemos hecho anteriormente.

La Primera Teoría Política es el liberalismo. Surgió primero –en el siglo XVIII- y fue la más estable y la de mayor éxito, porque terminó por derrotar a sus oponentes en una lucha histórica. Con esta victoria, demostró, entre otras cosas, los méritos de su pretensión de todo el legado de la Ilustración. Hoy en día, está claro que el liberalismo era la ideología más adecuada a la era moderna. Sin embargo, fue al principio cuestionado –frecuentemente de manera dramática, activa y, a veces, convincente- por otra teoría política: el comunismo.

Es justo designar al comunismo –como el socialismo en todas sus variantes- de Segunda Teoría Política. Surgió después del liberalismo como una reacción crítica al establecimiento del sistema burgués capitalista, de lo cual el liberalismo era la expresión ideológica.

Por fin, el fascismo es la Tercera Teoría Política. Reclamando su propia interpretación del espíritu de la Edad Moderna (muchos observadores, incluyendo Hannah Arendt, consideran el totalitarismo como una de las formas políticas de la era moderna), el

fascismo estaba dirigido a las ideas y símbolos de la sociedad tradicional. En unos casos, esto llevó al eclecticismo, en otros, al deseo de los conservadores de dirigir la revolución en lugar de resistirse a ella, conduciendo la sociedad en una dirección opuesta, como Arthur Moeller van den Bruck, Dmitry Merezhkovsky, etc.

El fascismo apareció después de las otras teorías políticas importantes y desapareció antes que ellas. La unión de la Primera con la Segunda teorías políticas y los errores geopolíticos suicidas de Hitler lo derrocaron a la mitad del camino. La Tercera Teoría Política murió de “muerte violenta” sin conocer ni la vejez ni la descomposición natural, a diferencia de la URSS. Es por eso que este fantasma semejante a un vampiro sangrante, adornado con el aura de la “maldad mundial”, es tan atractivo para los gustos decadentes del posmodernismo y asusta a la humanidad hasta ahora.

El fascismo, después de haber desaparecido, ha dado paso a un enfrentamiento entre la Primera y la Segunda teorías políticas. Esa lucha se tradujo en la forma de guerra fría y dio origen a la geometría estratégica del mundo bipolar que se prolongó casi medio siglo. En 1991, la Primera Teoría Política, el liberalismo, derrocó a la Segunda, el socialismo. Esto marcó el ocaso del comunismo en todo el mundo.

Por lo tanto, al final del siglo XX, de las tres teorías políticas que fueron capaces de movilizar las masas de millones de personas en todo el mundo, sólo ha quedado una, la teoría liberal. Sin embargo, cuando se quedó sola, todos empezaron a hablar al unísono del “fin de las ideologías”. ¿Por qué?

El final del liberalismo y la llegada del post-liberalismo

Resulta que la victoria del liberalismo, la Primera teoría política, coincidió con su final. Pero la paradoja es sólo aparente.

El liberalismo representaba una ideología no tan dogmática como el marxismo. No obstante, era tan filosófica, estructurada y desarrollada cuanto él. El liberalismo se opuso al marxismo y al fascismo desde un punto de vista ideológico, emprendiendo una guerra

tecnológica por la supervivencia y defendiendo el monopolio del derecho a la construcción del modelo de futuro. Mientras que las otras ideologías competidoras estaban vivas, el liberalismo persistió y fue reforzado precisamente como una ideología, o sea, como un conjunto de ideas, de formas de ver y de proyectos de un sujeto histórico. Cada una de las tres teorías políticas tuvo su propio sujeto.

El sujeto del comunismo era la clase. El sujeto del fascismo era el Estado, o la raza en el nacionalsocialismo. En el liberalismo, el sujeto es el individuo, liberado de todas las formas de identidad colectiva, de toda pertenencia. Mientras que la lucha ideológica tenía adversarios formales, naciones enteras y sociedades podían elegir –al menos en teoría– el sujeto sobre el cual centrarse: la clase, la raza, el Estado o el individuo. La victoria del liberalismo ha solucionado este problema: el individuo se convirtió en sujeto normativo de toda la humanidad.

Entonces empieza el fenómeno de la globalización, el modelo de una sociedad post-industrial comienza y la era postmoderna se inicia. Ahora, el sujeto individual ya no aparece como el resultado de una elección, sino como un dato obligatorio. La persona es liberada de sus “pertenencias”, la ideología de los “derechos humanos” es ampliamente aceptada –por lo menos en teoría– y, de hecho, obligatoria.

La humanidad, compuesta de individuos, tiende naturalmente hacia la universalidad, se convierte en global y unificada. Así nació el proyecto de “Estado global” y de “Gobierno mundial”, la llamada globalización. Además, un nuevo nivel de desarrollo tecnológico permite la independencia con respecto a las clases que estructuran las sociedades industriales, el post-industrialismo.

Los valores del racionalismo, el cientifismo y del positivismo son percibidos como formas veladas de estrategias represivas totalitarias, o la “gran narrativa” y está sujetos a la crítica. Paralelamente, hay una exaltación de la libertad total y de la independencia del individuo para con todos los factores inhibidores, incluso la razón, la moral, la identidad ñsocial, étnica e incluso la sexual- la

disciplina, etc. Esa es la condición postmoderna. En esta etapa, el liberalismo deja de ser la Primera Teoría Política y se convierte en la única práctica post-política. El “fin de la historia” se avecina, la política se sustituye por la economía –entonces completamente globalizada– y los estados y las naciones son disueltos en la caldero de la globalización a escala mundial.

Vencedor, el liberalismo desaparece, convirtiéndose en otra cosa, el post-liberalismo. Ya no tiene una dimensión política, no aparece como una cuestión de elección sino como una especie de “destino”. Aquí es de donde viene la teoría de la sociedad post-industrial: la economía es el destino.

Así que al final del siglo XXI coincide con el momento del fin de todas las ideologías. Ellas sufrieron diferentes fines: la Tercera Teoría Política fue destruida en su “juventud”, la Segunda murió decrepita, la Primera renació de otra forma, el post-liberalismo –la sociedad de mercado global–. Pero en todos los casos, las formas que las tres teorías políticas han tenido en el siglo XX ya no son útiles, eficientes o adaptadas. Ellas no explican nada, no nos ayudan a comprender el presente y no logran responder a los desafíos globales. De esta conclusión surge la necesidad de una Cuarta Teoría Política.

La Cuarta Teoría Política como oposición al *status quo*

La Cuarta Teoría Política no surgirá por sí misma. Ella puede surgir o no. La condición de su aparición es la disidencia. La disidencia con el post-liberalismo como práctica universal, con la globalización, con la postmodernidad, con el fin de la historia, con el *status quo*, con el desarrollo inerte del proceso civilizatorio a la autora del siglo XXI. El *status quo* y la inercia no suponen absolutamente ninguna teoría política. El mundo global es gobernado únicamente por las leyes económicas y morales universales de los “derechos humanos”. Todas las decisiones políticas son sustituidas por decisiones técnicas. La técnica y la tecnología reemplazan todo el resto. El filósofo francés Alain de Benoist llama a esto la “gobernanza”. En lugar de políticos que toman las decisiones

históricas, hay gestores y tecnólogos que optimizan la logística de la gestión pública. Las masas de seres humanos son consideradas como una masa única de objetos individuales. Por eso, la realidad post-liberal –que es la virtualidad moviéndose cada vez más por encima de la realidad– conduce directamente a la abolición de la política.

Algunos podrían argumentar que los liberales “mienten” cuando hablan de “el fin de las ideologías” –mi discusión con el filósofo Alexander Zinoviev fue precisamente acerca de este punto– y, en realidad, siguen siendo fieles a su ideología y simplemente niegan a las otras el derecho de existir. Éste no es el caso. Cuando el liberalismo se convierte de una estructura ideológica en el único contenido de la existencia social y tecnológica presente, ya no es una “ideología”, es un hecho existencial, es el orden “objetivo” de las cosas, que no es sólo difícil sino absurdo de afrontar. El liberalismo en la era posmoderna pasó de la esfera del sujeto para la esfera del objeto. Esto conducirá a la sustitución completa de la realidad por la virtualidad.

La Cuarta Teoría Política se concibe, por lo tanto, como una alternativa al post-liberalismo, no como una ideología con relación a otra, sino como una idea en contraposición a la materia; como una posibilidad en conflicto con la realidad; como una realidad que aún no existe combatiendo lo que ya existe.

Además, la Cuarta Teoría Política no puede ser la continuación de la Segunda Teoría Política, ni de la Tercera. El fin del fascismo, como el fin del comunismo, no es sólo un malentendido debido a la casualidad, sino la expresión de una lógica muy clara de la historia. Ellos desafiaron el espíritu moderno, el fascismo lo hizo casi abiertamente, el comunismo de modo velado, y ellos perdieron.

Por lo tanto, la lucha contra la metamorfosis postmoderna del liberalismo en la forma de la posmodernidad y de la globalización debe ser cualitativamente diferente, basarse en nuevos principios y proponer nuevas estrategias. Sin embargo, el punto de partida de esta ideología, posible,

pero no garantizada, no fatal y no predeterminada, resulta de la libre voluntad de la persona, de su espíritu, de rechazar la esencia del posmodernismo, y no de un proceso histórico impersonal. La Cuarta Teoría Política es un proyecto de “cruzada” contra la posmodernidad, la sociedad post-industrial, el proyecto liberal realizado en la práctica, la globalización y sus bases logísticas y tecnológicas.

Si la Tercera Teoría Política criticaba el capitalismo desde la derecha y la Segunda lo hacía desde la izquierda, en esta nueva fase la antigua topografía política ya no existe: es imposible definir dónde está la derecha o la izquierda relativas al postliberalismo. Sólo hay dos posiciones: la conformidad (el centro) y la disidencia (la periferia). Los dos son posicionamientos globales.

La reinterpretación del pasado y aquellos que han perdido

Las Segunda y Tercera teorías políticas se veían como candidatas a la expresión del espíritu de la modernidad. Y estas afirmaciones han fracasado completamente. Todo en las viejas ideologías no tiene interés para la Cuarta Teoría Política. Sin embargo, el hecho de que han perdido debe considerarse más como algo positivo que negativo. Cuando fueron derrotadas, demostraron que no pertenecen al espíritu de la modernidad que, a su vez, condujo a la *matrix* post-liberal. Su valor reside precisamente en esto. Además, esto significa que los representantes de la Segunda y Tercera teorías políticas, conscientemente o no, estaban en el lado de la Tradición, aunque no hayan sacado las conclusiones necesarias o ni siquiera lo hayan reconocido.

Es necesario repensar la interpretación de las Segunda y Tercera teorías políticas, después de determinar lo que se debe rechazar y lo que tiene un cierto valor. Como ideologías completas, que no tienen otro propósito que ellas mismas, son totalmente insuficientes, tanto de un punto de vista teórico como del práctico. Sin embargo, algunos de sus elementos marginales generalmente no aplicados y ubicados en la periferia o en la oscuridad –evoquemos la “metafísica de los

escombros”- pueden, de manera inesperada, ser extraordinariamente valiosos y ricos en significados e intuiciones.

Sin embargo, en todos los casos, modificar la interpretación de las Segunda y Tercera teorías políticas utilizando nuevas claves, desde una nueva perspectiva y solamente después de rechazar cualquier credibilidad de estas estructuras ideológicas, en las cuales su “ortodoxia” se basaba. Una lectura cruzada de estas teorías parece mucho más productiva. “Marx por medio de una perspectiva positiva de la derecha” o “Evola por medio de una perspectiva positiva de la izquierda”. Pero tal contenido “nacional-bolchevique” fascinante – en el espíritu de Nikolai Oustrialov o de Ernst Niekisch- no es suficiente por sí mismo, porque la simple suma de las Segunda y Tercera teorías políticas nos llevará a ninguna parte.

Contra el liberalismo y después del liberalismo

Dos libros fueron publicados recientemente: *Contra el liberalismo: hacia la Cuarta Teoría Política*, de Alain de Benoist, y el mío propio *La Cuarta Teoría Política*. El libro del filósofo Alain de Benoist es un compendio de sus puntos de vista sobre la filosofía y las ciencias políticas en relación a los grandes temas de nuestro tiempo: la globalización, la crisis económica y social, el proceso de integración europea, las nuevas tendencias políticas y sociales, la relación entre Europa y Rusia, el humanismo, etc. Todos estos problemas se abordan desde un punto de vista crítico hacia la ideología liberal que domina el mundo –la primera y más estable teoría política-. A falta de competición tras la caída del comunismo, el liberalismo se ha convertido en el blanco principal de las críticas de aquellos que son conscientes de los efectos negativos del status quo en la política, en lo social, en la economía, en la cultura, en la ideología, etc, y de aquellos que están buscando una alternativa. Las viejas alternativas al liberalismo –el comunismo y el fascismo- fueron superadas por la historia y descartadas y, cada una a su manera, han demostrado su ineficacia e incompetencia. Por lo tanto, la búsqueda de una alternativa al liberalismo

debe tener lugar en otra parte. El área de búsqueda es designado como el dominio de la Cuarta Teoría Política. Este enfoque corresponde exactamente al tema: “Conservadurismo, ¿el futuro o una alternativa?”. Si pensamos en una alternativa y la correlacionamos con el plan existente para el futuro, entonces debemos entender claramente lo que esta alternativa va a reemplazar. La respuesta es simple: el liberalismo como el discurso mundial dominante. Por lo tanto, la única alternativa importante lógicamente debe ser dirigida contra el liberalismo, de ahí el título del libro de Alain de Benoist. Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿el conservadurismo es adecuado a esta función? En parte, hemos escuchado la respuesta en el discurso de Benoist, en el cual criticaba la teoría liberal del progreso. Este enfoque filosófico propone que el conservadurismo es el candidato más lógico para una alternativa al liberalismo, sea como una visión del mundo relativizadora o que rechaza por completo el progreso. Lo que queda, entonces, es especificar el tipo de conservadurismo en cuestión: es obvio que el conservadurismo liberal no puede ser considerado como una alternativa al liberalismo, siendo una variante suya. Así, por eliminación, podemos hacer una proposición: hay que buscar una alternativa al liberalismo en versiones no liberales del conservadurismo. Todo esto es lógico, ya que el propio Benoist es conocido como un filósofo con posiciones conservadoras –algunas veces se refieren a él como uno de los pioneros de la Nueva Derecha europea- pero la clase particular de conservadurismo que tiene en mente es evidente a partir de su libro.

Hay otro aspecto digno de mención en cuanto al título del libro de Benoist. Muchos lectores recordarán otro manifiesto ideológico dirigido contra el liberalismo llamado *Después del liberalismo* de Immanuel Wallerstein. A pesar de la similitud en sus títulos y del objeto de la crítica, hay una diferencia significativa. Wallerstein critica el liberalismo desde el punto de vista de la izquierda –a partir de la posición neo-marxista. Y como cualquier marxista ve al liberalismo –la democracia burguesa y el capitalismo- como una fase del

desarrollo histórico, que es progresista en comparación con las fases anteriores de desarrollo –tales como el feudalismo o la esclavitud– pero es inferior a lo que debe venir después de él –el socialismo, el comunismo–. Estamos hablando de una crítica “desde la izquierda” y, de cierta manera, que tiene como punto de partida el futuro –el cual se expresa en el título del libro de Wallerstein, “después del liberalismo”. Esta es una característica típica del marxismo. Para Benoist, ni la superioridad del liberalismo sobre los modelos anteriores de sociedades, ni las ventajas de un futuro comunista, son obvias. Por lo tanto, a pesar de la similitud de títulos, hay una diferencia fundamental entre las posiciones iniciales de los autores: con Wallerstein, se trata de la crítica “a partir de la izquierda”; Benoist hace una crítica “a partir de la derecha”. Otra diferencia es la relación con el liberalismo. Según Wallerstein, el fin del liberalismo es un resultado inevitable de acuerdo con la lógica de la historia sociopolítica y socioeconómica, por lo que habló fácilmente de un “después”. Para Benoist, la cuestión sigue siendo: hay que luchar contra el liberalismo, sin embargo, en esta lucha moral e históricamente justificada, no hay resultados garantizados. Es importante luchar contra el liberalismo aquí y ahora; es importante identificar sus vulnerabilidades; es importante forjar una visión del mundo alternativa –pero el futuro está en nuestras manos y es abierto y no predeterminado–. Wallerstein, en diversos grados, ve las cosas mecánicamente, como cualquier marxista, en tanto que Benoist es un organicista y holista, como cualquier (verdadero) conservador.

El sujeto de la Cuarta Teoría Política: el *ethnos*

En cada una de las tres ideologías hay un sujeto histórico claramente definido. En la ideología liberal, el sujeto histórico es el individuo: el individuo se concibe como una unidad que es racional y dotado de una voluntad (la moral). El sujeto del comunismo es la clase: la estructura de clases de la sociedad y el conflicto entre la clase explotadora y la clase explotada es el núcleo de la dramática visión que los comunistas tienen

de la historia. Y, por último el Estado es el sujeto del fascismo y la raza del nacionalsocialismo: en el fascismo, todo está basado en una versión derechista del hegelianismo elaborada por Giovanni Gentile; en el nacionalsocialismo, es la superioridad de la raza aria sobre las razas subhumanas, cuyas terribles consecuencias de esta ideología son demasiado bien conocidas para que nosotros insistamos en ellas.

La definición de un sujeto histórico es la base fundamental para las ideologías políticas en general y determina sus estructuras. El sujeto histórico de la Cuarta Teoría Política no es el individuo, ni la clase, ni el Estado, ni la raza. Éste es el axioma antropológico e histórico de la Cuarta Teoría Política. Pero entonces, ¿quién –o qué– puede ser el sujeto histórico?

Observamos una actitud positiva hacia el *ethnos*, el etnocentrismo, que dirige hacia este tipo de existencia que se forma dentro de la estructura del *ethnos* y que permanece intacta a través de una variedad de etapas, incluyendo los tipos muy diferenciados de sociedades que un pueblo puede desarrollar en el curso de su historia. El tema ha encontrado gran resonancia en ciertas direcciones filosóficas de la Revolución Conservadora –por ejemplo, Carl Schmitt y su teoría de los “derechos de los pueblos”, Adam Müller, Arthur Moeller van den Bruck y otros–, o la escuela alemana de sociología étnica –Wilhelm Mühlmann, Richard Thurnwald y otros–. *Ethnos* es el mayor valor de la Cuarta Teoría Política como fenómeno cultural; como una comunidad de lengua, de religión, de la vida cotidiana y compartimiento de los recursos y objetivos; como una entidad orgánica puesta en un “paisaje acogedor” (Lev Gumilev); como un medio siempre único de establecer relaciones con el mundo exterior; como la matriz del “mundo vital” (Edmundo Husserl); y como la fuente de todos los “juegos del lenguaje” (Ludwig Wittgenstein). Por supuesto, la etnicidad no era el punto focal del nacionalsocialismo y tampoco del fascismo. Sin embargo, el liberalismo como ideología, pidiendo la liberación de todas las formas de identidad colectiva, en general, es totalmente

incompatible con el *ethnos* y el etnocentrismo, y es una expresión de un etnocidio teórico y tecnológico sistemático.

Cualquiera que sea el caso, el *ethnos* y el etnocentrismo tienen todas las razones para ser considerados como candidatos a convertirse en el sujeto de la Cuarta Teoría Política. Al mismo tiempo, tenemos que insistir que nosotros vemos el *ethnos* en plural, sin tratar de establecer ningún tipo de sistema jerárquico: grupos étnicos son diferentes, pero cada uno de ellos es en sí mismo universal; grupos étnicos viven y se desarrollan, pero esta vida y este desarrollo no se encajan en un paradigma específico; ellas son abiertas y siempre distintas; las etnias se mezclan y se separan, pero ni lo uno ni lo otro es bueno o malo *per se* –las etnias establecen los criterios de evaluación, cada vez de una manera diferente-. Podemos sacar muchas conclusiones basadas en este punto. En particular, podemos relativizar la propia noción de “política”, que proviene de la normatividad de la ciudad, la *polis* y, en consecuencia, del modelo urbano de auto-organización dentro de la comunidad (o de la sociedad). Como paradigma general, podemos revisar lo que Richard Thurnwald llama el *Dorfstaat* – un “pueblo-estado”. El pueblo-estado es una visión alternativa de la política desde la perspectiva del *ethnos* viviendo naturalmente en equilibrio con el medio ambiente. Esta visión no es un reflejo de la perspectiva de la ciudad –proyectando su estructura sobre el resto del país-, sino que es la del pueblo o provincia. Se trata del punto de vista de las regiones que han sido periféricas en la política clásica pero que son el centro en la Cuarta Teoría Política. Sin embargo, esto es sólo un ejemplo de todas las posibilidades que se abren si aceptamos el *ethnos* como el sujeto histórico.

¿Qué salvar del liberalismo?: la libertad

Por último, ¿qué podemos salvar del liberalismo? Y aquí, como siempre, tenemos que empezar con los aspectos que no deben ser utilizados. Tal vez, en este caso, todo esté descrito claramente y de una manera bastante detallada en la obra de Alain de Benoist *Contra*

el liberalismo: hacia la Cuarta Teoría Política, a la que sigo constantemente y conscientemente. El liberalismo es el principal enemigo de la Cuarta Teoría Política, que está siendo construida en total oposición al mismo. Sin embargo, como es el caso de las otras teorías políticas (comunismo y fascismo), aquí también hay algo importante y algo secundario. El liberalismo como un todo tiene al individuo como su componente más básico. Son estos individuos, colectivamente pero de forma aislada unos de otros, que se toman como el todo. Es, quizá, por esta razón que el círculo hermenéutico del liberalismo resultó ser el más duradero: tiene la órbita más pequeña y gira alrededor de su sujeto –el individuo-. Para romper este círculo hay que golpear al individuo, abolirlo y expulsarlo a la periferia de las consideraciones políticas. El liberalismo es muy consciente de este peligro y, por tanto, libra una batalla tras otra contra todas las otras ideologías y teorías –sociales, filosóficas y políticas- que amenazan al individuo, inscribiendo su identidad en un contexto más general. Las neurosis y miedos situados en el núcleo patógeno de la filosofía liberal se ven claramente en *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, un clásico del neoliberalismo de Karl Popper. Él comparó el fascismo y el comunismo basándose precisamente en el hecho de que ambas ideologías integran al individuo en una comunidad supraindividual, en un todo, en una totalidad, que Popper inmediatamente calificó como “totalitarismo”.

Después de haber minado al individuo como la figura constitutiva de todo el sistema político y social, podremos poner fin al liberalismo. Por supuesto, no es fácil de lograr. Sin embargo, ahora es evidente que el aspecto más débil (y el más fuerte) de la Primera Teoría Política viene de su apelación directa al individuo rogando que él permanezca lo mismo, por sí mismo en su propia individualidad, singularidad, particularidad y parcialidad autónomas. En todo caso, la Cuarta Teoría Política puede interpretar las fobias de Popper a su favor. Comprender lo que el enemigo más teme nos permite proponer la teoría de que toda identidad humana es aceptable y justificada, a excepción de la del individuo. El hombre es todo menos

individuo. Debemos observar cuidadosamente a un liberal cuando lee o escucha un axioma de este tipo. Creo que esto será un espectáculo impresionante –toda su “tolerancia” se evaporará de inmediato-. Los “derechos humanos” serán distribuidos a todos, a excepción de aquellos que se atrevan a decir algo en este sentido. Esto, sin embargo, lo he descrito con más detalle en mi ensayo *Humanismo Máximo*, así como en el libro *La filosofía de la política*.

Sin embargo, ¿hay algo que podamos utilizar del liberalismo –de este liberalismo que está hipotéticamente derrotado y que ha perdido su eje?

Sí, hay. Es la idea de libertad. Y no sólo la idea de “libertad para” –esa misma libertad sustantiva rechazada por Mill es su programa liberal, que se concentró en la “libertad de -. Nosotros debemos decir “sí” a la libertad en todos sus sentidos y en todas sus perspectivas. La Cuarta Teoría Política debe ser la teoría de la libertad absoluta, pero no como en el marxismo, en el que coincide con la necesidad absoluta. No, la libertad puede ser de cualquier tipo, libre de cualquier correlación o de la falta de ella, hacia cualquier dirección y cualquier objetivo. La libertad es el valor más grande de la Cuarta Teoría Política, pues coincide con su centro y su núcleo dinámico, enérgico.

La diferencia es que esta libertad se concibe como la libertad humana, no como libertad para el individuo –como la libertad dada por el etnocentrismo y la libertad del *Dasein*, la libertad de la cultura y la libertad de la sociedad, la libertad para cualquier forma de subjetividad a excepción de la del individuo-. Moviéndose en la dirección opuesta, el pensamiento europeo hace mucho tiempo llegó a una conclusión diferente: “el hombre (como individuo) es una cárcel sin paredes” (Jean-Paul Sartre); o sea, la libertad de un individuo es una prisión. Con el fin de alcanzar la verdadera libertad, debemos ir más allá de los límites del individuo. En este sentido, la Cuarta Teoría Política es una teoría de liberación, de ir más allá del muro de la prisión para el mundo exterior, que comienza donde la jurisdicción de la identidad individual termina.

La libertad está siempre llena de caos pero también está abierta a las oportunidades. Situada en la estrecha estructura de la individualidad, la cantidad de libertad se vuelve microscópica y, en última instancia, ficticia. Al individuo se le concede la libertad porque los usos que puede hacer de ella son muy limitados –la libertad permanecerá contenida dentro del diminuto alcance de su individualidad y sobre el cual tiene control directo-. Ese es el otro lado del liberalismo: en su esencia, es totalitario e intolerante con las diferencias y sobre todo frente a la realización de una gran voluntad. Sólo está dispuesto a tolerar a la gente pequeña; protege no tanto los derechos del hombre, sino los derechos de un hombre pequeño. A este “hombre pequeño” se puede permitir hacer todo porque, a pesar de todo su deseo, él no podrá hacer nada. Sin embargo, más allá del pequeño hombre, en el otro lado del “humanismo mínimo”, uno puede apenas vislumbrar el horizonte cercano de la verdadera libertad. Sin embargo, es también allí donde grandes riesgos y peligros nacen. Habiendo salido de los límites de la individualidad, el hombre puede ser aplastado por los elementos de la vida y por el caos peligroso. Puede desear establecer el orden. Y está totalmente en su derecho –el derecho de un gran hombre- un hombre real de “ser y tiempo” (Martin Heidegger). Y, como cualquier orden, este posible orden que llegará, puede venir incorporado en formas individuales. Sin embargo, esto no es individualidad, sin individuación; no rotaciones vacías alrededor de lo que se ha recibido de las autoridades liberales y que no tiene significado, sino la ejecución real de las tareas, así como la domesticación de los horizontes inquietos e interesantes de la voluntad.

El portador de la libertad en este caso será el *Dasein*. Las ideologías anteriores, cada una a su manera, alejaron el *Dasein* de su significado, lo hicieron restringido, encerrado de una u otra forma, por lo que no es auténtico. Cada una de estas ideologías puso una muñeca sombría –*das Man*- en el lugar del *Dasein*. La libertad del *Dasein* se encuentra en la aplicación de la oportunidad de ser auténtico, es decir, en la realización del *Sein* más que del

Da. “Ser-ahí” se compone de “ahí” y de “Ser”. Para entender donde este “ahí” se encuentra, debemos apuntarlo y hacer un gesto básico, fundacional. Aún, con el fin de que el “Ser” fluya hacia “ahí” como una fuente, debemos poner todo esto junto –colocar todo este círculo hermenéutico en el dominio de la libertad completa-. Por lo tanto, la Cuarta Teoría Política es, al mismo tiempo, una teoría ontológica fundamental que contiene la conciencia de la verdad del Ser en su esencia.

Sin libertad, no podemos obligar a nadie a existir. Incluso si construimos la sociedad pacífica y aunque obliguemos todos a actuar de forma adecuada y a operar en la estructura del paradigma correcto, nosotros jamás podríamos garantizar ese resultado. Esto es consecuencia de la libertad del hombre para elegir el Ser. Por supuesto, la mayoría de las veces el hombre se inclina hacia la existencia “inauténtica” del *Dasein*, tratando de esquivar el tema, para sucumbir a la autoironía. El *Dasein* liberado puede no elegir el camino para el Ser, puede esconderse en un refugio, puede, una vez más, provocar desorden en el mundo con sus alucinaciones y miedos, sus preocupaciones e intenciones. Elegir el *Dasein* puede corromper la Cuarta Teoría Política, convirtiéndola en una auto-parodia. Éste es su riesgo, pero “Ser” también es un riesgo. Sin embargo, sólo lo que incrementa la libertad hará de la elección del Ser auténtico una realidad. La Cuarta Teoría Política confía en el destino del Ser y confía el destino al Ser. La Cuarta Teoría Política debe ser completamente abierta.

© Extractos de *La Cuarta Teoría Política*, de Alexander Dugin. Ed. Nueva República, 2013 (www.edicionesnuevarepublica.com).



Necesidad de la Cuarta Teoría Política

Leonid Savin

La actual crisis financiera mundial marca la conclusión de los daños causados por la ideología liberal que, habiendo aparecido en la época de la Ilustración occidental, ha dominado durante décadas la mayor parte del planeta.

Las voces perturbadoras y las críticas comenzaron a finales del siglo pasado, con el surgimiento de fenómenos como la globalización y el uni-mundialismo. Estas críticas no sólo resonaban desde la oposición exterior – conservadores, marxistas y pueblos indígenas-, pero comenzaron en el campo de la comunidad occidental. Los investigadores notaron que el impacto de la globalización moderna es una consecuencia del liberalismo universal, que se opone a cualquier manifestación de distinciones.

El programa definitivo del liberalismo es la aniquilación de toda distinción. Por lo tanto, el liberalismo socava no sólo los fenómenos culturales, sino también el propio organismo social. La lógica del liberalismo occidental contemporáneo es la del mercado universal desprovisto de cualquier otra cultura que no sea el proceso de producción y consumo (1).

La experiencia histórica ha demostrado que el mundo liberal occidental ha tratado de imponer por la fuerza su voluntad sobre todos los demás. De acuerdo con esta idea, todos los sistemas públicos de la Tierra son variantes del sistema – liberal – occidental (2) y sus características distintivas deberían desaparecer antes de que se aproxime la conclusión de esta época del mundo (3).

Jean Baudrillard afirma también que este no es un choque de civilizaciones, sino una resistencia casi innata entre una cultura universal homogénea y los que se resisten a la globalización (4).

Las ideologías universales

Aparte del liberalismo dos ideologías más son conocidas por haber tratado de lograr la supremacía mundial: el comunismo (es decir, el marxismo en sus diversas vertientes) y el fascismo / nacionalsocialismo. Como Alexander Gelyevich Dugin ha observado justamente, el fascismo ha surgido después de las otras dos ideologías y ha desaparecido antes que ellas. Después de la desintegración de la URSS, el marxismo, que nació en el siglo XIX, ha sido definitivamente desacreditado también. El liberalismo, basado principalmente en el individualismo y en una sociedad atomizada, en los derechos humanos y en el Estado-Leviatán descrito por Hobbes, surgió debido a la *bellum omnium contra omnes* (5) y se ha mantenido durante mucho tiempo.

Aquí es necesario analizar la relación de las ideologías mencionadas en los contextos de los momentos temporales y los *loci* [propios de una cosa o un hecho -lat. loci a re, como las causas, los efectos, el lugar, el momento...-n.d.t.] de los cuales surgieron.

Sabemos que el marxismo era una idea un tanto futurista – el marxismo profetizó la futura victoria del comunismo en un momento en que no obstante seguía siendo incierta. En este sentido es una doctrina mesiánica, vista la inevitabilidad de su victoria que se plasmaría en la culminación y el final del proceso histórico. Pero Marx era un falso profeta y la victoria nunca llegó.

El nacionalsocialismo y el fascismo, por el contrario, trataron de recrear la abundancia de una mítica edad de oro, pero con una forma moderna (6). El fascismo y el nacionalsocialismo fueron tentativas para inaugurar un nuevo ciclo de tiempo, sentando las bases de una nueva civilización en las secuelas de lo que se consideraba como una decadencia cultural y la muerte de la civilización occidental (así probablemente la idea del Reich de los mil años). Esto fue abortado también.

El liberalismo (como el marxismo) proclamó el fin de la historia, más convincentemente descrito por Francis Fukuyama (El fin de la historia y el último

hombre) (7). Tal fin, sin embargo, nunca ocurrió; y en su lugar tenemos un nómada como “la sociedad de la información”, compuesta de individuos atomizados egoístas (8), que consumen ávidamente los frutos de la tecno-cultura. Además, enormes colapsos económicos tienen lugar en todo el mundo; se producen conflictos violentos (muchas revueltas locales, pero también guerras de larga duración a escala internacional); y así la decepción domina nuestro mundo en lugar de la universal utopía prometida en nombre del “progreso” (9).

La Cuarta Teoría Política y el contexto del tiempo

¿Cómo deben los expertos de la nueva cuarta teoría política enmarcar sus análisis en el contexto de épocas de tiempo históricas? Debería ser mediante la unión con la eternidad que el teórico revolucionario-conservador Arthur Moeller van der Brück propugnó en su libro *Das Dritte Reich*.

Si los seres humanos se consideran ellos mismos y al pueblo al que pertenecen no como entidades momentáneas, temporales, sino con una “perspectiva de eternidad”, entonces se liberarán de las desastrosas consecuencias del enfoque liberal de la vida humana, por el cual los seres humanos son considerados a partir de un punto de vista estrictamente temporal. Si la premisa de A. Moeller van der Bruck es alcanzada, tendremos una nueva teoría política cuyos frutos serán simultáneamente tanto conservadores como portadores de los nuevos valores que nuestro mundo necesita desesperadamente.

Desde tal perspectiva histórica, es posible entender los vínculos entre el surgimiento de una ideología dentro de una época histórica determinada, o lo que se ha llamado el *zeitgeist* o “espíritu de la época”.

El fascismo y el nacionalsocialismo vieron los cimientos de la historia en el estado (fascismo) o la raza (nacional socialismo hitleriano). Para el marxismo era la clase obrera y las relaciones económicas entre las clases. El liberalismo, en cambio, ve la historia en términos del individuo atomizado separado

de un complejo de herencia cultural y de contacto y comunicación inter-social. Sin embargo, nadie consideró como sujeto de la historia el Pueblo como Ser, con toda la riqueza de los vínculos interculturales, las tradiciones, las características étnicas y la visión del mundo.

Si tenemos en cuenta diversas alternativas, países incluso nominalmente “socialistas” han adoptado mecanismos liberales y modelos que expusieron a regiones con un modo de vida tradicional a la transformación acelerada, al deterioro o a la destrucción total. La destrucción del campesinado, la religión y los vínculos familiares por el marxismo fueron manifestaciones de este desbaratamiento de las sociedades tradicionales orgánicas, ya sea en la China maoísta o en la URSS bajo Lenin y Trotsky.

Esta oposición fundamental a la tradición encarnada tanto por el liberalismo como por el marxismo puede ser entendida por el método de análisis histórico considerado anteriormente: ambos marxismo y liberalismo, surgieron del mismo *zeitgeist*, en el caso de estas doctrinas, del espíritu del dinero (10).

Alternativas al liberalismo

Varios intentos de crear alternativas al neo-liberalismo son ahora visibles – el socialismo libanés de la *Jamahiriyah*; el chiísmo político en Irán, donde el objetivo principal del estado es la aceleración de la llegada del Mahdi; y la revisión del socialismo en América Latina (las reformas en Bolivia son especialmente indicativas). Estas respuestas anti-liberales, sin embargo, se limitan dentro de las fronteras correspondientes, en un único estado.

La antigua Grecia es la fuente de las tres teorías de la filosofía política. Es importante entender que, al comienzo del pensamiento filosófico los griegos consideraban la cuestión primordial del Ser. Sin embargo, ellos se arriesgaron a ofuscarse en los matices de la más complicada relación entre ser y pensar, entre el ser puro (*Seyn*) y su expresión en la existencia (*Seiende*), entre el ser humano (*Dasein*) y el ser en sí mismo (*Sein*) (11).

Por lo tanto, la renuncia al (neo) liberalismo y la revisión de las viejas categorías y, tal vez, de la totalidad de la filosofía occidental, son necesarias. Debemos desarrollar una nueva ideología política que, según Alain de Benoist, será el nuevo (Cuarto) *Nomos* de la Tierra. El filósofo francés tiene razón al subrayar que la reconsideración positiva de la identidad colectiva es necesaria, porque nuestro enemigo no es “el otro”, sino una ideología que destruye todas las identidades (12).

Cabe señalar que tres oleadas de globalización han sido los corolarios de las mencionadas tres teorías políticas (marxismo, fascismo y liberalismo). Como resultado, después de ello necesitamos una nueva teoría política, que generaría la Cuarta Oleada: el restablecimiento de (todos) los pueblos con sus valores eternos. Y por supuesto, después de la necesaria consideración filosófica, la acción política debe continuar.

Notas.-

[1] Gustav Massiah, «Quelle response a la mondialisation», en *Après-demain* (04/05/1996), p.199.

[2] Por ejemplo, la insistencia en que todos los Estados y pueblos deben adoptar el sistema parlamentario inglés de Westminster como modelo universal, independientemente de las antiguas tradiciones, estructuras sociales y jerarquías.

[3] «Les droits de l'homme et le nouvel occidentalisme» en *L'Homme et la société* (numéro especial [1987], p.9)

[4] Jean Baudrillard, *Power Inferno*, París, Galilée, 2002. Véase también, por ejemplo, Jean Baudrillard, “The Violence of the Global” (<http://www.ctheory.net/articles.aspx?id=385>).

[5] En Inglés [español, n.d.t.]: La guerra de todos contra todos.

[6] De ahí la crítica del nacionalsocialismo y el fascismo hecha por tradicionalistas como Julius Evola. Ver KR Bolton, *Thinkers of the Right* (Luton, 2003), p. 173 ..

[7] Francis Fukuyama *The End of History and the Last Man*, Penguin Books, 1992.

[8] G. Pascal Zachary, *The Global Me*, NSW, Australia: Allen and Unwin, 2000.

[9] Clive Hamilton, *Affluenza: When Too Much is Never Enough*, NSW, Australia: Allen and Unwin, 2005.

[10] Este es el significado de la declaración de Spengler según la cual “En esto reside el secreto de por qué todos los partidos radicales (es decir, pobres) necesariamente se convierten en las herramientas de los poderes del dinero, los Équites, la Bolsa. Teóricamente, su enemigo es el capital, pero en la práctica ellos atacan, no la Bolsa, sino la Tradición en nombre de la Bolsa. Esto es tan cierto hoy como lo fue para la época *graciana*, y en todos los países ...” Oswald Spengler, *The Decline of the West*, (Londres: George Allen & Unwin, 1971), vol. 2, p. 464.

[11] Véase Martin Heidegger en estos términos.

[12] – Алан де Бенуа (Alain de Benoist), *Против Либерализма* (Contra el liberalismo), Saint-Petersburg: Амфора, 2009, pp.14 -15.

© Revista *Ab Aeterno* núm. 3.



Leonid Savin

La Cuarta Teoría Política y la “Otra Europa”

Natella Speranskaya

Crítica del (Neo)liberalismo desde “arriba”

En su libro *Carl Schmitt, Leo Strauss y El concepto de lo político* Heinrich Meier señaló que el mundo está tratando de dejar de identificar la diferencia entre amigo o enemigo. Schmitt muestra claramente al mundo la inevitabilidad del “o bien” con el fin de intensificar la “conciencia de una situación de emergencia” y volver a despertar la capacidad que se manifiesta cuando “el enemigo se revela a sí mismo con particular claridad”. De hecho, hoy podemos identificar sin lugar a dudas a nuestro enemigo. El enemigo ideológico (y ontológico) es el liberal, el partidario de la teoría política que derrotó a las dos ideologías del siglo XX, el comunismo y el fascismo/nacionalsocialismo. Hoy nos enfrentamos con el resultado de la victoria. Al decir “*nosotros*” no me refiero a alguna entidad política abstracta, más bien me refiero a los representantes de la tradición geopolítica de Eurasia o de los enfoques de la geopolítica telurocrática (por lo tanto, los enemigos están determinados por su participación en la geopolítica talosocrática). Comentando la obra fundamental *El concepto de lo político*, Leo Strauss señala que a pesar de toda la crítica radical del liberalismo contenida en ella, Schmitt no sigue a través, ya que su crítica se desarrolla y se mantiene dentro del alcance del liberalismo.

“Su tendencia anti-liberal”, dice Strauss, “queda limitada por la ‘sistemática del pensamiento liberal’ que no ha sido superada hasta el momento, el cual -como el mismo Schmitt reconoce- a pesar de todos los errores no es sustituido por ningún otro sistema en la Europa de hoy”. La crítica del liberalismo es imposible dentro del ámbito de aplicación del liberalismo; sin superar definitivamente (o mejor dicho, “colapsar”) el discurso liberal no hay sustitución posible.

Somos muy conscientes del hecho de que las tres grandes ideologías políticas del siglo pasado – el liberalismo, el comunismo y el fascismo (las teorías políticas primera, segunda y tercera, respectivamente) – son producto de la modernidad. Un cambio de paradigma a la posmodernidad implica necesariamente el nacimiento de una teoría política que esté fuera del alcance de los últimos tres teorías (además, teniendo en cuenta las metamorfosis políticas del liberalismo, que pueden reducirse a una sola definición – “neoliberalismo” – la necesidad de una alternativa bien cimentada se vuelve esencial). Sólo después de conseguir liberarse de la esclavitud de la doctrina liberal, es posible proceder a su crítica total.

Dar un paso más allá de la modernidad no significa: a) tentativas destinadas a la formación de otra doctrina comunista, b) la posibilidad de establecer una ideología neo-fascista capaz de sustituir una teoría política alternativa de esencia contra-liberal. Tenemos que hacer una elección política que determinará el futuro del orden mundial estando ya en un punto de transición hacia la multipolaridad, constituida por cuatro polos, donde la presencia del polo eurasiático es esencial. Además, la misma elección política implica la aceptación consciente del concepto de la Cuarta Teoría Política permitiendo la crítica del (neo) liberalismo desde “arriba”.

“La otra Europa”

“Sólo unas pocas personas pueden argumentar en contra del hecho de que hoy, en medio de la aterradora sensación de crisis e inquietud que se ha apoderado de las mentes más agudas, toda la comunidad Europea apela al ideal supremo de la cultura mundial, la cultura, en el cual un nuevo principio se espera que una a los poderes y portadores de las dispersas tradiciones europeas”, dice el filósofo italiano Julius Evola en una introducción de su ensayo Europa Unida: El Requisito espiritual.

Nosotros, los representantes de la filosofía política Euroasiática, estamos construyendo relaciones estratégicas con los últimos rebeldes de la resistencia de Europa, con los que incluso entre las ruinas mantienen el valor de defender los valores supremos, heroicos y

tradicionales. Al reflexionar sobre las condiciones previas de la nueva unidad europea, Evola destaca una amenaza inminente proveniente a la vez de Rusia y los Estados Unidos. Este ensayo se enfrenta al período histórico que se ha caracterizado por ser un sistema bipolar de orden mundial, en el que el mismo modelo incorpora dos polos, las dos potencias hegemónicas – la URSS y los Estados Unidos. Hoy en día, nos enfrentamos a un modelo unipolar y a una potencia hegemónica única, los Estados Unidos de América y, por lo tanto, nos encontramos dentro de un victorioso discurso liberal que está pasando por metamorfosis apenas perceptibles. A pesar de todas las diferencias entre los dos períodos históricos, la crisis europea no sólo sigue siendo un problema no resuelto sino que aumentó significativamente. Sin embargo ¿qué tipo de Europa estamos discutiendo? En una de sus entrevistas, Alexander Dugin señaló que hoy en día nos encontramos con “dos Europas”: Una Europa liberal (o *Europa-1*) que incorpora la idea de la “sociedad abierta”, los derechos humanos, el registro de matrimonios del mismo sexo, la legalización de la *familia sueca*, y la “otra Europa” (*Europa-2*) políticamente comprometida, pensadora, intelectual, espiritual, que considera el *status quo* y la dominación del discurso liberal como un verdadero desastre y una traición a la tradición europea. “Muchos años han pasado desde que Occidente se dio cuenta de lo que la “tradición” representa, en su sentido más elevado; el espíritu anti-tradicional se ha convertido en sinónimo de lo occidental ya en la época del Renacimiento. La “Tradición”, en su pleno sentido, es una sucesión de períodos, “los tiempos heroicos” de Vico – donde era la única fuerza creativa con raíces metafísicas expresadas en las costumbres y la religión, el derecho, la mitología, las creaciones artísticas – en todas las áreas privadas de la existencia”, dice Julius Evola. Los últimos rebeldes de la resistencia de Europa son los representantes de la “Otra Europa”.

En su obra *Europa y la globalización* Alain de Benoist presta atención al hecho de que “Europa tiene todas las cartas de triunfo que le permitirían derrocar la hegemonía

estadounidense y convertirse en una gran potencia mundial sin ninguna duda”. Sin embargo, Europa se abstiene de tomar una decisión estratégica y permite ser arrojada al abismo de la desesperanza y la extinción total por los Estados Unidos, la mayoría de los europeos han perdido su identidad, y sólo unos pocos representantes de la “Otra Europa” siguen siendo fieles a la herencia de la tradición europea. El cuarto Nomos de la Tierra al que nos hemos acercado se caracteriza como “multipolar” o, más precisamente, como potencialmente multipolar ya que “la única civilización, los Estados Unidos de América, es hegemónica en seis grandes esferas de poder: tecnológica, económica, financiera, bélica, medios de comunicación y cultura”. De Benoist destaca que Estados Unidos tiene como objetivo retrasar la inevitable transformación del *universum* Occidental en un *pluriversum* planetario. Una ruptura radical respecto a los EE.UU. podría llevar a Europa a convertirse en soberana, para regresar a su verdadera identidad (nacional, cultural, etc.) y, en consecuencia, contribuir al ocaso del estatus de EE.UU. como líder mundial.

Nos gustaría señalar la necesidad de identificar un principio capaz de asegurar la unidad, señalada por Evola, de la que definimos como una doctrina política que representa una importante alternativa a la ideología liberal. La doctrina política fundada por Alexander Dugin ha sido bautizada como La Cuarta Teoría Política. Hoy debemos reconsiderar el destino histórico de Rusia y Europa. Rusia, no como una parte de Europa, sino más bien Rusia y Europa como dos “grandes espacios” (*Grossraum*), dos civilizaciones: por un lado, dado el modelo multipolar del orden mundial que incorpora a dichas civilizaciones como actores, y por otro lado, teniendo en cuenta el análisis exhaustivo de las relaciones entre Rusia y Europa que está superando el paradigma liberal y nos ofrece una imagen completamente diferente. Alain de Benoist también destaca que Rusia, que se encuentra en el centro del *Heartland*, no es Europa, mientras que Europa pertenece a la entidad euroasiática. Cabe señalar que el filósofo italiano Massimo Cacciari, ex-

gobernador de Venecia y antiguo miembro del Parlamento Europeo (popular en Rusia sobre todo por su obra *La Geofilosofía de Europa*) tenía un presentimiento acerca de la Cuarta Teoría, descrito en el Prólogo de su trabajo geofilosófico como: “... en lugar de un clásico régimen simplificado con dos polos – izquierda (marxistas) y derecha (anti-marxistas, conservadores), y el centro en el medio, Cacciari aborda apropiadamente un régimen político que implica, por lo menos, cuatro distinciones “.

«Imitación de la Historia»

La Cuarta Teoría Política es enemiga del liberalismo. Sin embargo, ¿Qué defiende el actual liberalismo? Nuestro plan estratégico dirigido a la destrucción de esa ideología hostil depende de la respuesta a esta pregunta. Hoy en día nos enfrentamos al “neo-liberalismo” o “post-liberalismo”, un liberalismo no auténtico. En su libro *La Cuarta Teoría Política*, A. Dugin establece el cambio de estatus de la ideología liberal en la transición de la modernidad a la posmodernidad, y describe el “escenario (*nahopamy*) del grotesco post-liberalismo”: el *individuum* del liberalismo clásico, la primera medida de todas las cosas, se convierte en un *post-individuum*; el hombre como poseedor de la propiedad privada – que prácticamente adquiere un estatus sagrado – será poseído por esta última; se produce la Sociedad del Espectáculo (*La Société du spectacle* de Guy Debord); el límite entre lo real y lo virtual se vuelve borroso – el mundo se convierte en un supermercado técnico; todas las formas de autoridad supra-individual se eliminan, el estado es sustituido por la “sociedad civil”; el principio – “la economía es nuestro destino” se sustituye por otro principio – “el código digital es nuestro destino”, en otras palabras, todo se convierte en total virtualidad.

“No hay nada más trágico que la incapacidad de entender el momento histórico que estamos atravesando actualmente”, señala Alain de Benoist, “*este es el momento de la globalización posmoderna*”. El filósofo francés pone de relieve la importancia de la cuestión de un nuevo *Nomos* de la Tierra como una forma de establecer relaciones internacionales. Entonces ¿cómo cree que será el cuarto

Nomos? De Benoist analiza dos posibilidades: la transición al *universo* (o un mundo unipolar), que significa la dominación estadounidense, y la transición al *pluriversum* (un mundo multipolar), donde la diversidad cultural no se enfrentará a ninguna amenaza de absorción total y de “fusión”. En efecto, el cuarto *Nomos* de la Tierra se relaciona con la Cuarta Teoría Política. Alain de Benoist afirma que “similar a los tres grandes Nomos de la Tierra, en la modernidad ha habido tres grandes teorías políticas”. En la era de la modernidad nos hemos encontrado con la sucesión del liberalismo, el socialismo y el fascismo en los siglos XVIII, XIX y XX, respectivamente. Y estas tres ideologías desaparecieron en orden inverso. Así, la última de las ideologías fue la primera que desapareció. (...) El cuarto *Nomos* de la Tierra requiere el surgimiento de la Cuarta Teoría Política. La Cuarta Teoría aún no se puede definir en detalle -añade de Benoist-. En efecto, será crítica con las teorías anteriores. Sin embargo, incorporará ideas valiosas de las ideologías precedentes. Será una síntesis como el *Aufhebung* en su sentido hegeliano.

Al elaborar una base ideológica para la Cuarta Teoría es posible analizar aspectos tanto positivos como negativos de las otras tres teorías políticas conocidas, y adoptar aquellos aspectos que nos parecen aceptables. Esta es una de las maneras. Sin embargo, esto no significa que no existan otros enfoques. También podemos proponer la cuestión de la “*mimesis política*” habiéndolo considerado desde otro ángulo.

Por ejemplo, los filósofos franceses contemporáneos Philippe Lacoue-Labarthe y Nancy Jean-Luc, ofrecen un nuevo concepto de “imitación de la historia”. Se centran en la idea de que Europa ha tendido a ser orientada mediante la imitación durante mucho tiempo “lo que, en primer lugar, significa imitar a los antiguos. El papel del modelo antiguo (Esparta, Atenas, Roma) en el establecimiento de los estados nacionales contemporáneos y en la construcción de su cultura es bien conocido».

“La imitación de la historia” jugó un papel fundamental en el concepto del nazismo

alemán (así como en el fascismo italiano). Es importante reflexionar si la mimesis política de la época clásica es factible hoy en día, y si existe o no la necesidad de un nuevo cambio hacia lo antiguo es algo que tiene que ser analizado. ¿No fue un error de los seguidores de la tercera teoría política en su forma de nacional-socialismo alemán (lo que resultó en una derrota) el que en la imitación de los antiguos ignoraran una característica importante: la existencia de «dos Grecias» – apolínea y dionisiaca, la Grecia de la luz del día y la Grecia de los misterios, la Grecia de la Ley y la severidad heroica y la Grecia de los rituales extáticos y de los sacrificios? Y por último ¿es el territorio ruso en vez de solamente el europeo donde es factible el renacimiento del espíritu de la antigüedad? En otras palabras ¿no deberíamos pedir prestado la *mimesis política* o la *imitación de la historia* de ideologemas más antiguos en lugar de aquellos aspectos ideológicos que existen dentro de las teorías políticas generadas por la modernidad? Esta sería una solución radical para el desarrollo de la teoría política más allá de la modernidad.

En cuanto a Rusia, el establecimiento de la escuela Rusa de Neoplatonismo indica claramente la seriedad de nuestra intención y nuestra comprensión acerca del importante papel de Platón. “El proyecto de la nueva Rusia debe ser iniciado con el anuncio de Platón”, dice Dugin. El hecho de que *Platonópolis*, la República de Platón, nunca haya sido fundada puede indicar que cualquier intento de establecerla implicó una intención inicial de reducir la distancia entre la modernidad y la antigüedad mediante la aproximación de la herencia griega «nosotros/ellos». Sin embargo, el punto principal es que nosotros/ellos debemos ser elevados hacia los griegos. La ciudad del mundo debe convertirse en la ciudad de Dios y no al revés.

“El nazismo (y en muchos aspectos, el fascismo italiano) se caracteriza por la definición de su propio movimiento, ideología y estado como una manifestación de algún mito o como un mito viviente. Esto es lo que Rosenberg afirma: “Odín está muerto, pero de

otra manera, como esencia del alma alemana, Odín resucita ante nuestros ojos”, señalan P. Lacoue-Labarthe y J. L. Nancy. El Nacional-Socialismo era una síntesis de diversos mitos (aunque no muy exitosa): la Grecia apolínea y la dionisiaca chocaron más que compartieron en común dentro de la nueva doctrina política; incluso en las primeras etapas, esta contó con una derrota más en un choque histórico. No obstante, además del elemento griego (Hitler solía decir de sí mismo: “Yo soy griego”), el Nacional-Socialismo también incorporó elementos del antiguo paganismo germánico, de la tradición medieval e indo-aria. El fascismo de Mussolini, a su vez, representó un mito idealista de Italia como la heredera de Roma. Julius Evola señala que con la doctrina del Estado, el fascismo “volvió a la tradición que subyace en los grandes estados europeos. Además, ha restablecido, o al menos trató de revivir la idea romana como la más grande y especial integración del “mito” sobre un nuevo organismo político que es “fuerte y orgánico”. Para Mussolini la tradición romana no era sólo una figura retórica, era más bien la “idea de poder”, el ideal para la educación de un nuevo tipo de ser humano que tuvo que tomar el poder en sus manos. “Roma es nuestro mito”. Estas palabras atestiguan una adecuada elección y un gran valor; incorporan el deseo de cerrar la brecha sobre el abismo de los siglos, para revivir la continuidad de la única herencia valiosa de la historia italiana”. Sin embargo, Mussolini nunca fue capaz de apreciar realmente la dimensión espiritual del símbolo romano y la antigua Roma.

Doctrina racial

Un error fatal del nacional-socialismo Alemán fue una comprensión distorsionada de la doctrina racial que reconocía sólo el “racismo de primer grado” (racismo biológico).

El primer paso en esta sucesión fue la confusión de los conceptos de “nación” y “raza” que, en palabras de Evola, equivalía a la democratización y la degradación del concepto de raza. Las opiniones de un pequeño número de seguidores con una comprensión diferente de la teoría racial no se tuvieron en cuenta. En cuanto al fascismo italiano, desde el principio

esta ideología estaba libre de la interpretación vulgar de la teoría racial. En 1941, Evola fue citado a comparecer en el Palacio Veneciano, lugar donde había sido planificada su reunión con Mussolini. Mussolini expresó gran interés en la obra de Evola *La síntesis de la doctrina de la raza*, después de haber descubierto en ella “una base para el establecimiento de un racismo fascista independiente y anti-materialista”. Mussolini aceptó incondicionalmente la teoría de las tres razas espiritual, mental y física (biológica). La misma teoría había tenido una relación directa con las ideas de Platón: la raza del cuerpo en el estado correspondió *aldemos*, la masa, mientras que la raza mental y la raza del espíritu se correlacionaban con los protectores/guerreros y los filósofos, respectivamente. Sin embargo, posteriormente Mussolini fue presionado por los representantes de la Iglesia Católica, que advirtió una importante amenaza en la cuestión racial discutida al nivel del espíritu, y la teoría de las tres razas no recibió un apoyo adecuado.

Julius Evola enfatizaba que el concepto de raza (que está más allá de su comprensión usual como una entidad antropológica y étnica) se enfrenta al individuo (que de hecho es una característica positiva de racismo). Según el filósofo italiano, uno de los efectos prácticos de la teoría racial es “la necesidad de superar las concepciones liberales, individualistas y racionalistas, según las cuales una persona es como un átomo, el sujeto en sí mismo, que vive, por lo que sólo tiene sentido para sí mismo”. Así, el fascismo italiano con sus raíces se centró inicialmente en la teoría de las tres razas, lo que lo distingue fuertemente de la doctrina nacional socialista que profesaba fanáticamente el racismo biológico.

Hoy en día, la palabra “*raza*” y sus derivados se percibe sólo en un sentido negativo; por lo tanto, su aplicación como elemento de base para cualquier estructura ideológica sería extremadamente imprudente. La Cuarta Teoría Política rechaza categóricamente el racismo, incluyendo las últimas, posmodernas formas que, como una dictadura de glamour, siguen las tendencias de la información moderna, la idea de la

globalización unipolar (la superioridad de los valores occidentales). Alexander Dugin afirma que la Cuarta Teoría Política rechaza “todas las formas de jerarquización normativa de las sociedades sobre bases de origen étnico, religioso, social, tecnológico, económico y cultural. Una comparación de las sociedades es posible, sin embargo, no se debe reclamar superioridad de una sociedad sobre las demás”.

Volviendo a la cuestión de la «imitación de la historia» varias preguntas pueden ser planteadas: ¿Qué camino hay que seguir al desarrollar la Cuarta Teoría Política? ¿Hay que seleccionar “elementos sólidos” de las tres ideologías políticas o debemos hacer referencia a la *Politeia* de Platón y la sociedad pre-moderna, tradicional (o combinar ambos enfoques)?

¿Cuál podría ser una transición hipotética del *logos* al *mythos* dentro de la ideología política? ¿Y cuál es la relación entre la Cuarta Teoría Política y un mito?

¿Cuál es el mito de Rusia y el mito (o mitos) de la “otra Europa” que se incorporan en la Cuarta Teoría Política como base para un mundo multipolar?

Estas preguntas esperan respuestas.

Alexander Dugin cree que Platón sacrificó la verdad del mito a la verdad de la filosofía. Por lo tanto, la República de Platón, desde el principio, se basaba en el principio apolíneo (rechazando estrictamente al dionisiaco). ¿Acaso no es adecuado sacrificar la verdad de la filosofía por la Filosofía del otro Principio que eliminará la problemática de la separación de logos y Mythos? La *Politeia* sólo es posible cuando hay dos de sus principios constituyentes. La Cuarta Teoría Política está en la necesidad de un Mito, un Mito como Mito universal, un Mito como paradigma, en el marco del cual el diálogo entre Rusia y la “Otra Europa” marcará (es decir, llegará a ser) la transición hacia una nueva realidad política.

Según su fundador, la Cuarta Teoría Política es una construcción volitiva de la tradición basada en la deconstrucción de la modernidad. Principalmente maneja el rechazo

total a los tres sujetos de las tres teorías del siglo XX: rechazo del individuo, clase y raza/Estado-nación en el liberalismo, el comunismo y el nacionalsocialismo/fascismo, respectivamente. El *Dasein* (en alemán “*ser-ahí*”) de Heidegger se convierte en el sujeto de la Cuarta Teoría Política haciendo de ella una «estructura ontológica fundamental desarrollada en el campo de la antropología existencial». Además, la Cuarta Teoría Política, enfocada en la multipolaridad, va aún más allá que Heidegger y afirma la pluralidad del *Dasein*. El *Dasein*-cultura-civilización-gran espacio-polo del mundo multipolar presenta un contexto absolutamente diferente del pensamiento político. No hay ningún individuo ya que es abolido por el *Dasein*; en lugar del individuo hay una problema de existencia auténtica o no auténtica, es una opción -*das Mann o Selbst*; ese es el fundamento de la Cuarta Teoría Política. Una clase y una raza, así como un estado (por lo menos, un Estado nacional burgués contemporáneo), constituyen construcciones antropológicas y ontológicas de la modernidad, versiones de *Techne*, *Ge-Stell*; y nosotros estamos diseñando una estructura política existencial - dice Alexander Dugin.

Por lo tanto, todos los intentos de nuestros adversarios liberales tendientes a desacreditar la Cuarta Teoría Política como “una nueva versión del Nacional-Socialismo” no tienen fundamento, y representan sólo una reacción hostil debido a la aparición de un rival igual (o superior) y acciones estratégicas destinadas a eliminar el riesgo de colisión inminente con el enemigo. Una vez más, nos gustaría hacer hincapié en que la Cuarta Teoría Política está más allá del alcance de las tres ideologías políticas, y que una resistencia rígida al liberalismo puede ser considerada como la única característica que le acerca a la segunda y tercera teoría.



El Liberalismo y la Guerra Rusia-Occidente

Alexander Dugin

La guerra contra Rusia es por ahora el tema más discutido en Occidente. Todavía es solo una hipótesis y una posibilidad. Puede dar la vuelta a la realidad en función de las decisiones que se adopten por todas las partes involucradas: Ucrania – Moscú, Washington, Bruselas. No quiero discutir aquí todos los aspectos y toda la historia de este conflicto. Propongo en cambio un análisis de sus profundas raíces ideológicas. Mi visión de los principales acontecimientos se basa en la *Cuarta Teoría Política* cuyos principios he descrito en mi libro homónimo publicado en español en Ediciones Nueva República. Así que no voy a estudiar la guerra de Occidente con Rusia ni a evaluar sus riesgos, peligros, problemas, costos o consecuencias, pero sí analizaré el significado ideológico de él a escala global. Voy a pensar en el sentido de dicha guerra hipotéticamente y no en la propia guerra (real o virtual).

Esencia del liberalismo

En el Occidente moderno hay un fallo ideológico dominante -el liberalismo. Se manifiesta bajo muchos tipos, versiones y formas, muchas sombras, pero la esencia es siempre la misma. El liberalismo tiene en sí una estructura fundamental interna siguiendo sus principios axiomáticos:

El individualismo antropológico (el individuo es la medida de todas las cosas);

El progresismo (el mundo va hacia un mejor futuro, el pasado es siempre peor que el presente);

La tecnocracia (el desarrollo técnico y el rendimiento productivo efectivo se toman como la manera más idónea para juzgar la naturaleza de la sociedad);

El eurocentrismo (sociedades euro-americanas que se aceptan como el estándar o paradigma de medición para el resto de la humanidad);

La economía es el destino (la economía de libre mercado es el único sistema económico posible);

La democracia es el gobierno de las minorías (que se defienden contra la mayoría siempre propensa a degenerar en totalitarismo: el “populismo”);

La clase media es el único y verdadero actor social existente y la norma universal (independientemente del hecho de que la persona ya ha llegado a este estado o esté en camino a convertirse en verdadera clase media);

Un mundo, el globalismo (el ser humano es esencialmente el mismo con sólo una distinción -una persona- el mundo debería estar integrado sobre la base individual, el cosmopolitismo – la ciudadanía mundial).

Se trata de los valores fundamentales del liberalismo que fue la manifestación de una de las tres tendencias que originó la Ilustración, junto con el comunismo y el fascismo y que ha propuesto interpretaciones alternativas del espíritu mismo de la Modernidad. Durante el siglo XX el liberalismo ha ganado a sus rivales y después de 1991 se ha convertido en la única ideología dominante a escala mundial.

La única libertad de elección en el reino del liberalismo global es entre el liberalismo de derecha, la izquierda o el liberalismo radical, incluyendo el liberalismo ultraderechista, el liberalismo ultra izquierdista y el liberalismo ultraradical. Así que el liberalismo se ha instalado como sistema operativo de las sociedades occidentales y el resto de las sociedades, así que hoy se encuentren en la zona de influencia occidental. Es a partir de cierto momento, el denominador común de todo discurso políticamente correcto, la marca de los aceptados por la política convencional o bien rechazados y puestos en la marginalidad. La propia sabiduría convencional se convirtió en liberal.

El liberalismo geopolítico fue inscrito en el modelo centrado en EE.UU. donde los anglosajones eran el núcleo étnico y atlantista; la coalición euro-estadounidense, la OTAN, representaban el núcleo estratégico del sistema de seguridad del mundo. La seguridad mundial se igualó con la seguridad de Occidente y, en última instancia, con la seguridad estadounidense. Así que el liberalismo no es sólo poder ideológico, sino también poder político, militar y estratégico. La OTAN es liberal en sus raíces. Defiende las sociedades liberales, la lucha por el liberalismo.

El liberalismo como el nihilismo

Hay un punto en la ideología liberal que es responsable de su crisis actual. El liberalismo es profundamente nihilista en su médula. El conjunto de valores que defiende el liberalismo está esencialmente ligado a la tesis principal: la libertad, la liberación. Pero la libertad en la visión liberal es esencialmente una categoría negativa: se dicen “ser libre de...” (John Stuart Mill), por no “ser libres para...”. No es una teoría secundaria, es la esencia del problema.

El liberalismo es la lucha contra todas las formas de identidad colectiva, en contra de todo tipo de valores, proyectos, estrategias, objetivos, fines y así sucesivamente todo lo que sería colectivo, por lo menos no individualista. Esa es la razón por la cual uno de los más importantes teóricos del liberalismo Karl Popper (siguiendo a F. Hayek) definió en su importante libro “La sociedad abierta y sus enemigos” (considerado por G. Soros como su Biblia personal) y afirmó que los liberales deberían luchar contra cualquier ideología o filosofía política (desde Platón y Aristóteles hasta Hegel y Marx) que proponga a la sociedad humana alguna meta común, valores comunes, sentido común. Cualquier meta, cualquier valor, algún significado en la sociedad liberal (sociedad por acciones) debe ser estrictamente individual. Así que los enemigos de la sociedad abierta (después de 1991 la sociedad occidental actual y la norma global para el resto del mundo se considera que es precisamente este modelo liberal de “sociedad abierta”) son el comunismo y el fascismo (tanto las cuestiones

de la misma filosofía de la Ilustración con conceptos no individuales centrales -de “clase social” en el marxismo, la “raza” en el nacional-socialismo, “Estado nacional” en el fascismo). Así que el sentido de la lucha del liberalismo frente a la alternativa moderna existente (el fascismo o el comunismo) es bastante obvio. Los liberales pretenden liberar a la sociedad del fascismo y del comunismo, de dos importantes versiones modernas (explícitamente no individualista) del totalitarismo. La lucha del liberalismo en el proceso de la liquidación de las sociedades no liberales es bastante significativo: adquiere su significado por el hecho de la existencia misma de las ideologías que se niegan explícitamente a aceptar al individuo como el valor más alto. Está bastante claro la antítesis contra la que se enfoca la lucha. La liberación de lo que está dirigido. Pero el hecho de que la libertad (concebida a la manera de los liberales) sea esencialmente categoría negativa no se percibe claramente aquí. El enemigo está aquí y está concretado. Ese hecho le confiere al liberalismo contenido concreto. No hay sociedad abierta y su existencia de hecho es suficiente para justificar el proceso de liberación.

Período Unipolar: amenaza de implosión

En 1991, cuando la URSS, el último rival del liberalismo occidental, cayó algunos occidentales (como F. Fukuyama) proclamaron el fin de la historia. Como es lógico: no había ningún enemigo más explícito de la sociedad abierta -por lo tanto no hay más historia que la que fue en el curso de la Modernidad, precisamente la lucha entre tres ideologías políticas (el liberalismo, el comunismo y el fascismo), herencias de la Ilustración. Eso fue estratégicamente hablando el momento unipolar (Ch. Krauthammer). Este período 1991-2014 -con el punto intermedio del ataque de Ben Laden contra el WTC- fue realmente el período de la dominación mundial del liberalismo. Los axiomas del liberalismo fueron aceptados por los principales actores geopolíticos -incluyendo China (en economía) y Rusia (en la ideología, la economía, el sistema político).

Había liberales y los que ya serían liberales, aunque no todavía liberales, bastante liberales-liberales, etc. Las excepciones reales y explícitas eran pocas (Irán, Corea del Norte). Así que el mundo se convirtió en liberal por axiomas ideológicos.

Ese fue precisamente el momento más importante en la historia del liberalismo. Ha derrotado a sus enemigos, pero al mismo tiempo los ha perdido. El liberalismo es esencialmente la liberación, la lucha contra lo que no es liberal (todavía no-liberal o en absoluto liberal). Así que desde el liberalismo los enemigos han adquirido su verdadero significado, su contenido. Cuando la elección no es la libertad (representada en la sociedad totalitaria) o la libertad que muchos optan: por la libertad que no es, pensando en la libertad “para lo que...”, sino en la libertad “de hacer lo que...”. Cuando no hay sociedad liberal, el liberalismo es positivo. Comienza a mostrar su esencia negativa sólo después de la victoria.

Después de la victoria de 1991 el liberalismo ha entrado en su fase implosiva. Después de haber derrotado al comunismo, así como había derrotado al fascismo, descansaba en paz. Con ningún enemigo al que combatir. Y ese fue el momento de comenzar su lucha interior, la purga liberal de las sociedades liberales que tratan de acabar con sus últimos elementos no liberales: el sexismo, lo políticamente incorrecto, la desigualdad entre los sexos, cualesquiera restos de dimensión no individual de instituciones, como el Estado y la Iglesia. Así que el liberalismo necesita enemigos para poder liberar. De lo contrario, pierde su contenido, su nihilismo implícito se vuelve demasiado explícito.

El triunfo absoluto del liberalismo significa su muerte

Ese es el significado ideológico de la crisis financiera de principios de 2000 y de 2008. Los éxitos y no los fracasos de la nueva economía puramente financiera (de turbocapitalismo, según G. Lytwak) son responsables de su colapso. La libertad de hacer lo que quieras (pero sólo en la escala individual) termina por provocar la implosión de la personalidad. El ser humano pasa a la

esfera infra- humana, a los dominios sub-individuales. Y aquí se encuentra con la virtualidad. Como sueño sub-individual, la libertad de cualquier cosa. Esa es la evaporación de lo humano. El imperio de la nada como la última palabra de la victoria total del liberalismo. El post-modernismo prepara el terreno para que el post- histórico recicle la humanidad, el auto- referenciado no-sentido.

Occidente y la necesidad de un enemigo

Usted puede preguntarse aquí: ¿pero qué demonios tiene todo esto que ver con (presumiblemente) la próxima guerra con Rusia? Estoy dispuesto a responderlo ahora.

El liberalismo ha ganado a escala global. Es un hecho desde 1991 y ha comenzado de inmediato a implosionar. Se ha llegado al punto terminal y comenzó a liquidarse en sí. La migración masiva, el choque de culturas y civilizaciones, la crisis financiera, el terrorismo virtual, el crecimiento del etnicismo son marcas suficientes para abordar el caos. Así que este caos pone en peligro el orden. Cualquier tipo de orden, incluido el propio orden liberal. Pero el liberalismo tiene más éxito mientras más se acerca a su fin. Y al fin del mundo presente. Aquí se trata de la pura esencia nihilista de la filosofía liberal, con la nada como el interior (yo) principio ontológico de frente a la libertad. Arnold Gehlen, antropólogo alemán, define justamente al ser humano como “ser privado”: “Mangelwesen”. El hombre en sí mismo no es nada. Lleva todo lo que compone su identidad a partir de la sociedad, la historia, la gente, la política. Así que si él vuelve a su esencia pura puede reconocer allí la nada. El abismo se esconde detrás de los restos fragmentados de los sentimientos, los pensamientos vagos y los deseos oscuros. La virtualidad de las emociones inhumanas es fino velo detrás de ella, allí solo hay pura oscuridad. Así descubrimos lo explícito de esta base nihilista de la naturaleza humana que es el último logro del liberalismo. Pero ese es también el final. Y el final para los que utilizan el liberalismo para sus propios fines, que han sido los beneficiarios de la expansión liberal,

los amos de la globalización. Cualquier orden cae como tal en pura emergencia nihilista. Para el liberal también.

Así que con el fin de mantener en regla a los beneficiarios del liberalismo se necesita un cierto paso atrás. El liberalismo adquirirá su sentido sólo si se trata una vez más con una sociedad no liberal. Un paso atrás es la única manera de salvar los restos del orden, para salvar al liberalismo de sí mismo. Así que la Rusia de Putin, aparece en el horizonte. No antiliberal, no totalitaria, no nacionalista, no comunista. Más bien aún no demasiado liberal, no totalmente liberal demócrata; no es suficientemente cosmopolita, no tan radicalmente anti-comunista. Pero en el camino de convertirse en liberal. Paso a paso. En el proceso de ajuste gramsciano de la hegemonía, del transformismo.

Pero en la agenda mundial del liberalismo (EE.UU., la OTAN) hay también necesidad de otro actor, de otra Rusia que justifique el Orden en el campo liberal, ayudar a movilizar el oeste que se cae en pedazos por sus problemas internos, dar con la irrupción inevitable del nihilismo interior con cierto retraso y ahorrar así al liberalismo el extremo lógico que se aproxima. Es por eso que tanto necesitan a Putin, a Rusia, a la guerra. Es la única solución para evitar el caos en el oeste y guardar los restos del orden.

Rusia en este juego ideológico debe justificar la existencia misma del liberalismo, porque ese es el enemigo que da sentido a la lucha por la “sociedad abierta”, que le ayuda a consolidarse y a continuar afirmándose a nivel mundial.

El islam radical (al- Qaeda) fue otro candidato para este papel, pero como enemigo carecía de la estatura. Fue utilizado, pero a una escala local. Justificó las intervenciones en Afganistán, la ocupación de Irak, ayudó a derrocar a Gadafi, a la guerra civil iniciada en Siria... Pero ya era demasiado débil e ideológicamente primitivo para representar el verdadero desafío que necesitan los liberales.

Rusia, el enemigo geopolítico tradicional de los anglosajones – es mucho más grave como oponente. Se ajusta bien a las demandas

-la memoria y la historia de la guerra fría siguen vivas en la mente de la gente. El odio hacia Rusia es algo más fácil de provocar con relativamente pocos medios. Es por eso que creo que la guerra con Rusia es posible. Es necesario ideológicamente como el último medio para retrasar la implosión final del Occidente liberal, del paso atrás.

Para mantener el orden liberal

Teniendo en cuenta las diferentes capas de este concepto “guerra con Rusia”, yo sugiero algunos puntos.

La guerra con Rusia ayuda a retrasar el trastorno común de Occidente en una escala global. La mayoría de los países están involucrados en una economía liberal, compartiendo los axiomas y las instituciones de la democracia liberal y están en función o directamente controladas por los EE.UU. y la OTAN, se consolidarán una vez más y por más tiempo al lado del Occidente liberal en su enfrentamiento con las fuerzas no-liberales de Putin. Puede servir como reafirmación del liberalismo como identidad positiva cuando esta identidad se disuelve hoy por su esencia nihilista.

La guerra con Rusia fortalecería la OTAN y sobre todo sus partes europeas que estarán obligadas una vez más a considerar a la hiperpotencia estadounidense como algo positivo y útil, y como resto obsoleto de la guerra fría. Ante el temor a los “rusos malos” viene la Unión Europea a sentirse de nuevo fiel a EE.UU., su salvador. Así se reafirmará el papel líder de EE.UU. en la OTAN.

La UE se está cayendo a pedazos. La amenaza común de los rusos podría evitar que hubiera una eventual división y motivaría una movilización de las sociedades donde la gente una vez más ansia defender sus libertades y valores bajo la presión del Imperio de Putin.

Ucrania y Kiev, ambas, necesitan una guerra para justificar y cubrir todas las fechorías realizadas por Maidan en el nivel jurídico y constitucional, para suspender la democracia (que impediría su dominio en el sur- orientales en su mayoría los distritos pro-rusos) y aplicar la regla y el orden nacionalista por medios adicionales.

El país que no quiere ahora la guerra es Rusia. Sin embargo, Putin no puede dejar un gobierno radicalmente anti-ruso en un país con la mitad de la población rusa y muchas zonas de población pro-rusas. No lo puede hacer ni a nivel internacional ni a nivel nacional. Así que a regañadientes tiene que aceptar la guerra. Y una vez que entre en ella no habrá otra solución para Rusia, sino ganarla.

No me gusta especular sobre los aspectos estratégicos de la Guerra, se lo dejo a otros analistas cualificados. Quisiera formular algunas ideas relativas a la dimensión ideológica de la guerra.

Enmarcando a Putin

El significado de esta guerra para Rusia es el último esfuerzo por salvar el liberalismo de su implosión. Si es así los liberales necesitan definir la Rusia de Putin ideológicamente - obviamente identificándola con el enemigo de la sociedad abierta. Pero en el diccionario de sinónimos de las ideologías modernas sólo hay tres versiones principales: el liberalismo, el comunismo y el fascismo (nazismo). Está bastante claro que el liberalismo está representado por todos excepto por Rusia (EE.UU., la OTAN, Euromaidan, Kiev). Por lo tanto, se apoya en el comunismo y en el fascismo. Así que Putin es soviético, de la KGB comunista. Esta imagen se venderá para el tipo más estúpido del público occidental. Sin embargo, algunos aspectos de la reacción patriótica pro-rusa y de la población contra el Banderismo (defensa de los monumentos de Lenin, Stalin, retratos y recuerdos de la Segunda Guerra Mundial) podrían confirmar esta idea. El nazismo y el fascismo están demasiado lejos de Putin y la Rusia moderna, pero el nacionalismo ruso y el imperialismo ruso serán invocados en la construcción de la imagen del "gigantesco mal". Así que Putin es nacionalista, fascista e imperialista. Eso funcionará para el resto de los occidentales. Putin puede ser a la vez -comunista y bolchevique, al mismo tiempo, por lo que se presenta como nacional-bolchevique (pero eso es un poco complicado de vender por completo al ignorante y posmoderno público occidental). Es obvio que en la realidad Putin

no es comunista ni fascista, ni una mezcla de ambos. Él es políticamente realista (en el sentido de las relaciones internacionales -es por eso que le gusta a Kissinger y Kissinger a él). Él no tiene ideología alguna. Pero él se verá obligado a adaptarse a un marco ideológico. No es su elección. Tales son las reglas del juego. En el curso de la guerra contra Rusia, Putin será enmarcado y esto hará más interesante y apasionante la situación

La principal tesis de que los liberales intentarán definir a Putin ideológicamente como una sombra del pasado, como el vampiro que a veces regresa. Esa es la verdadera razón y de paso para evitar que el liberalismo sucumba por una implosión final. El mensaje principal es que el liberalismo está muy vivo y lleno de fuerza, porque hay algo en el mundo de lo que todos debemos estar libres. Rusia va a convertirse en el objeto de liberación. El objetivo es liberar a Ucrania (Europa, la humanidad) de Rusia, y al final liberar a Rusia, liberarla a sí misma de su identidad no liberal. Así que tenemos un enemigo. Tal enemigo da al liberalismo la razón de ser una vez más. Así que Rusia es el desafío del pasado pre-liberal tirado al presente liberal. Sin ese reto no hay más vida para el liberalismo, no más orden en el mundo, todo lo que se está disolviendo e implosionando. Con tal reto el gigante que cae del globalismo adquiere un nuevo vigor. Rusia está aquí para salvar a los liberales.

Pero para hacer esto Rusia debe estar ideológicamente enmarcada como algo pre-liberal. Así que debe ser comunista, fascista o al menos Rusia - nacional-bolchevique. Esa es la regla ideológica. Así que la lucha contra Rusia sólo será teniendo en cuenta que para luchar o no luchar no hay tarea más profunda que enmarcar a Rusia ideológicamente. Se puede hacer desde adentro y desde afuera. Ellos tratarán de obligar a Rusia a aceptar el comunismo o el nacionalismo o será tratada como si fuera comunista o nacionalista. Se ha enmarcado en el juego.

Lo que propongo como conclusión

Necesitamos luchar conscientemente frente a cualquier tentación de enmarcar a

Rusia como potencia pre-liberal. Tenemos que dejar que los liberales no se salven sino que se acerquen fatalmente al final. No tenemos por qué retrasarlo, tenemos que acelerarlo. Para hacerlo tenemos que presentar a Rusia no como entidad pre-liberal, sino como fuerza revolucionaria post-liberal que lucha por la alternativa de futuro para todas las personas en el planeta. La guerra de Rusia será no para los intereses nacionales de Rusia sino para el mundo multipolar, por la dignidad real y la libertad real positiva -no por la libertad de la libertad. Rusia en esta guerra se convertirá en el ejemplo de la defensa de la tradición, los valores conservadores orgánicos, la verdadera liberación de la sociedad, precisamente, abierta y a sus beneficiarios, no a la oligarquía financiera global. Esta guerra no es contra el ucraniano o de parte de los ucranianos. Tampoco es contra Europa. Es contra el mundo liberal y el (des)orden y no estamos para salvar al liberalismo, sino que vamos a acabar con él de una vez y para siempre. La modernidad era esencialmente mala. Estamos en el punto de la Modernidad terminal. Para los que hizo el propio destino de la Modernidad es dejar que se haga inconscientemente lo que significará el final real. Pero para aquellos que están al lado de la verdad eterna de la Tradición, de la fe, de la esencia humana espiritual e inmortal, éste será el nuevo comienzo.

La lucha más importante ahora es la lucha por la Cuarta Teoría Política. Es nuestra arma con la que vamos a evitar enmarcar a Putin como los liberales desean afirmar y a Rusia como el primer poder ideológico post-liberal que lucha contra el liberalismo nihilista por el bien del futuro mundo abierto multipolar y realmente libre.



Alexander Dugin, o cuando la metafísica y la política se unen

Sergio Fritz

*E*scasas personalidades en los últimos años han conmovido de manera tan estruendosa los ambientes del radicalismo mundial, como lo ha hecho Alexander Dugin.

Polemista, hombre dotado de una memoria prodigiosa, notable artesano en la difícil ciencia de generar ideas, locutor radial de un programa transgresor como pocos, ensayista, geopolítico, músico, estudioso de la Metafísica guénoniana, crítico de las ideologías políticas aceptadas por la policía del pensamiento, editor clandestino de las obras de Guénon y Evola cuando aun la Unión Soviética era una realidad, director de la asociación y casa editorial *Arctogaia*, la cual literalmente inunda Internet con sus páginas que tratan sobre Nacional-Bolchevismo, Otto Rahn, eurasismo, y Julius Evola, entre un variopinto universo conceptual que podrá generar aplausos u odiosidades; pues frente a Dugin o se está con él y se lo sigue o se lo repudia. Parece no haber otra opción. Y, sin embargo, nosotros a continuación queremos hacer un juicio crítico que esté más allá de las posturas extremas antes mencionadas.

Trataremos de exponer las ideas que sustenta Dugin, indicando, cuando lo estimemos procedente, nuestra opinión.

1. Tesis Geopolítica

Uno de los puntos centrales de los escritos de este pensador ruso es la geopolítica. En él converge una tradición que va desde Halford McKinder, pasando por el misterioso Karl Haushofer, hasta Parvulesco, su amigo francés.

La importancia dada por Dugin a la política de los grandes espacios, el enfrentamiento entre dos postulados

cosmovisionales como son el atlantismo y el eurasismo, el destino de Alemania y Rusia, se fundamenta en la búsqueda del sentido de una lucha que posee enlaces invisibles y en la cual no sólo actúan los hombres sino - si se nos permite la expresión - los mismos dioses. Es decir, el combate se entiende entre ideas-fuerzas más que entre personalidades. Los hombres sólo representan los cuerpos o puntos espaciales en que se manifiesta la violencia histórica.

2. Política Hermética

Para Alexander Dugin como para Pauwels, Bergier, Serrano, Robin, Evola, Angebert, y tantos otros, existen ocultas conexiones entre política moderna y espiritualidad. Bastante se ha escrito de los Iluminados de Baviera, la Orden de Thule, la Masonería. Dugin señala nuevos paradigmas. Nos habla de la geopolítica movida por sectas que se enfrentan a muerte; del cosmismo ruso; y otras fuerzas vehiculadas por grupos reducidos, que trabajan desde la sombra.

Ha sido materia de fuertes críticas la idea de Dugin según la cual el comunismo sería una especie de "Vía de la Mano Izquierda", la cual encuentra una expresión en el mundo tradicional en corrientes como el Tantrismo. Es éste repetimos, uno de los puntos más controvertidos en Dugin, toda vez que en sus textos se aprecia una valoración de este camino. Hemos visto en Internet en la Home Page de un sitio nacional-bolchevique, como si se tratara de una reivindicación, una fotografía del satanista Aleister Crowley, por quien el ruso ha manifestado gran interés. No podemos omitir que disentimos de esta nebulosa espiritual, la que sólo conduce a equívocos a quienes no estén al tanto de la dicotomía "espiritualidad tradicional - seudoespiritualidad", expresada tan claramente por Guénon. Por otra parte, si Dugin pretende defender la Tradición, ¿por qué no se dedica exclusivamente a la exposición seria y meditada del Cristianismo Ortodoxo - el cual sí posee hasta hoy la transmisión y los ritos propios de un camino tradicional-; en vez de buscar la Luz en uno de los terrenos más inestables de la "espiritualidad", como lo es el ocultismo?

3. Revolución Conservadora

El escritor ruso rescata el mensaje de aquel disímil grupo que Armin Mohler en su tesis doctoral denominó "Revolución Conservadora", y a la que habrían adherido pensadores de la talla de Thomas Mann, los tres Ernst (Niekish, Jünger, Salomon), Carl Schmitt, Oswald Spengler, los hermanos Strasser, entre otros.

La filosofía de esta agrupación se caracterizaría por un evidente culto a la guerra, el haber bebido en fuentes nietzscheanas, su oposición al Nacional-Socialismo, un acento izquierdista - lo cual, debemos decir, no se da en el politólogo católico Schmitt - que sin embargo es capaz de rescatar la Nación como entidad y bandera de lucha.

Los miembros de esta corriente serán focos de atracción para Dugin, como lo han sido para el movimiento cultural llamado Nueva Derecha.

4. Espiritualidad Tradicional

Dugin editará durante los años del marxismo en formato de samizdat, textos de los autores tradicionalistas René Guénon y Julius Evola. Señalará que tanto en la Iglesia Ortodoxa como en el Islam hay dos fuerzas vivas de la Tradición en Rusia y en los países eslavos. Será por tanto crítico del neo-espiritualismo y de ese fenómeno extraordinariamente anti-tradicional y subversivo que es la New-Age. Sin embargo, y como ya hemos indicado, existen aspectos en sus postulados que nos parecen rotundamente cuestionables; por ejemplo su valoración hacia aspectos de la magia ocultista y oscurantista de Crowley.

5. Convergencia de los Extremos

Alexander Dugin se definirá Nacional-Bolchevique. Por tanto su pretensión es la unión táctica de las huestes nacionalistas y comunistas. Y así unirá el radicalismo alemán con el bolchevismo ruso. Digamos por nuestra parte que esta doctrina aunque descabellada, sin embargo no es novedosa, y, que por el contrario, se ha presentado como un muro defendido por varios pensadores. Es lo que se ha denominado "alianza pardo-roja", que

sedujo a algunos autores de la "Revolución-Conservadora", y en años más recientes a Giorgio Freda, autor del texto *La desintegración del sistema* y creador de un curioso movimiento llamado nazi-maoísta.

Tal postura, según los nacional-bolcheviques, se justifica en el hecho que los únicos adversarios al sistema capitalista han sido y son la extrema derecha y la extrema izquierda.

Como anécdota digamos que Julius Evola criticó estas posturas, las cuales se presentaron muy fuertes y radicales en Italia, durante la década de los 60 y 70, llevando incluso a la cárcel a varios de los militantes de esta corriente, quienes creyeron que no había otra vía factible que la violencia. El rescate por este grupo de figuras como el Che Guevara, Mussolini, Mao Tse-Tung o el mismo Evola (¡quien jamás en sus textos o conversaciones aprobaría un actuar semejante!), fue una de las características en Italia de esta doctrina demasiado ambigua y peligrosa.

6. Nuevas Estrategias

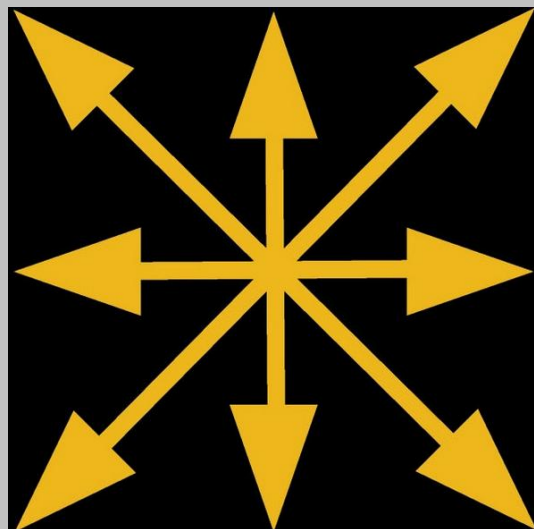
No sólo la erudición del director de Arctogaia ha llamado la atención de los europeos. También lo ha hecho su carácter de polemista. Para él han de utilizarse nuevas estrategias y tácticas. La guerra actual exige nuevos medios, y no deben quedar de lado la televisión, la radio, el periódico, la revista, Internet. En todos ellos, Dugin ha lanzado sus venenosos dardos, sembrando la conmoción en los medios intelectuales.

Pero no sólo basta utilizar nuevas herramientas, se extrae de su actuar. Debe usarse una nueva semántica. La revolución no es otra cosa que la imposición de nuevos parámetros conceptuales. Así, un lenguaje que utilice palabras supuestamente antagónicas despertará la atención. Utilizar términos como revolución-conservadora, socialismo-nacional, unión entre extrema derecha y extrema izquierda, es fuertemente polémico. He aquí que hallamos un riesgo de la operativa de Dugin: al querer abarcar mucho - al ser extensivo- ha caído en contradicciones.

Hemos intentado mostrar en una síntesis - que sabemos es demasiado apretada - las

principales ideas que mueven a este intelectual del activismo más radical. Esperamos sea de utilidad nuestro trabajo para aquellos que busquen otros caminos en los tristes mares de la política actual.

Digamos, para finalizar, que uno podrá estar de acuerdo o en oposición respecto de las teorías del pensador ruso. Sin embargo, ¿alguien podría ser indiferente a sus postulados? Creemos que no, y hay allí un mérito no menor imputable a este geopolítico de la metafísica.



La Cuarta Teoría Política, entrevista a Natella Speranskaya

Claudio Mutti

1. P. – ¿Como descubriste la Cuarta Teoría Política? ¿Y como evalúas sus chances de transformarse en una ideología importante del siglo 21? R. – Habiendo puesto una atención constante a la actividad desarrollada por Alexander Dugin en los últimos veinte años, considero que el intento de Dugin de elaborar una Cuarta Teoría Política es la meta natural de su pensamiento. En lo que respecta a sus posibilidades de llegar a imponerla, recordaría la afirmación de Maquiavelo: “Todos los profetas armados ganaron, los desarmados fueron a la ruina” (El Príncipe, VI, 5).

2. P. – Leo Strauss cuando comenta el trabajo fundamental de Carl Schmitt, “El Concepto de lo Político” nota que a pesar de todas las críticas radicales al liberalismo que están incorporadas en él, Schmitt no las sigue hasta donde lo lleven, ya que su crítica se mantiene dentro del campo del liberalismo. “Sus tendencias anti-liberales– dice Strauss –se mantienen atadas por la “systemática del pensamiento liberal” que no ha sido superada aún, que – según el mismo Schmitt admite – “a pesar de todas las fallas no puede ser sustituida por ningún otro sistema en la Europa de hoy. ¿Qué identificarías como una solución al problema de superar el discurso liberal? ¿Considerarías que la Cuarta Teoría Política de Alexander Dugin es esa solución? La teoría que está mas allá de las tres ideologías mas importantes del siglo 20 – Liberalismo, Comunismo y Fascismo, y que está en contra de la doctrina Liberal.

R. – La crítica de Leo Strauss muestra que el pensamiento revolucionario conservador, que llegó a su pico más alto a través de Carl Schmitt, debe ser actualizado para las circunstancias políticas presentes. Por lo tanto la Cuarta Teoría Política es un preciado

intento de elaborar una doctrina antiliberal que, después de la derrota de los enemigos de “la sociedad abierta” que ocurrió en el s. XX, puede eficazmente oponerse al individualismo, al culto al mercado, “los derechos humanos”, y el unipolarismo.

3. P. – Estás de acuerdo en que hoy hay “dos Europas”: una-la liberal (incorporando la idea de “sociedad abierta”, derechos humanos, casamientos del mismo sexo, etc.) y la otra Europa (“una Europa diferente”) – políticamente involucrada, pensante, intelectual, espiritual, la que considera que el status quo y la dominación del discurso liberal como un desastre real y una traición de la tradición Europea. ¿Cómo evaluarías las posibilidades de una Victoria de una” Europa diferente” por sobre la primera?



Natella Speranskaya

R. – La lucha entre las “dos Europas” – Yo diría entre Europa y Occidente – es una lucha de vida o muerte, porque la instauración final de un totalitarismo liberal, con los monstruos creados por su antropología atea, por su culto al lucro, por su prometeísmo tecnológico, implicaría hundirse hasta el fondo de una barbarie subhumana que nunca antes existió en la historia mundial. Yo no se si Europa va a encontrar dentro de sí las energías necesarias para invertir la corriente liberal, ni vemos la “ayuda de Oriente” que hipotetizaba René Guénon, así que me siento tentado a repetir que “solo un dios puede salvarnos”. En cualquier caso, “los buenos Europeos”,

deben cumplir con su deber y continuar la lucha sin que les importe las posibilidades de una victoria.

4. P. - “No hay nada más trágico que fallar en la comprensión del momento histórico que estamos atravesando; – dice Alain de Benoist – este es el momento de la globalización posmoderna”. El filósofo francés enfatiza el significado del tema de un nuevo Nomos de la tierra o una forma de establecer relaciones internacionales. Como piensas que sería el Cuarto Nomos? ¿Crees que el Nuevo Nomos va a ser Euroasiático y multipolar (transición de universum a pluriversum)?

R. – Un nuevo Nomos der Erde multipolar, que libere al mundo de la prepotencia global de la talasocracia de los EE.UU. se puede establecer solo por un poder o un frente de poderes que posean aquellos requisitos que le permitieron a los EE.UU. construir su hegemonía mundial: dimensiones continentales, pero demográfico, armamento atómico, desarrollo tecnológico, prestigio cultural, un sistema político fuerte, voluntad de poder. En ese caso podemos prever el nacimiento de un pluriversum consistente en seis o siete “grandes espacios”: China (y Japón), India, Irán, Rusia, Europa, Latinoamérica y Norteamérica.

5. P. – ¿Estás de acuerdo en que la era de la raza blanca Europea ha terminado y que el futuro va a ser determinado por las culturas y sociedades asiáticas?

R. – Después de la II Guerra Mundial el concepto de “raza blanca” ha sido reemplazado por otras categorías, más anti-racistas y políticamente correctas: “el Mundo Libre”, “Occidente”. Ahora, desde que Occidente ha hegemonizado a algunas personas pertenecientes a la raza amarilla y está tratando de someter al mundo Árabe, la idea de “la decadencia de Occidente” parece resultar molesta, tanto así que alguien ha podido hablar de la “occidentalización del mundo”. De cualquier forma, esta perspectiva es obstaculizada por la persistencia real de las culturas no-occidentales, basadas en los valores de autoridad, orden, jerarquía y supremacía de lo comunitario por sobre lo individual. Es por esta razón que el teórico de

EE.UU. del “choque de civilizaciones” se imaginó un futuro un eje “islámico-confuciano” como el obstáculo mas grande para el triunfo de la hegemonía occidental.

6. P. – ¿Consideras a Rusia como parte de Europa o aceptas la visión de que Rusia y Europa representan dos civilizaciones diferentes?

R. – El teórico que mencioné arriba del “choque de civilizaciones” considera a Rusia un “país desgarrado” desde los tiempos de Pedro el Grande, porque entre los rusos alguna gente considera a su país como parte de Europa, mientras que otros piensan que es el fulcro de una civilización euroasiática particular. Justamente, nadie puede negar eso, también después de la dominación Tartaria, las instituciones civiles y militares rusas mantuvieron su naturaleza mongol-tartaria, para que podamos considerar la civilización rusa como una síntesis de elementos eslavos, romanos y turco-mongoles.

7. P. – Las ideologías contemporáneas están basadas en el principio de singularidad. ¿Predecirías el retorno de la religión, el regreso de la sacralidad? Si es así, ¿de que forma? ¿Consideras que sería el Islam, el Cristianismo, el Paganismo o alguna otra forma de religión?

A. – En lo que se refiere a las ideologías modernas, tenés que considerar que a veces su aparente secularidad esconde elementos falsificados, degenerados, desviados de su origen religioso, así como pasa, por ejemplo, en el caso Americano, en donde vas a descubrir fácilmente un mesianismo secularizado fundado en una investidura que se presume divina. En el mundo moderno las religiones son expuestas a un riesgo análogo de profanación, así que el “regreso de la sacralidad” puede darse en formas espurias y paródicas: Zionismo, fundamentalismo Americano, Wahabismo-Salafismo todos pertenecen a esta clase de profanación.

.

El quinto estado: una réplica a Alexander Dugin

Marcos Ghio

1) Del nazi-maoísmo al nacional comunismo

La figura de Alexander Dugin ha estado vinculada a una corriente de pensamiento, con grandes espacios y medios en Europa y en Rusia en particular, que ha dado en denominarse el nacional comunismo.

Digamos primeramente que este término no es nuevo en el mundo. Recordamos que en el año 1939, cuando Hitler y Stalin pactaron la partición de Polonia, sectores simpatizantes con el fascismo hablaban por primera vez de la conjunción entre el nacional-socialismo alemán y el nacional-comunismo ruso. Se enfatizaba en ese entonces en que Stalin, debido a su excluyente interés por los intereses de Rusia, era en realidad un nacionalista en el seno del comunismo, opuesto a Trotsky que en cambio era internacionalista y judío. Aunque digamos que más tarde también se diría lo mismo de Stalin una vez que se enfrentara a Hitler, no volviéndose desde ese entonces a usar más tal categoría. Ahora la misma ha empezado a circular nuevamente a partir de la última rebelión del Palacio de invierno en contra de Yeltsin cuando se constituyó un Frente de Salvación Nacional en donde, de acuerdo a Dugin, estuvieron en una misma trinchera "antiguos" comunistas y fascistas del Pamiat y otros grupos afines; manifestando ambos por igual un sentimiento antiburgués y contrario al capitalismo liberal.

Este intento de acercar el comunismo con el fascismo que, tal como vemos, no es para nada nuevo, hoy en día adquiere un renovado vigor ante la caída del muro de Berlín. Y aquí ha surgido un doble error. Por un lado para algunos el comunismo habría desaparecido y para otros ese caudal humano se habría convertido en un potencial aliado. Así es como aparecen reivindicaciones de pasadas

alianzas y de trasfondos izquierdistas en el fascismo. Se ha arribado a recordar así el pasado socialista de Mussolini, el programa de Verona durante la Rep. Social Italiana y la presencia de sectores de izquierda que existieron en el nacional socialismo, sosteniéndose que el error de Hitler fue atacar a Rusia y no de haberse aliado con ésta en contra del Occidente anglosajón que es y ha resultado ser en última instancia el verdadero y principal enemigo.

Decimos entonces que este fenómeno que actualmente representa Dugin y que, como veremos, adquiere unos nuevos matices de lo más sugestivos con él, no es para nada nuevo y que ya en vida de Evola aparecieron en manera desafiante e incluso belicosa a través de una muy curiosa corriente que en la década del sesenta le tocó rebatir a éste y que tenía el sugestivo nombre de nazimaoísmo, cuyo principal exponente era un ex seguidor suyo, Francisco Freda. Es de recordarse que en la década del sesenta había surgido un conflicto abierto entre el comunismo de China y el de la URSS. Mientras que este último era revisionista con respecto a ciertas categorías del marxismo leninismo ortodoxo, sustituía la antigua consigna de dictadura del proletariado por la de "gobierno de todo el pueblo" y hablaba de una coexistencia pacífica con el capitalismo en razón del peligro de guerra nuclear, los chinos en cambio se aferraban a la más dura ortodoxia, valorizaban la figura de Stalin y sostenían que Estados Unidos era "un tigre de papel".

Sucedió entonces que ciertos sectores de orientación preeminentemente nazi, entre los cuales se podría también incluir a la figura del belga León Degrelle, consideraron positiva la postura de China y algunos de ellos, hallándose entre éstos el mencionado Freda, llegarán incluso a decir que en realidad Mao tse tung, sin saberlo, se alejaba del marxismo y se aproximaba, siempre sin darse cuenta de ello, a posturas afines a las del nacional socialismo. Acotemos de paso que este no darse cuenta de parte de sectores comunistas también aparece mencionado hoy en día en la figura de famosos guerrilleros, como el Che Guevara, el cual, en razón de su visión heroica

de la vida, habría también sido un fascista que ignoraba serlo.

Ahora bien ¿cuál será la postura de Evola al respecto? Evola, como bien se sabe, no fue nunca ni nacional socialista ni fascista, ni miembro de partido alguno, sin embargo supo ver en tales movimientos la presencia de valores tradicionales actuantes en los mismos muchas veces a pesar de los principios y posturas sostenidos por sus jerarquías.

Por otra parte, muchos de los que en ese entonces se declaraban nazimaoístas, habían sido o se remitían a sus enseñanzas. Justamente, para establecer ciertas distancias esenciales, nuestro autor sentará posición al respecto en un artículo que será publicado en la revista *Il Borghese* y que se titulará *La infatuación maoísta*, hoy reproducido como apéndice en su obra *Los hombres y las ruinas*, a lo cual Freda más tarde le contestará con otro titulado *La infatuación atlantista*. Ambos artículos han sido reproducidos como un suplemento de la revista *Orion*, que es en Italia el principal exponente de esta vertiente nacional comunista hoy dirigida por Dugin.

En la misma se expresa, a la manera de presentación de ambos trabajos, que dicho artículo de Evola, en tanto estaría marcado por una cerrada crítica del comunismo de Mao, representa una de sus fases "más oscuras y negativas", contrarias a otras que en cambio serían "revolucionarias". Sin embargo hay que resaltar, releyendo tales artículos, la lucidez que tuviera Evola en refutar aquella corriente que, dicho sea de paso, terminó sumamente mal, envuelta en cuestiones de terrorismo, incluso con Freda en la cárcel.

Evola sostiene allí como algo absurdo querer hallar en el maoísmo algo que supere al marxismo-leninismo. Se trata según él de una mera riña entre hermanos rivales (URSS y China) en donde en realidad están en juego apetencias territoriales. Además, sostener que el maoísmo representa una superación de la visión economicista del marxismo porque sostiene la intervención de la voluntad humana, el nacionalismo y el sentido heroico de la vida, al reivindicar el valor de la guerra, representa una vez más una forzada interpretación de ciertos hechos. En primer

lugar Evola nos hace ver que tal nacionalismo no se basa en un sentido aristocrático de la nación ni en el concepto de persona humana, sino que es más bien un colectivismo de masas "de carácter jacobino".

Por lo tanto pone de relieve una vez más que no todo nacionalismo es bueno. Sólo es válido aquel que rescata de una nación los valores espirituales y sagrados que se han plasmado en su historia. A su vez resalta que el heroísmo carece totalmente de valor en sí mismo, si no está fundado en una dimensión metafísica y trascendente. Es decir que, si el heroísmo representa una entrega, una salida de sí de parte del sujeto, ésta puede efectuarse de dos maneras: o hacia arriba, o hacia abajo. En el caso del maoísmo, como por lo demás en todo el marxismo, la disyuntiva es clara, aquí se vive y se muere por la economía y por el bienestar de las masas. Si no se tienen en cuenta los fines de la acción también un gángster que lucha hasta la muerte por su libertad podría ser un héroe. El heroísmo sólo adquiere sentido en función del valor al que se refiere. Y en este caso el ideal del comunista es el mismo que posee el burgués como meta, aunque varíe en los medios a aplicar. El comunista quiere alcanzar la misma "felicidad" material de la que goza actualmente la burguesía. "Comunismo + Nacionalismo es pues lo opuesto exacto de la concepción superior y aristocrática de la nación".

En cuanto al valor de la voluntad y del hombre como hacedor de la historia, él resalta que en realidad no es al hombre como persona al que Mao se dirige, sino al hombre-pueblo, el hombre-masa que es para él el hacedor de la historia, ante cuya voluntad el sujeto debe estar irreversiblemente subordinado. Por lo tanto en Mao "el desprecio por la persona no es menor que en la primera ideología soviética". Por otra parte, decir que se asigna una importancia a la voluntad humana como realizadora o correctora del rumbo fatal de los acontecimientos de la historia no es para nada una novedad de Mao, sino que ya estaba presente en bolcheviques como Lenin y Trotsky los cuales discrepaban con los reformistas (mencheviques) acerca de si la revolución socialista debía darse, tal como

decía Marx, en los países capitalistas más desarrollados o si en cambio podía hacerlo antes en los más atrasados económica y culturalmente, como era el caso de Rusia, la que aun no había pasado del feudalismo al capitalismo como en cambio la mayoría de Europa. No es que el leninismo sostuviera que la voluntad humana podía corregir el rumbo fatal de la historia, el cual era forzosamente el socialismo, lo que él afirmaba es que ésta podía acelerar las etapas, ser capaz de hacer saltar de la faz feudal directamente a la socialista, sin pasar por la capitalista.

Que en última instancia el capitalismo iba a ser desarrollado en cambio por el Estado comunista, de allí la famosa fórmula decapitalismo de Estado, es decir, un capitalismo instaurado a través de una férrea dictadura que obligaría a efectuar la acumulación primitiva del capital. Y hasta podríamos remontarnos más lejos a la polémica sostenida por Bakunin en contra del mismo Marx. De la misma manera que Mao, Bakunin, uno de los padres del anarco-comunismo del siglo pasado, sostenía que el motor de la revolución era la pobreza más que el desarrollo de las fuerzas productivas como sostenía Marx. Y tal era en el fondo la misma polémica entre rusos y chinos. Los rusos eran ahora un poco como los mencheviques de la época de Lenin; sostenían la evolución gradual de la humanidad hacia el socialismo, Mao en cambio decía que la guerra era el factor acelerativo de ese proceso irreversible de la humanidad.

Y con respecto a la pretendida afinidad involuntaria de Mao con los ideales y principios de la Tradición, ¿cómo explicar que ha sido justamente la China de Mao la que destruyó la última de las sociedades tradicionales existentes en el Tibet?

Hoy luego de más de treinta años de tal polémica, no podemos menos que sonreír por las infantiles respuestas dadas por Freda a Evola, y que son publicadas por la revista Orion reivindicándose increíblemente a la figura del primero. Entre las mismas queremos rescatar a una de ellas por lo significativo del error. "Con respecto a la posibilidad de que China, siguiendo el ejemplo de la Unión

Soviética, termine aceptando un modelo de vida burguesa, disentimos totalmente con el juicio de Evola en tanto que tal posibilidad nos parece absolutamente remota". Los hechos actuales que nos presentan a una China capitalista y competitiva que ha inundado el mundo con sus productos, con su bolsa de comercio, han dado pues la respuesta.

Ya casi nadie hoy en día habla de Mao. Han prácticamente desaparecido los maoístas y ya han dejado de existir, con más razón todavía, los nazimaoístas. Freda hoy está en libertad y no sabemos qué se dedica a escribir ahora. Pero sin embargo con él no ha desaparecido para nada la tentación de querer rescatar del comunismo algo bueno. Más aun, parece ahora multiplicarse dicha tendencia justamente en el momento en que se ha operado por vía paradójica la caída del comunismo en el mundo. Curiosamente justo cuando el comunismo fracasa y cuando China, a diferencia de lo mencionado por Freda, se hace burguesa, es cuando resucita multiplicado el antiguo intento por rescatar en el comunismo ciertos valores que lo aproximarían a los ideales propios de la Tradición.

Es dentro de este contexto que es posible hablar del Sr. Dugin. En la misma revista a la cual hicimos alusión al mencionar la polémica Evola-Freda es que, al intentarse hacer un homenaje a Evola en el centenario de su nacimiento, homenaje por lo demás sui generis, ha aparecido un artículo de esta persona con ciertas pretensiones intelectuales mayores que las del aludidonazimaoísmo, el que pasaremos a reseñar aquí.

2) Una siniestra vía de la mano izquierda

Dugin lo comienza realizando una serie de alabanzas de nuestro autor, las que, en una primera lectura y al tratarse de un ejemplar salido en ocasión de un homenaje a Julius Evola, uno se vería tentado de pensar que nos encontraríamos ante un panegírico. Sin embargo, a medida que avanzamos en la lectura, tomamos enseguida conocimiento de que se trata de todo lo contrario, desde el comienzo hasta el final nos hallamos con una serie de críticas y objeciones de fondo de sus

posturas, disfrazadas todas ellas con un cierto carácter de alabanza, aunque por lo demás superficial, como veremos, cuando no de aviesas deformaciones, las que trataremos de señalar en estas líneas y además queriendo abonarse también tal idea con el hecho de que Dugin se nos presenta como el traductor al ruso de las obras de Evola.

Dugin nos relata testimonialmente cómo Evola, junto a otros autores tradicionalistas, fue sumamente importante en la evolución de la oposición antisoviética en la época del comunismo. Habría sido Evola uno de aquellos autores que les habría permitido superar los marcos de un estrecho anticomunismo y comprender que el capitalismo no era el verdadero Occidente, sino también el producto de un fenómeno común con el comunismo cual era la modernidad. Nos narra también cómo Evola en razón de tales influencias ha adquirido una gran popularidad en Rusia y que se llegaron a traducir nada menos que 50.000 ejemplares de su obra *Imperialismo Pagano*. Sin embargo, luego de esta primera presentación pasa a expresarnos seguidamente lo que a su entender son las limitaciones de nuestro autor, las que a continuación enumeraremos.

a) Los puntos discrepantes

No haber comprendido el alma rusa. Su rechazo por el cristianismo occidental y por el güelfismo lo habría llevado a ignorar la realidad de la Iglesia ortodoxa la cual tendría una postura gibelina muy parecida a la suya. "Para un tradicionalista ortodoxo la separación católica entre Rey y Papa no es imaginable y ello constituye justamente la 'herejía latina'". Además nos resalta lo que denomina como un mensaje y actitud decididamente anticristiana en nuestro autor, lo cual chocaría nuevamente con la idiosincrasia de su pueblo, el que es profundamente creyente.

Es esta incompreensión del alma rusa la que lo lleva a su vez a mal interpretar el fenómeno del bolchevismo. Y aquí nuevamente, como en el caso anterior de Freda con China, él considera que el comunismo ruso tiene en el fondo muy poco que ver con el marxismo. Pero Freda se detenía simplemente en el hecho de un

pretendido culto de la acción y de la voluntad libre existente según él en el maoísmo, acá Dugin llega a dar una serie de pasos más avanzados y osados. El bolchevismo según él no sería simplemente un movimiento político, sino una corriente religiosa e incluso esotérica y esta valoración de la extrema izquierda política lo lleva a vincularlo inverosímilmente con la Vía de la Mano Izquierda del Tantrismo; la cual, si bien fue sostenida por Evola, no habría podido arribar a una formulación política de su parte debido a su prejuiciosa incompreensión del alma rusa.

Evola sería según él una persona contradictoria en razón de su permanente oscilación entre estas dos vías metafísicas, la de la mano derecha y la de la izquierda. Mientras que Guénon y otros tradicionalistas se habrían detenido en la vía de la mano derecha, Evola en cambio habría sido el tradicionalista de la vía de la mano izquierda, de allí su interés por autores mágicos y hasta satanistas como Crowley a quienes la escuela guénoniana consideraba como contrainiciáticos.

Ahora bien, la limitación en Evola acontecería en el hecho de que, si la vía de la mano derecha habría tenido en él una cierta resolución política a través de obras tales como *Los hombres y las ruinas* y *Orientaciones* en cambio la de la mano izquierda se habría detenido en una formulación puramente teórica en *Cabalar el tigre*, pero no habría formulado claramente una praxis política como en cambio sucedió con la de la derecha, de allí su adhesión a posturas atlantistas ya señaladas por Freda. Según él la Vía de la mano Izquierda tiene varias vinculaciones con la extrema izquierda en su rechazo y contestación radical por los valores burgueses. Además habría habido varios iniciados en los orígenes de los movimientos de izquierda. Dugin nos recuerda al respecto el caso de T. Reuss quien iniciara a Guénon en la masonería. "Puede decirse que entre Evola y Rusia existen correspondencias no sólo en lo relativo al aspecto conservador 'de derecha', sino también de izquierda con el bolchevismo". Pero nuevamente él se ha contrapuesto a la misma porque no ha sabido

comprender el alma rusa. Podría haber así percibido que la Vía de la Mano Izquierda puede recabar del bolchevismo ruso sus principales vías de acción a nivel político. Aunque de todos modos el "izquierdismo" de Evola se habría podido sin embargo manifestar tan sólo parcialmente en la época del fascismo cuando nuestro autor, con Imperialismo Pagano, reivindicó los valores del paganismo en contra de la alianza entre el régimen de entonces y el Vaticano.

Víctima de los esquemas conservadores de derecha Evola habría además adherido a la concepción involucionista de la historia por la cual la sociedad atraviesa por cuatro etapas de decadencia en razón del dominio de cada una de las castas. Al respecto según él Evola habría confundido las castas tradicionales, que serían tres y no cuatro según la tradición indoeuropea, con las clases sociales. Llega a decir por ejemplo que, según los arios, los kshatriyas tenían también la prerrogativa del comercio y de la distribución de bienes (no habría según él existido la casta de los vayshas).

Que finalmente Evola quedaría refutado por la caída del comunismo. Si él dijo que el ciclo concluía con la revolución de la cuarta casta, la proletaria, en contra de la burguesa, ahora esto quedaría contradicho por el retorno del liberalismo y del Tercer Estado burgués. Por lo tanto el comunismo no sería el gran enemigo de la Tradición que Evola sostenía, sino un fenómeno incomprendido, nuevamente por no haber sabido entender el alma rusa.

b) Respuestas

Hay un solo punto en el cual podemos no concordar sino comprenderlo a Dugin. Cuando éste habla de un cierto desconocimiento del cristianismo ortodoxo, su crítica nos recuerda a la que Elías de Tejada formulaba a Evola en relación a su desconocimiento del tradicionalismo español o carlismo. Evola, en su exagerada valoración del gibelinismo de los Hohenstaufen, habría olvidado el sostenido por la dinastía de los Austria, con Carlos V a la cabeza. Dijimos en su momento que tal planteo puede ser válido en tanto y en cuanto Evola no fue un

historiador de la cultura, sino en todo caso un metafísico al cual, más que el relato puntual o corroboración de hechos históricos, le interesaban principalmente los principios. Que en todo caso la revalorización de Carlos V y del gibelinismo español puede ser un elemento positivo justamente para avalar y exaltar tales principios universales. Podría decirse exactamente lo mismo en relación a lo sostenido por Dugin y la tradición rusa. Sin embargo, no es cierto que E. no tenga en cuenta para nada dicha tradición de la misma manera que lo sucedido con España. Justamente, al calificar al comunismo y a su mesianismo economicista, en Rebelión... considera que ello se debe a una secularización de ciertos principios de la ortodoxia rusa por la cual se considera a tal pueblo como "teóforo" en tanto encargado de difundir por el mundo los ideales de Dios, en esta caso, debido a su secularización, se trataría de difundir los ideales del marxismo. Aquí podría estar dada también la explicación de por qué el comunismo triunfó en un país conservador como Rusia (lo cual para Dugin sería en cambio la manifestación de que se trata de un fenómeno tradicional (?)) y también el voluntarismo presente en la revolución bolchevique.

A pesar de los intentos por confundir las cosas en relación a las castas en las civilizaciones arias, las cuales fueron cuatro: los bramanes, los kshatriyas, los vaishas y los shudras, el comunismo representa la rebelión de la cuarta casta, la de los siervos y Evola nos ha mostrado cómo su principal característica ha sido someter a toda la sociedad a la categoría del trabajo comprendido en su dimensión más baja como oscura necesidad. Ahora bien, no necesariamente la sociedad comunista instaurada en Rusia tiene por qué ser la última de las posibles en el orden de la decadencia. Por un lado Evola hace alusión a que la Rev. Rusa ha inaugurado el período de la cuarta casta, pero en ningún momento sostiene que el mismo se agota necesariamente con el régimen soviético. Por otro lado la Tradición, además de las castas, nos ha hablado de otras dos dimensiones posibles, la de aquellos que, por encontrarse por encima del orden de las castas son libres y no están

ordenados específicamente al régimen estricto de las mismas, en razón de una situación de superabundancia, y por otro están aquellos que se encuentran por debajo del mismo orden por ser incapaces de soportar cualquier tipo de disciplina, y éste es el paria, el sin casta, en tanto se encuentra por debajo de cualquier orden. Tradicionalmente el paria era repudiado por todos. Una sociedad de parias, pero paradójicamente organizada, es la última de las sociedades posibles, lo que Evola calificaba como el Quinto Estado. Hecho éste ignorado totalmente por Dugin.

Que haya caído el comunismo ello no significa ni que el mismo haya desaparecido como problema, ni tampoco que lo que hoy tengamos sea una sociedad capitalista y liberal como la que triunfara a partir de la revolución francesa del siglo XIX, ni aun como la que existiera justamente antes de la caída del muro de Berlín. Y aquí podríamos hacer un pequeño relato esclarecedor del problema.

Antes de la caída del muro la circunstancia en el mundo se presentaba de la siguiente manera: respecto del capitalismo, el comunismo vivía en una situación de aislamiento. Un aislamiento que se manifestaba bajo la forma de una especie de lazareto en el cual por lo general ninguno de los miembros de los dos bloques podía entrar en un verdadero contacto con el otro y el muro representaba una barrera de contención que los separaba a ambos.

La presencia del mismo generaba por reacción una tensión dialéctica. El comunismo permitía reproducir en el Occidente liberal valores que éste había sustentado en su momento de apogeo y que, gracias a la presencia de aquél, podían seguir vivos. En efecto, el principal ideal que enarbolara la ideología liberal en su antagonismo en contra del absolutismo monárquico fue el de la libertad, comprendida también como sinónimo de tolerancia y respeto por las diversidades de opiniones. La frase de Voltaire "Rechazo tus ideas, pero estaría dispuesto a dar la vida para que puedas seguir sustentándolas con libertad" era uno de los apogemas principales del liberalismo y por el cual era lícito incluso a un hombre de la

tradición batirse en su defensa, aun sin adherir a esa ideología. El comunismo representaba el totalitarismo del Estado que no respetaba las diferencias, que perseguía y reprimía a los opositores con cárceles, campos de trabajo forzado y "reeducación", asesinatos y hasta clínicas psiquiátricas a fin de que éstos "se curaran" del error. Y esta actitud generaba en su tensión, decíamos, un rescate y valoración de la libertad propia del liberalismo en sus orígenes. El comunismo a su vez, por reacción contraria, rechazaba del capitalismo el egoísmo económico, el decadentismo burgués de una vida pensada tan sólo en función del bienestar y rechazaba pues el ideal de una libertad cuya única meta era el confort individual. De allí el contenido militante brindado a la propia existencia, pensado en función de abatir el capitalismo, lo cual otorgaba a las personas un contenido existencial, que incluso trascendía a esta misma vida.

Pero, tal como nos lo hace notar Evola, la meta del comunismo era en el fondo la misma del capitalismo, el cual aun por medios diferentes no sólo pretendía también realizarla, sino que en muchos casos lo lograba, a diferencia del marxismo. Es más, el capitalismo, a través del aumento desaforado de los consumos, única forma de detener el parate de la producción, había logrado, al menos en determinados países, la universalidad del confort y la "justicia social" que el comunismo prometía como ideal universal, pero nunca lo lograba en la práctica. Morir por el bienestar de las masas, el cual era prometido como meta futura en los países socialistas y a los adeptos de tal idea, era y sigue siendo un ideal absurdo, en especial si se demostraba con creces la inferioridad del sistema.

Fue así como, al caer el muro – el cual lo hizo con gran facilidad, debido justamente a las profundas carencias e incongruencias del ideal comunista – no sólo cayó el comunismo, sino que cayeron también los dos grandes ideales trancos que aun tenía el mundo, pero ideales al fin: el de una libertad, pero sin trascendencia, y el de una justicia, pero limitada al terreno de la mera economía. Y la

consecuencia ha sido, no el triunfo del liberalismo, sino el de un tipo de hombre que ha tomado de los dos sistemas lo peor que los mismos poseen. Un liberalismo sin libertad es pues una sociedad totalitaria en donde han desaparecido los pluralismos, en la cual una sola ideología es la posible, la Democracia, a la cual se ha llegado hasta a divinificar en un altar sagrado, y en cuya defensa todos los medios represivos son posibles y aceptables, no pudiendo haber nadie que tan sólo piense en la posibilidad de algo diferente. Los absurdos judiciales a los cuales ha conducido la actual tiranía democrática, producto justamente de la caída del muro de Berlín, pintan páginas de verdadera antología y representan el medio principal de represión al que acude actualmente el totalitarismo moderno de una manera en el fondo muy parecida a la del abatido comunismo.

Por ejemplo, hoy en día en la Argentina se ha impuesto la modalidad de condenar a una persona "no democrática", o "poco democrática" o con déficit de democracia, a seguir cursos obligatorios de Derechos Humanos, que son la contrapartida de lo que en el sistema soviético eran los campos de reeducación política. Pero no solamente el liberalismo se ha soviético gracias a la caída del muro, ha sucedido también que, del mismo modo, el comunismo en su conjunto, salvando por supuesto algunas excepciones, se ha aburguesado, ha perdido su ideal de justicia que aun lo movilizaba y lo ponía en antítesis respecto de la sociedad burguesa, llegando a compartir los mismos principios decadentistas antes criticados del mundo capitalista.

Tenemos así una sociedad que ha arribado a una síntesis entre las dos ideologías tomando del comunismo su totalitarismo y del capitalismo su afán por el lucro y las ganancias. Es lo que Evola calificara proféticamente en uno de sus últimos escritos, aunque insinuándose en otras obras, como el Quinto Estado. En efecto, de acuerdo a la doctrina tradicional e involutiva de las cuatro castas, el primero en existir fue el Estado tradicional, aquel en donde gobernaba la primera casta, la espiritual, luego vino el Segundo Estado, el absolutista monárquico,

con la rebelión de las monarquías en contra del principio sagrado y su conversión en regímenes fundados tan sólo en el monopolio de la fuerza. Después y como consecuencia vino el Tercer Estado, el Estado burgués, fundado en el reino de la economía y de la producción, para llegar con la Revolución rusa al Cuarto Estado, el proletario, en donde la economía y su actividad propia, el trabajo, han pasado a convertirse en el destino obligado de todas las personas. Pero la fase terminal en la cual nos encontramos es la última de todas, es la que Nietzsche calificara proféticamente como la sociedad del último hombre. " 'Hemos inventado la felicidad' , dicen los últimos hombres parpadeando". Esto es propiamente el Quinto Estado.

4) Por otro lado suena a absurdo y ridículo querer equiparar la Vía de la Mano Izquierda en sentido metafísico con lo que es la extrema izquierda a nivel político. La primera es una vía de purificación ascética y espiritual, a través del uso de algunas fuerzas y potencialidades corpóreas, como por ejemplo la sexualidad en el Tantra, a los fines de una elevación espiritual, haciendo de modo tal de convertir el veneno en remedio. Es cierto que la misma se encuentra formulada en la obra de Evola Cabalgar el tigre. Si en El yoga tantra se exponía dicha vía tal como existiera en la sociedad hindú, como una réplica hacia el vacío ritualismo, Cabalgar el tigre es un intento osado y ambicioso por querer aplicarla en el seno de la cotidianidad del mundo moderno en crisis en su más álgida situación de decadencia.

Como en ambos casos se trata de utilizar los fenómenos más destructivos para fines catárticos por un lado y por otro ser capaz de lograr que "aquello contra lo cual nada se puede no pueda nada en contra nuestro". Al respecto no es verdad que Evola en Cabalgar el tigre haya hecho un silencio ante el fenómeno político y que de su obra se recabaría una orientación de izquierda implícita o de algún modo revolucionaria y que podría ser compatible con un posicionamiento de extrema izquierda.

La apoliteia que allí sostiene es una manera de actuar, pero sin estar

comprometido en lo más íntimo de sí. De ninguna manera, Evola no hace un silencio ni siquiera aquí ante el problema político. La diferencia con Los hombres y las ruinas es tan sólo de circunstancia. En ese entonces él perfilaba una posibilidad de constituir un frente tradicional con posibilidades de éxito en la escena política, ahora con Cabalgar descreo de la misma, pero de ninguna manera la asunción de los fenómenos destructivos significaría para él asumir el comunismo o las posturas más radicales de la izquierda revolucionaria como han creído falsamente algunos, ni siquiera para acelerar un proceso de decadencia, el cual requiere principalmente de la supervivencia y formación de un elite capaz de sobrevivir y sostener ciertos principios tradicionales para un futuro próximo. Todo lo contrario, aun el marco de Cabalgar su posición ante el comunismo es de absoluta oposición.

Así pues, dentro del contexto de la apoliteia, que significa un actuar sin estar comprometido en lo más íntimo con nadie, él sostiene la necesidad y conveniencia de que el hombre de la tradición se nuclea del lado de aquellas fuerzas que se contraponen al comunismo. Ello no porque se considere que la sociedad liberal capitalista sea esencialmente mejor que el comunismo. Ambos son materialismos, ambas son ideologías economicistas pertenecientes a clases económicas, pero la diferencia está en el marco de libertad que permite aun o permitía el sistema liberal. Mientras que bajo el comunismo un tradicionalista era perseguido y reeducado en confortables clínicas o gulags, bajo el liberalismo era aun posible el ejercicio de ciertas libertades. Tan sólo en función de ello, dentro del marco de evitar que aquello contra lo que no puedo no pueda nada en mi contra, es que se nuclea en contra del comunismo.

5) Por lo demás resulta verdaderamente un absurdo y como el producto quizás de una muy gran desinformación sostener que el haber planteado un retorno al paganismo en la época del Concordato entre Italia y el Vaticano, es decir la actitud decididamente anticristiana de Imperialismo pagano, ello

signifique una postura de "izquierda metafísica" con poca coherencia con sus antagonismos ante ciertas posturas de izquierda que él combatía en sectores del fascismo y del nazismo. Justamente habría que recordar las calificaciones de Evola en dicha obra, retomadas en parte por De Benoist, en la que califica al cristianismo como un "bolchevismo de la antigüedad". Es decir que, exactamente al revés de lo dicho por Dugin, su defensa del paganismo es una defensa aristocrática, de derecha, en contra de un cristianismo al que califica de izquierda, democrático, como una revuelta plebeya de esclavos.

Por otra parte hay que recordar una vez más que Imperialismo.. fue una obra juvenil y que gran parte de los planteamientos efectuados en ella por Evola no fueron luego retomados en obras posteriores más maduras. Por ello es totalmente falso sostener que "su apelación a un retorno al paganismo sonaría totalmente ridículo en Rusia". Es que esa apelación fue hecha tan sólo en su etapa juvenil. A partir de Rebelión... la misma ya es inexistente.

No queremos dejar de citar lo insólito que resulta la alusión a una orientación metafísico-religiosa en el comunismo soviético. Al respecto Dugin en otro artículo que apareciera en la revista chilena Ciudad de los Césares habla de ciertos gestos iniciáticos efectuados por el primer astronauta ruso Gagarin al surcar por primera vez el espacio. Si ello sucedió no tuvo tanta trascendencia como la expresión pública del segundo astronauta soviético, Titov, quien al volver del espacio manifestó con gran satisfacción atea: "En el cielo no he visto ángeles".

Además no hay que acudir a gestos iniciáticos para comprender la orientación que primara en el comunismo ruso. Una sencilla lectura de los Cuadernos Filosóficos de Lenin, en especial sus comentarios sobre la Esencia del cristianismo de Feuerbach, así como las observaciones de Trostsky sobre la religión en su autobiografía, son suficientes y significativos ejemplos al respecto. Y en relación al hecho de que hubo influencias y participaciones de ocultistas en los orígenes

del socialismo, ello no es ningún descubrimiento, ya que tiene que ver con la orientación especulativa y contrainiciática de la masonería, la cual puso la organización de sus logias al servicio de la Revolución, desviándose así de su sentido originario. Al respecto el Interrogatorio Raskowsky, efectuado en pleno período de purgas stalinistas, es un documento inigualable sobre dicho tema.

Nosotros en relación a quienes afirman una continuidad entre la tradición rusa y el bolchevismo nos sentimos inclinados más en creer con Solzhenitsin que este último fue no una continuidad, sino una deformación del alma rusa.

7) Por último queremos humildemente hacerle una sugerencia al Sr. Dugin. Él dice haber traducido y editado en 50.000 ejemplares la obra de Evola Imperialismo Pagano. Es un mérito indudable. Nosotros en el mundo hispánico, a pesar de existir traducciones de la mayoría de las obras de Evola, no podemos a veces superar unos pocos centenares de ejemplares. Ello principalmente por la conspiración de silencio con que el régimen convida a nuestro autor. Él tiene en cambio un terreno propicio que no debería desperdiciar. Le sugerimos entonces que lo siga traduciendo a Evola, en especial sus obras maduras como Rebelión contra el mundo moderno. Ello le permitiría no sólo a él recabar un mejor conocimiento de nuestro autor y del pensamiento tradicional en general, sino colaborar más activamente con su divulgación.



La Tercera Teoría Política. Una crítica a la Cuarta Teoría Política

Michael O'Meara

La "Tercera Teoría Política" (3ªTP) es lo que Alexander Dugin, en "The Fourth Political Theory" (2012), llama Fascismo y Nacionalsocialismo [1].

Según Dugin, la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista no fueron derrotadas sólo militarmente sino también ideológicamente en la Segunda Guerra Civil Europea (1939-1945), víctimas de "homicidio", o quizá de "suicidio". A partir de entonces, estas dos ideologías nacionales anti-liberales supuestamente "superadas por la Historia" dejaron de abordar los grandes desafíos que enfrenta el hombre europeo. Luego, con la caída del comunismo en 1989-1991, colapsó la segunda más importante "teoría" anti-liberal opuesta a las fuerzas judeo-financieras del liberalismo anglo-estadounidense. La lucha anti-liberal actual, concluye Dugin, requiere de una ideología que no haya "sido destruída y desaparecida de la faz de la Tierra".

No hay nada en la Cuarta Teoría Política que complazca probablemente al "co-rectorado" (lo que es, quizá, una razón para estudiarla). Sin embargo, el esfuerzo de Dugin para desarrollar una nueva y persuasiva "teoría" adecuada a la resistencia global contra el sistema debe ser juzgado (no será el primero en decirlo) como un "fracaso", un fracaso interesante, es cierto, pero uno que también constituye una posible trampa para la oposición anti-sistema, especialmente en su engañoso tratamiento de la Tercera Teoría Política y sus implicaciones para la resistencia anti-sistema.

A principios de 1992, no mucho después del colapso soviético, Alain de Benoist, el líder de la "Nueva Derecha" francesa con sede en

París (quien estaba recién descubriendo el factor ruso), fue invitado por Alexander Dugin para reunirse en Moscú. Aun cuando ciertos elementos dentro del "Co-rectorado" inmediatamente levantaron el espectro de una "alianza rojo-morena" [2] (que aparentemente causó que Benoist mantuviera la distancia), y a pesar de que pequeñas diferencias continuaron dividiéndolos, Dugin fue finalmente aceptado como un espíritu afín, anti-liberal, que comparte, como lo hace, el tradicionalismo de la Nueva Derecha (Évola), la teología política (Schmitt), la ontología heideggeriana, el anti-norteamericanismo y la geopolítica telurocrática (Haushofer). En años recientes, sus diferencias parecen haber privilegiado todo lo que tienen en común sus proyectos estrechamente relacionados.

Dugin desde entonces se ha convertido en un destacado referente en la constelación Nacional-Revolucionaria, compartiendo el cielo con Benoist. Este protagonismo es completamente merecido, puesto que el talentoso Dugin (algo así como un think tank de un solo hombre) es versado en todos los principales idiomas europeos, erudito en la herencia anti-liberal y esotérica que el Nacional-Revolucionismo (NR) rescató del agujero de la memoria de la post-guerra, y, sobre todo, un inflexible y metapolíticamente prolífico oponente de Estados Unidos, "la ciudadela del liberalismo mundial", y por lo tanto la principal fuente del mal en nuestro tiempo.

La exacta naturaleza del proyecto de Dugin (que abarca diversos elementos compartidos por la oposición anti-sistema de Europa), sin embargo, nunca ha estado del todo clara cuando es vista desde lejos. Esto parece deberse menos a las muchas malas traducciones de sus primeros artículos, o a las numerosas interpretaciones divergentes que se pueden encontrar de su obra, que a un notable itinerario político (posible sólo en la última nación Blanca soberana en la Tierra) que lo llevó desde los márgenes políticos a las alturas del poder, un itinerario que comenzó con su pertenencia al ultra-nacionalista y anti-judío Partido Pamyet a finales de los años '80, seguido por el post-soviético Partido

Comunista de Gennady Ziuganov, luego en el Partido Nacional Bolchevique y ciertas otras formaciones Eurasianistas, después en el bloque ortodoxo-monarquista Rodina y, durante la última década, y después de alcanzar notoriedad nacional como un "intelectual público", como un asesor ocasional de Vladimir Putin y de la Duma rusa.

Estas formaciones y capacidades, cada una respetable, juntas plantean ciertas preguntas obvias acerca de la naturaleza de un proyecto político que abarca un espectro tan amplio de creencias y realiza una mezcla ecléctica de ideas aparentemente incompatibles (tradicionalismo evoliano, pensamiento NR [de suyo una mezcolanza de ideas divergentes] y Eurasianismo, entre otras) en una cosmovisión apropiada para el Estado ruso post-soviético.

La publicación (The Fourth Political Theory) bien traducida y editada por Arktos es precisamente un evento editorial porque le da al mundo anglófono su primera exposición en forma de libro del pensamiento de Dugin, y con ello una visión más clara de su proyecto NR.

Aunque sigue siendo difícil de encasillar, me he vuelto cada vez más crítico de Dugin a lo largo de los años, sobre todo a causa de su Eurasianismo, que no es un nacional-bolchevismo en el sentido alemán de la palabra (de aliar a Rusia y Europa, y por lo tanto superando las diferencias narcisistas que dividen a los greco-eslavos orientales de los romano-germánicos occidentales), sino más bien algo así como una potencial ideología estatal integradora de los judíos, musulmanes y turcos que ocupan las tierras rusas —más preocupada por lo tanto de la Geopolítica que de la hegemonía etno-civilizacional (un poder estatal más bien que ruso)—, y por consiguiente algo potencialmente anti-cultural. Esta amenaza es enfatizada por la lealtad formal de Dugin a los principios etno-pluralistas, multiculturalistas y comunitarios (derivados del universalismo occidental al que él se opone formalmente) que son componentes clave del "pluriversum" culturalmente relativista de Benoist [3].

Aunque quizá sin querer, estos principios compartidos por Dugin y Benoist no pueden sino poner en peligro a los europeos, porque legitiman la colonización por el Islam de sus tierras históricas, tal como arriesgan convertir a los rusos europeos en un pueblo turco-eslavo o asiático, y por lo tanto lejos del destino que comparten con otros europeos (los "boreanos": los pueblos Blancos o indoeuropeos del Norte).

En su charla en *Identitär Idé IV*, Dugin el etno-pluralista incluso jugó con la ficción izquierdista de que la "raza" (como un concepto científico o zoológico) es un "constructo social" (a pesar de su tradicionalismo evoliano, que reconoce la significación de la "raza" tanto en sentido físico como espiritual) [4]. Su posición aquí, aunque vacila a veces, es como la de Benoist, de menospreciar el fundamento racial de lo que Saint-Loup llamó la "patria carnal", la herencia genética y territorial sin la cual los europeos dejarían de ser quienes son [5]. (...)

Pero por muy "insignificante" que sea como un factor determinante, la raza es sin embargo indispensable, en el sentido de que el mundo del hombre es imposible sin ella. Porque el hombre es un ser vivo, infundido de sangre: cambie su sangre (raza) y usted cambia su espíritu. Como sucede con el ser y el Ser, no hay espíritu sin sangre, la sangre distinta al "ser-ahí" (*Dasein*) del hombre. Esto no significa que la sangre explica o determina todo (al menos directamente), sino que de la herencia genética no se puede prescindir sin prescindir de la misma condición (el hecho de ser-arrojado y la facticidad) del ser humano. No ver que la raza, el linaje y el parentesco, es un aspecto inseparable del ser, es no ver la naturaleza necesariamente encarnada del *Dasein*. En efecto, el de Dugin no es el *Dasein* de Heidegger sino un "idealismo" (tal como su tradicionalismo).

Las concesiones de Dugin, a través de Benoist, a los principios mestizadores del cosmopolitismo globalista, junto con la turcofilia e islamofilia de Dugin, son evidentes no sólo en un eurasianismo que mezcla los pueblos Blancos y amarillos, cristianos e islámicos, en un solo sistema de gobierno (en

lugar de promover la homogeneidad cultural característica de las tierras europeas occidentales de la Alta Cultura), sino también en su postura en el antiguo debate entre Faye y Benoist sobre el etno-nacionalismo y el comunitarismo.

Guillaume Faye no es una virgen vestal [6], es cierto, pero en los temas decisivos — raza, cultura, inmigración, Islam— él se mantenido en contra de las fuerzas etnocidas del sistema por el bien de la Europa europea, mientras que Dugin, de nuevo como Benoist (quien en 2000 denunció públicamente a Faye como un "racista", tal como el Estado francés había lanzado un asalto judicial contra él por incitar al "odio racial"), ha intentado repetidamente un acuerdo con las fuerzas anti-Blancas (lo que probablemente explica un cierto interés del Tercer Mundo y del mundo islámico en la Cuarta Teoría Política).

En "The Fourth Political Theory" (4ªTP), Dugin describe a Benoist como un colega trabajador en la 4ªTP y explícitamente lo identifica con su proyecto. Esto ocurre después de una similar afiliación pública de Benoist con la 4ªTP en Moscú en 2009 [7]. A pesar de sus persistentes diferencias, esta colaboración entre las Nuevas Derechas de París y Moscú en años recientes parece encaminada a dar a sus marcas similares de discurso NR (rebautizado como la 4ªTP) una audiencia más grande y más consecuente. (Pero aquí estoy especulando, dado que ya no leo dichas publicaciones)

Cui bono? [¿A quién beneficia esto?]. Para el "soldado político" (el cual, según cree Dugin, está obsoleto), para el etno-nacionalista Blanco, y, sospecho, para el nacionalista ruso, la afinidad de Dugin con Benoist, junto con su oposición anti-racista a Faye, debe activar las alarmas, señalando, como lo hace, la lealtad de Dugin a la más comunitaria y etno-pluralista —es decir, la más políticamente correcta y demográficamente comprometedora— de las tendencias NR.

"The Fourth Political Theory" está lleno de profundas discusiones sobre la 1ªTP (el Liberalismo) y la 2ªTP (el Comunismo), lo que es otra de las razones para su lectura, pero, extrañamente, casi no hay ninguna discusión,

salvo esporádicamente, de la 3ªTP (Fascismo / Nacional-Socialismo), quizá porque esta última "teoría" era ella misma una negación de la teoría, y por lo tanto una negación, entre otras cosas, del "modernismo" que Dugin de manera simplista le atribuye.

Tal como él, cuestionablemente, trata al Nacional-Socialismo y al Fascismo, aunque obviamente diferentes, como tendencias estrechamente relacionadas, mientras al mismo tiempo ignora sus raíces comunes en la historia temprana de la resistencia anti-liberal, de manera similar él descuida las ramificaciones post-1945 de esta "teoría" supuestamente moribunda, negándose a aceptar que la 3ªTP no murió después de la guerra y, más importante aún, que las fuerzas históricas que alguna vez la convirtieron en una potencia en el mundo (la destrucción del significado y las dislocaciones socio-económicas que aparecen con la liberalización excesiva —piense en la "globalización" de hoy) están creando en la actualidad condiciones favorables para otra insurgencia de masas, de estilo "fascista" y anti-liberal. [8]

Para Dugin, la 3ªTP —llamémosla "fascismo" (con minúsculas)— se entiende de una manera no muy diferente a la de la Internacional Comunista después de su conversión en el Frente Popular (1934). Al tratar entonces de congrega a las plutocracias democráticas en una alianza de seguridad colectiva con la Unión Soviética contra la insurgente Alemania, la Internacional Comunista (Comintern) utilizó la palabra "fascismo" como un término genérico para describir una multitud de movimientos, supuestamente confabulados con las facciones más reaccionarias y militaristas del Gran Capital, pero que tenían poco en común aparte de la defensa anti-liberal y anti-comunista de la nación o de las tradiciones de la nación.

No sólo los fascistas italianos y alemanes nacionalsocialistas, sino el Ku Klux Klan y los republicanos de Estados Unidos, los franquistas y los falangistas de España, las "ligas" y otros en Francia, los rexistas católicos de Bélgica, los Guardias de Hierro Ortodoxos de Rumania, y prácticamente toda tendencia

del período de entreguerras que se opuso a las devastaciones nihilistas del "capitalismo democrático", del comunismo soviético o de las argucias judías, terminó siendo etiquetada como "fascista". Conceptualmente, este "fascismo" fue tan superficialmente definido que "el control cognitivo sobre los criterios de ingreso en la clase casi se perdió", mientras que el término evolucionó, en una forma de exclusión liberal o izquierdista, hacia la palabra "racismo".

Después de 1945, tanto la Izquierda como la Academia continuaron siguiendo la línea de la Comintern, usando el término "fascismo" para describir a todo o a cada uno que pudiera oponerse a la 1ªTP o a la 2ªTP en nombre de alguna tradición o identidad arraigada (lo que Dugin llama "Dasein"). No hay nada "científico" (es decir, riguroso) aquí, ya que el término se utiliza expresamente para demonizar a quien sea o lo que sea que se oponga a las fuerzas de la subversión capitalista o comunista, por lo general debido a que los argumentos y las aseveraciones que justifican sus prácticas no pueden resistir el escrutinio racional, incluso en sus propios tribunales. Que Dugin use el término de la misma forma, sugiere algo acerca de su propia valoración del anti-liberalismo europeo.

El segundo problema importante con el tratamiento de Dugin de la 3ªTP (específicamente el Fascismo y el Nacional-Socialismo) es que él deja de reconocer que estas "ideologías" no se originaron ex-nihilo en los años '20 y '30, sino a partir de un movimiento ya de medio siglo que había surgido en oposición a fuerzas modernizadoras similares impulsadas por los judíos e intereses especulativos que se beneficiaban de la "economización" en curso de la vida europea, producto del liberalismo. No ver o no enfatizar el crisol histórico-social a partir del cual surgió la 3ªTP, hace que Dugin no logre ver el intento mayor de lucha contra el modernismo emprendido por su "Tercera Vía".

Las luchas de la Tercera Teoría Política contra la modernidad liberal, que está más allá de la Izquierda y la Derecha, entraron por primera vez en el escenario histórico en el

siglo XIX, cuando los elementos del ala revolucionaria anti-liberal del movimiento obrero se unieron a los elementos del ala revolucionaria anti-liberal del movimiento nacionalista para resistir el modelo de Estado y de sociedad hebraico (es decir, usurero), un modelo que convierte a la nación en un mercado, complace a los cosmopolitas, y le niega una historia y un destino [10].

En este sentido, el Nacional-Socialismo alemán y el Fascismo italiano representaron una continuación de estas tempranas expresiones socialistas y nacionalistas de anti-liberalismo, siendo ambos *sui generis* principalmente en la encarnación del espíritu y el carácter de su época.

Al igual que nuestros historiadores de la corte, Dugin no puede definir el "fascismo" sino superficialmente. En realidad, sólo puede ser definido superficialmente dado que el "fascismo" fue un engaño ideológico, porque hubo sólo un fascismo y numerosas formas distintas y particularistas de la 3ªTP: anti-liberalismo, anti-capitalismo, anti-comunismo, anti-modernización, anti-judaísmo, ultra-nacionalismo, etcétera, a veces superponiéndose unas a otras, a veces no, pero, en la mayoría de los casos, defendiendo su Dasein colectivo en términos de un territorio y una población específicos.

En un esfuerzo similar, Dugin ignora las circunstancias históricas que llevaron al Fascismo italiano y al Nacional-Socialismo alemán al poder: los profundos trastornos materiales y psicológicos de la guerra de 1914-1918 y la devastadora crisis económica que siguió en los años '30. Si se prestara más atención a este aspecto de su argumento, él podría haberse dado cuenta de que desde la crisis de 2008, el estancamiento económico, las confiscaciones abusivas por parte de los magnates ladrones, y el vaciamiento de las instituciones europeas, fundamentalmente del Estado, han creado las condiciones para que pueda surgir otra forma masiva de la 3ªTP que desafíe a las fuerzas etnocidas al mando del Estado y de la sociedad.

Si esto ocurriera, la Tercera Teoría Política (la "ideología anti-liberal", y por lo tanto, anti-sistema), que surgió como rebelión contra la

modernidad liberal y el capitalismo corporativo en la década de 1890, y que fue llamada "fascismo" en los años '20 y '30, es probable que asuma lo que antes eran las formas imprevisibles de "identitarismo", "goldendawnismo", "casapoundismo" y cualquier otra tendencia nacionalista revolucionaria que actualmente luche contra la devastación liberal de la vida europea no necesariamente en nombre de la "raza", el "Estado", o de alguna teoría (como Dugin lo ha hecho), sino en nombre de las tradiciones que definen a los europeos como un pueblo (es decir, como Dasein y Mitsein, conceptos, vía Martin Heidegger, nativos de la 3ªTP) [10].

No es coincidencia que las tendencias que hoy representan a la 3ªTP sean tan distintas y diferentes como los "fascismos" del período de entreguerras, aunque cada una pertenezca a la misma trascendental rebelión contra la modernización liberal que fue derrotada en 1945 y que sólo ahora, e incluso con cierta renuencia, está comenzando a reafirmar algo de su antiguo significado de oposición.

Los anti-liberales están sin embargo en deuda con Dugin por darles el término "Tercera Teoría Política", porque ellos ahora pueden abstenerse (cuando son francos) de describirse o de pensar en sí mismos como "fascistas" (quienes, repito, eran parte de algo nacido de una lucha europea más antigua contra las fuerzas emergentes de la modernidad judía) [11], y que por lo tanto debieran ser vistos, más exactamente, como expresiones de este movimiento histórico mayor (3ªTP), el cual ha tenido muchas manifestaciones diferentes, la mayoría de las cuales convergieron en la resistencia a las fuerzas etnocidas asociadas con el capitalismo, el comunismo o los judíos. Más allá de eso, existió poca similitud ideológica ("teoría").

A pesar de que la 3ªTP es caracterizada como "fascista" o como un movimiento más grande anti-liberal, ella sigue refiriéndose a la situación mundial actual, porque a diferencia de las tímidas imputaciones de la 4ªTP y de la apoliteia [falta de compromiso político] persistente en sus antecedentes, tiene un récord indiscutible de combatir contra las

legiones oscuras del Anticristo, no por el bien de una teoría sino por ciertas identidades primordiales arraigadas en la sangre y en el espíritu, en parientes y compatriotas. En efecto, si los europeos han de sobrevivir al siglo XXI, parece probable que ellos van a tener que luchar por algo de mayor importancia "mítica" que los principios modestos, sin carácter y teóricos de la 4ªTP.

Como sucedió con el Fascismo y con el Nacional-Socialismo en su tiempo, la 3ªTP en nuestro tiempo es probable también que rechace los escenarios políticos establecidos y se manifieste de manera "extra-institucional" —en contra de la Troika (Fondo Monetario Internacional, Banco Central Europeo y Comisión Europea) y sus Parlamentos masónicos, cambistas de dinero y judeo-norteamericanistas— mientras resiste los efectos del liberalismo destructivos de las naciones y, más en general, al sistema usurero que Estados Unidos impuso sobre la derrotada Europa en 1945.

En los nuevos escenarios políticos que creará (análogo a los soviéticos de la Segunda Teoría Política), el llamado de la 3ªTP no será a un partido, una teoría o a una abstracción metafísica (Dasein), sino al "pueblo soberano" (desvalorizado como pueda estar dicho término en la "sociedad del espectáculo"), ya que la 3ªTP reúne a la oposición contra un sistema irreformable que amenaza a los europeos con la extinción.

Y al igual que en sus manifestaciones más tempranas, la lucha actual de la 3ªTP creará una contra-hegemonía, anticipando un futuro en el que los europeos serán otra vez libres para perseguir el destino nacido de sus "reyes y emperadores" góticos. No va a promover un programa de "acción afirmativa" [discriminación inversa] para relaciones internacionales ni va a velar por la integridad comunitaria de las poblaciones extranjeras que están ocupando sus tierras.

El tercer y más significativo problema en el tratamiento que hace Dugin de la 3ªTP radica en ignorar sus ramificaciones de posguerra, y, por lo tanto, en dejar de reconocer aquellos aspectos del pensamiento "fascista" de la posguerra que pueden ser

relevantes para la situación actual, sobre todo ahora que se ha despojado de su anterior mezquino nacionalismo de Estado, de su racismo burgués ("vertical") y de su anti-eslavismo.

Dugin y Benoist son ambas fuerzas extraordinariamente creativas, de los cuales se puede aprender mucho, pero ideológicamente el proyecto de estos "intelectuales de libre flotación" está más cercano en espíritu al "tradicionalista" príncipe Carlos de Inglaterra que a las figuras de la posguerra de la 3ªTP como el Vabanquespieler [término de Ernst Jünger, "un jugador de juegos peligrosos; un aventurero dispuesto a arriesgarlo todo en un juego de dados"] estadounidense Francis Parker Yockey, cuyo así llamado "fascismo de posguerra" llevó la teoría y la práctica de la 3ªTP hasta un punto todavía no alcanzado por el pensamiento de la Cuarta Teoría Política o Nacional-Revolucionismo.

Yockey no conocería nada de la posmodernidad de Dugin sino hasta principios de los años '50, basado en la estética europea (es decir, spengleriana) más bien que en criterios científicos objetivos, y así, con una especie de posmodernismo anticipado, él elaboró una comprensión anticipada de lo que vendría, ofreciendo tanto un análisis como una forma de luchar contra cualquier forma posmoderna que la Sinagoga de Satanás pudiera asumir [12]. Es difícilmente una coincidencia que la resistencia anti-liberal de posguerra comenzara —y culminara— con él.

Una lucha revolucionaria imperial contra el Leviatán atlantista (también conocido como el Nuevo Orden Mundial) —la lucha a la que Yockey dedicó su vida— gira en torno a la formación de una federación euro-rusa para luchar contra las potencias talasocráticas: los anglos-sajones que encarnan la ética Protestante y el espíritu del capitalismo —Inglaterra y Estados Unidos—, cuya dictadura hedonista de la "destrucción creativa" no fue la invención de judíos maniáticos sino completamente de cosecha propia, ya que nació en Runnymede [lugar de Londres donde se selló la Carta Magna en el siglo XIII], llegó a la mayoría de edad con los sacrilegios de Enrique VIII, que convirtieron al cristianismo

en una religión de capitalismo (el Protestantismo), y triunfó con la oligarquía liberal (whig) que ha dominado al mundo occidental desde 1789, cuando sus ideólogos continentales derrocaron a la monarquía francesa, tomando el lugar de una modernidad "católica" y suntuosa [13].

Hacia 1952 Yockey comprendió que tanto la liberación como el destino de Europa estaban de ahí en adelante vinculados a Rusia, la única potencia mundial capaz de resistir la satánica contra-civilización geopolíticamente alineada a lo largo del eje Tel Aviv-Washington-Londres [14].

Resistiendo al Leviatán, el movimiento que se extendió desde Yockey, Saint-Loup, René Binet y otros en los años '40 y '50, a Jean Mabire, François Duprat y Jean Thiriart en los años '60 y principios de los '70, y hasta la actual generación de nacionalistas revolucionarios, identitarios y otras tendencias de "tercera vía" o anti-sistema despertadas por el dorado amanecer [15], da testimonio (me parece) de la continua vitalidad de esta "teoría" supuestamente moribunda, especialmente en comparación con la metapolítica carente de acciones del NR o con el discurso de la Cuarta Teoría Política.

En contraste con la 4ªTP, en el corazón de la 3ªTP late el espíritu no de la teoría sino de la práctica. Las grandes tribunas de la 3ªTP siguieron todas a (Carlo) Pisacane en su convicción de que "las ideas surgen de los hechos y no al revés". Lo que siempre hace (y ha hecho) falta no son ideas sino hombres que las comprendan. No hay metapolítica, como tal, sin política.

Privilegiando el camino Real de Évola frente al sacerdotal de Guénon, la resistencia de la Tercera Teoría Política se distingue actualmente por luchar a favor del socialismo en contra de la Izquierda, a favor del nacionalismo en contra de la Derecha, y a favor de la "diferencia" de Europa en contra de los ideólogos multi-racistas de la Cuarta Teoría Política.

Después de 1945, los prisioneros de guerra de la 3ªTP fueron exiliados a los márgenes de la sociedad europea. Es desde

allí, en consecuencia, que se está preparando el asalto final contra el centro liberal. Para los propagandistas de los hechos —la intención de librar a Europa de sus usureros y sus intrusos extranjeros, y por lo tanto, de la reanudación de su destino—, la teoría de Dugin es un desvío del Imperium euro-ruso, el cual ofrece la posibilidad de crear no la utopía de la multipolaridad de la 4ªTP o de replicar la bajeza de la unipolaridad de Estados Unidos, sino de establecer un orden mundial pacífico basado en principios boreales.—

Notas

[1]. Alexander Dugin, *The Fourth Political Theory*, trad. de M. Sleboda y M. Millerman (Londres: Arktos, 2012).

[2]. Thierry Wolton, *Rouge-Brun: Le Mal du Siècle* (Paris: Lattès, 1999).

[3]. Michael O'Meara, "Benoist's Pluriversum : An Ethnonationalist Critique", *The Occidental Quarterly* 5:3 (Otoño de 2005); <http://toqonline.com/archives/v5n3/53-mo-pluriversum.pdf>. También Michael O'Meara, "Community of Destiny or Community of Tribes?", *Ab Aeterno* N° 2 (Marzo de 2010); <http://www.counter-currents.com/2010/08/community-of-destiny-or-community-of-tribes/>.

[4]. La charla Identitär Idé IV de Dugin está en http://www.youtube.com/watch?v=7X-o_ndhSVA. Sobre raza y tradicionalismo, lea a Julius Évola, *Éléments pour une Éducation Raciale*, trad. de G. Boulanger (Puisseaux: Pardès, 1984 [1941]); también Frithjof Schuon, *Castes and Races*, trad. de M. Pallis y M. Matheson (Bedfont, UK: 1982 [1959]).

[5]. Saint-Loup, "Une Europe des Patries Charnelles", *Défense de l'Occident*, N° 136 (Marzo de 1976).

[6]. Michael O'Meara, *Guillaume Faye and the Battle of Europe* (Londres: Arktos, 2013).

[7]. <http://www.evrazia.tv/content/alien-die-bienua-o-chietviertoi-politichieskoi-tieorii>.

[8]. George Friedman, "Europe, Unemployment and Instability" (5 de Marzo

de 2013),
<http://www.stratfor.com/weekly/europe-unemployment-and-instability>.

[9]. Karlheinz Weissmann, *Der Nationale Sozialismus: Ideologie und Bewegung 1890–1933* (Munich: Herbig, 1998); Zeev Sternhell, *La Droite Révolutionnaire 1885–1914: Les Origines Françaises de Fascisme* (Paris: Seuil, 1978); Arnaud Imatz, *Par-delà Droite et Gauche: Histoire de la Grande Peur Récurrente des Bien-Pensants* (Paris: Godefroy de Bouillon, 2002).

[10]. A pesar de Dugin, Martin Heidegger siguió siendo un defensor de la 3ª TP, evidente en su crítica nacionalsocialista del régimen de Hitler; vea su segunda gran obra *Contributions to Philosophy (From Enowning)*, trad. de P. Emad and K. Maly (Bloomington: Indiana University Press, 1999 [1936-38/1989]).

[11]. Sobre el carácter esencialmente "judío" de la "modernidad", vea Yuri Slezkine, *The Jewish Century* (Princeton: Princeton University Press, 2004).

[12]. Francis Parker Yockey, *The Proclamation of London* (Shamley Green, UK: The Palingenesis Project, 2012 [1949]); Francis Parker Yockey, "The Prague Treason Trial: What Is Behind the Hanging of Eleven Jews in Prague" (1952), <http://www.counter-currents.com/tag/the-prague-treason-trial/>.

[13]. E. Michael Jones, *The Jewish Revolutionary Spirit and Its Impact on World History* (South Bend, Ind.: Fidelity Press, 2008); Steve Pincus, *1688: The First Modern Revolution* (New Haven & London: Yale University Press, 2009).

[14]. Desmond Fennell, *Uncertain Dawn: Hiroshima and the Beginning of Post-Western Civilisation* (Dublin: Sanas, 1996).

[15]. Nicolas Lebourg, *Le Monde Vu de la Plus Extrême Droite: Du Fascisme au Nationalisme Révolutionnaire* (Perpignan: Presses Universitaires de Perpignan, 2010).

La gran guerra de los continentes. Geopolítica y fuerzas ocultas de la historia

Alexander Dugin

Las bases de la geopolítica

Recordemos los principales postulados de la geopolítica, ciencia que antes también recibía el nombre de "geografía política", y cuyo desarrollo se debe principalmente a los méritos del científico y político inglés sir Halford McKinder (1861-1947). El propio término "geopolítica" fue utilizado por vez primera por el sueco Rudolf Kjellen (1864-1922) y más tarde extendido en Europa por el alemán Karl Hausofer (1869-1946). En cualquier caso, McKinder sigue siendo el "padre de la geopolítica", cuyo modelo básico siguió como punto de partida para todas las demás investigaciones en este campo. El mérito de McKinder consiste en que supo delimitar y comprender determinadas leyes objetivas de la historia política, geográfica y económica de la humanidad. Si bien el término "geopolítica" es de aparición relativamente reciente, la realidad a la que se refiere tiene una historia milenaria.

La esencia de la doctrina geopolítica podría reducirse a los siguientes principios. Dentro de la historia planetaria existen dos visiones enfrentadas y competidoras sobre la colonización de la superficie de la Tierra: el enfoque "terrestre" y el enfoque "marítimo". La elección de uno de ellos depende de la orientación ("terrestre" o "marítima") que siguen unos u otros estados, pueblos o naciones. Su conciencia histórica, su política interior u exterior, su psicología, su visión del mundo se forman siguiendo unas reglas determinadas. Teniendo en cuenta dicha particularidad, se puede hablar perfectamente de una visión del mundo "terrestre", "continental" o incluso "esteparia" (la "estepa" es "tierra" en su estado puro ideal) y de una visión del mundo "marítima", "insular",

"oceánica" o "acuática". Señalemos de paso que los primeros indicios de semejante enfoque los encontramos en las obras de los eslavófilos rusos Jomiakov y Kireévski.

Dentro de la Historia Antigua, Fenicia y Cartago, fundado por la primera, desempeñaron el papel de la potencia marítima, convirtiéndose en el símbolo de la civilización marítima por excelencia. Roma desempeñaba el papel del Imperio terrestre, opuesto a Cartago. Las Guerras Púnicas son el ejemplo más claro de la oposición entre la civilización marítima y la civilización terrestre. Dentro de la Historia Moderna y Contemporánea, Inglaterra, "Reina de los Mares", se convirtió en el polo "insular" y "marítimo", y más tarde lo fue la gigantesca isla-continente América. Al igual que la antigua Fenicia, Inglaterra utilizaba el comercio marítimo y la colonización de las regiones costeras como arma de su dominio. El tipo geopolítico fenicio-anglosajón dio lugar al específico modelo de civilización comercial-capitalista de mercado, basado en primer lugar en los intereses económicos y materiales y en los principios del liberalismo económico. Es por ello que, a pesar de las múltiples variantes históricas, el tipo más genérico de la civilización marítima siempre está relacionado con la primacía de la economía sobre la política.

A diferencia del modelo fenicio, Roma representaba el ejemplo de la estructura guerrero-autoritaria, basada en el control administrativo y la religiosidad civil, en la primacía de la política sobre la economía. Roma nos ofrece el ejemplo de la colonización no marítima, sino terrestre, puramente continental, acompañada de la penetración profunda dentro del continente y la asimilación de los pueblos conquistados, que una vez sometidos automáticamente se convierten en "romanos". Dentro de la Historia Moderna, la potencia terrestre fue encarnada por el Imperio Ruso, y también por las centroeuropeas e imperiales Austria-Hungría y Alemania. Rusia, Alemania y Austria-Hungría fueron símbolos de "tierra geopolítica" durante el periodo de la Historia Moderna.

McKinder demostró con claridad que durante los últimos siglos la orientación marítima significa el "atlantismo", debido a que actualmente las potencias "marítimas" por excelencia son Inglaterra y Norteamérica, es decir, los países anglosajones. Al atlantismo, que encarna la primacía del individualismo, del liberalismo económico y de la democracia de tipo protestante, se opone el "eurasismo", que necesariamente conlleva la jerarquía y el predominio de los principios comunitarios nacional-estatales sobre los intereses puramente humanos, individualistas y económicos. Rusia y Alemania, dos poderosísimas potencias continentales, son las que en primer lugar poseen una orientación marcadamente eurasiática. Sus intereses geopolíticos, económicos y, lo que es más importante, ideológicos se oponen por completo a los intereses de Inglaterra y EEUU, es decir, a los intereses de los atlantistas.

La conspiración de los atlantistas

Siendo inglés y atlantista, McKinder indicó el peligro de la consolidación eurasiática, instando desde finales del XIX al gobierno inglés a realizar todos los esfuerzos posibles para impedir una alianza eurasiática y sobre todo la alianza Rusia-Alemania-Japón (McKinder veía en Japón una potencia de ideología esencialmente continental y eurasiática). A partir de McKinder se puede hablar ya de la ideología claramente formulada y detalladamente descrita del atlantismo consciente y absolutizado, cuya doctrina se convierte en el fundamento de la estrategia geopolítica anglosajona del siglo XX.

Partiendo de este hecho, podemos calificar la esencia de la labor de los agentes, del espionaje militar, del lobbismo político orientados hacia Inglaterra y los EEUU como la ideología atlantista, como la ideología de la "Nueva Cartago", común para todos los "agentes de influencia", para todas las organizaciones secretas y ocultistas, para todas las logias y clubs semi-reservados que servían y siguen sirviendo a la idea anglosajona en el siglo XX, penetrando con su red todas las potencias continentales eurasiáticas. Ello, naturalmente, se refiere, en primer lugar, a los

servicios secretos inglés y americano (sobre todo a la CIA), que no son simplemente los guardianes del atlantismo, unidos por la profunda y milenaria superideología de tipo "oceánico". El conjunto de todas las redes de agentes de influencia anglosajones puede calificarse como los "integrantes de la conspiración atlantista", que defienden no solamente los intereses de un país determinado, sino los de una específica doctrina geopolítica (y a la postre metafísica), que representa una visión del mundo extremadamente polifacética, variada y amplia, pero esencialmente unitaria.

De modo que, sintetizando las ideas de McKinder, podemos decir que existe la conspiración histórica de los atlantistas, que siglo a siglo persigue los mismos fines geopolíticos, orientados hacia los intereses de la civilización marítima de tipo neofenicio. Es importante destacar además que tanto los de "izquierda" como los de "derecha", los "ateos" como los "creyentes", los "patriotas" como los "cosmopolitas" pueden ser atlantistas, porque la visión geopolítica del mundo está más allá de cualquier diferencia particular y política. Por lo tanto, estamos ante la más auténtica conspiración oculta, cuyo sentido y significado metafísico a menudo ignoran sus propios protagonistas directos e incluso sus figuras clave.

La conspiración de los eurasiáticos

Las ideas de McKinder, que dejaron al descubierto determinadas constantes históricas y políticas que muchos ya adivinaban o presentían, también abrieron el camino para una clara formulación de la doctrina eurasiática opuesta al atlantismo. Los primeros principios de la doctrina geopolítica eurasiática fueron obra de los rusos blancos emigrados en Europa Occidental, que se dieron a sí mismos el nombre de "eurasiáticos" (el gran duque N. Trubetskoï, Savitski, Florovski, etc.) y, sobre todo, por el célebre geopolítico alemán Karl Haushofer. El hecho de que los primeros eurasiáticos rusos tuviesen contactos con Haushofer en la ciudad de Praga nos permite suponer que los geopolíticos rusos y alemanes desarrollaban temas parecidos en el mismo tiempo. Ellos insistían en la necesidad de la

alianza geopolítica eurasiática y en el eje Alemania-Rusia-Japón como contrapartida a la política atlantista que pretendía enfrentar a cualquier precio Rusia a Alemania y Japón. Los eurasiáticos rusos y el grupo de Haushofer desarrollaron determinados principios de la visión continental del mundo, eurasiática, alternativa a las ideas atlantistas de McKinder. Se puede decir que ellos fueron los primeros en expresar aquello que estaba detrás de toda la historia política de Europa en el último milenio, rastreando el camino seguido por la idea imperial romana, que desde la antigua Roma pasó a Rusia a través de Bizancio y a través del Sacro Imperio Romano-Germánico a Austria-Hungría y Alemania. Los eurasiáticos rusos analizaron profundamente la misión imperial y altamente "terrestre" de Gengis-Khan y de los mongoles, destacando el papel continental de los pueblos turcos. A su vez, el grupo de Haushofer estudiaba al Japón y la misión continental de los estados del Lejano Oriente dentro de las perspectivas de una futura alianza geopolítica.

De esta forma, y como respuesta al sincero reconocimiento de McKinder, que reveló los secretos de la estrategia atlantista planetaria, cuyas raíces se esconden en la profundidad de los siglos, los eurasiáticos rusos y alemanes descubrieron en los años 20 la lógica de la estrategia continental alternativa, el secreto de la idea imperial terrestre, el relevo de Roma, que invisiblemente inspiraba la política de las potencias que poseían una visión del mundo idealista y jerárquica, comunitaria y heroica, desde el Imperio de Carlomagno hasta la Santa Alianza.

La idea eurasiática es igual de global que la atlantista, y también tuvo múltiples "agentes secretos" en todos los países y naciones. Todos aquellos que trabajaron incansablemente para la alianza eurasiática, que a lo largo de los siglos impidieron la propagación en el continente de las ideas individualistas, igualitarias y liberales (que en su conjunto reproducen el espíritu típico fenicio de la supremacía de la economía sobre la política), todos aquellos que intentaron unir a los grandes pueblos eurasiáticos, todos ellos fueron los "agentes eurasiáticos", portadores

de la doctrina geopolítica específica de los "combatientes del continente", los "soldados de la tierra".

La sociedad secreta eurasiática, la orden de los eurasiáticos no comienza ni mucho menos con el manifiesto "Éxodo hacia Oriente" ni con la "Revista de Geopolítica" de Karl Haushofer. En este caso se trataba más bien de la exteriorización y salida a la superficie de determinados conocimientos que existían desde tiempos inmemoriales junto con sus correspondientes "agentes de influencia", lo mismo que en el caso de McKinder, cuya pertenencia a misteriosas sociedades secretas está más que probada históricamente.

La orden de Eurasia contra la orden del Atlántico (Atlántida). La Roma eterna contra el eterno Cartago, la Guerra Púnica inmemorial, la conspiración planetaria de la Tierra contra el Mar, de la jerarquía y el idealismo contra el igualitarismo y la materia.

¿Acaso las innumerables paradojas, contradicciones, omisiones y virajes de nuestra historia no son más comprensibles, más lógicas y razonables, si las observamos desde la perspectiva del oculto dualismo geopolítico? ¿Acaso no sería un gesto noble y agradecido reconocer a todos los soldados caídos en los campos de batalla del siglo XX como héroes de la gran guerra de los continentes, y no como obedientes marionetas de los cambiantes regímenes políticos, inestables y pasajeros, causales y perecederos, absurdos hasta tal punto que morir por ellos puede parecer estúpido y empequeñecedor? Pero la cosa cambia si pensamos que los héroes caídos servían a la Gran Tierra o al Gran Océano, más allá de la demagogia política y de la propaganda histórica de las ideologías de usar y tirar, si pensamos que, ante los ojos de la milenaria historia del planeta, ellos combatían por el gran objetivo metafísico.

¿"Sangre y Suelo" o "Sangre o Suelo"?

El célebre filósofo, pensador religioso y publicista ruso Konstantín Leontiev anunció una máxima muy importante: "Existen los eslavos, pero no el eslavismo". Una de sus conclusiones geopolíticas fundamentales fue la oposición entre la idea del "paneslavismo" y la

idea "asiática". Si analizamos atentamente esta oposición, descubriremos el criterio tipológico general que nos permitirá comprender mejor la estructura y la lógica de la guerra geopolítica oculta de la orden de Eurasia contra la orden del Atlántico.

A pesar de la ecléctica mezcla de términos en la doctrina de "Sangre y Suelo" del campesinado nacionalista, del doctor Walter Darré, a nivel de la guerra oculta de las fuerzas geopolíticas en el mundo actual, este problema se formula de otra forma, más exactamente como "sangre o suelo". En otras palabras, los proyectos tradicionalistas de conservación de la identidad propia del pueblo, Estado o nación siempre se encuentran ante el dilema: elegir como criterio dominante la "unidad de la nación, raza o etnia, la unidad de la sangre" o la "unidad del espacio geográfico, la unidad de las fronteras". Lo más dramático es además la necesidad de elegir o lo primero o lo segundo, porque cualquier hipotético "y" seguirá siendo tan solo una consigna utópica, que no resuelve el problema sino que oscurece su significado. Konstantín Leontiev, tradicionalista y rusófilo radical por sus convicciones, planteó dicha cuestión con la máxima claridad: "los rusos, o deben insistir en la unidad de los eslavos, en el eslavismo ("sangre"), o deben volverse hacia Oriente y concienciarse de la proximidad geográfica y cultural de los rusos con respecto a los pueblos orientales, relacionados con los territorios rusos ("suelo")". En otros términos, este dilema podría plantearse como el reconocimiento de la supremacía o bien de la "raza" (nacionalismo) o bien de la "geopolítica" ("estabilidad", "cultura"). El propio Leontiev eligió el "suelo", el "territorio", la particularidad de la cultura imperial, religiosa y estatal rusa. Eligió el "orientalismo", el "bizantinismo". Semejante elección suponía la prioridad de los valores continentales eurasiáticos respecto a los valores estrictamente nacionales y raciales. La lógica de Leontiev llevaba de una manera natural a la necesidad de una alianza ruso-alemana y sobre todo ruso-austríaca, y al mantenimiento de la paz con Japón. Leontiev rechazaba categóricamente el "eslavismo" o "paneslavismo", por lo que provocó las iras de

muchos eslavófilos tardíos, que defendían la postura de "sangre por encima del suelo". Leontiev no fue comprendido ni escuchado. La historia del siglo XX demostró la suprema importancia de los problemas por él planteados.

Paneslavismo versus eurasismo

La tesis de "sangre por encima del suelo" (que en el contexto ruso significaba "paneslavismo"), demostró su ambigüedad por vez primera durante la I Guerra Mundial, cuando Rusia, tras aliarse con los países de la Entente (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), con la intención de liberar a los "hermanos eslavos" del poder de los turcos y los alemanes, combatió a sus aliados geopolíticos naturales, Alemania y Austria, y ella misma se convirtió en víctima de la catástrofe revolucionaria y de la guerra civil. El eslavismo de los rusos trabajó en la práctica a favor de los atlantistas, de la Entente, de la civilización neocartaginesa, del modelo anglosajón comercial, colonialista e individualista. No es de extrañar que entre los "patriotas eslavos" del séquito de Nicolás II la mayoría eran colaboradores de los servicios secretos británicos. Sería curioso recordar un episodio de la novela del patriota ruso-alemán Krasnov, "Del águila bicéfala a la bandera roja", donde en la Primera Guerra Mundial al protagonista, el coronel Sablin, le preguntan: "Díganos sinceramente quién cree que es nuestro auténtico enemigo", a lo que Sablin contesta sin tapujos: "Inglaterra", aunque este convencimiento no le impide combatir con honestidad y valor contra Alemania. El héroe de la novela de Krasnov es el ejemplo ideal del patriota ruso-eurasiático, que representa la lógica del "suelo por encima de la sangre", lógica que caracterizó al conde Witte, al barón Ungern-Sternberg, a la misteriosa organización "Baltikum", compuesta por aristócratas rusos de origen alemán, que hasta el último momento intentaron influir en la figura del zar. Sorprende ver con qué valor y honestidad se comportaron los asiáticos durante el período de 1917, junto con los alemanes y otros "inorodsi" (súbditos) del Imperio ruso, que sirvieron con fe y entrega al zar y al imperio, que sirvieron a Eurasia, al "suelo", al

"continente", en contraste con muchos "eslavos", que huyeron de Rusia en dirección a los países atlantistas, traicionado a su patria y a la idea de la Roma Eterna.

Racismo y atlantismo

En Alemania, la afirmación de la idea de la "sangre por encima del suelo" trajo no menos catastróficas consecuencias. A pesar de la opinión de los patriotas alemanes rusófilos o eurasistas, como Arthur Moeller Van den Bruck, Karl Haushofer, Ernst Niekisch, etc., que insistían en la superioridad de la idea del "espacio vital" (hay que decir que en la teoría original de Haushofer del "espacio vital" no existía ningún indicio de expansionismo antieslavo, identificándose posteriormente dicho término con la eslavofobia de Hitler y otros ideólogos, que no todos, del III Reich), de los intereses continentales en su conjunto, de la idea del "Bloque Continental", al final triunfó en las esferas del poder del III Reich el lobby atlantista, que explotaba las tesis racistas y que, so pretexto de que los ingleses eran "arios" y formaban una etnia emparentada con los alemanes, procuraba fijar la atención de Hitler en el Este y detener (o aflojar) las acciones bélicas contra Inglaterra. En este caso, el "pangermanismo" (al igual que el "paneslavismo") sólo favorecía a los atlantistas. Es perfectamente lógico también que el almirante Canaris, espía inglés y traidor al Reich, fuera el principal enemigo de Rusia.

El dilema de "sangre o suelo" es importante en tanto que la elección de uno de esos términos permite reconocer al "agente de influencia" de una u otra ideología geopolítica, sobre todo cuando se trata del bando de los "de derechas" o "nacionalistas". La esencia de la conspiración geopolítica de los atlantistas (al igual que la de los eurasiáticos) consiste en el hecho de que abarca todo el espectro de las ideologías políticas, pero los "agentes de influencia" siempre dejan su huella específica. En el caso de la "derecha", la característica del atlantismo potencial está representada por la idea de la "sangre por encima del suelo", que además permite desviar la atención hacia criterios secundarios.

¿Quién espía a quién?

Como ejemplo de la influencia de la ideología geopolítica oculta sobre la "izquierda" podríamos mencionar a los nacional-bolcheviques eurasiáticos de Alemania (Ernst Niekisch, Ernst Jünger, Karl Otto Paetel, Schulzen-Boysen, etc.). Sin duda, también había nacional-bolcheviques entre los rusos, y no deja de ser curioso que durante su exilio, el propio Lenin buscaba acercamiento justamente con los políticos y financieros alemanes, y muchas de sus tesis eran claramente germanófilas. No queremos siquiera insinuar que Lenin tuviese algo que ver con la orden eurasiática, pero es indudable que sufrió su influencia en mayor o menor medida. En cualquier caso, la oposición "Lenin, espía alemán; Trotsky, espía americano" se corresponde con cierto esquema tipológico. A nivel puramente geopolítico, el gobierno de Lenin tuvo un carácter eurasiático y a expensas de la doctrina marxista mantuvo unidos los inmensos territorios del Imperio ruso. Trotsky, en cambio, insistía en la necesidad de la exportación de la revolución, en su "mundialización", y veía a la Unión Soviética como algo transitorio y efímero, una cabeza de puente para la expansión ideológica, que debía desaparecer tras la victoria planetaria del "comunismo mesiánico".

El propio "internacionalismo" leninista se materializó más bien en una misión "imperial" eurasiática, aunque evidentemente tal principio fue deformado y pervertido por la influencia de varios aspectos de la ideología comunista y, sobre todo, por la actuación de los "agentes de influencia" del atlantismo que actuaban desde el interior de la dirección comunista.

Sumando todas estas consideraciones, se puede decir que para los representantes de la orden eurasiática en Rusia, el rasgo distintivo siempre fue la casi obligatoria germanofilia, o cuando menos anglofobia. Y viceversa, en Alemania los eurasiáticos tenían la "obligación" de ser rusófilos. En cierta ocasión Moeller Van den Bruck hizo una observación muy acertada: "Los conservadores franceses siempre se inspiraron en el ejemplo de Alemania, los conservadores alemanes en el

ejemplo de Rusia". Aquí se descubre toda la lógica del trasfondo geopolítico, de la lucha oculta secular, de la Gran Guerra de los Continentes.

¿Ha dicho usted G.R.U., Sr. Parvulesco?

El único de los conspirólogos occidentales que siempre subraya el carácter geopolítico de la conspiración mundial (mejor dicho, de las dos conspiraciones geopolíticas mundiales) es el escritor, poeta y metafísico francés Jean Parvulesco. A lo largo de su dilatada y muy agitada vida, Parvulesco conoció a muchos destacados personajes de la historia europea y mundial, incluidos infinitud de masones, agentes secretos, ideólogos, políticos y artistas (mantenía amistad con Ezra Pound, Julius Evola, Arno Breker, Otto Skorzeny, Raimond Abellio, etc.). Después de conocer el carácter de nuestras investigaciones sobre conspirología, el señor Parvulesco puso a nuestra disposición ciertos documentos semisecretos que nos permitieron averiguar detalles importantes de la conspiración geopolítica mundial. Especial interés resultan ciertos documentos sobre las actividades de las organizaciones secretas en Rusia.

El 24 de febrero de 1989, en Lausana, y ante los miembros del más que misterioso "Instituto Atlantis de Investigaciones Metaestratégicas", Parvulesco presentó un informe titulado "La Galaxia del GRU: La misión secreta de Mijail Gorbachov, la URSS y el futuro de Eurasia". Allí se analizaba el papel oculto de los servicios de inteligencia militar soviética (G.R.U.) y su implicación en la conspiración eurasiática. Parvulesco se basaba sobre todo en las revelaciones del agente de contraespionaje francés y director del Centro Europeo de Información, Pierre de Villamaestre.

El GRU contra la KGB

El modelo conspirológico de Villamaestre es el siguiente: "La KGB es una extensión del partido, el GRU es una extensión del ejército. La KGB defiende al partido, el GRU defiende al Estado. La KGB defiende el patriotismo al servicio del comunismo, el GRU defiende el comunismo al servicio del patriotismo".

Basándose en esta oposición entre el ejército y el partido de la URSS, Villamaestre construye una historia argumentada del GRU desde la Revolución de Octubre hasta la Perestroika. ¿De qué modo están relacionados los dos servicios secretos rivales con la conspiración geopolítica planetaria?

Según Parvulesco, la idea eurasiática fue activa en Rusia sobre todo a principios del siglo XX. Sus representantes fueron el médico Badmáev, de Petrogrado, y el barón Ungern-Stenberg, ciertos consejeros suecos de Rasputín que le enviaban telegramas firmados con el pseudónimo de "Verde" y toda una serie de personajes menos conocidos. Cabe también destacar el papel del mariscal Mijail Tujachevski, según Parvulesco miembro de la misteriosa orden de "Los Polares" entre 1916 y 1918 a la cual, también según Parvulesco, pertenecían durante la misma época Charles De Gaulle, Von Ludendorff y el obispo Eugenio Paceli, futuro papa Pío XII.

Precisamente fue este grupo de místicos rusos blancos quienes pasaron el relevo al régimen bolchevique, agrupándose alrededor del ejército, donde los antiguos oficiales zaristas encontraron lugar, con la intención de cambiar la orientación primaria nihilista de los primeros bolcheviques y crear una gran potencia continental.

Este fue el tránsito de los eurasiáticos rusos antes y después de la Revolución de Octubre. La misma creación del Ejército Rojo sería obra de los eurasiáticos, y sería curioso recordar que 27 días después de la creación del Estado Mayor del Ejército Rojo, en el frente oriental (el 18 de marzo de 1918), la plana del Estado mayor fue atacada por sorpresa por una brigada de la Cheka, matando a todos sus integrantes. Así se desató en los primeros días del poder soviético una guerra cruel entre los "eurasiáticos rojos" del Ejército y la "Comisión Extraordinaria", la Ch.K., dirigida por el antiguo anarquista Dzerzinski, guerra interior que no se detuvo nunca. Para combatir a la Cheka, los eurasiáticos crearon la División Especial del Ejército Rojo 44388, el GRU, dirigido por Semion Ivanovich Aralov, antiguo oficial zarista. Los miembros del GRU gozaron de una inmunidad casi mística en

todas las "purgas" rigurosísimas que se sucedieron.

Explosiones y eclipses en el sol de Eurasia

Precisamente fue Aralov quien impuso los principios eurasiáticos de esta organización militar secreta, agrupando a su alrededor a todos los eurasiáticos que se pasaron a los rojos con intenciones metapolíticas. Aralov publicó en 1960 un libro titulado "Lenin estaba al lado", sobre la historia de la guardia personal de Lenin, donde narra que ésta pertenecía en su mayoría a la orientación geopolítica atlantista, mientras que Lenin mismo se inclinaba por el eurasismo. Precisamente fueron los más "cercaños compañeros" de Lenin, y no el "ambicioso Stalin", quienes le apartaron de la dirección del País. El final del gobierno de Lenin marcó el paso del poder a los atlantistas, observándose inmediatamente una mejora de las relaciones con las naciones anglosajonas y en primer lugar con los EEUU. En esos tiempos el atlantista y chekista Berzin tomó el control del GRU, introduciendo en el grupo especial importantes cuadros de la Komintern y de los "fanáticos comunistas" (es decir, atlantistas). Pero las estructuras creadas por Aralov resistieron la presión, y muchos militares de gran poder apoyaron a sus protegidos contra la Cheka primero y luego contra el NKVD (más tarde KGB).

Un detalle: todos los dirigentes del GRU que sucedieron a Aralov antes de la Guerra Patriótica (la II Guerra Mundial), provenientes de la Cheka, fueron fusilados al término de la misma: Stigga, Nikonov, Berzin, Unschlicht, Uritzskin, Ezhov y Proskurov, que, aunque trabajaban para la orientación eurasiática, jamás lograron penetrar en las estructuras del GRU ni alteraron su orientación continental.

La destitución de Berzin en 1934 marcó una ruptura en la guerra oculta tras los bastidores del poder soviético, y la llegada de Hitler al poder reforzó asombrosamente las posiciones del "lobby continental". En 1934 el GRU comenzó a preparar alianza estratégica con la Alemania del III Reich, que culminaría con el pacto Molotov-Ribbentrop. Stalin se mostró siempre partidario de la orientación

eurasiática, pensando que las tendencias antiatlantistas del nacional-socialismo desviarían la atención de las potencias anglosajonas y que en esta situación él podría aniquilar al poderoso lobby atlantista soviético. Así comenzó la purga de la "Guardia de Lenin". Todos los procesos de Stalin que a primera vista pudieran parecer absurdos estaban en realidad fundamentados a nivel geopolítico. Todas las conspiraciones de "derechas" y de "izquierdas" eran reales, aunque Stalin nunca se atrevió a llamar por su nombre al lobby atlantista, temiendo una reacción por sorpresa. Capa a capa Stalin eliminó a los agentes de influencia de la "Nueva Cartago", pero la reacción también fue inevitable, cumplida sobre todo en la eliminación del mariscal Tujachevski.

Eurasiáticos blancos y eurasiáticos rojos

Según Parvulesco, tras la revolución, los eurasiáticos se refugiaron en el Ejército Rojo, y en concreto en su departamento más secreto, el GRU. Esto se refería a los eurasiáticos rojos. Los eurasiáticos blancos, en Europa, se unieron en masa a los nacional-socialistas alemanes, en las secciones extranjeras de las SS y, sobre todo, en la SD, cuyo jefe Heydrich, eurasista convencido, fue asesinado en una conspiración orquestada por el almirante Canaris. Más allá de la división entre "rojos" y "blancos", existía otra división entre la orientación atlantista y la eurasiática. En la Rusia roja los atlantistas se agrupaban en torno a la Cheka, aunque el primer atlantista en ocupar el cargo de Secretario General de la URSS fue Nikita Kruchov. En el seno de los exiliados, la proporción de atlantistas no era menor que en la propia URSS. Además de espías ingleses confesos, como Kerenski y casi todos los socialdemócratas, los atlantistas también estaban instalados en la propia extrema derecha, como entre Berdiáev. Casi todos los emigrados que por una u otra vía acabaron en los EEUU se situaban en esta orientación geopolítica.

A principios de los años 30 la red de agentes del GRU en Europa penetraba profundamente en las estructuras estatales de Francia y Alemania, siendo a la vez paralela la

propia estructura creada por la NKVD y más tarde por la KGB. En Alemania, el GRU se puso en contacto con un tal Walter Nicolai, gracias al cual contactaron a su vez con Martin Bormann y los jerarcas de las SS y la SD. No es casual que según el MI5 (servicio secreto británico) y la CIA, Bormann se refugió tras la guerra en la URSS, donde alcanzó altos grados con nombre supuesto. Del paso de Walter Nicolai al campo de la URSS, en mayo de 1945, tenemos constancia oficial. Allí alcanzó altos cargos precisamente dentro del GRU.

El Pacto Molotov-Ribbentrop y la posterior revancha de los atlantistas

Refiriéndose a Martin Bormann, amigo de Ribbentrop y de Nicolai, Jean Parvulesco revela un hecho característico que deja entrever los secretos de la guerra oculta geopolítica. Arno Breker, el célebre escultor alemán, que conocía muy bien a Bormann, relató a Parvulesco la extraña visita que le hizo el jerarca nazi en Jakelsbruch, el 22 de junio de 1941, el mismo día del ataque de la Alemania hitleriana a la URSS. Bormann se presentó sin avisar, en estado de shock, abandonando su puesto en la Cancillería del Reich. Repetía una y otra vez esta frase: "Todo ha terminado... Todo está perdido... La nada ha vencido al ser... Todo ha terminado..." Cuando Breker le preguntó qué quería decir, Bormann lo miró fijo sin contestar. Luego, ya en la puerta de salida, se volvió e hizo un gesto de querer decir algo, pero cambió de opinión y salió pegando un portazo.

Era el fracaso estrepitoso de muchos años de esfuerzos en la red de agentes eurasistas, en tanto que para los atlantistas era la fecha de una gran victoria sin precedentes: la guerra entre dos poderosísimas potencias eurasiáticas suponía el triunfo de las tesis atlantistas, independientemente del resultado de la guerra.

Los agentes eurasistas hicieron todo lo posible por evitar el conflicto. Los preliminares de la firma del pacto Molotov-Ribbentrop, ambos eurasistas convencidos, se llevaron a cabo activamente por ambos bandos durante varios años, desde que en 1934 Stalin dio la orden a Berzin de cesar toda actividad contra Alemania, orden que Berzin no pudo negarse a cumplir.

En un informe secreto presentado en 1937, Himmler y Heydrich convencieron al Comité Central del NSDAP que la Komintern se había comprometido a castigar duramente las actividades subversivas en Alemania. Hasta el último momento, los eurasistas del Ejército Rojo: Veroshilov, Timoshenko, Zukhov. Golikov, etc., se negaron a aceptar la posibilidad de la guerra, pues conocían la influencia del lobby eurasista (y por lo tanto rusófilo) en el III Reich. La propaganda NS antieslava les parecía tan burda como las declaraciones internacionalistas de la Komintern. El General Golikov, de quien Stalin conocía su origen noble, cuando tuvo la noticia de la invasión, se levantó gritando: "¡Es una provocación inglesa, investigadlo!" Todavía no sabía lo que había provocado un shock en Bormann, que "la nada ha vencido al ser.

Después de la victoria

El ataque de Hitler contra la URSS supuso una gran catástrofe eurasiática. Tras la guerra fratricida de dos pueblos emparentados, cercanos geopolítica, espiritual y metafísicamente, de dos regímenes orientados antiatlánticamente, la victoria de la URSS equivalía en realidad a la derrota estratégica, ya que toda la experiencia histórica demuestra que Alemania nunca se ha conformado con la derrota, lo cual significa que el vencedor con el mismo hecho de su victoria ata el nudo del nuevo conflicto venidero, sembrando las raíces de una nueva guerra. Además, Yalta obligó a Stalin a solidarizarse con los aliados, con las potencias más encarnizadamente enemigas de Eurasia. Stalin, que había estudiado muy bien las leyes de la geopolítica, y que ya se decidió por Eurasia, concibió su nuevo proyecto geopolítico: el Pacto de Varsovia, surgiendo inmediatamente los choques con los atlantistas. Stalin ocultó sus intenciones hasta 1948, dando incluso su consentimiento a la fundación del Estado de Israel, una acción fundamental en la estrategia inglesa y americana para mantener su influencia en Oriente Próximo. Pero una vez que aprovechó el reforzamiento del ejército con los generales Vasilievski y Stiomenko, Stalin regresó a la ortodoxia geopolítica

eurasista, emprendió las más duras purgas antiatlantistas dentro de la URSS y maldijo a Israel como un ente creado por "espías anglosajones".

Extrañamente, la muerte de Stalin coincidió con el momento más tenso de sus planes eurasistas, la alianza entre la URSS y China, lo cual pudo haber cambiado de raíz toda la lógica de la división planetaria, la revancha de Eurasia. La versión del asesinato de Stalin a manos de Beria, jefe de la KGB y enemigo jurado del GRU y de los eurasistas, puede parecer verídica a esta luz.

En 1953, 8 años después de la pseudovictoria, sólo quedaba un paso para la verdadera victoria. Pero el mundo contempló entonces la caída del Titán.

La misión "polar" del general Stiomenko

Según Jean Parvulesco, a partir de la segunda mitad de los años 40, el general Serguei Matveevich Stiomenko (1907-1976) se convirtió en la figura clave del lobby eurasista dentro de la URSS. Sus altos protectores fueron el mariscal Zhukov y el general Poskrebishev (el más "germanófilo" de los cercanos a Stalin). En los años 60, el general Stiomenko fue nombrado comandante en jefe de las tropas del Pacto de Varsovia, a la vez que jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo de la URSS, y a la vez a su vez que jefe supremo inmediato del GRU. Estando Stiomenko al mando del GRU, se reconstruyeron todas las estructuras eurasistas desestabilizadas por Berzin.

Pierre de Villemaestre define a Stiomenko como el primer geopolítico destacado de la URSS: "...Pertenece a esa especial casta de oficiales soviéticos que aunque eran soviéticos eran rusos. Para esta casta la URSS era un imperio con voluntad de extenderse al continente eurasiático, desde Brest hasta Vladivostok". Los planes estratégicos de Stiomenko comprendían la penetración pacífica económico-cultural en Afganistán, la entrada de las tropas soviéticas en las capitales árabes (Beirut, Damasco, El Cairo y Argel). Ya en 1948 Stiomenko insistía en el fundamental papel geopolítico del Afganistán, que

permitiría a la URSS acceder a los mares cálidos del Océano Índico. Stiomenko creó alrededor de Stalin un poderosísimo grupo de presión eurasista, que a pesar de todos los intentos de Beria no fue destruida ni siquiera tras la muerte de Stalin, aunque sin duda desde 1953 hasta 1965 los eurasistas tuvieron que mantenerse a la defensiva. Como un mal menor, desde 1953 hasta 1986 el GRU también tuvo que soportar la presencia del agente atlantista de la Lubianka general Piotr Ivashutin, en su papel de jefe del GRU. Se trataba de un compromiso obligatorio.

El general Stiomenko, miembro de la logia de "Los Polares" es la figura clave para comprender la lógica secreta de la historia soviética desde Kruchov hasta la Perestroika.

Nikita Kruchov, agente de la Atlántida

Kruchov fue el primer protegido del lobby atlantista que llegó a dirigente unipersonal de la URSS. A pesar de sus diferencias con Beria, Kruchov se apoyaba precisamente en la KGB, y en un momento dado eligió la orientación contraria a Lenin y Stalin. Las actividades de Kruchov iban destinadas a la eliminación de los eurasistas en las estructuras de poder de la URSS. La llegada al poder de Kruchov fue también la llegada al poder de la KGB.

Una vez llegado al poder, Kruchov asestó golpe tras golpe a todos los niveles del lobby patriótico-ruso y patriótico-continental. A partir de entonces, toda la atención estaría centrada en los países anglosajones, sobre todo en los EEUU. La consigna de "alcanzar y adelantar a Occidente" significaba precisamente una orientación hacia las potencias atlánticas y el reconocimiento de su superioridad socioeconómica. Sus tesis sobre la pronta llegada al poder del comunismo en Europa Occidental pretendían despertar de nuevo las tendencias "mesiánicas" comunistas internacionalistas, por entonces casi olvidadas. La propia Iglesia Ortodoxa sufrió una persecución nunca conocida en las eras de Lenin y Stalin.

Fue un "americanista" y "atlantista" en todos los sentidos: desde el célebre maíz "transatlántico", que sustituyó todos los cultivos tradicionales hasta la doctrina militar,

basada exclusivamente en los misiles intercontinentales. Nunca se interesó por el continente eurasiático, sino por América Latina, Cuba, etc. Entre el gabinete militar de Kruchov y los eurasistas de Stiomenko se produjo un conflicto abierto, pues Stiomenko insistía en que el concepto de "Guerra Nuclear Intercontinental" no era sino una diversión militar estratégica que debilitaba las fuerzas continentales reales, destruía la economía y creaba el peligro apocalíptico planetario. Tras la destitución de Kruchov, la revista "Estrella Roja", órgano del ejército, publicó: "La estrategia que por fin hemos rechazado es propia de una mente enferma".

A partir de Kruchov se realiza la definitiva separación de funciones internas: los "comunistas puros" y los agentes de la Lubianka se solidarizan con la estrategia de la guerra atómica intercontinental, en tanto que los agentes eurasistas y el GRU insisten en el armamento convencional y procuran la revancha a través de las investigaciones militares del cosmos.

En 1958 Kruchov destituye al tremendamente popular general eurasista Zhukov. En 1959 pone a la cabeza del GRU a una de las figuras más indeseables de la historia soviética, el chekista sanguinario Ivan Serov, conocido por su apelativo de "Matarife". El general Mironov, otro atlantista, se convirtió en el responsable de los servicios administrativos del ejército. Sin embargo, las actividades de Kruchov se topan una y otra vez con los órganos ocultos de los eurasistas, que consideraban que cada día en el poder de Kruchov producía un daño irreparable en los niveles ideológico, estratégico y político. Precisamente, en la época de Kruchov, el predominio de la línea "totalitario-hegeliana" de la filosofía soviética (que supone la primacía de los factores supraindividuales "objetivos" sobre los individuales y "subjetivos"), deja paso al predominio de la línea "subjetivo-kantiana". De la misma época data la rápida degeneración de la enseñanza y la aparición de toda esa pléyade de académicos "kruchovianos" arrogantes y diletantes sin preparación alguna (como el superprotegido A. N. Iakovlev, que reconoció haber criticado

a Marcuse sin siquiera haberlo leído), terminando con toda la tradición científica del estalinismo, muy exigente y muy cualificada. Comenzó el cáncer de la "intelligentzia" desarraigada y cosmopolita, orientada hacia el atlantismo, alimentada por la KGB. El ideal del Occidente comienza a difundirse como tema "prohibido" pero "atractivo".

La convergencia de los servicios secretos y la misión "polar" del GRU

La CIA, como instrumento del atlantismo americano, tipológicamente pertenece a la misma categoría conspiratoria que la KGB. Detrás de los orígenes de esta organización se encontraban las más destacadas figuras de la masonería norteamericana (que, no lo olvidemos, es "irregular" para la masonería europea, es decir, herética y sectaria, aunque parece que en los EEUU no existe nada en los campos de la religión y la metafísica que no sea herético y sectario). La CIA, igual que la KGB nunca se mostró indiferente en los campos más burdos de la magia y la parapsicología, mostrando ambas una misma esencia sádico-sanguinaria. La CIA, al principio con la ayuda de los servicios británicos, infestó toda Europa con una red de espías nunca antes vista, que influían en todos los aspectos de la vida política y cotidiana en clave atlantista. En cierto sentido, se puede hablar de una "convergencia" entre la CIA y la KGB, de su unidad lobbista a nivel geopolítico. Es precisamente por ello que se explica la abundante presencia de "espías soviéticos" en los más altos escalones del poder de América, comenzando por Hiss y terminando por Rutherford, quien, según algunos autores, entregó el proyecto de la bomba de neutrones a los servicios secretos soviéticos. A través del lobby de científicos atlantistas americano-soviéticos fue como Andrei Sajarov conoció los proyectos mundialistas de orientación atlantista que más tarde constituyeron la base de sus opiniones sociopolíticas y futuroológicas.

Se puede suponer que la red de agentes del GRU, que en EEUU duplicaba a la creada por la KGB estaba en constante conflicto con la primera, y teniendo en cuenta estas diferencias debemos suponer que los únicos

enemigos reales de la CIA eran los agentes del GRU, no los de la KGB.

La convergencia de los servicios secretos, lo mismo que la convergencia en la época de la Perestroika de los comunistas soviéticos del máximo escalón con los mundialistas americanos, se basa en la unidad fundamental de orientación geopolítica, en la unidad de la estructura secreta que gobierna a los atlantistas de Occidente y a los atlantistas del Este, que muchas veces ocupan los más altos puestos en la nomenklatura estatal y política. Sin embargo, hasta cierto momento, la fusión total y franca de ambas sucursales de la orden de la danza macabra no podía realizarse, gracias a los esfuerzos del alternativo lobby eurasista, directamente relacionado con el GRU y con el Estado Mayor soviético, pero que también incluía en su interior a muchas estructuras de inteligencia europeas y asiáticas, sobre todo alemanas y francesas, las creadas por el general De Gaulle, varios servicios secretos árabes, etc.



La globalización para bien de los pueblos. Perspectivas de la nueva teoría política

Leonid Savin

El tema de la globalización, que se comenzó a analizar activamente en los años '90 del siglo pasado, mantiene su actualidad, hecho que comprueban los acontecimientos en la arena mundial. Detrás de los intentos de las corporaciones transnacionales y de diversos proyectos mundialistas se descubren no sólo la sed de lucro, sino también de control y dominio mundial. El origen es una filosofía política que bebe de las fuentes la Antigua Grecia, donde originariamente se dieron los dispositivos que posteriormente se adoptaron y se interpretaron como indiscutibles. Acordando en su totalidad con una serie de argumentos de Jacques Derrida respecto a que “el modelo ideal y eufórico de la globalización, como un proceso de apertura de fronteras que hace al mundo más homogéneo, debe discutirse con seriedad absoluta y extrema atención. Y esto es no sólo porque la homogeneización indicada —donde se ha llevado a cabo o así se supone— tiene un anverso y un reverso (de riesgo aterrador, demasiado evidente para mí como para perder tiempo en su descripción), sino porque la homogeneización visible frecuentemente oculta en sí viejas y nuevas formas de desigualdad o hegemonía (que yo llamo homohegemonización), que debemos conocer para reconocerlas en su nueva fisonomías y luchar contra ellas”, nosotros señalaremos apenas de paso algunos hitos relacionados directamente con las cuestiones de la globalización. La primera ola de globalización se relaciona con la época de grandes descubrimientos previa a la primera guerra mundial. La segunda, desde 1947 hasta 1991, es la época del mundo post Yalta y de la guerra fría. La tercera arrancó en los '90 y sigue hasta el momento actual generando multitud de efectos, tales como la virtualización de la

economía, la relocalización, la aparición de sociedades en red. Aunque el historiador americano Hopkins, junto al redactor de la publicación “Foreign Policy” Moises Naim, afirman que la globalización había comenzado ya en tiempos del premodernismo con la migración de los pueblos, esta declaración —que toma en cuenta el significado de las tradiciones, ritos y religiones que tenía la gente del premodernismo— no parece convincente. Cuan justamente señaló Luke Martell, examinando el espectro completo de modelos de globalización y las nuevas escuelas y enseñanzas relacionadas con ella, que la globalización en este contexto histórico no significa internacionalización. Varios investigadores señalan ahora que la ola inversa de la globalización, con origen en los países en desarrollo, favorece los cambios económicos en esas regiones y produce el desbalance de los sujetos de la política mundial, y que si esta tendencia se mantiene, puede llevar a consecuencias impredecibles. Es probable que no estén de acuerdo conmigo los partidarios de la teoría del caos y fundamenten que tales cambios son intrínsecamente inherentes a un sistema complejo y dinámico, como lo es sin duda cualquier estado, y tanto más lo son los bloques y las uniones. Sin embargo, el caos controlable puede utilizarse también como un instrumento de globalización del cual se valgan los estrategas de Occidente en pro de sus intereses, cosa que ha propuesto el diplomático americano Steven Mann en los años '90 del pasado siglo.

Nos fue necesario recordar las tres olas de la globalización para permitirnos llevar a cabo cierta comparación con las tres teorías políticas. En uno u otro período han dominado determinadas ideologías, apoyadas no sólo en la violencia revolucionaria, sino más bien en una plataforma político-filosófica. En el siglo pasado se observaba que tres ideologías fundamentales se batían entre sí disputándose la exclusividad y la dominación. Primero apareció el liberalismo, que considera sujeto de la historia al individuo desembarazado del complejo de herencia cultural y de las relaciones intersociales. Como reacción al sistema burgués capitalista, expresado por el liberalismo, aparecieron el

comunismo y el marxismo. Como último apareció el fascismo, y el nacional-socialismo como una versión de aquel, pero fueron los primeros en desaparecer de la arena internacional de inmediato después de la derrota de Alemania en 1945. En 1991, luego de la caída de la URSS, el mundo supo de la derrota de la segunda teoría, que pretendía ser universal (aunque en algunas regiones, por ejemplo en Latinoamérica, el marxismo sufrió modificaciones y, en su nueva forma, demostró su efectividad), y durante un tiempo se impuso el triunfo de liberalismo. A todo esto la lucha de las tres teorías se daba en el marco de la época del modernismo, hecho que señaló magníficamente el filósofo de origen húngaro Georg Lukacs en su libro “El fin del siglo XX y el fin del modernismo”.

En la actualidad, en la época del postmodernismo, nos hemos encontrado con la ola de la globalización relacionada con el liberalismo, el cual afirma la primacía de la economía sobre las otras esferas; por lo tanto sería lógico tocar algunos modelos y planos alternativos que están al otro lado de la economía pero que la predeterminan en gran medida.

Definitivamente, entre los modelos conductuales y económicos existe una relación de forma inequívoca. El ethos de un pueblo determinado, ligado a dispositivos conceptuales, influye en la formación de modelos de conducta social y de régimen económico. Por ejemplo, la economía islámica niega el crecimiento porcentual, hecho que señalara el filósofo ruso V. Solovev hablando sobre el principio de “lo sano y lo laboral” en el Islam. En la ortodoxia la economía, antes que nada, es domostroí (reglas patriarcales. N. d.T). De acuerdo a la enseñanza cristiana, las personas que aun después de haber pecado deben seguir ganándose el pan con el sudor de su frente, “cooperan con el creador” sin dudar de su voluntad. Semejantes puntos de vista han sido distorsionados por el protestantismo y Max Weber[6] mostró en forma convincente que en gran parte la actual economía liberal de mercado está construida sobre la base de la ética protestante. Ernest Schumajer desarrolló la doctrina absolutamente única de la

“economía budista”, proponiendo nuevos principios en relación al trabajo y señalando con justeza que “los economistas, de igual modo que otros especialistas, sufren de ceguera metafísica”.

Aun abstrayéndose de las diversas creencias religiosas, contra las cuales lucharon representantes de ciertas ideologías políticas, los arquetipos y el inconsciente colectivo permanecen. Carl Gustav Jung sintoniza con Max Weber en cuanto a la crítica del liberalismo, aunque lo hace ya como psicólogo. “El mundo sin símbolos del protestante condujo a un sentimentalismo insano en el comienzo, luego a una agudización de los conflictos morales”. La cuestión reside no sólo en los desórdenes sexuales y psicológicos que analizaba el científico suizo. Los arquetipos y los símbolos se inscriben totalmente en modelo económico. El investigador norteamericano Bernard Lietaer afirma que el actual sistema monetario y financiero mundial está basado en el arquetipo patriarcal, donde el dinero es un medio de acumulación. Al mismo tiempo los demás arquetipos hace mucho tiempo que se encuentran deprimidos, y por lo tanto, debido a ese desajuste, se producen booms financieros, bancarrotas, caídas de la bolsa y demás cataclismos. Sin embargo, en la historia ha funcionado otro arquetipo, basado en el principio matrifocal — Antiguo Egipto, Alta Edad Media, etc. — donde el dinero actuaba según el principio de demurrage y era un medio de intercambio. Hasta el momento, por desgracia, no hay profundas investigaciones relacionadas con la influencia de los arquetipos en las teorías económicas heterodoxas desarrolladas en los siglos XIX-XX, las cuales son una alternativa al actual sistema central enraizado en el proyecto político concreto. Pero varias de esas teorías se apoyan en experimentos prácticos, por ejemplo el proyecto de dinero de Silvio Gesell, el cual produjo un efecto colosal que influyó directamente en el bienestar de las comunidades. Los sistemas “dinerarios” condicionales LETS, Time Dollar, WIR[, siendo instrumentos de crédito mutuo y, naturalmente sin interés, todavía representan

un modelo maravilloso de economía solidaria dentro de la sociedad.

En Japón existe la llamada “divisa de salud”, que se mide en horas de trabajo y se puede usar en programas estatales de salud pública. La efectividad de semejantes sistemas ha sido señalada por investigadores contemporáneos. Aun aplicando mecanismos económicos y bancarios, en el mundo hay bastantes ejemplos de tal enfoque respecto a distribución de inversiones y medios, el cual no se inscribe en los esquemas liberales. Por ejemplo, las organizaciones tales como Triodos Bank (Países Bajos), Cultura Bank (Noruega), La Nef (Francia) y otras, se manejan con muy claros principios éticos que se pueden resumir con la frase común de los antiglobalistas “la gente es más importante que las ganancias”. Más allá de esto, varios especialistas y analistas han propuesto no pocos esquemas de estabilización económica, basada en el principio de la democracia directa. Bello Walden, el analista principal del instituto Focus on Global South, de Bangkok, propone los siguientes caminos de superación de la globalización por medio de la economía:

1. La producción para el mercado interno, en lugar del externo, deberá ser nuevamente el centro de gravedad de la economía.

2. En la economía debe darse el principio de subsidiariedad.

3. La política comercial debe defender la economía local del efecto económico destructivo de las estructuras corporativas y los bajos precios.

4. La política industrial debe regenerar y fortalecer el sector manufacturero.

5. Las tareas a largo plazo, destinadas a la justa distribución de los ingresos, pueden crear un enérgico mercado interno que asuma el rol de ancla económica y cree recursos económicos locales para la inversión.

6. La corrección del crecimiento económico aumentará la calidad de vida, y la maximización del enfoque objetivo disminuirá el desajuste relacionado con el medio circundante.

7. La elaboración y propagación de tecnologías ecológicamente favorables en la industria y en el agro deben ser estimuladas.

8. La toma de decisiones estratégicas en la economía no puede ser dejada sólo en manos de tecnócratas y mercadistas. Por el contrario, debe introducirse la posibilidad de que asuntos tales como el desarrollo de la industria, la cuota del presupuesto estatal destinada al sector agrario, etc., sean producto de discusión democrática y elecciones.

9. La sociedad civil debe seguir y monitorear en forma constante el sector privado y el estado. Esto debe ser institucionalizado.

10. La propiedad debe ser transformada en “economía mixta”, lo que incluye cooperativas comunales, negocios privados y compañías estatales, pero excluye corporaciones transnacionales.

11. Las organizaciones globales centralizadas del tipo FMI o Banco Mundial deben ser reemplazadas por otras, construidas no según el principio del libre mercado y la movilidad del capital, sino en los principios de una cooperación que —en las palabras de Hugo Chávez que describen el proyecto ALBA— “supere la lógica del capitalismo”.

Es importante también aplicar a la globalización el análisis social. La metodología de Jean Baudrillard permite observar la manera en que lo financiero y los mercados especulativos condujeron a la creación de simulacros económicos que socavaron la vitalidad de los sistemas sociales. No menos interesante es el modelo de Georges Bataille, que muestra la manera en que la competencia económica, característica del modelo liberal, está directamente ligada al riesgo de guerra. El sociólogo francés señala que la energía sobrante, que se transforma en riqueza, debe ser gastada en el desarrollo del sistema. De otro modo, si la energía no se extrae a tiempo, infaliblemente se usa para producir catástrofes.

Al tema que investigamos debemos agregarle el hecho de los entusiastas de la globalización, de EE.UU. y Europa occidental, señalaban que la interacción estrecha entre países y pueblos, que propicien los procesos

de unificación de estándares y homogeneización de culturas, debe conducir a la menor probabilidad de conflictos; sin embargo, la parición de nuevos modelos ha llevado a nuevas formas de guerra. Y ahora el sujeto activo de los conflictos resultan ser no sólo los estados, sino las corporaciones transnacionales, las ONG, las uniones religiosas, las agrupaciones criminales y los partidos políticos. La *bellum omnium contra omnes* de Hobbes se ha propagado a todo el mundo, en tanto que los EE.UU. pretenden ejercer la función de Estado absoluto-Leviatán.

En la crisis actual del sistema liberal, de la cual son testigos la crisis financiera, el reconocimiento de su inadecuación por parte de reconocidos economistas, y las iniciativas de una serie de países en cuanto a reformar el orden mundial, corresponde cambiar el enfoque de las ciencias que afectan la formación de la cosmovisión de la elite futura hacia prácticas socio-culturales que, más allá de su importancia, durante mucho tiempo no han recibido atención por parte de la gran política. La crisis ecológica que se acerca, que se da sobre un fondo de crecimiento de la autoconciencia política de diversos pueblos aborígenes —quienes antes habían sido apartados de la toma de decisiones (desde el socialismo boliviano Sumac Kawsay con los proyectos indigenistas latinoamericanos, hasta los intentos de los pueblos africanos por liberarse del esclavismo neoliberal)— también puede contribuir a estos procesos. El cambio de razonamiento debe ser complejo, con una activación de las capas arquetípicas que permita la atrofía de los viejos memos y la instalación de fundamentos de un nuevo orden mundial donde, en un marco de floreciente complejidad, se co-desarrollen sociedades de abundancia estable.

Tal como ya señaláramos al comienzo, hay una cantidad de dispositivos filosóficos que han fijado una determinada dirección en el desarrollo de las ciencias, los cuales han sido tomados como algo rígido que no puede ser sometido a la crítica. El paradigma científico de la Ilustración elaboró un racismo gnoseológico euro-occidental que se proyectó

sobre otros pueblos, países y continentes. Aquí también puede tomarse en cuenta el hecho de que el corpus de la filosofía de la antigua Grecia llegó a Europa occidental a través del mundo árabe, y que fue sometido a distorsiones, pero que pocos fueron los que se arriesgaron a repensar las bases de la existencia. Sobre esto es un ejemplo la herencia de Martín Heidegger, cuyos trabajos, más allá de su relativa complejidad, pueden servir de base a la elaboración de una nueva teoría universal. Este es un proceso que debe llevarse a cabo también bajo la óptica de la deconstrucción para disipar las estratificaciones especulativas y los envejecidos mecanismos de construcción socio-política.

Se puede decir, a modo de conclusión, que después de las tres teorías políticas (liberalismo, marxismo y fascismo) y después de las tres olas de globalización (sustitución de tres sociedades — tradición, modernismo y postmodernismo, y también de modelos económicos) se hace indispensable la elaboración de una nueva teoría política que conforme una cuarta ola, cualitativamente distinta de las precedentes, donde el sujeto activo fundamental sean los pueblos del mundo. Mientras tanto, es importante la formación de una oposición y un movimiento que se base en el principio “anti”, y la elaboración de un anti-credo constructivo que, según el pensamiento de Zbigniew Brzezinski, pueda destruir el dominio global de los EE.UU. En esta teoría, o como la llama filósofo francés Allen de Benoist “el Cuarto Nomos de la Tierra”, los sujetos de la historia deben ser los pueblos en su proceso puro de existencia, con toda la riqueza de sus relaciones culturales mutuas, tradiciones, especificidades étnicas y cosmovisiones. En cuyo caso los modelos alternativos y los intentos de muchos analistas, especialistas y opositores de la globalización occidental (que tiene los EE.UU. a la cabeza) podrán encontrar una extensa aplicación.

Alianza Global Revolucionaria

Entrevista a Natella Speranskaya

P- Natella, parece que cada vez que vemos un proyecto interesante o excitante que llega de Europa Oriental o vemos tu cara en las fotos o tu nombre en el recuento de lo sucedido, como una de las líderes de la iniciativa. ¿Puedes hablarnos sobre tu pasado y que te ha llevado a ser una tan buena activista?

NS- Durante muchos años el origen de mi inspiración fue un especto de ideologías políticas derechistas, a las que llegué a través de los representantes del pensamiento conservador revolucionario, como Ernst Junger, Arthur Moeller van den Bruck, Oswald Spengler y Carl Schmitt. Este vector antiliberal no ha cambiado durante ninguna etapa de mi vida. Pero si en el comienzo fui partidaria de un movimiento estrictamente derechista conservador revolucionario, después de haber revisado críticamente muchos de sus componentes como el racismo (especialmente bajo su peor forma, el racismo biológico), la indulgencia frente al capitalismo y su fuertemente marcado anticomunismo, me abrí a los aspectos positivos del movimiento conservador revolucionario de izquierdas – sobre todo su anticapitalismo y su orientación euroasiática. Tanto derechistas como izquierdistas son declarados por Karl Popper enemigos de la sociedad abierta; la similitud metafísica entre ambos se vio manifestada por la ideología antiliberal del nacional bolchevismo, esto es el Eurasianismo de izquierda. Esta ideología resolvió para mí todas las condiciones. Alexander Dugin declaró al nacional bolchevismo una “ciencia política y un fenómeno filosófico, de hecho un punto esencial en el mapa de los procesos políticos, en que derechistas e izquierdistas se funden entre sí en una autosuficiente y original síntesis de ideas.” Sin desviarme de mis posiciones, he mantenido una guerra permanente con nuestros contrarios ideológicos, sin olvidar nunca las palabras de

van der Bruck: “La eternidad está al lado del conservador.”

P: Has sido un contacto clave para nosotros tanto aquí como el Movimiento Euroasiático, como ahora en la Alianza Global Revolucionaria, en la que nos sentimos orgullosos de estar contigo. Por favor, da a nuestros nuevos lectores una presentación de esos dos grupos.

NS: El Movimiento Internacional Euroasiático se creó en Moscú, Rusia, a finales de los 80. Su líder y fundador era y sigue siendo el filósofo Alexander Dugin. Nuestra organización tiene muchas ramas, a lo largo del mundo (tan sólo en Rusia hay 36 delegaciones regionales). La ideología del neoeuroasianismo comenzó a desarrollarse en los ochentas y a pasado por varias etapas; desde un pequeño círculo de intelectuales a un grupo de teóricos, de la apertura de la Nueva Universidad al movimiento Todo Rusia, desde el partido “Eurasia” al Movimiento Internacional Euroasiático, como estructura autosuficiente. El 2005 dentro del Movimiento Euroasiático fue creada una organización política “La Unión de Jóvenes Euroasiáticos,” cuya ideología es, desde luego, la doctrina neo-euroasiática. Desde mayo de 2011 soy la jefa de la Red de locales de Moscú de la Unión de Jóvenes Euroasiáticos. La Alianza Global Revolucionaria y el Movimiento Euroasiático están unidos por un odio sin compromisos hacia el enemigo principal –la oligarquía liberal global y el Nuevo Orden Mundial. En la actualidad podemos ver como dos protagonistas políticos combaten por el control mundial: los partidarios del Imperio Americano liberal atlantista (y su proyecto de globalización) y el Resto del Mundo, que discrepa fundamentalmente con este proyecto. Occidente contra el Resto. Pero el Occidente actual post-moderno ha perdido los mejores valores occidentales –el honor, la virilidad, el atrevimiento, la espiritualidad, las señales de una era heroica. Así que no estamos contra Occidente como tal sino contra su simulacro parasítico en manos de una elite ilegítima. Bajo estas circunstancias GRA rehabilita la dimensión política (según Carl Schmitt), casi desbordada por el globalismo liberal, que ha

intentado remplazarla por la económica. En el umbral de la crisis que llega podemos hablar de una ruptura total del sistema económico, esto es, del colapso del proyecto global de nuestros enemigos políticos. Al principio del despliegue libio, la idea de la inmediata formación de la Alianza Global Revolucionaria como una poderosa estructura de redes, que tenga centros permanentes alrededor del mundo, adquirió el estatus de una necesidad crítica. Nos alegra que hayáis decidido uniros a nosotros.

P- Muchos de nosotros hemos recorrido a través de los documentos de *Contra el mundo posmoderno* lo mejor posible, siendo sobre todo lectores de lengua inglesa. Tantas grandes mentes en un mismo lugar a la vez. ¿Cuáles fueron los puntos más importantes de ese momento histórico para ti, Natella?

NS- Era la primera vez que una conferencia de tan alto nivel tenía lugar en Rusia. El acontecimiento reunió a líderes intelectuales de Rusia, Bielorrusia y Ucrania, tradicionalistas de Italia, Francia, América y otros países. Nos unimos para desafiar al mundo posmoderno. En el Siglo XX la revuelta contra el mundo moderno proclamada por los grandes tradicionalistas Rene Guenon y Julius Evola, fue una forma de protesta, una rebelión contra la realidad privada de su dimensión sagrada central. Ahora, en el Siglo XXI, nos rebelamos contra el mundo posmoderno, que se ha convertido en un desierto sin espíritu. Y el objetivo de nuestra Conferencia Internacional era encontrar como Tradición y tradicionalismo podían efectivamente amenazar a la era posmoderna. Este tema fue tratado en las conferencias de Claudio Mutti, Sheiks Pallavicini, Alexander Dugin, Christian Bouchet, Geidar Dzhemal, Laurent James, Valeriy Korovin, Israel Shamir y docenas de otros participantes. Quedó claro para todo el mundo que Rusia se ha convertido en un bastión del tradicionalismo. Sheikh Pallavicini expresó su admiración hacia la escuela tradicional única creada por el filósofo Alexander Dugin. Pienso, que la próxima conferencia, que tendrá lugar el 2012, reunirá aún a más gente, y, tal vez, nos dará nuevos nombres.

P- Nosotros (Open Revolt, Green Star y New Resistance) no dudamos en afirmar que sentimos una profunda familiaridad con nuestros camaradas euroasiáticos que han sido leales amigos y nos han apoyado en nuestro combate. ¿Puedes decirnos lo que piensas sobre nuestro trabajo en Norteamérica y, tal vez, darnos algún consejo o crítica?

NS- Nos complace que se hayan creado organizaciones políticas en América del Norte, que compartan nuestros principios básicos. Uniéndoos a la Alianza Global Revolucionaria, ya habéis aumentado el poder del movimiento contra la globalización, cuyo objetivo es la destrucción total de la oligarquía liberal. Lo más importante para nosotros es el hecho de que todos los participantes de esta organización y tarea – Open Revolt, the Green Star, New Resistance – son americanos. Este es un indicador claro de que la eternidad está de nuestra parte y el enemigo será derrotado. Pensamos que los USA están ocupados por una elite globalista antiamericana, que emplea al pueblo americano para sus propios objetivos. Nuestro combate es por la justicia social y por la oportunidad para todos los pueblos del mundo de construir su propia cultura diferenciada –incluyendo desde luego, los americanos. Evola dijo que Occidente había sido el primero en entrar en el Kali Yuga y debía ser el primero en abandonarlo. Todo esto se relaciona con Estados Unidos. Habéis ido más lejos que otros en el camino hacia el infierno y os alzareis – como escribió Dante— del otro lado Lucifer. Es por eso que vuestro movimiento es muy simbólico y tiene tanto valor para nosotros.

P- ¿Como es trabajar tan cerca de Alexander Dugin? Él es, de lejos, nuestra mayor inspiración viva.

NS- Rene Guenon es llamado el maestro que señaló el camino del Kali Yuga. Esto es también aplicable a Alexander Dugin, que, en mi opinión, es la esperanza no tan sólo de Rusia sino del mundo entero. Toda su actividad lleva la marca de una misión divina.

P- No podemos estar más de acuerdo acerca del Profesor Dugin. ¿Hacia donde ves que se dirigirá la Alianza Global

Revolucionaria tanto a corto plazo, como en los años por venir?

NS- Podemos predecir que en un año la Alianza Global Revolucionaria incluirá a decenas de miles de insatisfechos (nuestro eslogan es: “Insatisfechos del mundo, únios.”), habiéndose convertido en un movimiento invencible, omnipresente, actuando universalmente. El objetivo final –la destrucción de la oligarquía global será alcanzado inevitablemente. Cualquier planteamiento lanzado por los liberales conseguirá nuestra respuesta inmediata –la resistencia de soldados políticos, que es lo que somos. Hemos desarrollado una estrategia política contra el proyecto globalista. Alexander Dugin dijo: “Contra el control liberal global lo que necesitamos es una guerrilla global, tan global como aquello contra la que este dirigida.” Sin embargo, uno debe comenzar en la esfera de la filosofía política. Foucault dijo, la voluntad de poder es lo mismo que la voluntad de saber. El que controla el espacio cognitivo controla también el espacio geopolítico. Comenzamos con el espíritu y concluimos con la materia (y no viceversa). La Revolución comienza con el alma, en la mente, en el correcto análisis de la situación, en el momento de tomar decisiones existenciales. El resto es técnica. El principal objetivo en el GRA no es discutir los detalles de nuestra cosmovisión, sino actuar –efectivamente, decisivamente, rápidamente. En el combate obtendremos nuestra subjetividad segura.

P- ¿Algo más que quieras compartir?

NS- Estamos convencidos de la necesidad de un proyecto alternativo con una clara teoría política y lo que es más importante, con una práctica perfectamente pensada. Teniendo en cuenta el colapso del sistema político liberal podemos dar una conclusión anticipada de la inmediata destrucción del discurso ideológico liberal como tal. En las circunstancias actuales la dominación del mundo por parte de las políticas globalistas antinacionales de Estados Unidos se ve cuestionada. Ya no podemos confiar en las tres ideologías políticas, actualizadas en el Siglo XX. En el Siglo XXI ya están completamente superadas.

Necesitamos pues otra teoría política. La llamamos la “Cuarta teoría política” (concepto creado por Alexander Dugin, en sintonía con grandes pensadores y políticos como Alain de Benoist, Christian Bouchet, Alain Soral, Claudio Mutti, Dimitris Kitsikis), que se alza fuera del liberalismo, el comunismo y el fascismo. Para formular la Cuarta teoría Política, necesitamos definir, lo que representa su sujeto político. Pero antes, definiremos lo que definitivamente no es. El sujeto de la Cuarta Teoría Política no puede ser la clase (como en el socialismo), ni la raza o el estado (como en el nacionalsocialismo o el fascismo), no, sobre todo, el individuo, el tema de un sistema liberal hostil. Basándonos en la previsión de la victoria sobre el liberalismo, definiremos como sujeto de la Cuarta teoría Política, a aquel que es un enemigo radical, un enemigo sin compromisos y un absoluto antagonista del individuo liberal. ¿Quién? Esa es una cuestión que carece de respuesta sencilla. Podemos detenernos en la comunidad como “cuerpo social,” que excluye el principio del individuo como objetivo y centro; en la comunidad, que no acepta el individualismo, sin el que, como ya sabemos, el liberalismo es impensable. El Siglo XX fue el siglo de las ideologías, pero nada nos impide pasar de ese estadio a la acción. A la sociedad liberal monocefálica, al proyecto atlántico, al Imperio global americano oponemos la sociedad policefálica y un mundo multipolar. A la ideología liberal (o precisamente a la neoliberal) oponemos la Cuarta teoría Política. A la oligarquía global la Alianza Global Revolucionaria.



Contribución a la teoría actual de la protesta radical

Geidar Dzhemal

El momento clave a la hora de analizar el liberalismo global para Alexander Dugin es la “libertad frente a...” Según él, este principio (el concepto de “liberty” – N. del T.) como una apisonadora pasa por encima de las comunidades e identidades que representan una manifestación del “totalitarismo”. En cuanto este “totalitarismo” es detectado, se queda sin argumentos frente a la “libertad”. Los últimos baluartes del “fascismo” que caerán, serán la “falta de libertad” frente al género fijo y la “falta de libertad” frente al estatus del ser humano...

Aquí es importante comprender una cosa: “libertad” (de la que habla Mill y cualquier pensador liberal) ¡no es una categoría metafísica! Se trata de una categoría social, más exactamente de un instrumento social que sirve para desmontar los núcleos de infidelidad frente a la sociedad, presentados como “fascismo/totalitarismo”. El nacional-patriotismo o, pongamos el “machismo”, o el racismo etc. no son más que sombras, reliquias, substitutos de lo “metafísico” (en el sentido de supraindividual), que por inercia aún siguen incorporados en la sociedad actual, y como tales se le oponen, le estorban. Todas estas lealtades hacia distintas identidades colectivas representan fragmentos de la “sociedad política”, definitivamente derrotada en 1945 (no se trata de la derrota del Reich, sino de algo más serio). Estas lealtades impiden al individuo ser definitiva y totalmente absorbido por la Sociedad Contemporánea Global ¡que sobre todo no es política!

¿Y cómo es? La Sociedad Contemporánea Global es el “Todo” autosuficiente, en la que el Ser desaparece, encarnado en la cosa social. El “CIELO” y la “TIERRA” metafísicos se convierten en tan solo dos aspectos derivados dentro de la “infinita” sociedad. Lo último que

le queda por comerse es el hombre y es lo que está ocurriendo.

A diferencia de la Sociedad Contemporánea Global, la “sociedad política” del pasado ejercía como intermediario dentro del triángulo “cielo-tierra-hombre”, y en aquella sociedad el Ser, claro está, no podía ser social, sino que era antropológico, encarnado en el “faraón/césar”. Sin embargo, tanto en su calidad anterior antropológica, como en su calidad social actual el Ser (su proyección dentro del “espejo” de nuestro mundo) representa el poder en sí mismo, en su estado puro, sin diluir. El “Ser” en su definición ontológica platónica y el “Poder” son sinónimos.

Ahora llegamos a lo más importante: una vez liberado de todos los “totalitarismos”, incluida su pertenecía al género humano, el individuo se convierte en absolutamente totalitario porque se identifica sin reservas con la “cosa social”. ¡Se identifica con la sociedad pura y simplemente! Mientras tanto para el ciudadano común la propia sociedad se convierte (como ya sucede) en un juego de ordenador de múltiples niveles en el que este ciudadano cambia las identidades, realizando la “libertad” infinita de una manera completamente totalitaria. Y el beneficiario interior de este resultado resulta ser... el Club Tradicionalista, que dentro de esta sociedad de accionistas global recibe el 100% de las acciones, es decir que recibe todo el ser socializado como su recurso exclusivo y monopolizado.

Podría parecer que en la “tríada” duginiana “conservadurismo, fascismo, comunismo” el conservadurismo se sitúa aparte. Que los conservadores toman lo sagrado en serio, como punto de partida para construir su sistema de valores. La mitología del conservadurismo es tal que las cuidadas barbas de los senadores zaristas y las cintas con las estrellas de los mariscales se perciben casi como si fueran las cartas de presentación entregadas por el “Rey del Mundo” en persona...

¡Pero por desgracia no es así! En su calidad de liberales toda la camarilla conservadora todavía le daría ventaja a

Popper: porque la misma idea de la “protección” del trono se fundamentaba en el más profundo agnosticismo, en sacar entre paréntesis incluso la sospecha del Significado. Para el conservadurismo el Significado (o incluso simplemente “significado”) siempre representa una provocación, incluso una subversión. Y es por lo que a lo largo de toda la historia del monarquismo posilustrado (y sobre todo en la Rusia de los Romanov) los tradicionalistas que con toda sinceridad acudían a la corte con besos, abrazos y aleluyas siempre recibían una colleja, sino una bofetada. (¡Los eslavófilos no lograban entender por qué les maltrataban! Pero es como si el temprano Alexander Dugin se dirigiera a Medvédev con el proyecto de la “revolución conservadora”...)

No obstante en el esquema ofrecido por A. Dugin hay otra laguna más seria. El proyecto comunista, teóricamente opuesto al liberal, en general todo el ideario de la izquierda (salvo algunos detalles técnicos) es el que precisamente se realiza a través de la victoria del más exacerbado liberalismo. Hay que estar ciego para no ver: el “Manifiesto comunista” de 1848 es exactamente aquello con lo que nos “pretende asustar” Dugin, cuando habla, vía Gramsci, de la hegemonía. Porque el proyecto de la izquierda en su máxima expresión cósmica precisamente significa la realización de la libertad frente a la familia, a la diferencia de género, frente a todas las formas de coacción, de todas las identidades, frente a la clase (el ideal de la sociedad sin clases), naturalmente frente a la nación etc.

Matrimonios homosexuales, niños educados en común, promiscuidad, a los que a los hippies de los 60 ya les hubiera gustado llegar, todo ello como la condición para el florecimiento creativo de los individuos libres... En una palabra, camaradas, abran a Marx ¡ahí está descrito todo con lo que podrían soñar en sus más atrevidos sueños las Pussy Riot, Alice Cooper y Aleister Crowley!

Y sin embargo Dugin nos informa secamente de que en su enfrentamiento con el liberalismo, el comunismo ha sufrido la suerte de una olla de barro que ha caído sobre el

suelo de baldosas. A lo mejor es que se refiere a algún otro “comunismo”, distinto al de los padres fundadores, que no tiene nada que ver con la “Ciudad del Sol”... En efecto, por lo visto, se refiere al estalinismo, entonces, ciertamente, el estalinismo ha perdido. ¿Pero ante quién? ¿No será que ante el auténtico ideario de la izquierda, ante el trotskismo?

Desde dónde estamos situados ahora se ve claramente que tanto el proyecto de la izquierda (cosmismo, que podríamos definir como el platonismo de izquierda, por analogía con el hegelianismo de izquierda), como el fascismo (realmente un proyecto hipersocial totalmente desangelado), lo mismo que el conservadurismo en todas sus variedades – no son más que instrumentos para desmontar la “sociedad política” clásica. Y que son tanto más efectivos cuanto que constituyen su simulacro.

Antes hemos señalado que la “sociedad política” es el intermediario operativo dentro de la tríada sagrada “cielo-tierra-hombre”. Habría que concretar esta tesis. En este caso estamos hablando de la “condición humana”, de la “misericordia humana”. De ejemplo pueden servir los hombres que arrastraban una existencia miserable y a los que acudió el titán Prometeo. Era exactamente aquel ser humano quien pedía el favor al “cielo” (Olimpo en sus variadas y contradictorias manifestaciones), para que el “cielo” le asegurara la actitud benéfica de la “tierra” (y no solo en su dimensión material, pero es una cuestión aparte).

El problema está en que el simple mortal no puede dirigirse al Olimpo sin más. Para establecer la comunicación hace falta alguna semejanza. En seguida parece surgir la figura del intermediario, del sacerdote, chamán ¡pero no es todo tan sencillo!

El sacerdote se convierte en “sacerdote” únicamente en el contexto específico de la sociedad, formada siguiendo una matriz predeterminada. Si el mundo es el espejo (uno de muchos) en el que el Ser se refleja como totalidad, la sociedad representa el espejo interior de “segundo orden”. Dentro del mundo – el espejo N°1 – el Ser (Gran Ser) se refleja como inversión, al revés, como es

propio del reflejo. Debido a esta circunstancia la metafísica tradicional contrapone el mundo y el Ser divinizado: el mundo aparece como el negativo especular del Original perfecto. Es lo que llaman la “esencia natural” del mundo opuesta al arquetipo ideal.

La sociedad como el reflejo de segundo orden es la inversión de la inversión. En otras palabras, proporciona la copia/análogo “correcta” del Ser, pero ensombrecida y empequeñecida. Y debido a eso – la copia por el contraste con el mundo – pertenece al orden “sobrenatural”. Se puede decir, que es el primer contorno de lo “sobrenatural” en el que, por ejemplo, queda evidente que no se cumple la ley física de la conservación de la energía y de la materia. (Y es por lo que resulta inconsistente el “discurso transversal” del materialismo dialéctico que va del polvo estelar a las “resplandecientes cumbres” del comunismo: ¿no existe la teoría física del “campo único” que pueda unir el micromundo y el macromundo!)

En el centro de la sociedad se encuentra la figurita del ser que es el icono vivo del Gran Ser. En ella se concentra el Ser reflejado y “restaurado” (ya dentro del segundo contorno), que sin duda posee un carácter “sobrenatural” (aquí Guénon hubiera puesto una nota sobre las curaciones milagrosas causadas por el roce de la mano del rey). Ese Ser es exactamente el poder en su significado directo y primordial.

Ser como poder, incluso a nivel semántico esas categorías son sinónimos, si tenemos en cuenta que el Ser es la posibilidad suprimida por el negativo y por lo tanto realizada. En la mayoría de las lenguas orientales y occidentales la idea del dominio está contenida en el concepto de “poder”, que lleva a las categorías tanto de “posibilidad”, como de “fuerza”: poder, pouvoir, power, iqtidar (del árabe QADAR). El Ser es la síntesis extensiva ilimitada de las posibilidades finales, atravesada por la corriente inmanente de la negación universal. La negación suprime las posibilidades finales (“posibilidades de lo finito”) como las “cosas en sí”, convirtiéndolas en las ideas abiertas unas a

otras. En última instancia la realidad es la interreflexión de las ideas.

Una buena metáfora para describir el estatus del Ser puro – Poder es la imagen de oro físico como “tesoro”: es un valor fijo que permanece en la caja fuerte, pero por sí mismo no trae dividendos en efectivo, sino solo virtuales, debido al permanente aumento de su precio. Para poder actualizar este tesoro hay que emitir el dinero por el valor de “nuestro” oro. Aquí es cuando surge el problema: siempre aparece la tentación de imprimir algo más de dinero de lo que el tesoro vale. (Otra metáfora: un billete de un millón de libras que entregan a un vagabundo para probarlo – éste, tan solo enseñando el billete, sin gastarlo, se las ingenia para despilfarrar una suma mucho más grande). Así que: el margen sin garantizar que queda entre el valor real y la masa monetaria puesta en circulación (¡recuerdo que se trata de una metáfora!) es exactamente el peso y el volumen de los liberales. Pero además su parte en los “papeles” sin respaldar como valor nominal puede superar las participaciones de los demás jugadores.

Ahora habría que aclarar el significado del término gramsciano de “hegemonía” con el que opera Dugin. Él afirma que la “hegemonía” representa la apropiación completa de todo el discurso por los liberales. Si lo traducimos a mi lenguaje se corresponde con la total socialización del hombre, su absorción completa por la sociedad. Dentro del contexto del pensamiento gramsciano-duginiano la hegemonía debería de significar el predominio de lo puramente social sobre lo antropológico. Pero tal explicación del término contradice la fe de Dugin en que los liberales “se han llevado la banca” y se han apropiado de todo. Porque los liberales no son más que el instrumento de la socialización, pero no son los beneficiarios de esta transformación preapocalíptica. En el mejor de los casos son uno de los sujetos históricos de segundo orden.

Explicaré lo que ocurre con la “hegemonía” desde mi punto de vista. Acabamos de tocar el tema del Ser como poder, el reflejo del Gran Ser en una figura

central, cuya proyección es el colectivo humano.

Esa figura central se corresponde con lo que Guénon llama “Adán terrenal”, que se encuentra en la intersección del plano de nuestro mundo con el “Eje de los mundos” vertical. (Claro que no se trata del Adán de la revelación abrahámica, sino más bien del “insan”, término árabe que define al “hombre como microcosmos”).

El Ser/Poder es un aval real. Pero como ocurre con todos los avales, éste – el más importante de todos – no puede ser utilizado más que de forma derivada. En otras palabras con este aval de la presencia sagrada en el centro de nuestro mundo, metafóricamente hablando, hay que emitir las “acciones”. No hay que interpretarlo como una valoración estrictamente cuantitativa, “financiera” del Ser, representado en el espejo de la sociedad. De lo que se trata es que el Ser como algo “inmóvil” y sagrado obtiene una proyección en forma de una potencia operativa. Es decir, que aquellos sujetos que tienen el acceso a una determinada parte de este potencial, pueden hacer algo en lo que se refiere a los destinos humanos, pueden decidir en el proceso histórico.

La situación es análoga a la de los participantes en una sociedad de accionistas, que poseen determinados paquetes de acciones y según el volumen de estos paquetes pueden influir en la toma de decisiones o bloquearlas. Las acciones, como se sabe, se emiten en base a algo concreto que obtiene su valor solo cuando se transforma en el capital. En este caso la referencia es el propio Ser.

Pero este paquete de acciones recibe su precio, su valor representa todo lo que el hombre ha creado y el precio de la propia humanidad, determinado por el nivel de capitalización del tiempo vital de los seres humanos. Lo que significa que en los tiempos de los faraones el Ser tenía un determinado volumen del capital y que hoy es distinto, mucho mayor. Ocurre algo paradójico: la sacralidad del ser del faraón, su realidad ontológica era incomparablemente mayor que, por ejemplo, la de la actual reina de Gran Bretaña. Sin embargo la capitalización del poder hoy es mucho mayor. En otras palabras,

la sociedad de “acciones” global ha crecido monstruosamente a lo largo de los milenios. Pero incluso para A. Dugin sería difícil afirmar que los liberales han quedado como los únicos socios accionistas. Sí, son los accionistas mayoritarios, pero no los únicos...

La hegemonía en realidad no es la “falta de alternativas” ante cualquier discurso, incluso del liberal. Es la falta de alternativa frente al propio poder – la proyección directa del Ser como TOTALIDAD sobre el espacio de nuestro mundo como PARTE concreta. Desarrollando la metáfora del “tesoro”, es la ausencia de alternativa al oro como patrón de referencia... Porque se puede imprimir el dinero en papel con la variedad que se quiera, con los símbolos de lo más variado. Pero en cualquier caso todos esos papelitos estarán atados al oro, aunque sea de una manera derivada virtual. Es lo que los diferencia del “dinero”, dibujado por una persona particular (un “idiota” en el sentido etimológico de la palabra).

De ahí la sensación pesimista de lo invencible, eterno del Sistema que se debe a la inconsciente comprensión de su esencia sobrehumana. Aquí, por cierto, está contenida la respuesta a todos los críticos de derechas del actual “profanismo”: la última y definitiva raíz sobre la que se afianza incluso el secularismo más degenerado seguirá siendo el mismo recurso ontológico “tradicional” que aseguraba el régimen de Nínive o de Babilonia. ¡Sencillamente no puede ser de otra manera!

La explicación del pesimismo “contrarrevolucionario” está en que los que están contagiados por él sencillamente no han podido realizarse como radicales. Lo que significa que, debido a su constitución interna, fueron incapaces de elevarse lo suficiente como para descubrir en el inconcebible y desafiante hecho de su propia conciencia la ocasión única para hacer explotar toda la metafísica de la identificación (de la metafísica tradicional, basada en la identificación final del “Yo” individual con el Absoluto – N. del T.). Sin embargo aquellos que incluso tan solo vislumbran semejante perspectiva, jamás se pondrán de rodillas, por muchos golpes y derrotas que les inflija la fatalidad histórica.

Para terminar, y aunque no se trata más que de un boceto en forma de tesis que necesitarían mayor desarrollo, quisiera añadir lo siguiente. Dado que el pathos del liberalismo consiste en la deconstrucción del hombre en el camino de su liberación de todo lo que se opone a su total socialización, el pathos del radicalismo debe ser la CONTRADECONSTRUCCIÓN que vaya a su encuentro y que se realiza en primer lugar con respecto a la sociedad que constituye un fenómeno parametafísico (donde el original y el simulacro felizmente coinciden), cósmico y, por último, socio-político.

En la máxima de Lenin: “No se puede vivir en la sociedad y ser libre de la sociedad”, el liberalismo se da como desde su reverso, al revés. El mismo pensamiento marca el perfil del programa antiliberal: dentro de la sociedad se debe formar el segundo contorno de lo “sobrenatural” ¡como la antítesis auténtica (y no simulada) de la sociedad! La vida dentro de este contorno de la protesta le proporciona al hombre la libertad real y no simplemente virtual... Para los ejemplos no hace falta irse muy lejos: la Voluntad del Pueblo (organización terrorista revolucionaria rusa que en 1881 mató al zar Alejandro II – N. del T.), Baader-Meinhof, “Rama Davidiana”... Así, por cierto, se descubre el secreto de las sectas totalitarias como las últimas barricadas contra la muerte de la “persona” dentro del globalismo social. Claro que se trata de instrumentos inservibles, pero se entiende de lo que hablamos.

La cuestión en realidad es la de la masa crítica: ¿cuántas “Voluntades del Pueblo” por todo el mundo hacen falta para construir sobre su base el gobierno mundial alternativo que acabe con la pretensión de “Lucifer el Resplandeciente” de monopolizar el poder? Está claro que es imposible reunir semejante “masa” contando con el pensamiento provinciano particular y trozos de conceptos marginales, sobre todo, después de que el marxismo ha demostrado su completa inutilidad estratégica como discurso contestatario.

© Traducido del ruso por Arturo Marián Llanos

El proyecto de la Gran Europa. Un esbozo geopolítico para un futuro mundo multipolar

Alexander Dugin

1. Siguiendo la decadencia y desaparición del bloque socialista de Europa Oriental a finales del pasado siglo, una nueva visión de la geopolítica mundial, basada en una nueva aproximación, se hizo necesaria. Pero la inercia del pensamiento político y la falta de imaginación histórica entre las élites políticas del Occidente victorioso condujo a una opción simplista: la base conceptual de la democracia liberal occidental, una sociedad económica de mercado, el dominio estratégico de los Estados Unidos a escala mundial se convirtieron en las únicas soluciones para todo tipo de problemas emergentes y en el modelo universal que debía ser imperativamente aceptado por toda la humanidad.

2. Ante nuestros ojos emerge una nueva realidad—la realidad de un mundo organizado alrededor del paradigma americano. Un influyente grupo de debate neoconservador en los Estados Unidos contemporáneos se refiere abiertamente al mismo con un término más apropiado – el “Imperio Global” (a veces el “Imperio Benevolente”—R. Kagan). Este Imperio es unipolar y concéntrico por su propia naturaleza. En el centro se encuentra el “Norte rico”, la comunidad atlántica. El resto del mundo—la zona de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, son consideradas como periféricas—se asume que tomará la misma dirección y la misma ruta que los países centrales de Occidente tomaron hace ya largo tiempo.

3. En tal visión unipolar, Europa es considerada como las afueras de América, la capital mundial, y como la cabeza de puente del Occidente americano en el gran continente euroasiático. Europa es vista como parte del Norte rico, no alguien que toma decisiones,

sino un socio menor sin intereses propios y características específicas. Europa, en tal proyecto, es percibida como un objeto no un sujeto, como una entidad geopolítica privada de identidad y voluntad autónoma, de una soberanía real y reconocida. Gran parte de la particularidad cultural, política, ideológica y geopolítica de la herencia europea es vista como algo superado: algo antaño valorado como útil que ha sido integrado dentro del proyecto Global Occidental; lo que queda aparte es visto como irrelevante. En tales circunstancias Europa se convierte en algo geopolíticamente vacío, privado de su propio ser e independencia. Siendo geográficamente vecina de regiones con diversas civilizaciones no europeas, y con su propia identidad debilitada o directamente negada por la aproximación del Imperio Global Americano, Europa puede fácilmente perder su propia forma cultural y política.

4. Sin embargo la democracia liberal y la teoría del mercado libre son responsables tan sólo de parte de la herencia historia europea y ha habido otras opciones propuestas hechas por grandes pensadores europeos, científicos, políticos, ideólogos y artistas. La identidad de Europa es mucho más amplia y profunda que la simplista ideología fast-food americana del complejo imperial global —con su caricaturizada mezcla de ultraliberalismo, ideología del libre mercado y democracia cuantitativa. En la era de la Guerra Fría, la unidad del mundo occidental (a ambos lados del Atlántico) tenía una base más o menos sólida en la defensa mutua de valores comunes. Pero ahora ese desafío ya no está presente, la vieja retórica ha dejado de funcionar. Debe ser revisada y darse nuevos argumentos. Ya no hay un peligro claro y un enemigo común realista. Falta completamente una base positiva para un Occidente unido en el futuro. La elección social de los países y estados europeos ofrece un oscuro contraste con la opción anglosajona (ahora americana) en pro del ultraliberalismo.

5. La Europa de hoy tiene sus propios intereses estratégicos que difieren sustancialmente de los intereses americanos o con la aproximación del proyecto Global

Occidental. Europa tiene su propia actitud positiva hacia sus vecinos del sur y el oeste. En algunos casos el beneficio económico, los problemas de obtención de energía y las iniciativas de defensa comunes no coinciden en absoluto con las americanas.

6. Estas consideraciones generales nos conducen a nosotros, intelectuales europeos profundamente preocupados por el destino de nuestra Madre Patria cultural e histórica, Europa, a la conclusión de que necesitamos urgentemente una visión alternativa del mundo futuro, donde el lugar, el papel y la misión de Europa y la civilización europea sean distintos, grandes, mejores y más seguros que dentro del esquema del Imperio Global con su evidente carácter imperialista.

7. La única alternancia factible en las presentes circunstancias se encuentra en el contexto de un mundo multipolar. La multipolaridad puede garantizar a cualquier país y civilización el derecho a desarrollar su propio potencial, organizar su propia identidad interna, de acuerdo con la identidad específica de su cultura y pueblo, proponer una base estable de relaciones internacionales justas y balanceadas entre las naciones del mundo. La multipolaridad debe basarse en el principio de equidad entre los diferentes tipos de organizaciones políticas, sociales y económicas de esos países y estados. El progreso tecnológico y una creciente apertura de las naciones deberían promover el diálogo entre las mismas y la prosperidad de todos los pueblos y naciones. Pero al mismo tiempo no debería poner en peligro sus respectivas identidades. Las diferencias entre naciones no culminan necesariamente en un enfrentamiento entre las mismas—en contraste con la lógica simplista de algunos escritores americanos. El diálogo, o mejor aún el “polylogo,” es una posibilidad realista y factible que debemos explotar en este respecto.

8. Respecto a Europa directamente, y en contraste con otros planes para la creación de algo “más grande” en el anticuado sentido imperialista de la palabra—ya sea el Gran Oriente Medio, o el plan pan nacionalista de una Gran Rusia o una Gran China—

sugerimos, como concreción de la aproximación multipolar, una perspectiva balanceada y abierta de una Gran Europa como un nuevo concepto para el futuro desarrollo de nuestra civilización en las dimensiones estratégica, social, cultural, económica y geopolítica.

9. La Gran Europa consiste del territorio contenido entre los márgenes que coinciden con los límites de una civilización. Este tipo de frontera es algo completamente nuevo, como lo es el concepto de civilización estado. La naturaleza de esos límites presume una transición gradual—una corte abrupto. Así esa Gran Europa debería estar abierta a la interacción con sus vecinos de occidente, oriente o el sur.

10. Una Europa más Grande en el contexto general de un mundo multipolar se concibe como rodeada por otros grandes territorios, que basan sus respectivas unidades en la afinidad de las civilizaciones. Así podemos postular la aparición eventual de una Gran Norteamérica, una Gran Eurasia, una Gran Sudamérica y un Gran África. Ningún país —excepto los Estados Unidos— tal y como están las cosas en estos momentos, puede permitirse y defender su auténtica soberanía, confiando tan sólo en sus propios recursos internos. Ninguno puede ser considerado como un polo autónomo capaz de contrabalancear el poder atlantista. Por ello la multipolaridad exige un proceso de integración a gran escala. Puede llamársele “una cadena de globalizaciones” —pero globalización dentro de límites concretos— que coinciden con los límites aproximados de las diversas civilizaciones.

11. Imaginamos esta Gran Europa como un poder soberano geopolítico, con su propia y fuerte identidad cultural, con sus propias opciones sociales y políticas —basadas en los principios de la tradición democrática europea— con su propio sistema de defensa, que incluya armas nucleares, con su propio acceso a los recursos energéticos y minerales, creando sus propias opciones de paz o guerra con otros países o civilizaciones—con todo lo anterior dependiendo de una voluntad común

y unos procedimientos democráticos europeos en la toma de decisiones.

12. Para promover nuestro proyecto de una Gran Europa y el concepto de multipolaridad, apelamos a las diferentes fuerzas en las naciones europeas, y a los rusos, americanos, asiáticos, para que lleguen más allá de sus propias opciones políticas, diferencias culturales y elecciones religiosas para que apoyen activamente nuestra iniciativa, para crear en todos los lugares o regiones Comités para una más gran Europa u otro tipo de organizaciones que compartan la aproximación multipolar, rechazando la unipolaridad, el creciente peligro del Imperialismo americano y elaborar un concepto similar para otras civilizaciones. Si trabajamos unidos, afirmando con fuerza nuestras diferentes identidades, seremos capaces de fundar un mundo balanceado, justo y mejor, un mundo más grandes en que todas las culturas, sociedades, fes, tradiciones y creatividad humana que lo merezca encuentre su propio garantizado lugar.



Rusia, clave de bóveda del sistema multipolar

Tiberio Graziani

El nuevo sistema multipolar está en fase de consolidación. Los principales actores son los EUA., China, India y Rusia. Mientras la Unión Europea está completamente ausente y nivelada en el marco de las indicaciones-diktat procedentes de Washington y Londres, algunos países de la América meridional, en particular Venezuela, Brasil, Bolivia, Argentina y Uruguay manifiestan su firme voluntad de participación activa en la construcción del nuevo orden mundial. Rusia, por su posición central en la masa eurasiática, por su vasta extensión y por la actual orientación impresa a la política exterior por el tándem Putin-Medvedev, será, muy probablemente, la clave de bóveda de la nueva estructura planetaria. Pero, para cumplir con tal función epocal, tendrá que superar algunos problemas internos: entre los primeros, los referentes a la cuestión demográfica y la modernización del país, mientras, en el plano internacional, tendrá que consolidar las relaciones con China e India, instaurando lo más pronto posible un acuerdo estratégico con Turquía y Japón y, sobre todo, tendrá que aclarar su posición en Oriente Medio y en Oriente Próximo.

Consideraciones sobre el escenario actual

Con el fin de presentar un rápido examen del actual escenario mundial y para comprender mejor las dinámicas en marcha que lo configuran, proponemos una clasificación de los actores en juego, considerándolos ya sea por la función que desempeñan en su propio espacio geopolítico o esfera de influencia, ya sea como entidades susceptibles de profundas evoluciones en base a variables específicas.

El presente marco internacional nos muestra al menos tres clases principales de actores. Los actores hegemónicos, los actores

emergentes y, finalmente, el grupo de los seguidores y de los subordinados. Por razones analíticas, hay que añadir a estas tres categorías una cuarta, constituida por las naciones que excluidas, por diversos motivos, del juego de la política mundial, están buscando su función.

Los actores hegemónicos

Al primer grupo pertenecen los países que, por su particular postura geopolítica, se los identifica como áreas pivote, o que por la proyección de su fuerza militar o económica, determinan las elecciones y las relaciones internacionales de las restantes naciones. Además, los actores hegemónicos influyen directamente también sobre algunas organizaciones globales, entre las cuales se encuentran el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), y la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Entre las naciones que presentan tales características, aunque con matices diversos, podemos contar a los Estados Unidos, China, India y Rusia.

La función geopolítica que actualmente ejercen los EUA es la de constituir el centro físico y el mando del sistema occidental, nacido al final de la Segunda Guerra Mundial. La característica principal de la nación norteamericana, con respecto al resto del planeta, está representada por su expansionismo, llevado a cabo con una particular agresividad y mediante la extensión de dispositivos militares a escala global. El carácter imperialista debido a su específica condición de potencia marítima le impone comportamientos colonialistas hacia amplias porciones de lo que considera impropriadamente su espacio geopolítico (1). Las variables que podrían determinar un cambio de función de los EUA son esencialmente tres: a) la crisis estructural de la economía neoliberal; b) la elephantiasis imperialista; c) las potenciales tensiones con Japón, Europa y algunos países de la América centro-meridional.

China, India y Rusia, en cuanto naciones-continente de vocación terrestre, ambicionan desempeñar sus respectivas funciones macro-regionales en el ámbito eurasiático sobre la base de una común orientación, por otra parte, en fase de avanzada estructuración. Tales

funciones, sin embargo, están condicionadas por algunas variables entre las cuales destacamos:

- a) las políticas de modernización;
- b) las tensiones debidas a las heterogeneidades sociales, culturales y étnicas dentro de sus propios espacios;
- c) la cuestión demográfica que impone adecuadas y diversificadas soluciones para los tres países.

En lo que respecta a la variable referente a las políticas de modernización, observamos que, al estar demasiado interrelacionadas en los aspectos económico-financieros con el sistema occidental, de modo particular con los Estados Unidos, a menudo le quitan a las naciones eurasiáticas la iniciativa en la arena internacional. Así las exponen a las presiones del sistema internacional, constituido principalmente por la triada ONU, FMI y BM (2) y, sobre todo, les imponen el principio de la interdependencia económica, histórico eje de la expansión económica de los EUA. En relación a la segunda variable, observamos que la escasa atención que Moscú, Pekín y Nueva Delhi prestan a la contención o solución de las respectivas tensiones endógenas, ofrece a su antagonista principal, los Estados Unidos, la ocasión de debilitar el prestigio de los gobiernos y obstaculizar la estructuración del espacio eurasiático. Finalmente, considerando la tercera variable, apreciamos que políticas demográficas no coordinadas entre las tres potencias eurasiáticas, en particular entre Rusia y China, podrían a la larga crear choques para la realización de un sistema continental equilibrado.

Las relaciones entre los miembros de esta clase, deciden las reglas principales de la política mundial.

En consideración de la presencia de hasta 4 naciones-continente (tres naciones eurasiáticas y una norteamericana) es posible definir el actual sistema geopolítico como multipolar.

Los actores emergentes

La categoría de los actores emergentes reagrupa, en cambio, a las naciones que,

valorando particulares bazas geopolíticas o geoestratégicas, tratan de desmarcarse de las decisiones que les imponen uno o más miembros del restringido club del primer tipo. Mientras la finalidad inmediata de los emergentes consiste en la búsqueda de una autonomía Regional y, por tanto, la salida de la esfera de influencia de la potencia hegemónica, que ha de llevarse a cabo mediante articulados acuerdos y alianzas Regionales, trans-regionales y extra-continetales. La finalidad estratégica está constituida por la participación activa en el juego de las decisiones Regionales e incluso mundiales. Entre los países que asumen cada vez más la connotación de actores emergentes, podemos enumerar a Venezuela, Brasil, Bolivia, Argentina y Uruguay, la Turquía de Recep Tayyip Erdoğan, el Japón de Yukio Hatoyama, aunque con alguna limitación, Pakistán. Todos estos países pertenecen, de hecho, al sistema geopolítico llamado “occidental”, guiado por Washington. El hecho de que muchas naciones de lo que, en el periodo bipolar se consideraba un sistema cohesionado, puedan ser hoy señaladas como emergentes y por lo tanto, entidades susceptibles de contribuir a la constitución de nuevos polos de agregación geopolítica, induce a pensar que el edificio puesto a punto por los EUA y por Gran Bretaña, tal y como lo conocemos, está, de hecho, en vías de extinción o en una fase de profunda evolución. La creciente “militarización” que la nación guía impone a las relaciones bilaterales con estos países parece sustanciar la segunda hipótesis. La común visión continental de los emergentes sudamericanos y la realización de importantes acuerdos económicos, comerciales y militares constituyen los elementos base para configurar el espacio sudamericano como futuro polo del nuevo orden mundial (3).

Los actores emergentes aumentan sus grados de libertad en virtud de las alianzas y de las fricciones entre los miembros del club de los hegemónicos así como de la conciencia geopolítica de sus clases dirigentes.

El número de los actores emergentes y su colocación en los dos hemisferios

septentrionales (Turquía y Japón) y meridional (países latinoamericanos) además de acelerar la consolidación del nuevo sistema multipolar, trazan sus dos ejes principales: Eurasia y América indiolatina.

Los seguidores-subordinados y los subordinados

La designación de actores seguidores y subordinados, aquí propuesta, pretende subrayar las potencialidades geopolíticas de los pertenecientes a esta clase con respecto a su transición a las otras. Hay que calificar como seguidores-subordinados a los actores que consideran útil, por afinidad, intereses varios o por condiciones históricas particulares, formar parte de la esfera de influencia de una de las naciones hegemónicas. Los seguidores-subordinados reconocen al país hegemónico la función de nación-guía. Entre estos podemos mencionar, por ejemplo, la República Sudafricana, Arabia Saudí, Jordania, Egipto, Corea del Sur. Los subordinados de este tipo, dado que siguen a los EUA como nación guía, a menos que surjan convulsiones provocadas o gestionadas por otros, compartirán su destino geopolítico. La relación que mantienen estos actores y el país hegemónico es de tipo, *mutatis mutandis*, vasallático.

En cambio, se pueden considerar completamente subordinados los actores que, exteriores al espacio geopolítico natural del país hegemónico, padecen su dominio. La clase de los países subordinados está marcada por la ausencia de una conciencia geopolítica autónoma o, mejor todavía, por la incapacidad de sus clases dirigentes de valorar los elementos mínimos y suficientes para proponer y, por tanto, elaborar una doctrina geopolítica propia. Las razones de esta ausencia son múltiples y variadas, entre estas podemos mencionar la fragmentación del espacio geopolítico en demasiadas entidades estatales, la colonización cultural, política y militar ejercida por la nación hegemónica, la dependencia económica hacia el país dominante, las estrechas y particulares relaciones que mantienen el actor hegemónico y las clases dirigentes nacionales, que, configurándose como auténticas oligarquías,

están preocupadas más de su supervivencia que de los intereses populares nacionales que deberían representar y sostener. Las naciones que constituyen la Unión Europea entran en esta categoría, con excepción de Gran Bretaña por la conocida *special relationship* que mantiene con los EUA. (4)

La pertenencia de la Unión Europea a esta clase de actores se debe a su situación geopolítica y geoestratégica. En el ámbito de las doctrinas geopolíticas estadounidenses, Europa siempre ha sido considerada, desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, una cabeza de puente tendida hacia el centro de la masa eurasiática (5). Tal papel condiciona las relaciones entre la Unión Europea y los países exteriores al sistema occidental, en primer lugar, Rusia y los países de Oriente Próximo y de Oriente Medio. Además de determinar el sistema de defensa de la UE y sus alianzas militares, este particular papel influye, a menudo incluso profundamente, en la política interior y las estrategias económicas de sus miembros, en concreto, las referentes al aprovisionamiento de recursos energéticos (6) y de materiales estratégicos, así como las elecciones en materia de investigación y desarrollo tecnológico. La situación geopolítica de la Unión Europea parece haberse agravado ulteriormente con el nuevo curso que Sarkozy y Merkel han impreso a las respectivas políticas exteriores, dirigidas más a la constitución de un mercado trasatlántico que al reforzamiento del europeo.

Las variables que, en el momento actual, podrían permitir a los países miembros de la Unión Europea pasar a la categoría de los emergentes tienen que ver con la calidad y el grado de intensificación de sus relaciones con Moscú en referencia a la cuestión del aprovisionamiento energético (North y South Stream), a la cuestión de la seguridad (OTAN) y a la política próximo y medio-oriental (Irán e Israel). Que lo que acabamos de escribir es algo posible lo demuestra el caso de Turquía. A pesar de la hipoteca de la OTAN que la vincula al sistema occidental, Ankara, apelando a las relaciones con Moscú, en lo referente a la cuestión energética, y

asumiendo, respecto a las directivas de Washington, una posición excéntrica sobre la cuestión israelí-palestina, está en camino hacia la emancipación de la tutela americana (7).

Los seguidores y subordinados, debido a su debilidad, representan el posible terreno de choque sobre el que podrían confrontarse los polos del nuevo orden mundial.

Los excluidos

En la categoría de los excluidos entran lógicamente todos los otros Estados. Desde un punto de vista geoestratégico, los excluidos constituyen un obstáculo a las miras de uno o más actores de los actores hegemónicos. Entre los pertenecientes a este grupo, asumen un particular relieve, con respecto a los EUA y el nuevo sistema multipolar, Siria, Irán, Myanmar y Corea del Norte. En el marco de la estrategia estadounidense para cercar a la masa eurasiática, de hecho, el control de las áreas que actualmente se encuentran bajo la soberanía de esas naciones representa un objetivo prioritario que ha de ser alcanzado a corto-medio plazo. Siria e Irán se interponen a la realización del proyecto norteamericano del Nuevo Gran Oriente Medio, es decir, al control total sobre la larga y amplia franja que desde Marruecos llega a las repúblicas centroasiáticas, auténtico soft underbelly de Eurasia. Myanmar constituye una potencial vía de acceso en el espacio chino-indio a partir del Océano Índico y un emplazamiento estratégico para el control del Golfo de Bengala y del Mar de Andamán. Corea del Norte, además de ser una vía de acceso hacia China y Rusia, junto al resto de la península coreana (Corea del Sur) constituye una base estratégica para el control del Mar Amarillo y del Mar del Japón.

Los excluidos más arriba citados, en base a las relaciones que cultivan con los nuevos actores hegemónicos (China, India, Rusia) y con algunos emergentes podrían entrar en el juego de la política mundial y asumir, por tanto, un importante papel funcional en el ámbito del nuevo sistema multipolar. Este es el caso de Irán. Irán goza del status de país observador en el ámbito de la OTSC, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, considerada por muchos analistas la

respuesta rusa a la OTAN, y es candidato al ingreso en la Organización para la Cooperación de Shanghai, entre cuyos miembros figuran Rusia, China y las repúblicas centroasiáticas. Además, tiene sólidas relaciones económico-comerciales con los mayores países de la América indiolatina.

La reescritura de las nuevas reglas

Los países que pertenecen a la clase de los actores hegemónicos anteriormente descrita tratan de proyectar, por primera vez después de la larga fase bipolar y la breve unipolar, su influencia sobre todo el planeta con la finalidad de contribuir, con recorridos y metas específicas, a la realización de la nueva configuración geopolítica global. A finales de la primera década del siglo XXI se asiste, por tanto, al retorno de la política mundial, articulada esta vez en términos continentales (8). La puesta en juego está constituida, no sólo por el acaparamiento de los recursos energéticos y de las materias primas, por el dominio de importantes nudos estratégicos, sino, sobre todo, considerando el número de actores y la complejidad del escenario mundial, por la reescritura de nuevas reglas. Estas reglas, resultantes de la delimitación de nuevas esferas de influencia, definirán, con toda probabilidad durante un largo periodo, las relaciones entre los actores continentales y, por tanto, también un nuevo derecho. No ya un derecho internacional exclusivamente construido sobre las ideologías occidentales, sustancialmente basado en el derecho de ciudadanía como se ha desarrollado a partir de la Revolución Francesa y en el concepto de Estado-nación, sino un derecho que tenga en cuenta las soberanías políticas tal y como se manifiestan y se estructuran concretamente en los diversos ámbitos culturales de todo el planeta.

Los Estados Unidos, aunque actualmente se encuentren en un estado de profunda postración causado por una compleja crisis económico-financiera (que ha evidenciado, por otra parte, las carencias y debilidades estructurales de la potencia bioceánica y de todo el sistema occidental), por el duradero impasse militar en el teatro afgano y por la pérdida del control de vastas porciones de la

América meridional, prosiguen, sin embargo, en continuidad con las doctrinas geopolíticas de los últimos años, con la acción de presión hacia Rusia, área geopolítica que constituye su objetivo estratégico, con vistas a la hegemonía planetaria. En el momento actual, la desestructuración de Rusia, o, por lo menos, su debilitamiento, representaría para los Estados Unidos, no sólo un objetivo que persigue al menos desde 1945, sino también una ocasión para ganar tiempo y poner remedios eficaces para la solución de su propia crisis interna y para reformular el sistema occidental.

Precisamente, teniendo bien presente tal objetivo, resulta más fácil interpretar la política exterior adoptada recientemente por la administración Obama con respecto a Pekín y Nueva Delhi. Una política que, aunque tendiente a recrear un clima de confianza entre las dos potencias euroasiáticas y los Estados Unidos, no parece dar en absoluto los resultados esperados, a causa del excesivo pragmatismo y de la ausencia de escrúpulos que parecen caracterizar tanto al presidente Barack Obama como a su Secretaria de Estado, Hillary Rodham Clinton. Un ejemplo de esa ausencia de escrúpulos y del pragmatismo, así como de la escasa diplomacia, entre otros muchos, es el referente a las relaciones contrastantes que Washington ha mantenido recientemente con el Dalai Lama y con Pekín.

Tales comportamientos, dadas las condiciones de debilidad en que se encuentra la ex hyperpuissance, son un rasgo del cansancio y del nerviosismo con que el actual liderazgo estadounidense trata de enfrentarse y taponar el progresivo ascenso de las mayores naciones eurasiáticas y la reafirmación de Rusia como potencia mundial. Las relaciones que Washington cultiva con Pekín y Nueva Delhi trascurren por dos vías. Por un lado, sobre la base del principio de interdependencia económica y mediante la ejecución de específicas políticas financieras y monetarias, los EUA tratan de insertar a China e India en el ámbito del que denominan como sistema global. Este sistema, en realidad, es la proyección del occidental a escala planetaria,

ya que las reglas en las que se basaría son las de este último. Por otro lado, a través de una continua y apremiante campaña denigratoria, la potencia estadounidense trata de desacreditar a los gobiernos de las dos naciones eurasiáticas y de desestabilizarlas, sirviéndose de sus contradicciones y de sus tensiones internas. La estrategia actual es la versión actualizada de la política llamada de *conagement* (*containment, engagement*), aplicada, esta vez, no sólo a China sino también, parcialmente, a India.

Sin embargo, hay que subrayar que el dato cierto de esta administración demócrata, que tomó posesión en Washington en Enero de 2009, es la creciente militarización con la que tiende a condicionar las relaciones con Moscú. Más allá de la retórica pacifista, el premio Nobel Obama, de hecho, sigue, con la finalidad de alcanzar la hegemonía global, las líneas-guía trazadas por las precedentes administraciones, que se reducen, de forma sumamente sintética, a dos: a) potenciación y extensión de las guarniciones militares; b) balcanización de todo el planeta según parámetros étnicos, religiosos y culturales.

Ante la clara y manifiesta tendencia de los EUA hacia el dominio global –en los últimos tiempos marcadamente sustentada por el corpus ideológico-religioso veterotestamentario (9) más que por un cuidadoso análisis del momento actual, que llevase la impronta de la Realpolitik –China, India y Rusia, al contrario, parecen ser bien conscientes de las condiciones actuales que les llaman a una asunción de responsabilidades, tanto a nivel continental como global. Tal asunción parece desarrollarse mediante acciones tendentes a la realización de una mayor y mejor articulada integración eurasiática, así como mediante el apoyo de las políticas pro-continentales de los países sudamericanos.

La centralidad de Rusia

La reencontrada estatura mundial de Rusia –como protagonista del escenario global– impone algunas reflexiones de orden analítico para comprender su posicionamiento tanto en el ámbito continental como global, así como

también las variables que podrían modificarlo a corto y medio plazo.

Mientras en relación a la masa euro-afroasiática, la función central de Rusia como su heartland, tal y como fue sustancialmente formulada por Mackinder, es nuevamente confirmada por el actual marco internacional. Más problemática y compleja resulta, en cambio, su función en el proceso de consolidación del nuevo sistema multipolar.

Espina dorsal de Eurasia y puente eurasiático entre Japón y Europa

Los elementos que han permitido a Rusia reafirmar su importancia en el contexto eurasiático, muy esquemáticamente, son:

- a) reapropiación por parte del Estado de algunas industrias estratégicas;
- b) contención de los impulsos secesionistas;
- c) uso “geopolítico” de los recursos energéticos;
- d) política dirigida a la recuperación del “exterior próximo”;
- e) constitución del partenariado Rusia-OTAN, como mesa de discusión destinada a contener el proceso de ampliación del dispositivo militar atlántico;
- f) tejido de relaciones a escala continental, orientadas a una integración con las repúblicas centroasiáticas, China e India;
- g) constitución y cualificación de aparatos de seguridad colectiva (OTCS y OCS).

Si la gestión, antes de Putin y ahora de Medvedev, del agregado de elementos más arriba considerados ha mostrado, en las presentes condiciones históricas, la función de Rusia como espina dorsal de Eurasia, y, por tanto, como área gravitacional de cualquier proceso orientado a la integración continental. Sin embargo, no ha puesto en evidencia su carácter estructural, importante para las relaciones ruso-europeas y ruso-japonesas, es decir, el de ser el puente eurasiático entre la península europea y el arco insular constituido por Japón.

Rusia, considerada como puente eurasiático entre Europa y Japón, obliga al Kremlin a una elección estratégica decisiva para los desarrollos del futuro escenario mundial: la desestructuración del sistema occidental. Moscú puede conseguir tal objetivo con éxito, a medio y largo plazo, intensificando las relaciones que cultiva con Ankara, en lo que respecta a las grandes infraestructuras (South Stream) y poniendo en marcha otras nuevas con respecto a la seguridad colectiva. Acuerdos de este tipo provocarían un terremoto en toda la Unión Europea, obligando a sus gobiernos a tomar una posición entre la aceptación de una mayor subordinación a los intereses estadounidenses o la perspectiva de un partenariado euro-ruso (en la práctica, eurasiático, considerando las relaciones entre Moscú, Pekín y Nueva Delhi), que respondiera en mayor medida a los intereses de las naciones y de los pueblos europeos (10). Una iniciativa análoga debería ser tomada por Moscú con respecto a Japón, incluyéndose como socio estratégico en el contexto de las nuevas relaciones entre Pekín y Tokio y, sobre todo, poniendo en marcha, siempre junto a China, un proceso apropiado de integración de Japón en el sistema de seguridad eurasiático, en el ámbito de la Organización para la Cooperación de Shanghai (11).

Clave de bóveda del nuevo orden mundial

Con respecto al nuevo orden mundial, Rusia parece poseer los elementos base para cumplir una función epocal, la de clave de bóveda de todo el sistema. Uno de los elementos está constituido por su centralidad en el ámbito eurasiático, como hemos expuesto, otros dependen de sus relaciones con los países de la América meridional, de su política en Oriente Próximo y en Oriente Medio y de su renovado interés por la zona ártica. Estos cuatro factores resultan problemáticos ya que están estrechamente ligados a la evolución de las relaciones existentes entre Moscú y Pekín. China, como se sabe, ha estrechado, al igual que Rusia, sólidas alianzas económico-comerciales con los países emergentes de la América indio-latina,

lleva en Oriente Medio y en Oriente Próximo una política de pleno apoyo a Irán y, además, manifiesta una gran atención por los territorios siberianos y árticos (12). Considerando lo que acabamos de recordar, si las relaciones entre Pekín y Moscú se desarrollan en sentido todavía más acentuadamente eurasiático, prefigurando una especie de alianza estratégica entre los dos colosos, la consolidación del nuevo sistema multipolar se beneficiará de una aceleración, en caso contrario, sufrirá una ralentización o entrará en una situación de estancamiento. La ralentización o el estancamiento proporcionarían el tiempo necesario para que el sistema occidental pudiera reconfigurarse y volviera a entrar, por tanto, en el juego en las mismas condiciones que los otros actores.

El nudo gordiano de Oriente Próximo y de Oriente Medio – la obligación de una elección de campo

Entre los elementos arriba considerados, referentes a la función global que Rusia podría desempeñar, la política hacia próximo y medio-oriental del Kremlin parece ser la más problemática. Esto es así a causa de la importancia que este tablero representa en el marco general del gran juego mundial y por el significado particular que ha asumido, a partir de la crisis de Suez de 1956, en el interior de las doctrinas geopolíticas estadounidenses. Como se recordará, la política rusa, o mejor, soviética, en Oriente Próximo, después de una primera orientación pro-sionista de los años 1947/1948, que, por otra parte, se extendió hasta Febrero de 1953, cuando se consumó la ruptura formal entre Moscú y Tel Aviv, se dirigió hacia el mundo árabe. En el sistema de alianzas de la época, el Egipto de Nasser se convirtió en el país central de esta nueva dirección del Kremlin, mientras el neo-Estado sionista representó el special partner de Washington. Entre altibajos, Rusia, tras la licuefacción de la URSS, mantuvo esta orientación filo-árabe, aunque con algunas dificultades. En el cambiado marco regional, determinado por tres acontecimientos principales: a) inserción de Egipto en la esfera de influencia estadounidense; b) eliminación de Irak; c) perturbación del área afgana que

atestigua el retroceso de la influencia rusa en la región y el contextual avance, también militar, de los Estados Unidos, el país central de la política próximo y medio-oriental rusa está lógicamente representado por la República Islámica de Irán.

Mientras esto ha sido comprendido por Pekín, en el marco de la estrategia orientada a su reforzamiento en la masa continental euroafroasiática, no se puede decir lo mismo de Moscú. Si el Kremlin no se da prisa y declara abiertamente su elección de campo a favor de Teherán, disponiéndose de esa manera a cortar el nudo gordiano que constituye la relación entre Washington y Tel Aviv, correrá el riesgo de anular su potencial función en el nuevo orden mundial.

Notas

1. El sistema occidental, tal y como se ha afirmado desde 1945 hasta nuestros días, está estructuralmente compuesto por dos principales espacios geopolíticos distintos, el angloamericano y el de la América indiolatina, a los que se añaden porciones del espacio eurasiático. Estas últimas están constituidas por Europa (península eurasiática y cremallera euroafroasiática) y por Japón (arco insular eurasiático). La América indiolatina, Europa y Japón han de ser considerados, por tanto, en relación al sistema « occidental », más propiamente, como esferas de influencia de la potencia del otro lado del Océano.

2. La ONU, el FMI y el BM, en el ámbito de la confrontación entre el sistema occidental guiado por los EUA y las potencias eurasiáticas, de hecho, desempeñan la función de dispositivos geopolíticos por cuenta de Washington.

3. Por cuanto respecta al redescubrimiento de la vocación continental de la América centromeridional en el ámbito del debate geopolítico, madurado en relación a la oleada globalizadora de los últimos veinte años, nos remitimos, entre otros, a los trabajos de Luiz A. Moniz Bandeira, Alberto Buela, Marcelo Gullo, Helio Jaguaribe, Carlos Pereyra Mele, Samuel Pinheiro Guimarães, Bernardo Quagliotti De Bellis; señalamos, además, la reciente publicación de Diccionario

latinoamericano de seguridad y geopolítica (dirección editorial a cargo de Miguel Ángel Barrios), Buenos Aires 2009.

4. Luca Bellocchio, *L'eterna alleanza?*

La special relationship angloamericana tra cont inuità e mutamento, Milán 2006.

5. Por motivaciones geoestratégicas análogas, siempre referentes al cerco de la masa eurasiática, los EUA consideran a Japón una de sus cabezas de puente, muy semejante a la europea.

6. En el específico sector del gas y del petróleo, la influencia estadounidense y, en parte, británica determinan la elección de los miembros de la UE respecto a sus socios extra-europeos, a las rutas para el transporte de los recursos energéticos y la proyección de las consiguientes infraestructuras.

7. Un enfoque teórico referente a los procesos de transición de un Estado de una posición de subordinación a una de autonomía respecto a la esfera de influencia en que se inscribe, ha sido recientemente tratado por el argentino Marcelo Gullo en el ensayo *La insubordinación fundante. Breve historia de la construcción del poder de las naciones*, Buenos Aires 2008.

8. A tal respecto, son significativos los llamamientos constantes de Caracas, Buenos Aires y Brasilia a la unidad continental. En el apasionado discurso de toma de posesión de la presidencia de Uruguay, que tuvo lugar en la Asamblea general del parlamento nacional el 1º de Marzo de 2010, el recién elegido José Mujica Cordano, ex tupamaro, subrayó con vigor que “Somos una familia balcanizada, que quiere juntarse, pero no puede. Hicimos, tal vez, muchos hermosos países, pero seguimos fracasando en hacer la Patria Grande. Por lo menos hasta ahora. No perdemos la esperanza, porque aún están vivos los sentimientos: desde el Río Bravo a las Malvinas vive una sola nación, la nación latino-americana”.

9. Eso también en consideración de la política “proisionista” que Washington lleva en Oriente Próximo y en Oriente Medio. Véase a tal propósito el largo ensayo de J. Mearsheimer e Stephen M. Walt, *La Israel*

lobby e la politica estera americana, Milán, 2007 (Hay versión española, *El lobby israelí*, Taurus, 2007).

10. Una hipótesis de partenariado euro-ruso, basado en el eje París-Berlín-Moscú, fue propuesto en un contexto diverso del actual en el brillante ensayo de Henri De Grossouvre, *Paris, Berlin, Moscou. La voie de la paix et de l'indépendance*, Lausana 2002.

11. La ampliación de las estructuras continentales (globales en el caso de la OTAN) de seguridad y defensa parece ser el índice del grado de consolidación del sistema multipolar. Además de la OTAN, la OTSC y las iniciativas en el ámbito de la OCS, hay que recordar también el Consejo de Defensa Suramericano (CDS) de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR).

12. Linda Jakobson, *China prepares for an ice-free Arctic*, Sipri Insights on Peace and Security, no. 2010/2 Marzo 2010.

© Traducido por Javier Estrada



La dinámica ideológica en Rusia y los cambios del curso de su política exterior

Alexander Dugin

1. Tres modelos ideológicos y tres doctrinas de la política exterior

Es evidente que la política exterior rusa actualmente no es algo constante y definido. Al contrario deviene a veces totalmente imprevisible y puede cambiar su lógica y su curso rápidamente. Esta predisposición a los cambios rápidos del curso tiene otra naturaleza que la dinámica normal del desarrollo de la política exterior en otros países. La Rusia pasa ahora por el periodo de la transición del sistema soviética hacia otra forma del Estado cuyos rasgos no necesariamente serán idénticos al modelo democrático común y comparable a los regímenes occidentales basados sobre los principios liberales. Se puede decir que en Rusia actual coexisten tres paradigmas ideológicos quienes se superponen los unos a los otros de tal manera que el momento actual del estado ideológico (y por consecuencia político) depende cada vez del raporto y de la proporción de estos tres factores. Evidentemente, la política exterior hace parte de la política nacional en el contexto más grande y por esta razón su curso depende directamente de este “momento ideológico” ya mencionado. Por consecuencia para la comprensión correcta de la política exterior rusa y para la interpretación adecuada de su lógica es necesario darse cuenta de la situación ideológica más amplia en la Rusia actual.

En la sociedad rusa hay ahora tres doctrinas ideológicas dominantes y cada una de esas tres pretende a ser la única y gobernante. No se trata de la lucha política normal y habitual a los países democráticos. La diferencia consiste en el hecho que la dinámica política en estos países siempre queda en los

límites de una ideología que nadie entre las fuerzas mayores no contesta. Por esto llegada al poder de tal o tal partido con sus programas no provoca necesariamente el cambio del curso magistral del desarrollo de la sociedad y del Estado. Otro es el caso de Rusia actual y de transición. Las fuerzas ideológicas más importantes cuales luchan para poder representan tres “Weltanschauung” incompatibles entre ellas que se excluyen las unas a otras. Si una de estas fuerzas tomara el poder definitivamente esto significaría no menos que una Revolución verdadera.

2. Comunismo y crypto-comunismo

Primera fuerza ideológica y política en Rusia actual es el comunismo de un tipo soviético que quiere tomar una revancha de su derrota en agosto de 1991. Teóricamente es poco probable que la Rusia podría volver al soviétismo pasado, pero los “cliches” ideológicos, políticos, las reacciones espontáneas de los representantes de la administración y las tendencias sociales del pueblo en general conservarían aún cierto tiempo el carácter típicamente soviético. No hay que olvidar que casi todos los dirigentes del país han recibido la formación comunista y a pesar de cambio de la orientación es lógico que los restos de esta formación siguen permaneciendo. Este comunismo “subliminal” y en cierta medida inconsciente es el fenómeno más amplio y más largo que los partidos comunistas actuales de tipo de PC FR de Zúganov o de PCRT de Anpilov.

Es evidente que la visión del mundo comunista-soviético difiere muchísimo del curso democrático proclamado por el gobierno actual ruso. Pero de todas formas a veces a través las declaraciones del Presidente Eltsin o de Primer ministro Chernomyrdin se ven claramente los rasgos propios a este viejo Weltanschauung.

En la política exterior estas reminiscencias se traducen por el retorno a los arquetipos de la guerra fría, por identificación de la Rusia con los territorios de ex-Unión Soviética, por las tendencias anti-americanas y anti-occidentales en general. Para esta línea política es la cuestión del principio la conservación del región de Kaliningrad ruso y las islas de

Kuriles porque se trata de dos símbolos de la victoria del “Comunismo” ruso sobre el “Fascismo” alemán y el “Militarismo” japones. El anti-americanismo y anti-capitalismo están acompañados en este caso por el sentimiento anti-europeo y sobre todo anti-alemán y anti-japones. Como los amigos de Rusia están al revés considerados los países del Tercer Mundo cuales han guardado a pesar de todo los elementos del socialismo en su política interior y exterior.

Los casos cuando esta tendencia cripto-comunista aparece abiertamente y coherentemente son ahora muy raros, pero ella sigue influenciando en cierta medida la política rusa. Por “conformismo” los dirigentes actuales buscan otros pretextos para continuación de esta misma política; evocan para su apoyo las consideraciones del “profito”, de “los intereses nacionales”, de “los vínculos económicos establecidos” etc. — pero en el fondo se trata de los rudimentos de los arquetipos antiguos. Se puede llamar esta lógica de las decisiones políticas: el “modelo soviético” (o “cripto-soviético”), “sovietismo”.

3. Los liberales y sus proyectos

Segunda familia ideológica rusa es de tipo liberal-demócrata. Políticamente esta ideología era casi dominante en el período desde agosto 1991 hasta diciembre 1993. El personaje más típico para esta línea es ex-Primer Ministro Egor Gaidar. Se trata aquí de la Weltanschauung precisamente copiada de los sistemas occidentales liberal-democráticos. Se torna alrededor de los derechos humanos, de la economía del mercado, de “la sociedad abierta” (según expresión de Karl Popper), de la voluntad de entrar en el conjunto de los países desarrollados del Occidente.

Esta ideología se inspira de las constantes político-económicas de Adam Smith, del “thatcherismo”, de los proyectos elaborados por “Chicago boys” de Friedman y las ideas de von Hayek.

Este tipo ideológico es en verdad bastante nuevo para la Rusia y está representado por una minoría de los intelectuales quienes han podido tener una experiencia de la vida

occidental. Los ideólogos de este campo quieren imitar, copiar la estructura de las sociedades occidentales, instaurando estos modelos en la sociedad rusa por las prácticas de “la terapia de choque”.

En la política exterior esta ideología traduce por la voluntad de realizar literalmente todos consejos del Occidente y obligaciones frente a él, por el querer de transformar la Rusia en el espacio democrático en contexto más o menos homogéneo del “Norte rico”. Evidentemente esta tendencia está abiertamente proamericana, “occidentalista”, en favor de todos preceptos de FMI y OTAN. Como el resultado lógico de las reformas de este tipo los liberales rusos prevén la entrada de la Rusia en OTAN.

En Rusia este tipo ideológico y, más concretamente esta política exterior, están llamados “el atlantismo”.

Naturalmente “el atlantismo” contradice en todo al modelo soviético y cripto-soviético. La sociedad cerrada contra la sociedad abierta; el socialismo contra capitalismo; filo-occidentalismo contra anti-occidentalismo; los cambios sociales revolucionarios contra el retorno a los paradigmas habituales etc.

La política exterior de los liberales es opuesta a aquella de los soviéticos. Los liberales quieren alejar Rusia actual de ex-repúblicas soviéticas, abandonar los aliados de Unión Soviética en Tercer Mundo y al revés instaurar los contactos con ex-enemigos. Son listos de volver el región de Kaliningrad a la Alemana y las islas Kuriles a Japón porque se trata de dos países que están bajo control político y militar de los Estados Unidos considerado como el Polo de la orientación por excelencia de la “Rusia Nueva”.

Hasta cierto punto y más precisamente hasta diciembre de 1993 — cuando en las elecciones al Parlamento Jirinovsky, el líder nacionalista, ha vencido definitivamente los liberales y los comunistas — en Rusia la lucha ideológica desarrollaba solamente entre dos primeros grupos ideológicos y políticos, es decir entre los comunistas (y sobre todo cripto-comunistas quienes utilizaban a veces la retórica social-demócrata como por ejemplo

Rutskoy y Khazbulatov) y los liberales. La sinusoida (?) de la política exterior rusa de este periodo post-gorbacheviano se explica perfectamente por este esquema con dos coordinados: el modelo antiguo comunista y el modelo nuevo “atlantista”. Pero en el empiezo del año 1994 apareció el tercer factor el cual está llamado en Rusia “la Tercera Fuerza”.

4. El nuevo nacionalismo

Esta “Tercera Fuerza” es nada otro que “el nacionalismo ruso” cuya ideología no coincide ni con soviétismo, ni con liberalismo. Se trata de una familia ideológica muy distinta que tiene algunos aspectos comunes con los comunistas y otros con liberales siendo en mismo tiempo algo totalmente original, entero y coherente. La figura política más conocida de esta tendencia que puede ser tomada como el símbolo de esta “Tercera Fuerza” es Vladimir Jirinovsky, el jefe del Partido Liberal-Demócrata, cuyo nombre, sin embargo no corresponde en nada a su naturaleza verdadera.

El nacionalismo ruso reaparecido se basa sobre la idea del destino imperial y continental de la Rusia. Es una forma nueva del antiguo mesianismo de la Iglesia Ortodoxa (Moscu – Tercer Roma) y de la monarquía. En el aspecto económico este nacionalismo es de tendencia liberal-capitalista y en este aspecto es más cercana a la idea anti-comunista de los liberales. Aunque hay que dar se cuenta que este capitalismo nacional no puede ser idéntico al liberalismo radical de “Chicago boys” porque será necesariamente limitado por los intereses nacionales. Es por esto proteccionista y corresponde más a las doctrinas económicas de Friedrich List el autor de la concepción de “la autarcía de los grandes espacios”.

Por otro lado “nuevo nacionalismo” ve en el periodo soviético no solamente la dominación de ideología extraña al pueblo ruso y impuesta violentamente desde fuera (es opinión de la Extrema Derecha marginal), pero también el impulso imperial de la expansión política y económica de Moscu. En este aspecto los nacionalistas comprenden en cierta medida los comunistas y pueden en algunos casos apoyarlos.

El nacionalismo ideológico es el fenómeno muy amplio en Rusia actual porque se presenta como una forma de síntesis entre anti-comunismo liberal (comunismo es bastante descreditado) y la nostalgia prosoviética del Grande Poder perdida (reforzada por los excesos negativos de la terapia del choque). Convertirse en nacionalista es ahora fácil y para los liberales (como una forma posible teóricamente del desarrollo del anticomunismo) y para los comunistas (explicando que se trata de una táctica para la restauración del Estado Soviético); en ambos casos esta opción no es demasiado contradictoria.

Hay que reconocer que la ideología nacionalista sigue venciendo durante todo el periodo después de las elecciones de diciembre 1993. El liberal Gaidar ha sido demisionado; el discurso político del gobierno debía más y más nacional y todo acabó por la crisis de Chechenya en diciembre 1994. En este momento la conversión de Eltsin y su equipo al nacionalismo es el hecho certificado.

En la política exterior el nacionalismo ideológico se traduce por dos proyectos diferentes los cuales están ahora en competición entre ellos. Son 1) el modelo slavófilo y 2) el modelo euroasiático. Es necesario examinarlos más detalladamente.

5. Los slavófilos postsoviéticos

El corriente slavófilo entre los neo-nacionalistas se basa sobre la resurrección de las ideas de los autores nacionalistas del siglo pasado — Homyakov, Kirieevsky, Aksakov, Danilevsky etc. — los cuales insistían sobre la necesidad de la unificación del mundo slavo bajo la protección del Imperio ruso. Esta idea tenía una dimensión mesiánica muy aparente porque la Iglesia ortodoxa era considerada como el único cristianismo auténtico y su función era de salvar los pueblos del mundo de la civilización materialista, atea del Occidente etc. considerada como el Anticristo. Los slavófilos eran influenciados en cierta medida por los románticos alemanes — Schlegel, von Baader, y sobre todo Herder, pero sus proyectos “geopolíticos” eran anti-europeos (sobre todo anti-alemanes) y anti-turcos. El enemigo natural era para los

slavofilos la Turquía al Sur y el Imperio Austro-húngaro al Oeste.

El renacimiento de las tendencias semejantes hubo en los principios del siglo XX cuando el zar Nicolás II ha decidido de entrar en la Primera guerra mundial al lado de la Entente, es decir contra los países germánicos de la Europa Central. EL objetivo era la liberación de los serbos y el asalto de Konstantinopol.

Se puede decir que en este época tales proyectos slavofilos no eran opuestos a los intereses de los países cuales representaban le polo “atlantista” (Inglaterra y Francia).

Hoy esta idea slavofila reaparece por tercera vez en Rusia en la ideología neo-nacional, y de este lógicamente se puede deducir la orientación general de la Rusia frente a la situación en los Balcanes (el apoyo abierto de los serbos) o frente al Cáucaso (antiturquismo explica la ayuda militar y política a Armenia y en cierto modo la operación militar en Chechnia).

Es también simbólico el retorno de Solzenitsin a Moscú en el mismo momento del cambio de la ideología en el censo nacionalista, porque la posición personal de este escritor siempre era slavofila.

6. Eurasismo

Pero neo-slavofilia no es la única forma del nacionalismo ruso actual. Existe un otro proyecto el cual siendo esencialmente nacionalista posee la forma radicalmente diferente. Es conocido como el proyecto euroasiático o eurasismo. Sus raíces están en las ideas de un filosofo ruso Constantin Leontiev, el autor de un libro característico “Bizantismo y el mundo slavo” donde a afirmado que la identidad rusa no es identidad racial y étnica slava, pero cristiana ortodoxa, oriental, imperial, sobre-étnica, basada sobre el espacio mas que sobre la sangre etc. Leontiev y el corriente de los eurasistas en la emigración rusa (“blanca”) de los anos 20 han criticado los slavofilos por su utopismo étnico y han propuesto otra visión de la identidad de la Rusia — identidad cultural, imperial, espiritual, oriental, geopolítico.

Esta también era una forma del mesianismo ruso, pero su esencia estaba concebida deferentemente. Los slavofilos veían el enemigo absoluto de la Rusia mas en el Occidente “atlantista” y demócrata, que en Europa Central germánica o en el Oriente islámico y tradicional. La misión global de la Rusia era comprendida como la creación del sistema “ideocratico” (el termino es del jefe de los eurasistas conde N.Troubetzkoy) en las limites del grande Imperio continental opuesto a la civilización liberal. Expansión geopolítica era vista por ellos no como el conflicto con la Alemania o Turquía pero como la creación de un bloque de Rusia con todos pueblos orientales que rechazaban el modelo político y social anglo-sajón.

Los eurasistas históricos han reconocido en la política de los Sovietos la realización parcial de sus ideas y por esta razón algunos de ellos (Savitsky, Karsavin etc.) han vuelto a la Rusia (donde fueron puestos sin embargo en la cárcel por Stalin). El universalismo y nacionalismo sobre-étnico de los eurasistas contradecía al etnicismo de los slavofilos.

Hoy en Rusia estas tendencias eurasistas son extremadamente populares. Por un lado el eurasismo corresponde mejor a un cierto “internacionalismo” de la época soviética y pasar desde el internacionalismo al nacionalismo en este caso es muy fácil. Por otro lado el estado económico y social de la Rusia misma es muy difícil y la perspectiva de la expansión étnica parece ahora casi inalcanzable.

El nacionalismo euroasiático ve la posibilidad de hacer una alianza geopolítica entre la Rusia y sus vecinos al Oeste y al Este — es decir principalmente la Alemana y Japón, proponiendo también al Sur islámico, al India etc. una forma de la colaboración geopolítica. Todo esto es realizable teóricamente por una razón: las tendencias anti-americanas cuales están presentes en Alemana (el país que ha pasado por una ocupación americana cuyas consecuencias dan sentirse hasta ahora en la dependencia estratégica absoluta de la Alemana del OTAN etc.), en Japón (el recuerdo del bombardamiento nuclear), en India (la inercia

anti-anglo-sajón de liberación post-colonial) y en los países islámicos (americanofobia por las razones religiosas y culturales).

Los motivos neo-euroasiáticos son perceptibles en la amistad de Eltsin con el presidente Kohl, en el anti-atlantismo que se manifiesta de vez en cuando en los discursos de los jefes del Estado ruso (Schumeiko, el speaker de la cámara alta del Parlamento es el portavoz de esta sensibilidad), en la venta de armas a algunos países del Sur etc. El eurasismo ha encontrado su expresión también en los proyectos de algunos ex-republicas soviéticas. Por ejemplo, el presidente de Kazakhsan, Nursultan Nazarbaev ha lanzado el llamamiento de crear una “Unión Euroasiática” (“Evrasiskiy Soyuz”) cuyas bases en rasgos generales corresponden al modelo clásico de los eurasistas tradicionales.

7. Dos nacionalismos

Comparando entre ellas dos versiones centrales del neo-nacionalismo ruso se ve que los nacionalistas de la tendencia slavofila están mas cercanos a los proyectos liberales porque aislamiento, propuesto por slavofiles, de la Rusia enfrente a la Europa y la Asia y la dificultad casi insuperable de la unión eficaz de los slavs alrededor de los rusos sobre la base puramente racial dará objetivamente los resultados muy cercanos a los proyectos propiamente liberales por la razón que después de este aislamiento penible seguirá con necesidad la fase de la integración, pero en este fase la Rusia perderá definitivamente toda posibilidad de la autarcia. Perdida de este autarcia es en fin de cuentas lo que quieren realizar “los atlantistas” rusos (y no solo rusos).

Por otro lado los neo-slavofilos están por la mayoría los partidarios del mercado y del cambio-libre que también corresponde a los objetivos del liberalismo.

Los eurasistas son mas cercanos a los comunistas, porque su imperialismo es sobre-étnico y incluso laico (no religioso) y esto evoca el ejemplo del pacto de Varsovia y la politica del URSS en el Tercer Mundo. La mayoría de los eurasistas es también filo-

socialista, aunque de una manera nacional y no-marxista.

Estas consideraciones ayudan comprender mas profundamente la diferencia al interior del grupo ideológico nacionalista.

8. Fukuyama, Huntington y la Rusia

Hoy en Occidente existen dos concepciones generales del mundo futuro en el proximo millenio. Las variaciones son infinitas pero todas se colocan entre dos polos extremos. Estos dos polos han encontrado sus formulas mas perfectas y acabadas en dos textos de los estudiosos americanos — Francis Fukuyama (“The end of the History”) y Samuel Huntington (“The clash of civilisations”). Ambos textos y las doctrinas sobre las cuales se basan han provocado una polemica violenta en todo el mundo y ya este hecho muestra que se trata de las cosas muy profundas que tocan a las lineas mas importantes del desarrollo de la humanidad.

El proyecto de Fukuyama — “The End of the History” — es el proyecto del liberalismo extremo que niega las diferencias nacionales, etnicas, culturales en el mundo futur y ve el mundo que vendra como el mercado planetario dirigido por las leyes economicas. Es una universalizacion de las ideas de von Hayek y Friedemann, una utopia liberal que existe desde la época de Adam Smith. Para Fukuyama la caída de la Unión Sovética significa la fin de la ultima confrontacion entre el liberalismo y non-liberalismo (en este caso el comunismo) y la llegada del “nuevo orden mundial” de la humanidad homogenea con la economia como el unico destino.

El proyecto de Huntington es todo lo opuesto. Supone que los conflictos y diferencias en el mundo no desapareceran tan rapidamente y tan facilmente. Cree que se afirmaran de nuevo las diferencias de los grandes espacios tradicionales representados por las civilizaciones particulares. Y por esto Huntington piensa que habra las guerras y el choque entre estas civilizaciones donde el factor nacional, religioso, cultural y racial sera de nuevo muy importante. Ve el mundo

futuro no unificado, lleno de los conflictos y lejano de la realización de la utopía liberal.

De estos dos proyectos se deducen dos posiciones opuestas en la política exterior del Occidente frente al “resto del mundo”. El proyecto optimista de Fukuyama presupone la integración y la era de la paz, el proyecto pesimista de Huntington — lo opuesto, la deferencias reafirmadas, los conflictos etc. Es claro que no solamente en Rusia hay una situación difícil con el curso ideológico indefinido, pero también el Occidente está frente a la necesidad de escoger un camino hacia el futuro donde la perspectiva no es clara en nada.

Se puede ahora hacer una comparación entre la visión de Fukuyama y Huntington por un lado y tres paradigmas ideológicos presentes en la política rusa.

La posición de Fukuyama corresponde perfectamente a la postura de los liberales radicales rusos — es decir Gaidar, Yavlinsky, Chubais etc. También creen en la fin de la historia, en el Estado planetario, en la economía como destino universal y único. Actúan en este sentido en la política interior y exterior. Están en favor de todos separatismos al interior de la Rusia (no creen en la necesidad de la conservación del Estado nacional ruso) y quieren hacer entrar la Rusia en el mercado global orientándose a los Estados Unidos y su papel “civilizadora” en el mundo. Son partidarios de la concepción de la Pax Americana y de “nuevo orden mundial”.

La posición de Huntington es más cercana a los nacionalistas rusos. Las fronteras de “la civilización ortodoxa” propuestas en el artículo de Huntington satisfacen generalmente los nacionalistas de una tendencia slavofila y coinciden a las pretensiones de los ideólogos nacionalistas como Solzenitsin. Los nacionalistas rusos actuales proponen la misma visión del futuro que el proyecto de Huntington y es muy probable que esta concepción del futuro devienda dominante en Rusia — con Eltsin o sin él. Ya hay muchos signos que esta posibilidad ha empezado de realizarse en el nivel político más alto. Su curso exterior puede llamarse la “Pax Slava” o la “Pax Rusa” con el reconocimiento del papel

central de la Rusia en la organización geopolítica nueva del espacio de la Europa Oriental y la Asia Central.

La visión ideológica del comunismo no tiene aquí su lugar propio porque interpreta el mundo post-bipolar en los viejos términos del mundo bipolar y los proyectos revanchistas de los comunistas no entran en ninguna concepción sería geopolítica del Occidente, porque Fukuyama y Huntington ambos reconocen la fin de la Unión Soviética como el hecho irreversible. A decir la verdad solo una parte de los comunistas continúa a insistir sobre esta doctrina revanchista. Se trata del Partido Comunista Ruso de los Trabajadores (Anpilov), Partido Comunista Bolchevique (Nina Andreeva) etc. Los comunistas de Zúganov (Partido Comunista de la Federación Rusa) evolucionen más hacia el modelo de Huntington aunque a veces inconscientemente y con reflexión a posteriori (?). Los comunistas son partidarios de la doctrina de “Pax Soviética” y de la continuación de la guerra fría entendida en la forma idéntica a la época desde 1945 hasta 1989.

Los nacionalistas de una tendencia eurasista defieren mucho de los slavófilos y por consecuencia no pueden reconocer enteramente la tesis de Huntington, estando sin embargo más próximos a él que al fin de la historia de Fukuyama o la nostalgia irresponsable de “Pax Soviética”. Los eurasistas están de acuerdo con el análisis de Huntington en muchos puntos: consideran inevitable el despertar de las identidades culturales y religiosas, no creen en la utopía liberal y la economía como destino, están seguros de la sobrevivencia de las naciones, evalúan positivamente el mundo multipolar y aprecian como necesario el choque de las civilizaciones. Pero no aceptan la limitación de la influencia de la Rusia por el espacio solamente regional; no creen que los Estados Unidos dejarán a las civilizaciones alternativas renacerse en la época post-bipolar por una evolución natural; consideran como el factor fundamental el dualismo geopolítico — la Tierra y el Mar, el atlantismo y el eurasismo, la isla y el continente — descubierto por Mackinder, Mahan, Haushofer, Savický etc.

Para los eurasistas mas adecuada es la concepcion de la “Pax Euroasiatica”, donde la frontera pasara no entre los slavs y no slavs, no entre los cristianos y no-cristianos, no entre los socialismo y capitalismo, pero entre los paices de Eurasia (europeos, rusos, asiaticos, musulmanos etc.) y el continente americano unido strategicamente por los Estados Unidos. Esto presupone un nuevo bipolarismo geopolítico como un retorno al proyecto de Karl Haushofer de fundar el Bloque continental con el eje Berlin — Moscu — Tokio y con el eje secundario Moscu — Teheran. Esta concepcion en los terminos de Huntington se puede resumir en una formula “The Reste against the West” (Huntington a llamado una parte de su articulo “The West and the Rest”), identificando en el West “puro” los Estados Unidos (el mundo anglo-sajon) sin Europa. Y solo desde este bipolarismo geopolitico es posible, segun los eurasistas, de entrar a la era multipolar. Pero ante todo hay que destruir la domonacion mundial americana.

Para comprender mejor los aspectos diversos de la politica rusa es necesario de saber hacer deferencias entre los modelos 1) euroasiatico, 2) nacionalista-slavofilo y 3) comunista (comparandolos con la vision de Huntington) los cuales muy a menudo estan cualificados indiferentemente “los proyectos reaccionarios y revanchistas” por los politilogos occidentales. Estas diferencias son muy importantes y sin ellas sera cada vez mas y mas dificil de comprender la logica de la politica exterior (y interior) rusa que es mas complicada en verdad que la division sencilla y maniquea de todos los rusos a los liberales-reformistas (quienes siempre son “buenos” y han razon) y conservadores “moreno-rojos” (quienes siempre son “malos” y estan en el error).

Un Estado étnico para Rusia. El fracaso del proyecto multicultural

Vladimir Putin

El primer ministro de Rusia y candidato a la Presidencia del país por Rusia Unida, Vladímir Putin, ha publicado un amplio artículo en el que esboza su visión de la cuestión étnica en Rusia, y cómo ve la resolución de los problemas vinculados con este tema. Hay quien asegura que detrás de este manifiesto está la mano de Alexander Dugin. A continuación, reproducimos el texto completo de la publicación.

Para Rusia, con su variedad de lenguas, tradiciones, grupos étnicos y culturales, el problema étnico, sin temor a exagerar, tiene un carácter fundamental. Cualquier político responsable o servidor público debe ser consciente de que una de las condiciones principales para la existencia misma de nuestro país reposa en el consenso entre sus ciudadanos y sus etnias. La realidad de hoy en día está marcada por la tensión entre nacionalidades y credos. El nacionalismo, la intolerancia religiosa, se han convertido en la base ideológica de las agrupaciones y corrientes más radicales, las cuales destruyen, deterioran los estados y separan a la sociedad.

La migración a gran escala que, por cierto, todo parece indicar que seguirá aumentando, ya es llamada por muchos ‘la gran migración de los pueblos’, capaz de cambiar el orden habitual y el aspecto de continentes enteros. Millones de personas en busca de una mejor vida abandonan sus tierras escapando del hambre, de conflictos interminables, de la pobreza y el caos social.

El empeoramiento del problema étnico ha afectado directamente a los países más desarrollados, quienes anteriormente se enorgullecían de su tolerancia. Hoy en día uno tras otro anuncian el fracaso de sus intentos de integrar en la sociedad a individuos de otras culturas, y proveer una integración pacífica y armoniosa de las distintas religiones, etnias o grupos culturales.

El ‘crisol’ de la integración echa humo y funciona mal, y no es capaz de ‘digerir’ el creciente flujo migratorio a gran escala. Esto se refleja en la política a través del ‘multiculturalismo’, que niega la integración por medio de la asimilación. Esto eleva sin medida el ‘derecho a la diferencia de las minorías’, creando un desequilibrio entre este derecho y las obligaciones civiles, culturales y de comportamiento con relación a la población nativa y a la sociedad en general.

En muchos países existen comunidades etnorreligiosas muy cerradas, que no solo se niegan a ser asimiladas, sino que ni siquiera intentan adaptarse. Son conocidos los barrios, e incluso las ciudades enteras, donde varias generaciones de inmigrantes viven de las prestaciones sociales sin siquiera hablar el idioma del país receptor. La reacción en respuesta a estas conductas es el aumento de la xenofobia entre los nativos y el intento de defender por la fuerza sus intereses, sus puestos de trabajo y el bienestar social de la ‘competencia de forasteros’. La gente se desconcierta por el maltrato a sus tradiciones, a su estilo de vida y ciertamente temen la amenaza de perder su identidad nacional.

Figuras políticas europeas de gran reputación empiezan a hablar del fracaso del ‘proyecto multicultural’. Para conservar su estatus, abusan del ‘mapa étnico’ pasándose al terreno de aquellos a quienes antes calificaban de marginales o radicales. Las fuerzas extremistas, por su parte, se fortalecen de manera exponencial, pretendiendo seriamente tomar el poder del Estado. En realidad se ofrece conducir un diálogo para imponer la asimilación, pero con un trasfondo de aislamiento y endurecimiento agudo de los regímenes migratorios. Los miembros de otra cultura deben ‘disolverse entre las masas’ o quedarse como minorías étnicas, aunque sea con ciertos derechos y garantías. Esto en realidad es encontrarse excluido de la posibilidad de una carrera exitosa. Lo diré directamente: del ciudadano puesto en estas condiciones es difícil esperar lealtad hacia su país.

Detrás del ‘fracaso del proyecto multicultural’ está la crisis del modelo en sí,

llamado ‘Estado étnico’, un estado formado históricamente sobre la base de la identidad étnica. Y este es un gran reto con el cual tendrían que enfrentarse Europa y muchas otras regiones del mundo.

Rusia como un ‘Estado histórico’

A pesar de la aparente similitud, nuestra situación es totalmente distinta. Nuestros problemas étnicos y migratorios están ligados directamente a la caída de la Unión Soviética e, históricamente, de la gran Rusia, relegada a sus cimientos en el siglo XVIII. Esto acompañado de la inevitable degradación de los institutos sociales, económicos y estatales y con una brecha gigante de desarrollo en la escena postsoviética.

Al declarar hace 20 años la soberanía, los entonces diputados de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, en plena lucha con el ‘centro de la unión’, pusieron en marcha el proceso de creación de ‘estados étnicos’ incluso dentro de la misma Federación de Rusia. El ‘centro de la unión’, a su vez, en un intento de presionar a sus oponentes empezó a tramitar un juego tras las bambalinas con las autonomías rusas, prometiéndoles un aumento del estatus ‘etnoestatal’. Ahora los participantes de estos procesos se echan la culpa mutuamente. Pero es obvio que sus actos llevaron de igual manera hacia la desorganización y el separatismo. Ellos no tuvieron ni la hombría ni la responsabilidad ni la voluntad política para consecuentemente defender la integridad territorial de la patria. Este hecho, del cual tal vez no se percataban los promotores del ‘despilfarro de la soberanía’, fue percibido por todos los demás, incluyendo a la comunidad internacional, logrando así que las consecuencias no se hicieran esperar.

Con la desintegración del país, quedamos al borde del abismo y en ciertas regiones estuvimos a las puertas de una guerra civil, justamente por motivos étnicos. Fue necesario un aplomo inmenso y un gran sacrificio para neutralizar estos focos, pero esto igual no significa que el problema esté resuelto. Sin embargo, incluso en aquellos momentos en los que el Estado como institución estaba críticamente debilitado, Rusia no desapareció.

Ocurrió justamente lo que decía Vasili Kliuchevski refiriéndose a los ‘tiempos turbios’: “Al romperse la estructura política del orden público, el país fue salvado por la voluntad moral del pueblo”.

La Rusia histórica no es un Estado étnico, ni un ‘crisol’ estadounidense donde de una u otra forma todos son inmigrantes. Rusia tuvo su origen y se desarrolló durante siglos como un Estado pluriétnico. Un Estado en el que permanentemente existió el intercambio de costumbres, la integración, la mezcla de los pueblos a nivel familiar, de amistad o de trabajo. Cientos de etnias que habitaban sus tierras junto a los rusos. La conquista de enormes territorios que nutre la historia de Rusia fue una labor conjunta de muchos pueblos. Es suficiente con decir que la etnia ucraniana se esparce desde los Cárpatos hasta Kamchatka, al igual que las etnias tártaras, judías, bielorrusas...

En uno de los escritos rusos religioso-filosóficos más antiguos, ‘La palabra de la ley y el paraíso’, es rechazada la teoría misma ‘del pueblo elegido’ y es predicada la idea de la igualdad ante Dios. En la obra ‘Novela de los años pasajeros’ describen así el carácter pluriétnico del Estado ruso antiguo: “Mirad quién habla en eslavo en la Rusia: polianos, drevlianos, novgorodanos, polochanos, dregoviches, severianos, buzhanos... Y también hay otros pueblos: chud, meria, ves, muroma, cheremisi, mordva, perm, pechera, yam, litva, kors, narova, lives, que hablan en sus propios idiomas...”.

Sobre el carácter especial del sistema estatal ruso escribía Iván Ilyin: “No extirpar, no aplastar, no avasallar la sangre ajena, no estrangular la vida extranjera, y dar a todos la respiración y una gran Patria... aceptarlos a todos, reconciliarlos a todos, dejar que cada uno rece a su manera, trabaje a su manera e integrar a los mejores de cada lugar en la construcción del Estado y la cultura”.

El tabique, la tela que une esta civilización única, es el pueblo ruso, la cultura rusa. Esto es lo que los provocadores de todo tipo y nuestros enemigos van a intentar quitarle a Rusia haciendo uso de declaraciones falsas sobre el derecho de los rusos a la

autodeterminación, sobre la ‘limpieza de la raza’, sobre la necesidad de “culminar lo empezado en 1991 y finalmente destruir el imperio que carga a sus espaldas el pueblo ruso”. Para finalmente forzar a la gente a eliminar su Patria con sus propias manos.

Estoy totalmente convencido, los intentos de profesar la idea de forjar un Estado ruso ‘nacionalista’ y monoétnico contradicen a toda nuestra historia milenaria. Es más, ese es el camino más corto para liquidar al pueblo y al Estado rusos, o cualquier sistema estatal soberano que exista en nuestra tierra.

Cuando salen a gritar: “Ya basta de alimentar al Cáucaso”, esperen, el día de mañana saldrán a decir: “Ya basta de alimentar a Siberia, el Lejano Oriente (ruso), los Urales, la región del Volga, la región de Moscú...”. Ese era justamente el modo de operar de aquéllos que llevaron a la caída de la Unión Soviética. Con respecto a la ya mencionada autodeterminación étnica, la cual fue usada por políticos de todos los sectores en busca de poder y dividendos geopolíticos, desde Vladímir Lenin hasta Woodrow Wilson, está claro que el pueblo ruso hace tiempo se autodeterminó. La autodeterminación del pueblo ruso es una civilización pluriétnica sostenida por el núcleo cultural ruso. Y el pueblo ruso ha corroborado esta elección una y otra vez, pero no con plebiscitos o referendos, sino con su sangre durante toda su historia milenaria.

Un único código cultural

La experiencia rusa de desarrollo estatal es única. Somos una sociedad multinacional, pero somos un único pueblo. Debido a este rasgo nuestro país es complicado y multidimensional. Nos da unas posibilidades colosales de desarrollo en muchos campos. Sin embargo, si la sociedad multinacional se ve afectada por los bacilos del nacionalismo, pierde su fuerza y resistencia. Debemos comprender qué tipo de consecuencias a largo plazo puede tener tolerar los intentos de encender la enemistad nacional y el odio hacia la gente de otra cultura, otra fe.

La paz civil y la armonía internacional no es como un cuadro que se crea una vez y

queda por siglos. Al revés, es una dinámica constante, un diálogo. Es un trabajo minucioso del Estado y de la sociedad que exige unas decisiones muy delicadas, una política sabia que sea capaz de asegurar 'la unidad en la diversidad'. Es necesario no solo cumplir los compromisos mutuos, sino también encontrar los valores comunes para todos. No se puede forzar a las personas a que vivan juntas. Y no se les puede forzar por interés, ponderando los beneficios y las pérdidas. Tales 'cálculos' funcionan antes de que se dé una crisis. Y en el momento de la crisis empieza un efecto retroactivo.

La seguridad de que podemos asegurar el desarrollo armónico de la sociedad multicultural está apoyada por nuestra cultura, historia y el tipo de identidad.

Hay que señalar que muchos ciudadanos de la URSS que estaban en el extranjero se autodenominaban como rusos. Y todos se consideraban rusos, independientemente de su etnia. Es interesante que los rusos de las diferentes etnias en ningún lugar y nunca, en ninguna emigración, han formado diásporas étnicas estables, aunque su cantidad ha sido considerable. Es porque nuestra identidad tiene otro tipo de código cultural.

El pueblo ruso es la base del Estado, así ha sido durante todo el tiempo de existencia del país. La gran misión de los rusos es unir la civilización. El idioma, la cultura, 'una cordialidad general', como decía Fiódor Dostoyevski, deben unir a los armenios rusos, los azerbaiyanos rusos, los alemanes rusos, los tártaros rusos... Unirlos en un tipo de Estado donde no hay 'representantes de una etnia ajena'.

Tal tipo de identidad de la civilización se basa en la conservación de la cultura rusa dominante, que no solo pertenece a los rusos eslavos, sino también a todo el pueblo de Rusia, independientemente de su etnia. Este es el código cultural que se ha visto sometido en los últimos años a unas serias pruebas, un código que tratan de violar. No obstante, sin duda alguna, este código todavía se conserva y hay que reforzarlo y cuidarlo.

Un papel enorme en esta situación lo juega la enseñanza. La elección del programa educativo, la diversidad en la enseñanza es nuestro logro incuestionable. Pero esta diversidad debe basarse en valores firmes, conocimientos e ideas básicas sobre el mundo. La tarea principal que tiene la enseñanza en la sociedad es dar a cada persona unos conocimientos humanitarios absolutamente necesarios que componen la base de la autoidentidad del pueblo. Ante todo hay que intentar aumentar el papel de asignaturas tales como el idioma ruso, la literatura rusa o la historia de la patria, por supuesto, todo en el contexto de la riqueza de las tradiciones y culturas nacionales.

Algunas universidades famosas de EE. UU. en los años 20 del siglo pasado se pusieron como prioridad estudiar la cultura occidental. Cada estudiante debía leer 100 libros de una lista especial. En algunas universidades de EE. UU. esta tradición se ha conservado hasta hoy día. Nuestra nación siempre ha leído mucho. Vamos a encuestar a nuestras personalidades de la cultura más prestigiosas y formemos una lista de 100 libros que tendrá que leer cada estudiante de las escuelas rusas. Que no se aprendan como loros estos libros, sino que los lean con atención. Y vamos a incluir un ensayo sobre los libros leídos en el examen final de enseñanza secundaria. O por lo menos demos a los jóvenes la oportunidad de mostrar sus conocimientos y su concepción del mundo en olimpiadas estudiantiles y concursos.

La política estatal en la esfera de la cultura también debe tener unas tareas correspondientes. Tengo en cuenta instrumentos como la televisión, el cine o internet que forman la conciencia del pueblo, dan ejemplo y normas de conducta.

Recordemos cómo los estadounidenses formaron la conciencia de algunas generaciones con ayuda de Hollywood. Les imponían los valores correctos desde el punto de vista de los intereses nacionales y la moral de la sociedad. En este aspecto tienen cosas que deberíamos aprender.

Subrayo: nadie atenta contra la libertad de creación, no se trata de censura ni de ideología

banal, sino que el Estado debe y tiene derecho a aplicar sus fuerzas y usar sus recursos para resolver los problemas sociales. Incluido formar una concepción del mundo que uniría a la nación.

En nuestro país, donde en la imaginación de muchos todavía continúa una guerra civil, donde el pasado estuvo demasiado politizado y lleno de declaraciones ideológicas (que se entienden a menudo de una manera opuesta), es necesaria una suave terapia cultural. Es necesaria una política cultural que en todos los niveles, empezando con los manuales escolares y terminando con los documentales históricos, formule la idea de una unidad del proceso histórico en el que el representante de cada etnia vea su lugar. Y se sentiría heredero de la historia de Rusia, una para todos, la contradictoria, trágica, pero grande.

Necesitamos una estrategia de política nacional basada en el patriotismo civil. Cada persona que vive en nuestro país no debe olvidar su fe y su etnia. Pero ante todo debe ser un ciudadano de Rusia y debe estar orgulloso de esto. Nadie tiene derecho a poner sus peculiaridades nacionales y religiosas antes de las leyes del Estado. No obstante, las leyes del Estado también tienen que tener en cuenta las peculiaridades nacionales y religiosas del pueblo.

Creo que dentro del sistema de organismos federales debe crearse una estructura especial que sea responsable de las cuestiones del desarrollo nacional, el bienestar interétnico y la coordinación de las etnias. En la actualidad, a estos problemas se dedica el Ministerio de Desarrollo Regional y, por la enorme cantidad de otros asuntos, a menudo aplaza su resolución. Debe cambiarse esta situación.

Creo que en este caso debe tratarse de un órgano colegial que colaboraría independientemente con el presidente del país, con los jefes del Gobierno y tendría sus propias atribuciones también. La política nacional no puede crearse y realizarse exclusivamente en los gabinetes de los funcionarios. Las unidades nacionales y sociales deben participar en la discusión de la política y su formación.

Y, por supuesto, contamos con la participación activa de las religiones tradicionales de Rusia. En la base de la ortodoxia, el islam, el budismo y el judaísmo, con todas sus diversidades y peculiaridades, están los valores básicos de moral y espiritualidad: la caridad, la ayuda mutua, la honestidad, la justicia, el respeto a los mayores, los ideales de la familia y el trabajo. Estos pilares no pueden ser sustituidos, tenemos que reforzarlos.

Estoy convencido de que el Estado, la sociedad debe saludar y apoyar el trabajo de las religiones tradicionales de Rusia en el sistema educativo, en la esfera social, en los Cuerpos Militares. Pero sin duda alguna, debe conservarse el carácter laico de nuestro Estado.

Política nacional y el papel de unas instituciones fuertes

Los problemas sistemáticos de una sociedad muy a menudo se manifiestan precisamente en forma de tensiones entre etnias. Siempre hace falta recordar que existe una dependencia directa entre los problemas socioeconómicos no resueltos, los vicios del sistema policial, la ineficacia de las autoridades y la corrupción con los conflictos de carácter étnico. Si echamos un vistazo a la historia de todos los recientes incidentes interétnicos, en casi todos estos casos vemos este detonante: en la Plaza Manézhnaya (Moscú), en la ciudad de Kóndopoga (república rusa de Karelia), en el pueblo de Sagra (en la región de los Urales). Siempre una reacción agudizada a la falta de justicia, a la irresponsabilidad y pasividad de algunos representantes del Estado, la incredulidad en la igualdad de la ley y la inevitabilidad de la pena para un criminal, la convicción de que todo es comprado y que la verdad no existe.

Cuando empiezan a decir que en Rusia y, especialmente, en los territorios históricamente rusos se dañan los derechos de la población rusa, esto quiere decir que las estructuras estatales no cumplen con sus tareas directas, no protegen la vida, los derechos y la seguridad de los ciudadanos. Y como la mayoría de estos ciudadanos son rusos, esto da la posibilidad de 'parasitar' el tema de la

‘opresión nacional de los rusos’. Una protesta social justificada toma la forma más primitiva y vulgar, la forma de disturbios étnicos. Y al mismo tiempo, bajo cualquier pretexto, hablar del ‘fascismo ruso’.

Hace falta darse cuenta de cómo son los riesgos y las amenazas de las situaciones que potencialmente pueden desembocar en un conflicto interétnico. Y de una manera apropiada, por más dura que sea, sin tomar en cuenta los grados y los cargos, estimar las acciones o no acciones de las fuerzas del orden, de las autoridades que llevaron a una tensión étnica.

Recetas para este tipo de situaciones no hay muchas. No crear reglas únicas, no hacer generalizaciones rápidas. Hace falta un análisis escrupuloso del núcleo del problema, de las circunstancias, arreglar las reclamaciones mutuas en cada caso concreto donde esté implicada ‘la cuestión nacional’. Este proceso, siempre que no haya circunstancias específicas, debe ser público porque la falta de información operativa provoca rumores que agravan la situación. Y aquí excepcionalmente importantes son el profesionalismo y el sentido de responsabilidad entre los medios de comunicación.

Pero en una situación de disturbios y violencia no puede haber ningún diálogo. No debe aparecer en nadie una tentación mínima de ‘presionar al poder’ para que tome unas u otras decisiones respecto a los allanamientos o asaltos violentos. Nuestras fuerzas del orden han demostrado que remedian este tipo de intentos de una manera muy rápida y precisa.

Otra cuestión clave es que nosotros tenemos que seguir desarrollando nuestro sistema democrático y multipartidista. Ahora están en etapa de preparación las decisiones dedicadas a simplificar y liberalizar el registro y funcionamiento de los partidos políticos y se están poniendo en práctica las propuestas para hacer elecciones para los puestos de jefes de las regiones. Todos estos pasos son necesarios y justificados. Pero no se puede permitir una cosa: que surjan posibilidades para crear partidos regionales en repúblicas nacionales, en particular. Esto sería un camino directo al separatismo. Este requisito, desde luego, debe

incorporarse también al proceso de elección de los jefes de regiones: el candidato que intente basarse en fuerzas o círculos nacionalistas o separatistas debe ser excluido inmediatamente –siempre en el marco de procedimientos democráticos y judiciales– del proceso electoral.

Problema migratorio y nuestro proyecto de integración

Hoy en día a los ciudadanos les preocupa mucho, o diciéndolo directamente, les fastidia los numerosos problemas vinculados con la migración masiva, tanto desde el exterior como interna. Y se oye también la pregunta de si la creación de la Unión Euroasiática no desembocaría en un aumento de los flujos migratorios, y respectivamente, un aumento de los problemas relacionados. Creo que hace falta explicar bien nuestra postura.

Primero, es obvio que tenemos que mejorar significativamente la calidad de la política migratoria del Estado. Y nos dedicaremos a resolver este problema.

Nunca y en ningún lugar la inmigración ilegal puede ser exterminada completamente pero, sin duda alguna, debe y puede ser minimizada. Y desde este punto de vista hace falta reforzar las funciones policiales y los poderes de los servicios migratorios.

Pero un simple endurecimiento mecánico de la política migratoria no dará ningún resultado. En muchos países tal endurecimiento desemboca solo en un aumento de la inmigración ilegal. El criterio de la política migratoria no debe ser su dureza, sino su eficacia.

En este sentido, debe diferenciarse bien de la política hacia la migración legal –temporal y permanente–. Esto supone prioridades obvias y un régimen favorable en la política migratoria respecto a la gente cualificada, competente, competitiva y con capacidades de asimilar culturalmente y desde el punto de vista de la conducta cotidiana. Tal ‘selección positiva’ y competitividad por la calidad migratoria existe en todo el mundo. No hace falta mencionar que este tipo de migrantes se integran en la sociedad recibidora mucho mejor y mucho más fácilmente.

Segundo. Tenemos una migración interior en activo desarrollo, la gente se desplaza a otras entidades federativas, a grandes ciudades para trabajar y estudiar. Y aquí estamos hablando de ciudadanos rusos que gozan de todos los derechos.

Los que llegan a las regiones con otras tradiciones histórico-culturales deben tratar con respeto a costumbres locales. Los costumbres del pueblo ruso y el resto de pueblos de Rusia. Otro tipo de actitud que sea inadecuada, agresiva o desafiante, irrespetuosa debe ser afrontada con medidas legales, una tarea primordialmente de las autoridades que hoy en día eluden esta responsabilidad. Hay que revisar si el Código administrativo y Penal contiene las normas necesarias para controlar este tipo de comportamientos. Aquí se habla de endurecimiento de las leyes, introducción de la responsabilidad penal por la infracción de las reglas de migración y normas de registro. A veces sólo basta con avisar. Pero si la advertencia tiene el soporte de cierta norma legal, esta tendrá más efecto. Será bien entendible porque no será una opinión de un policía o funcionario particular, sino un requisito de una ley que tiene igual vigencia para todos.

En la migración interna también juegan gran papel los límites de lo razonable. Esto es importante también para el desarrollo armonizado de la infraestructura social, el área médica, el campo de la formación, el mercado laboral. En muchas regiones y metrópolis atractivas desde el punto de vista de migración, estos sistemas ahora funcionan casi a su límite, lo que causa una situación bastante complicada tanto para la población “autóctona”, como para la “nueva”. Creo que es necesario hacer más rígidas las reglas de registro y sanciones de su incumplimiento. Está claro que esto debe efectuarse sin menoscabar a los derechos constitucionales a la elección de domicilio.

Tercero. Es necesario el fortalecimiento del sistema judicial y la formación de un instituto del orden público eficaz. Esto tiene importancia esencial no solo para la migración exterior, sino como en nuestro caso, para la interior, en particular la migración de las

regiones del Cáucaso Norte. Sin esto nunca pueden ser garantizados el arbitraje imparcial de los intereses de diferentes sociedades (tanto la mayoría acogedora, como los inmigrantes) y el entendimiento de la situación migratoria como segura y justa.

Aún más, los tribunales o policías incompetentes o corruptos siempre generarán no solo descontento y radicalización de la sociedad receptora de inmigrantes, sino un intento de utilizar la fuerza y la aparición de una economía criminalizada entre los inmigrantes.

Es inaceptable la aparición de enclaves nacionales encerrados, donde con frecuencia la gente vive no acorde a la ley, sino de acuerdo a diferentes normas propias. Ante todo se infringen los derechos de mismos inmigrantes, tanto de parte bandidos locales como de funcionarios corruptos.

La delincuencia étnica florece debido a la corrupción. Desde el punto de vista legal, los grupos criminales formados por un factor de pertenencia, nacionalidad o clan, no son nada mejores que cualquier banda o agrupación común. En nuestra realidad la delincuencia étnica es un problema no solo criminal, sino que también tiene mucha importancia para la seguridad estatal. Y debe ser afrontada de manera adecuada.

Cuarto. El problema de integración civilizada y la socialización de los inmigrantes. Aquí una vez más hace falta hacer referencia a los problemas de formación. Debemos hablar tanto sobre el foco del sistema educativo para solucionar los asuntos de la política migratoria (esta meta no figura entre principales objetivos en la escuela), como también sobre los altos estándares de la educación doméstica.

La atracción de la formación y su valor es un propulsor y motivador del comportamiento integracionista para los inmigrantes en relación a su integración en la sociedad. Mientras que un baja calidad de educación por el contrario provoca más aislamiento y encerramiento de las sociedades de migrantes a largo plazo, dejando huellas a lo largo de varias generaciones.

Es importante para nosotros que los migrantes se adapten normalmente a la sociedad. En realidad el requisito elemental a la gente que quiere vivir y trabajar en Rusia es su disposición a estudiar nuestra cultura y lengua. A partir del próximo año será necesario introducir la norma de superar exámenes de idioma ruso, historia rusa, literatura rusa, y conocimiento de artículos básicos de nuestro estado y las leyes para obtener o prolongar el estatus migratorio. Nuestro Estado, al igual que otros países civilizados, está listo para modificar y entregar a los inmigrantes los correspondientes programas educativos. En ciertos casos se requiere una formación adicional profesional otorgada a costa de los empleadores.

Y finalmente el quinto punto es integración estrecha en el espacio postsoviético como alternativa real a flujos migratorios no controlados.

La razón real de la migración en masa, como fue mencionado antes, es una enorme desigualdad en el desarrollo y las condiciones de bienestar. Está claro que para eliminar o por lo menos minimizar los flujos migratorios habría que recortar esta desigualdad. Es la meta de una gran cantidad de activistas humanitarios pertenecientes al movimiento de izquierda en el Occidente. Por desgracia al nivel mundial esta postura fina e impecable desde el punto de vista ético tiene deficiencias porque parece ser obviamente utópica.

Sin embargo nosotros en nuestro espacio histórico no tenemos ningún obstáculo que impida la realización de este modelo. Y una de las metas de suma importancia de la integración euroasiática es crear para los pueblos y millones de personas en este espacio la posibilidad de vivir y desarrollarse de manera digna.

Entendemos que la gente se va a ultramar debido a sus malas condiciones de existencia y con frecuencia se ganan vida para ellos mismos y su familia en condiciones que a duras penas pueden ser denominadas como civilizadas.

Desde este punto de vista las metas que marcamos tanto dentro del país (la creación de

nueva economía con empleo eficiente, la restauración de comunidades profesionales, el desarrollo regular de fuerzas productivas e infraestructura social en todo el territorio del país) son herramientas claves gracias a las cuales podemos dirigir los flujos migratorios. De hecho hay que dirigir a los inmigrantes donde tienen menos probabilidad de causar tensión social. Y por otra parte, hacer así que la gente en sus sitios natales, en su patria chica pueda sentirse normal y con confort. Simplemente hay que regalar la posibilidad de vivir y trabajar normalmente en su tierra natal, una posibilidad de la cual están mayormente privados ahora. La política nacional no tiene ni puede tener soluciones simples. Sus elementos están fragmentados en todas áreas de la vida: en la economía, en el sector social, la educación, el sistema político y la política exterior. Debemos elaborar un modelo del Estado, de sociedad civilizada que tenga una estructura que sea igualmente atractiva y orgánica para todos quienes creen que Rusia es su patria.

Entendemos que tenemos una experiencia histórica de la cual nadie goza. Tenemos una base formidable compuesta por nuestra mentalidad, cultura, identidad que no tienen otros. Vamos a consolidar el “estado histórico” que nos entregaron nuestros antecesores, a este Estado que puede resolver orgánicamente las metas de integración y problemas de diferentes etnias y confesiones.

Durante siglos vivimos juntos. Triunfamos juntos en la guerra más horrorosa. Y seguiremos conviviendo. Y para aquellos que quieren o intentan dividirnos, puedo decir una cosa: eso nunca va a suceder.



Reportaje sobre Dugin (revista alemana *Zuerst!*)

Manuel Ochsenreiter

El innovador. Los analistas occidentales “expertos en Rusia” se sienten alarmados ante él. El profesor Alexander Dugin es uno de los más conocidos – y a la vez controvertidos – politólogos rusos

Hace exactamente 30 años desde que el Presidente de EE.UU. Ronald Reagan, subió a la tribuna de oradores el 8 de Marzo 1983 en Orlando, Florida, para dirigirse a los miembros del grupo cristiano conservador “National Association of Evangelicals”. Su redactor de discursos, el ganador estadounidense del premio Pulitzer Anthony R. Dolan había escrito su, por así decirlo, obra maestra. El periodista Dolan, de apenas 32 años de edad, sabía como escenificar correctamente a Reagan.

El discurso de Orlando debía ser impactante, como una bomba. El presidente de los EE.UU. bramó ante los cristianos conservadores contra la Unión Soviética. Pero esta vez no se refería a la URSS tan sólo como una “dictadura comunista” o como “Amenaza a la libertad” – esta vez la calificó como el “Imperio del Mal”. Éste era el patetismo fraseológico que más triunfaba ante la mojigata audiencia que le escuchaba. El público aplaudió durante minutos, poniéndose en pie durante la ovación. No se trataba sólo de mantener a raya a sus competidores ideológicos y geopolíticos, sino que era la clásica lucha del “Bien contra el Mal”, por lo tanto una lucha geopolítica e ideológica. Y propia de las películas del Oeste, en las que también el propio Reagan había actuado en el pasado. Los americanos sabían que al final, los buenos siempre ganan.

La Unión Soviética hace mucho que ya no existe. Ahora está la Federación Rusa en su lugar. Rusia ya no es comunista, ya no tiene a su alrededor a sus estados socialistas satélites y

ya no envía misiles nucleares a Cuba. Y hoy ya no huyen intelectuales soviéticos en aventureras condiciones hacia el Oeste, sino que actores como el francés Gérard Depardieu se establecen de manera completamente legal y en primera clase a Rusia. Pues allí hay un impuesto fijo bajo y una buena vida para quienes tienen la ventaja de ser una celebridad.

Y, aún así, en los medios occidentales Rusia tiene nuevamente el viejo papel de villano: El presidente ruso Vladimir Putin sería una especie de dictador, que practica una oscura política autoritaria y megalomaniaca. En el Consejo de Seguridad de la ONU Rusia es de nuevo ante los ojos de muchos observadores occidentales el notorio obstáculo, ya conocido desde los tiempos de la Guerra Fría. Y las gamberras anarquistas profanaiglesias “Pussy Riot” son hoy en día ensalzadas en Occidente como se hizo en el pasado con el disidente ruso Alexander Solzhenitsyn.



Dugin y Ochsenreiter

El Prof. Alexander Dugin es uno de los más conocidos intelectuales de la nueva Rusia que vuelve a inquietar a Occidente. Y como tal, en los principales medios de comunicación del establishment de la *Bundesrepublik*, Dugin no tiene muy buena prensa. Especialmente el diario izquierdista-progre “*taž*” ve en ese hombre alto y de larga barba algo amenazante. Dugin, escribe la *taž*, es “ideólogo-jefe” y aunque se considera “filósofo”, pero sería más correcto calificarlo como líder de una secta “. En los escritos de Dugin observan los redactores de la *taž* incluso una “retórica fascista”.

El historiador alemán Andreas Umland, que imparte clases de Historia de Europa central y oriental en la Universidad Católica

Eichstätt-Ingolstadt llegó a señalar en 2008 que la influencia de Alexander Dugin en la política rusa podría incluso provocar una “segunda guerra fría entre Moscú y Occidente”. 30 años después del discurso de Reagan los periodistas, académicos y políticos occidentales, una vez más se alarman por una “malvada Rusia bajo el control de un líder sectario”. El “imperio del mal” parece estar de vuelta. Alexander Dugin sonríe cuando oye esas cosas sobre él. Él conoce esos ataques, que parecen no molestarle.

En Friburgo de Brisgovia está frente a la casa del filósofo Martin Heidegger, mientras que su hijo Artur coloca su cámara en el trípode. El cielo es gris oscuro, sopla un viento frío. El informe del tiempo ha previsto lluvia, pero hasta ahora sigue sin llover. A través de los árboles avanza la niebla. Alexander Dugin sepulta las manos en los bolsillos de su abrigo, y su mirada se fija en el cielo. “El tiempo es perfecto”, dice satisfecho. Con su hijo, está grabando un video documental sobre Martin Heidegger. Para encontrar la casa de Heidegger hay que saber la dirección exacta. Ninguna señal indica el camino, casi ninguna guía turística la señala. Friburgo no está orgulloso de “su” filósofo, al contrario. Se lo ha condenado al ostracismo. Pues Martin Heidegger habría sido un “filósofo nazi”. Y en una ciudad universitaria gobernada por los progres se está orgulloso de las zonas con poco tráfico y de la presencia de tiendas de “comercio justo” pero no de un filósofo de fama mundial.

Dugin sacude la cabeza. Casi parece como si tuviera un poco de compasión por nosotros los alemanes. “Martin Heidegger fue el más importante Filósofo del siglo XX”, asegura Dugin y acaricia brevemente su barba. “Pero aquí en Friburgo hay que buscar mucho tiempo para encontrar sus obras en una librería”. Se trata de la primera confrontación de Alexander Dugin con el “complejo de culpa” alemán, de su primera visita a Alemania. En Rusia, dice Dugin, Martin Heidegger es muy apreciado. En la Universidad de Moscú, donde Dugin imparte clases, el filósofo alemán tiene gran importancia. Que los alemanes, ya no sepan

valorar a sus propios próceres es algo difícil de entender para el profesor ruso. El admirador declarado y amigo de los alemanes se siente en una tierra de nadie que se pelea contra ella misma. La cámara se encuentra finalmente en posición, Dugin pasa por delante de la casa de Heidegger.

Dugin, nacido en 1962 en Moscú, conoce a Heidegger desde la era soviética. Antes del colapso de la URSS, organizó círculos de lectura y grupos, donde saltándose las convenciones académicas imperantes bajo el gobierno del Partido Comunista se leían y discutían obras que en las universidades soviéticas eran muy difíciles de adquirir.

Cuando Mikhail Gorbachev, durante el último periodo de la URSS proclamó la glasnost y la perestroika, Alexander Dugin y otros con ideas afines se dedicaban a probar de los frutos (aún) prohibidos: Además de Martin Heidegger fueron también leídos y debatidos el filósofo italiano Julius Evola y el francés René Guénon.

Cuando, después de la desintegración de la Unión Soviética, Boris Yeltsin gobernaba en Moscú, llegó la gran hora de los profetas del “mercado libre” en Rusia. En pocos años se formó una casta de riquísimos oligarcas. Bajo el bebedor Boris Yeltsin fueron saqueados los recursos del país y repartidos entre algunos “hombres de negocios” a menudo ex-funcionarios de la organización juvenil comunista Komsomol, disuelta en 1991.

En el vacío político de este colapso total Alexander Dugin, entre otros, se negó a aceptar que Rusia fuera, como otros países del este de Europa, anexada en calidad de colonia por la esfera liberal occidental. En 1992 – el mismo año, en el que el politólogo USamericano Francis Fukuyama se entusiasmaba con el “fin de la historia” Dugin fundó, junto al conocido escritor ruso Eduard Limonov el Partido Nacional-Bolchevique de Rusia.

Limonov era popular, y Dugin contribuyó a una gran parte del programa político.

Por primera vez Alexander Dugin empezó a ser conocido fuera de su país – y Occidente se sobresaltó.

Pues el nuevo partido atraía atención de inmediato: la bandera del partido era de color rojo brillante con círculo blanco, dentro, en negro, la hoz y el martillo. Limonov provocaba escándalos frecuentemente, y pronto se unieron al partido especialmente los jóvenes rusos, entre ellos muchos artistas que luchaban contra Boris Yeltsin y su sistema antihumano de la troika (liberalismo, democracia, capitalismo).

En las elecciones, el nuevo partido nunca tuvo verdadero éxito, pero provocaba furor con sus frecuentes marchas. Alexander Dugin guarda buenos recuerdos de aquellos años combativos.

Tras el colapso de la Unión Soviética nos dimos cuenta de que hay que luchar contra las tentaciones hegemónicas occidentales. El gobierno de Boris Yeltsin abrió todas las puertas para la invasión del occidente liberal. Queríamos evitar eso.

En aquel tiempo, los nacional-bolcheviques proclamaron que querían fusionar las formas más radicales de resistencia nacional con las formas más radicales de resistencia social.

Ante la catedral de Friburgo Dugin examina los libros de un anticuario. Toma algunos de ellos, los ojea, pasa las páginas y los vuelve a colocar en su sitio. Ahora ha comenzado a llover. A Dugin eso no le molesta. Es más, parece disfrutar del mal tiempo y sigue repasando los libros de la tienda. Alexander Dugin domina nueve idiomas - entre ellos el alemán. Es un autodidacta con mucho talento, aprende las lenguas por su cuenta. Su hijo Artur, ventitantos y estudiante de Filosofía, revela la técnica de aprendizaje de su padre, que en ese momento está apilando los libros que piensa comprar. “Él se pone sistemáticamente a ello, primero aprende la sintaxis de un lenguaje –es decir la estructura – entonces la llena, por así decirlo, con el vocabulario.” Mientras tanto, a Dugin el vendedor le empaqueta los libros en una bolsa.

La salvaje década de los '90 hace tiempo que forma parte del pasado. En 1998 terminó la cooperación entre Limonov y

Dugin. Mientras que el escritor Limonov apoya hoy el movimiento de protesta anti-Putin, su ex compañero de lucha Dugin se encuentra en el otro lado de la barricada. Dugin ahora dirige el Instituto Sociológico de la Universidad de Moscú y también asesora al Kremlin en materias de política exterior. Por ello, a los observadores occidentales les suenan las campanas de alarma. Pues Dugin no tiene ninguna intención de “distanciarse de su pasado” como es costumbre hacer, sobre todo, en la República Federal de Alemania.

Y como profesor, el carismático ruso es además muy popular entre sus estudiantes. Cuando Dugin da lecciones en la universidad, la sala siempre se llena al máximo. A menudo incorpora en sus discursos bombásticas instalaciones de vídeo. Mientras Dugin habla a su público, hay una pantalla tras él donde se ven llamaradas de fuego a gran altura, o donde se muestran explosiones.



Dugin y Thiriart

Sea como fuere, sabe cómo cautivar a las audiencias. Desde hace ya tiempo, sus eventos se han convertido en una sugerencia vanguardista en Moscú. “La estética es importante para nosotros”, dice tranquilamente, dirigiéndose a una pequeña cafetería.

Dugin cuelga su abrigo en el guardarropas, bajo su negra chaqueta lleva una camisa a rayas, que recuerda a los típicos chalecos del Ejército ruso. ¿Y qué fue del Nacional-Bolchevismo? “Fue una fase en la década de los '90”, explica, “pero uno debe madurar” Mientras habla se acaricia la barba. Y se

santigua antes de beberse el café, como muy creyente cristiano ortodoxo que es.

Dugin y su círculo moscovita de jóvenes investigadores han creado un propio y bullicioso think-tank. Los contenidos fuertemente tradicionalistas se procesan de una manera moderna. “La estética es importante para nosotros”, repite Dugin y mueve su taza de café un poco hacia atrás y hacia adelante. El concepto de Dugin y sus partidarios – en su mayoría jóvenes intelectuales y estudiantes – consiste en la idea de Eurasia: un bloque continental euroasiático como poderoso contrapeso a la alianza transatlántica. “Es necesario y luchamos por ello”, dice Dugin con resolución.

Cómo ve él el papel de Alemania en ese orden? “Alemania es el centro de Europa. Una Alemania que se reencuentra a sí misma, se convertiría en uno de nuestros socios más importantes.” Estas palabras son una muestra del por qué los círculos políticos berlineses evitan como la peste las tesis de Dugin.

Dugin no tiene miedo a utilizar en la República Federal de Alemania el tabuizado concepto de la geopolítica. El geógrafo y militar alemán Karl Haushofer fue uno de los fundadores de esa ciencia, que desde 1945 ya no se enseña en Alemania. Los vencedores aliados consideraron las teorías de Haushofer como fuente de peligros y se encargaron de asegurar que no aparecieran más en el plan de estudios. Mientras que hoy en Alemania, casi ningún estudiante está en contacto con las obras de Haushofer, Alexander Dugin hace constantemente referencia a ellas en sus conferencias y libros. “Se trata por encima de todo esto, no sólo de preservar las ideas de Haushofer sino de continuar desarrollándolas”. La idea euroasiática es un desarrollo de sus ideas. El enemigo principal de ésta idea es – el mismo que en la década de 1990 – la hegemonía liberal occidental. “La globalización demanda que el mundo entero se someta al sistema de valores liberal-occidental, que niega las particularidades de los pueblos, y que ha olvidado sus tradiciones y su cultura” afirma Dugin, inclinándose sobre la mesa. Con la mano indica en la mesa el bloque

de poder occidental, que mediante diversos métodos, desde sedicentes “Organizaciones No Gubernamentales” hasta guerras abiertas, tiene mucho interés en expandir su territorio. El conflicto siempre está presente – ya sea, por ejemplo, con el escándalo de Pussy Riot; que fue masivamente alimentado y propagado mediante ONGs, medios y políticos occidentales; o incluso también en guerras calientes, como actualmente en Siria. Occidente está abogando por un concepto de “mundo unipolar”, dice Dugin. Él por su parte propone un orden multipolar del mundo – con una fuerte región euroasiática como uno de los centros políticos. Dugin considera que el presidente ruso Vladimir Putin va por la dirección correcta – al menos en lo que respecta a política exterior.

Cuando se inflaman los conflictos en la frontera que separa Eurasia de los territorios dominados por la hegemonía occidental, Dugin no duda en desplazarse a las zonas calientes, allí donde se disparan los tiros. Durante la guerra de Georgia en 2008 visitó al Ejército ruso. “Nuestras tropas deben llegar hasta la capital georgiana Tiflis, ocupar la totalidad del país, y de paso también Ucrania con la península de Crimea, que de todos modos pertenece históricamente a Rusia” lo cita la revista alemana *Der Spiegel*. Él sería “el barbudo jefe ideológico del resurgimiento del panrusismo”, tronó el magazine izquierdista *Hamburger Nachrichten* contra Dugin, el cual a su vez, en lugar de enfadarse, nos muestra sonriente algunas fotos de su visita a las tropas en el frente de Georgia. Una lo muestra con un Kalashnikov delante de un tanque ruso. Éste hombre no tiene nada, absolutamente nada, de “políticamente correcto”.

“Pero el combate contra el Occidente liberal-hegemónico se libra especialmente en las mentes” dice Dugin en voz baja mientras va guardando de nuevo las fotos de Georgia. “Mientras que en las Universidades occidentales se enseña que el liberalismo y el individualismo son la cumbre desarrollo humano, nosotros estamos trabajando en desarrollar una alternativa”

El comunismo, el fascismo y el liberalismo son las tres principales teorías políticas del Siglo XX. Políticamente poderoso es hoy sólo el liberalismo, que Dugin considera como una “ideología totalitaria con pretensión universalista”. El liberalismo derrotó al fascismo y el comunismo y por así decirlo, los digirió. “El liberalismo moderno no tiene ni siquiera enemigos reales en sus esferas de dominio. Allí gobierna el aburrimiento político”. Dugin elige sus cortantes palabras deliberadamente. “El mundo debe liberarse del yugo del liberalismo” ¿Pero cómo? Dugin habla de la “Cuarta Teoría Política” que recientemente publicó en forma de libro.

“Una clave importante para la superación de la modernidad está aquí en Friburgo. Es la noción heideggeriana del *Dasein* (la existencia)”, dice Dugin. Según ésta no habría un solo “Dasein”, sino muchos. Del mismo modo no hay una sola “Cuarta Teoría Política”, sino un gran conjunto de “Esferas de existencia” antimodernas, que tienen todas algo en común: su oposición a la hegemonía occidental. “Debemos volver a nuestras raíces, a nuestros mitos y Tradiciones. “Cualquiera que hable con el filósofo ruso, no necesita mucho tiempo para entender por qué los periodistas occidentales lo ven como una amenaza: Él sabe cómo cautivar a la audiencia. Incluso si sólo se sienta en un café sin rimbombantes proyecciones que acompañen su presentación. ¿Debemos aprender los alemanes a ser de nuevo alemanes? Dugin ríe. La primera vez ese día. Tras una breve pausa, responde con calma: “Si los alemanes recuperan la consciencia acerca de su propio Dasein y se despiden de la pesadilla transatlántica, la alternativa de Eurasia estará mucho más cerca. Porque sin (la sumisión de) los alemanes, el proyecto liberal-occidental de la UE no puede existir “.

Celebraremos juntos ese día en Berlín o en Moscú? Los ojos azules de Dugin brillan “¿Y por qué no en Königsberg (Kaliningrado)?” Una cosa parece cierta: quienquiera que sea presidente de los EE.UU. ese día, volverá a dirigirse a sus seguidores hablando de la resurrección del “Imperio del Mal”

Dugin: de la Unión Nacional-Bolchevique al Partido Euroasiático

Xavier Casals Meseguer

Con la crisis de la URSS se difundieron formulaciones “neoeurasistas” elaboradas por Alexander Dugin, pensador emblemático de la Nueva Derecha rusa no homologable a la europea e intelectual de la llamada oposición “nacional-bolchevique”.

Dugin nació en 1962 en el seno de una familia militar (su padre fue coronel del ejército y su abuelo y su bisabuelo también fueron oficiales). Pese a que a finales de los años setenta estudió en el Instituto de Aviación de Moscú, rechazó el modo de vida soviético y buscó refugio en un círculo clandestino de intelectuales expertos en tradiciones místicas de Europa y Oriente. Sus figuras prominentes fueron Geidar Jemal (experto en metafísica del Islam), Yevgeny Mamleyev (filósofo cristiano) y Yevgeny Golovin (experto en literatura mística medieval). El círculo tradujo al ruso obras de René Guenon, Julius Evola y Ernst Jünger y Dugin vertió al ruso *Imperialismo Pagano*, de Evola, filósofo que le influyó profundamente. La KGB le detuvo al trascender que había cantado “canciones místicas anticomunistas” en una fiesta y entonces se descubrió literatura prohibida en su domicilio. Expulsado del Instituto, llevó una vida bohemia siguiendo sus intereses filosóficos. En 1987 Dugin se integró en *Pamiat* (por considerarla la “organización más reaccionaria disponible”) y formó parte de su Consejo Central hasta 1989, cuando la abandonó al constatar la dificultad de efectuar una labor ideológica en su seno. Inició entonces una etapa de encuentros con figuras de la Nueva Derecha y de la ultraderecha europea (como Alain de Benoist, Jean Thiriart o el italiano Claudio Mutti) que le reconciliaron con la realidad soviética.

De este modo, al producirse la crisis de la URSS, Dugin se asoció a los “patriotas” del campo comunita. Entonces estableció vínculos con Ziuganov (e influyó en sus tesis geopolíticas) y colaboró con *Den* (Día) y *Zavtra* (Mañana), publicación sucesora de la anterior tras ser prohibida. En los años noventa desarrolló iniciativas editoriales con su propio sello, *Arktogetya*, destacando la publicación de revistas, especialmente *Elementy: euraziiskoe obozrenie* (Elementos: una revista Eurasiática). Su número inicial vio la luz en julio de 1992 e incluyó un extenso artículo sobre Thiriart, al coincidir con su visita a Rusia.

Durante la década de los noventa Dugin ganó popularidad con diversas intervenciones en radio y televisión y articuló su visión de Rusia, una compleja combinación de esoterismo y geopolítica. Según Dugin la constitución de Eurasia se basa en una alianza religiosa entre Islam y catolicismo ortodoxo de carácter antisemita, cuyos fundamentos ideológicos son diversos: desde tradiciones rusas (Lev Gumilev) hasta lecturas de filósofos del “pensamiento tradicional” (René Guenon y Julius Evola).

En su cosmovisión la figura del zar asesinado, Nicolás II, ocupaba un papel central, en la medida que el regicidio supuso “la pérdida por parte del Continente Interior de su centro benéfico, de su eje interior y de su eje sacral”, según afirma en *Rusia: el misterio de Eurasia* (1992). Asimismo, cree que “el patriotismo ruso refleja un destino de dimensiones cósmicas y no puede ser equiparado con el simple nacionalismo de otros pueblos”. Dado que Rusia atraviesa un momento crucial espiritual sería necesario “adentrarse en las profundidades de la Santa Rusia, llegar hasta sus raíces prehistóricas ... para obtener nuevas fuerzas que ayuden a resucitar este País Sagrado, este Continente Rusia”. Frente a la hegemonía “atlantista” y norteamericana, “los modernos eurasiáticos sólo tienen un camino por delante: concluir una alianza sagrada con aquellos países y naciones de Oriente y de la Europa del Este que están luchando por su autarquía política y por la restauración de los valores tradicionales”. En este sentido, Rusia tendría

una misión histórica respecto a Eurasia: “El imperio ruso debe renacer de las cenizas leninistas para provocar el despertar de Eurasia en vista de la toma de conciencia de identidad continental”.

Según su cosmovisión, Rusia debe volver a restaurar la sociedad tradicional ideal, pues la sociedad rusa entró en una espiral de decadencia histórica, de la que los soviets fueron el penúltimo estadio: “Según la Tradición, el Arquetipo, en su descenso a lo largo de la historia, atraviesa cuatro etapas fundamentales que se reflejan en la composición específica de la sociedad. Después de los sacerdotes, al poder accede la casta de los guerreros ... es decir, la aristocracia. A continuación comienza la era de los comerciantes y del pueblo productor (tercer estado). Y, por último, el poder es arrebatado por los esclavos y los sirvientes. Salta a la vista el parecido con las “formaciones económico-sociales” del comunismo histórico. Lógicamente, la valoración de este proceso es diametralmente distinta en cada caso.”

La nueva Rusia debería ser obra de una restauración mesiánica, tras estallar una tercera guerra mundial inicialmente prevista en los años noventa y preparada por la llegada del Anticristo, nacido- aventura Dugin- en 1962 (año que- ¿azarosamente?- coincide con el de su nacimiento), precediendo “la Venida del Salvador Todopoderoso” que siguiendo a Nostradamus debía producirse en 1999. Por otra parte, Dugin ha sido señalado como el “inventor de la conspiratología”, de manera que la historia mundial debe ser reescrita en función de que el conflicto entre “atlantistas y eurasiáticos comienza en el antiguo Egipto y conduce a la lucha entre los buenos (eurasiáticos) y los malos (atlantistas)”.

Respecto a su actividad política, Dugin se vinculó a un Frente Europeo de Liberación (FEL) “nacional-bolchevique” creado a inicios de los años noventa al que se adscribieron organizaciones de ámbitos de extrema derecha “revolucionaria”, como Alternativa Europea en España o Nueva Resistencia (Nouvelle Résistance, NR) en Francia. Según el francés Christian Bouchet –uno de sus principales

promotores-, el FEL aglutinó sectores radicales muy influidos por Francis Parker Yockey (la organización tomó su denominación en recuerdo del Frente Europeo de Liberación que éste creó en los años cincuenta), Otto Strasser y Jean Thiriart y el trotskismo “de la IV Internacional-Secretariado Unificado”. Los seguidores del FEL actuaron movidos por el afán de llevar a cabo una lucha contra el imperialismo norteamericano a nivel continental, inseparable del combate por la unificación de Europa. Ello les llevó a mantener relaciones con la ultraderecha rusa contactada por Thiriart, como explica Bouchet:

“En numerosas ocasiones delegaciones del FEL, a veces acompañadas por Jean Thiriart, se han dirigido a Moscú donde, gracias a nuestro corresponsal local Alexander Dugin, hemos podido encontrarnos un cierto número de personalidades, como el periodista Alexander Prokhanov, Gunnadi Zugarov ... o Viktor Anpilov, del movimiento Rusia obrera. Pero el aplastamiento de la tentativa de putsch conservador y anti-Yeltsin de Moscú (octubre de 1993) redujo a la nada las esperanzas que nosotros podíamos tener de una “ayuda rusa”.

Dugin también participó en la política rusa en 1993 con la fundación, junto al escritor Eduard Limonov, de la Unión Nacional-Bolchevique. Limonov procedía del LDRP (donde era responsable de la policía secreta en el “gabinete en la sombra” de Zhirinovskiy), que abandonó por la ausencia de ideario. Limonov fue líder del nuevo partido y Dugin su ideólogo, logrando un notable impacto en medios juveniles (sus miembros se autodesignan popularmente con el término *natsbol*). Dugin concurrió por el NBS a las elecciones de la Duma en un distrito suburbano de San Petersburgo apoyado por un popular músico de jazz y rock, Sergei Kuryokhin, pero sólo alcanzó el 0,85 por 100 de los votos. En mayo de 1998 Dugin se separó de Limonov (le era difícil simplificar sus ideas para la propaganda de masas) y dejó el partido con un importante núcleo de seguidores moscovitas.

Dugin centró entonces sus esfuerzos en difundir sus tesis “neoeurasistas”

desplazándolas hacia un espectro político de “centro” (Dugin sostuvo a Yevgeny Primakov y se convirtió en consejero del diputado comunista Guenadi N. Seleznev). El 1 de enero de 2001 hizo público “Eurasia, primero de todo. Manifiesto del movimiento eurasianista”, en el que manifestó los puntos de vista de los que pretende ser el “eurasianismo” al considerar que “todas las condiciones están maduras para la aparición de un riguroso movimiento eurasianista en la nueva Rusia” y exaltaba los “ideales solares rusos”: “Libertad, equidad, fidelidad a los orígenes”. Dugin afirmaba que el movimiento estaba fundado sobre los principios del “centro radical” y se manifestaba dispuesto a colaborar y ofrecer ayuda al nuevo presidente Putin. En abril de ese año, Dugin promovió la conversión de su Movimiento Eurasianista en el Partido Eurasiático de Rusia, que celebró su congreso constituyente en junio.

Las prioridades del movimiento “neoeurasianista” son: la voluntad de crear un diálogo constructivo entre las religiones (cristianismo ortodoxo, Islam, judaísmo y budismo); la exigencia de reconstruir una solidaridad eurasista sobre la base de la Comunidad de Estados Independientes y que se proyecte más allá de ésta mediante un eje Moscú—Teherán-Dheli-Pekín; el mantenimiento de lazos con Europa occidental y con Japón y la región del Pacífico; el apoyo a los movimientos antiglobalización y el sostenimiento de un “federalismo eurasianista”.

En definitiva, el “neoeurasismo” (materializado ahora en partido político) parece influir de modo progresivo aunque ciertamente limitado en la política rusa. En este aspecto es importante señalar que Dugin ya no pertenece a la “franja lunática” del extremismo: se ha desmarcado del radicalismo político, mantiene vínculos relevantes con el KPR, apoya la gestión de Putin y cuenta con seguidores en élites militares y civiles traídas por su visión geopolítica (que no por la esotérica y mística).

Dado que los discursos ultranacionalista se hallan en recomposición y los anhelos de expansión territorial se perciben en diversas

formaciones, no sería extraño que los sueños nacionalistas panrusos se encauzaran hacia la “vía eurasiática”. En este aspecto, es importante destacar que, según un análisis del G-7 (el grupo que reúne los siete países más industrializados del mundo), el debate sobre la orientación de la política exterior rus se ha resuelto con la victoria del “partido euroatlántico”, favorable a estrechar lazos con el G-7, aunque enfatizando la necesidad de defender los intereses vitales rusos. Pero advertía la existencia de un sector eurasista radical que aglutinaba “nacionalistas y viejos nostálgicos de la URSS” y constituía una alternativa al fracaso de los eurasistas prooccidentales.

Paralelamente, pese a que el partido apadrinado por Putin en las elecciones legislativas de 1999, *Edinstvo* (Unidad), consiguió un 23,3 por 100 de los votos y limitó el crecimiento del KPR (24,3 por 100), relegó a un discreto segundo plano a Zhirinovsky (6 por 100) y derrotó opciones concurrentes, el presidente ruso habría buscado un acercamiento a la extrema derecha. Con ello pretendería alcanzar un amplio consenso en el ámbito nacionalista (en las elecciones presidenciales de 2000 mereció el apoyo de formaciones de ultraderecha). En este contexto, el “neoeurasismo” puede contar con un escenario favorable para sumar nuevos seguidores en una potencia en crisis que aspira a mantener su estatus internacional ante los EEUU.

Por otra parte, la emergencia del “neoeurasismo” coincide con la codificación de un nuevo “mito Europa” en Occidente. Caído el comunismo, ya no se concibe una Europa unida limitada a Occidente, sino que éste se extiende hasta Vladivostok. Un antiguo cuadro del Frente Nacional lepenista era categórico al respecto: “Pienso mucho en una Europa soberana comprendiendo Rusia para poner en su sitio a los orgullosos americanos y devolver su orgullo a los pueblos de nuestra Europa, en el respeto a las naciones y a los Estados”. Ante la hegemonía internacional estadounidense en el imaginario del europeísmo ultraderechista se dibuja una “gran Europa”, que amalgama sueños paneuropeos

que, si bien hunden sus raíces en los nazifascismos y las ideas eurasistas, empiezan a conformar un discurso substancialmente distinto del eurofascismo de posguerra.

Frente a la Unión Europea, el universo ultrapatriota sueña con una alternativa propia: construir una Europa transcontinental, con el Mediterráneo como mar interior. Ello constituye actualmente una empresa tan difícil de realizar como una atractiva idea movilizadora y en ella convergen un beligerante antiamericanismo y un europeísmo “neoimperial” de distinto signo: ¿La hegemonía en la Europa unificada pasará por Estrasburgo o por Moscú, “la tercera Roma”? En última instancia, Eurasia o Eurosibera definen dos proyectos distintos del “mito Europa” en los albores del siglo XXI.

© Extracto de *Ultrapatriotas. Extrema derecha y nacionalismo de la guerra fría a la era de la globalización*, Xavier Casals Meseguer, Crítica, 2003.

